

TRABAJO SOCIAL:
PERSPECTIVAS
CONTEMPORÁNEAS

Karen Healy

Ediciones Morata

Con la denominación de PAIDEIA se constituye en Galicia (1986) una Fundación de interés público. Su finalidad y objetivo permanente consiste en crear un espacio abierto para la reflexión, el debate, la formación y la investigación en las Ciencias Humanas y Sociales, particularmente en su interacción con las áreas de las Ciencias de la Salud, la Educación y los Servicios Sociales.

Para llevar a cabo estos objetivos, la Fundación promueve y apoya las siguientes líneas de actuación:

- ∞ Actuación y formación permanente de los profesionales de las Ciencias Sociales y Humanas a través de cursos y seminarios de especialización.
- ∞ Promoción de estudios e investigaciones coherentes con su campo de actuación.
- ∞ Divulgación: debates, conferencias, mesas redondas en torno a temas relacionados con las Ciencias Sociales y Humanas.
- ∞ Publicaciones derivadas de sus actividades de formación e investigación y de aquellas otras que estimen de interés el Patronato y la Comisión Científica de la Fundación.
- ∞ Colaboraciones, convenios y ayudas que favorezcan la consecución de sus objetivos.

La Fundación, en su sede central, dispone de una biblioteca y de bases de datos especializados en las áreas en las que desarrolla su actividad.

Colección "Educación crítica"

Director: Jurjo Torres Santomé

- a) Perrenoud, J. *La construcción del éxito y del fracaso escolar* (2ª. ed.).
- b) Jackson Ph. W. *La vida en las aulas* (5ª. ed.).
- c) Usher, R. y Bryant, I. *La educación de adultos como teoría, práctica e investigación* (2ª. ed.).
- d) Bernstein, B. *La estructura del discurso pedagógico* (3ª. ed.).
- e) Ball, S. J. *Foucault y la educación* (3ª. ed.).
- f) Liston, D. P. y Zeichner, K. M. *Formación del profesorado y condiciones sociales de la escolarización* (2ª. ed.).
- g) Popkewitz, Th. S. *Sociología política de las reformas educativas* (3ª. ed.).
- h) McCarthy, C. *Racismo y curriculum*.
- i) Gore, J. M. *Controversias entre las pedagogías*.
- j) Carr, W. *Una teoría para la educación* (2ª. ed.).
- k) Squires, D. y McDougall, A. *Cómo elegir y utilizar software educativo* (3ª. ed.).
- l) Bernstein, B. *Pedagogía, control simbólico e identidad. Teoría. investigación, crítica*.
- m) Barton, L. (Comp.) *Discapacidad y sociedad*.
- n) Whitty, G., Power, S. y Halpin, D. *La escuela, el estado y el mercado*.
- o) Epstein, D. y Johnson, R. *Sexualidades e institución escolar*.
- p) Healy, K. *Trabajo social: Perspectivas contemporáneas*.

Karen Healy
Trabajo social: Perspectivas contemporáneas
Traducción: Pablo Manzano
Director de la colección: Jurjo Torres Santomé

EDICIONES MORATA, S. L.
Fundada por Javier Morata, Editor, en 1920
C/ Mejía Lequerica, 12 - 28004 - MADRID
morata@infornet.es - www.edmorata.es

FUNDACIÓN PAIDEIA
Plaza de María Pita. 17 15001 - A CORUÑA

Título original de la obra:
SOCIAL WORK PRACTICES. Contemporary Perspectives on Change English language
edition published by Sage Publications of London, Thousand Oaks and New Delhi, ©
Karen Healy, 2000.

© EDICIONES MORATA, S. L. (2001)
Mejía Lequerica. 12. 28004 - Madrid y FUNDACIÓN PAIDEIA
Plaza de María Pita, 17. 15001 - A Coruña
Derechos reservados
Depósito Legal: M-16.749-2001 ISBN: 84-7112-461-0
Compuesto por: Ángel Gallardo Printed in Spain - Impreso en España
Imprime: CLOSAS-ORCOYEN, S. L. Paracuellos de Jarama (Madrid) Diseño de la
cubierta: DYGRA. A Coruña

CONTENIDO

| | |
|---|-------|
| AGRADECIMIENTOS | Pags. |
| CAPÍTULO I | |
| El trabajo social: Los retos de nuestro tiempo..... | 11 |
| El clima contemporáneo: ¿Abismo postfordista o campo de esperanza?..... | 12 |
| El trabajo social crítico..... | 13 |
| La marginación de la disidencia en el trabajo social crítico..... | 14 |
| Un giro post estructural en el trabajo social crítico..... | 17 |
| La orientación post estructural de esta obra..... | 18 |
| La práctica del ts como base para construir una teoría de la práctica crítica..... | 20 |
| Lo que el lector o lectora puede esperar: Panorama general del libro..... | 21 |
| Conclusión..... | 23 |
| CAPÍTULO II | |
| La herencia de nuestro pasado y la naturaleza de nuestro presente..... | 24 |
| La teoría crítica: Los orígenes de la ciencia social crítica..... | 26 |
| La aportación de Hegel a la teoría crítica..... | 27 |
| Marx y la dialéctica materialista..... | 28 |
| Los desarrollos de la ideología crítica del Siglo XX..... | 30 |
| La ciencia social crítica..... | 31 |
| Aportaciones conceptuales de la ciencia social crítica al trabajo social activista..... | 32 |
| El desarrollo de un enfoque crítico del trabajo social..... | 35 |
| Crítica del enfoque individualista del trabajo social ortodoxo..... | 36 |
| El reconocimiento de desigualdades fundamentales entre trabajadores y clientes..... | 36 |
| La ideología del profesionalismo y la dominación..... | 38 |
| El plan transformador del trabajo social activista..... | 38 |
| La concesión de prioridad a la estructura social..... | 39 |
| De la patología individual a la opresión social..... | 42 |
| El desarrollo de procedimientos igualitarios de práctica..... | 43 |
| Estrategias de cambio en el trabajo social crítico..... | 46 |
| El papel del trabajador..... | 50 |
| Conclusión..... | 52 |

CAPÍTULO III

| | |
|---|----|
| Foucault, el feminismo y la política de emancipación..... | 54 |
| El post estructuralismo: Panorama general..... | 56 |
| La idea de discurso..... | 57 |
| Foucault y las "reglas" del discurso..... | 58 |
| La deconstrucción..... | 59 |
| El poder: Un enfoque foucaultiano..... | 61 |
| De la identidad a la subjetividad: La función del discurso..... | 64 |
| El feminismo post estructural radical..... | 65 |
| El proyecto deconstructivo del feminismo post estructural radical..... | 67 |
| El cuerpo: Cixous, el feminismo post estructural y "escribir el cuerpo femenino"..... | 68 |
| El replanteamiento de la política: Principios para la acción..... | 71 |
| Hacia una política del detalle..... | 71 |
| El cuestionamiento y la reformulación de las ideas de cambio..... | 72 |
| La atención preferente a las prácticas sociales en vez de a las identidades sociales..... | 73 |
| De las identidades colectivas a las coaliciones provisionales..... | 75 |
| Hacia unas prácticas de cambio abiertas y basadas en el diálogo..... | 75 |
| Conclusión..... | 76 |

CAPÍTULO IV

| | |
|---|----|
| Respuestas del ts crítico a las teorías "post"..... | 77 |
| Respuesta 1: Reservas acerca del post estructuralismo como fuerza contrarrevolucionaria..... | 77 |
| Respuesta 2: Asunción de la crítica post estructural de los servicios asistenciales directos..... | 80 |
| El cuestionamiento de la asunción activista Foucault..... | 81 |
| Respuesta 3: La teoría post estructural y los procesos de trabajo social..... | 83 |
| Representaciones de la práctica..... | 85 |
| El poder..... | 86 |
| La identidad..... | 87 |
| El cambio..... | 89 |
| La práctica como base del debate..... | 90 |
| El enfoque del análisis del discurso..... | 91 |
| Investigar como profesional..... | 93 |
| Conclusión..... | 94 |

CAPÍTULO V

| | |
|---|-----|
| El replanteamiento del poder y la identidad profesionales..... | 95 |
| Representaciones del poder e identidad del trabajador..... | 96 |
| Replanteamiento del control social..... | 97 |
| Ilustración de la práctica profesional: Control social en el trabajo institucional de protección de niños y niñas..... | 99 |
| La productividad del poder del trabajador..... | 102 |
| Ilustración de práctica profesional: Proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes..... | 103 |
| La utilización explícita del poder..... | 104 |
| La utilización implícita del poder..... | 108 |
| Ambivalencia de los participantes ante el uso del poder..... | 111 |
| Poder y productividad: Ciertas tensiones al gestionar el igualitarismo..... | 114 |
| Diferencias dentro de la categoría del "trabajador poderoso..... | 114 |
| El trabajo social y el "problema" de la solvencia profesional..... | 115 |
| Diferencias y poder..... | 118 |
| Ilustración de la práctica profesional: La diferencia y el ejercicio del poder..... | 119 |
| Diferencia y vulnerabilidad del trabajador..... | 121 |
| Replanteamiento del poder en el trabajo social activista..... | 122 |

CAPITULO VI

| | |
|--|-----|
| Liberación o reglamentación: Cuestionamiento de las prácticas de cambio..... | 124 |
| Cuestionamiento de las prácticas críticas..... | 124 |
| El participante "inconcienciado"..... | 127 |
| Conciencia crítica: Liberación y exclusión..... | 131 |
| Ser o no ser crítico: Tensiones en torno a las perspectivas críticas en el activismo..... | 136 |
| Enfoques opositoristas y colectivos del poder y la identidad..... | 139 |
| La forja de las identificaciones comunes..... | 140 |
| La supresión de las relaciones complejas de poder..... | 142 |
| El poder como dominación..... | 143 |
| Hablar al Otro..... | 144 |
| Poder e impotencia..... | 146 |
| Los "impotentes" como autores y sujetos del poder disciplinario..... | 149 |
| El movimiento hacia la acción en la esfera pública..... | 151 |
| Conclusión..... | 154 |

CAPÍTULO VIII

| | |
|---|-----|
| La reconstrucción de las prácticas críticas..... | 155 |
| La deconstrucción de la escisión entre teoría y práctica..... | 156 |
| El trabajo social en contexto..... | 158 |
| El poder en la práctica..... | 161 |
| Poder y saber en el trabajo social activista..... | 164 |
| La deconstrucción del trabajador poderoso y el cliente impotente..... | 169 |
| Más allá del activista heroico..... | 172 |
| Estrategias para el cambio..... | 175 |
| Advertencias críticas sobre las teorías "post" | 178 |
| Conclusión..... | 181 |

CAPÍTULO VIII

| | |
|---|-----|
| Conclusiones..... | 183 |
| La desorganización del activismo..... | 183 |
| La reconstrucción de los enfoques críticos..... | 184 |
| La prolongación de los retos..... | 187 |
| Conclusión..... | 188 |

APÉNDICE

| | |
|--|-----|
| Convenciones de transcripción de conversaciones..... | 189 |
|--|-----|

| | |
|-------------------|-----|
| BIBLIOGRAFÍA..... | 191 |
|-------------------|-----|

| | |
|-----------------------------------|-----|
| ÍNDICE DE AUTORES Y MATERIAS..... | 205 |
|-----------------------------------|-----|

AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecida por el apoyo y el estímulo generosos que he recibido de muchas personas durante este trabajo. En particular, quiero dar las gracias especialmente a Ingrid BURKETT, Graham FLOATER, Sue GOODWIN, Mal MCCOUAT, Joan MULHOLLAND y mis colegas de la Universidad de Sidney.

Agradezco al profesor Jan FOOK, al profesor Peter LEONARD y al Dr. Colin PEILE sus raras dotes de generosidad y liderazgo intelectuales. Me siento profundamente agradecida por su apertura hacia las diferencias, su decidido apoyo a este proyecto y su constante afirmación de la importancia de las prácticas de trabajo social crítico.

Agradezco a Karyn WALSH su amistad, sus orientaciones y sus desafíos intelectuales, y a las jóvenes que participaron en el proyecto antiviolencia por facilitarme muchos aspectos de sus perspectivas sobre las prácticas del trabajo social.

Tengo que mencionar al Queensland Health, agradeciendo que me otorgara la financiación original para el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes, proporcionándome de ese modo una fabulosa oportunidad de estudiar con detalle las prácticas profesionales activistas.

Agradezco a Karen Phillips, editora de Sage, su estímulo en este trabajo ¡y por mantener nuestra conversación a través del correo electrónico por todo el mundo! Por último, mi más sentido agradecimiento a Julie Conway, Rachael Healy y Dennis Longstaff, por su cariño y su amistad, que han hecho que, aunque yo me encontrara en una situación precaria, nunca me sintiera realmente sola.

Esta obra es original. Me he basado, en una pequeña parte, en dos artículos publicados con anterioridad. Agradezco a los respectivos directores de las revistas mencionadas su autorización para reproducir algunos aspectos de estos artículos:

- ∞ K. HEALY (1998): "Participation and child protection: the importance of context", *The British Journal of Social Work*, 28 (6), págs. 897-914.
- ∞ K. HEALY y J. MULHOLLAND (1998): "Discourse analysis and activist social work: investigating practice processes", *Journal of Sociology and Social Welfare*, 25 (3), págs. 3-27.

CAPÍTULO I

EL TRABAJO SOCIAL: LOS RETOS DE NUESTRO TIEMPO

En el transcurso de la historia del trabajo social moderno, los activistas han tratado de articular el potencial radical del trabajo social. Mediante sus interrogantes críticos, estos pensadores han contribuido a la evolución y, en ciertos casos, a la subversión del trabajo social. No obstante, con mucha frecuencia, los trabajadores sociales tienen dificultades para llevar a la práctica un compromiso activista, y el distanciamiento entre teoría y práctica ha aumentado de manera considerable, a pesar de las apelaciones a la "praxis" que se hacen en gran parte de la bibliografía contemporánea sobre el trabajo social. En vez de ser algo que ayude a los trabajadores sociales a comprender y desarrollar la práctica, a menudo la teoría se contempla como algo autoritario y esotérico, en el peor de los casos y, en el mejor, como un añadido a la práctica, en vez de como un elemento útil para la misma. La aventura que emprendo con este libro consiste en demostrar las oportunidades que proporcionan los desarrollos teóricos recientes en relación con diferentes formas de pensar y de hacer un trabajo social progresista. Utilizaré las oportunidades que dan estas teorías contemporáneas para desestabilizar las oposiciones que han llegado a formar parte del moderno panorama del trabajo social y, con ello, pretendo ayudar a los trabajadores sociales a pensar en los retos que supone una práctica profesional crítica en los contextos contemporáneos de transición.

En este punto de la historia del trabajo social crítico, el centro de atención de este libro es importante. La entrada en un nuevo milenio es un buen momento para que los trabajadores sociales críticos reflexionen sobre la herencia transmitida mediante los impulsos teóricos y prácticos que han fomentado la aparición de unos enfoques prácticos activistas en la segunda mitad del Siglo XX. También constituye una oportunidad de evaluar las trascendentales controversias que acosan en la actualidad a los trabajadores sociales comprometidos con el cambio social progresista.

EL CLIMA CONTEMPORÁNEO: ¿ABISMO POSTFORDISTA O CAMPO DE ESPERANZA?

Las espectaculares transformaciones socioeconómicas que se han producido en el ámbito internacional en las dos últimas décadas configuran un panorama muy diferente para el trabajo social con respecto a las teorías prácticas críticas que destacaron por primera vez en los años sesenta. La masiva agitación social y económica que acompaña la globalización y el abandono a gran escala del estado de bienestar significan la desaparición de las certezas sobre la oferta básica de servicios sociales, y son pocas las posibilidades de una reorganización progresiva de los servicios de bienestar.

De hecho, los activistas que, desde hace mucho tiempo, vienen criticando el estado de bienestar contemplan ahora con nerviosismo el desmantelamiento y la reestructuración

de un estado de bienestar reducido a la mínima expresión. El lenguaje del gerencialismo, que se introdujo por primera vez en el discurso sobre el bienestar en la década de los setenta, ha logrado ejercer su influencia (L. DAVIES, 1990).

La terminología que alude a la producción, escasa, la reingeniería, la escisión entre comprador y proveedor, las entradas y las salidas constituye, en la actualidad, una jerga corriente en la organización de los servicios sociales, hasta el punto de que ¡quizá no sea exagerado decir que ha llegado el estado de "McWelfare".

La función de los trabajadores sociales se ha simplificado a medida que su papel ha ido reduciéndose al mínimo y a la gestión de los "casos" de los usuarios de los servicios. Como observa PARTON (1994b), escribiendo desde la perspectiva del contexto británico: "a los trabajadores sociales, reconvertidos en gestores asistenciales, se les exige que actúen como coordinadores de paquetes asistenciales para las personas interesadas" (Pág. 99).

A pesar de la oposición de muchos trabajadores sociales críticos a las perspectivas postmodernas, resulta cada vez más difícil ignorar los retos que se lanzan por medio de ellas. Los puntos de vista postmodernos obligan de forma inexorable a los activistas a reconocer los efectos opresores de los ideales utópicos que nos han guiado. BAUMAN (1992) dice: "Nosotros, los residentes en el hábitat postmoderno, vivimos en un territorio que no admite unas opciones y estrategias claras que puedan imaginarse siquiera incontrovertiblemente correctas" (Pág. 185).

Los postmodernistas rechazan las visiones de transiciones sociales masivas como quimeras y exigen, en cambio, mayores precauciones y restricciones en la formación de objetivos y procedimientos prácticos críticos.

Es fácil ser pesimistas cuando las certezas que guiaron el activismo sirven de poco ante los retos a los que nos enfrentamos. Sin embargo, creo que hay cierta base, muy limitada, para el optimismo. Cuando las afirmaciones de verdad y los grandes planes de trabajo social crítico ceden bajo la fuerza de los retos políticos y teóricos, surgen nuevas orientaciones. Algunas resultan claramente poco prometedoras cuando se desciende al abismo de un estado de bienestar postfordista, en el que la función del trabajo social se reduce a atender a minucias y poner parches, sin esperanza de un mañana mejor. Sin embargo, al mismo tiempo, las pruebas que se plantean al final del presente siglo pueden llevar a los activistas a un nuevo pragmatismo, centrado en propuestas locales, contextuales y modestas para modificar la actividad.

A pesar de las críticas de los activistas respecto al carácter y al lenguaje esotéricos del post estructuralismo, los elementos críticos de esta escuela invitan a reexaminar los problemas prácticos a los que se enfrentan los trabajadores sociales y los usuarios de los servicios, en relación con los problemas locales del poder, la identidad y los procesos de cambio, y este libro pretende explorar estas posibilidades.

La estrategia que sigo en esta obra consiste en proponer dos partes. En la primera, revisaré las premisas, con frecuencia no expresadas aunque también indiscutidas, de las que depende el trabajo social crítico, y las consecuencias de estas estrategias para representar y realizar la práctica del trabajo social. La segunda parte de la estrategia supone reexaminar las posibilidades y limitaciones de las teorías críticas post estructurales para reflexionar de modo diferente sobre el poder, la identidad y el cambio de la práctica.

Mi investigación incluirá ejemplos de práctica de trabajo social. Pretendo que la utilización de estos ejemplos prácticos aumente la relevancia de los debates teóricos al uso orientados a la reorganización y diversificación de los enfoques prácticos críticos.

EL TRABAJO SOCIAL CRÍTICO

Aunque una tradición crítica haya estado presente desde el nacimiento del trabajo social profesional, hasta la década de los sesenta no surgió un cuerpo diferenciado de teorías prácticas críticas. Desde entonces, los autores críticos han cuestionado una y otra vez la autoimagen ocupacional del trabajo social como profesión asistencial, haciendo hincapié en la complicidad de los trabajadores sociales en la reproducción de las condiciones opresoras en el contexto de la práctica y fuera de ella (ROJEK y cols., 1988; véase también SARRI y SARRI, 1992).

Según muchos activistas, el trabajo social tradicional asume la culpabilidad individual en las circunstancias personales y sociales difíciles a las que se enfrentan los clientes del estado de bienestar. En cambio, los trabajadores sociales críticos sostienen que hay que redirigir la práctica hacia la eliminación de las causas estructurales originales de los problemas a los que se enfrentan los usuarios del servicio.

A pesar de la diversidad del trabajo social crítico, casi todos estos modelos de práctica se basan en las tradiciones intelectuales críticas y en los movimientos sociales radicales que adquirieron relevancia a finales de los sesenta y principios de los setenta.

Diversas influencias críticas han aportado su contribución a fuertes críticas del trabajo social y, en algunos casos, al desarrollo de modalidades alternativas de trabajo social (Fook. 1993: ROJEK y cols., 1988).

Hay un amplio conjunto de modelos que pueden considerarse críticos: trabajo social antirracista y multicultural; trabajo social antiopresor y antidiscriminativo; trabajo social feminista; diversas ramas de trabajo comunitario; trabajo social marxista; trabajo social

radical; trabajo social estructural, y formas de investigación participativas y de acción. A pesar de las diferencias significativas y, en ciertos casos, de los antagonismos entre estos modelos, los enfoques del trabajo social crítico comparten una orientación hacia la transformación social radical.

En este libro, utilizaré las expresiones "trabajo social crítico" y "trabajo social activista" para referirme a los modelos de práctica que incluyen una orientación hacia el cambio social emancipador.

Los enfoques de trabajo social crítico destacan:

- ⌘ un compromiso para estar al lado de las poblaciones oprimidas y empobrecidas (LEONARD, 1994, Pág. 17);
- ⌘ la importancia de las relaciones basadas en el diálogo entre trabajadores y usuarios del servicio;
- ⌘ la función que desempeñan los sistemas sociales, económicos y políticos en la configuración de las experiencias individuales y las relaciones sociales, incluyendo las interacciones en el contexto de la práctica (LEONARD, 1995, Págs. 10-15);
- ⌘ un compromiso de "estudio del cambio, el movimiento hacia el cambio" y la provocación del cambio (FINE, 1992, Pág. 220).
- ⌘ La práctica crítica se orienta hacia la transformación de los procesos y las estructuras que perpetúan la dominación y la explotación (LEONARD, 1994, Pág. 17).

LA MARGINACIÓN DE LA DISIDENCIA EN EL TRABAJO SOCIAL CRÍTICO

En este libro, mi objetivo consiste en contribuir a la reorganización y la diversificación de las ideas y prácticas del trabajo social crítico. Con el fin de alcanzar esta meta, es preciso dismantelar algunas de las ortodoxias que se han elaborado acerca de lo que "es" el trabajo social crítico. No sólo es una tarea difícil a causa de las complejidades del trabajo social progresista en la sociedad contemporánea, sino también por la categoría, con frecuencia no manifestada y, sin embargo, incuestionable, de muchas de las afirmaciones fundamentales de verdad del trabajo social crítico.

Es sorprendente que, mientras que los trabajadores sociales activistas fustigan el trabajo social ortodoxo y se muestran profundamente autocríticos sobre sus propias relaciones con los consumidores de servicios sociales, sigue en pie una "confianza asombrosa" en el potencial emancipador de los modelos críticos de práctica (ROJEK y cols., 1988, Pág. 55).

Parte de las dificultades para establecer una crítica desde dentro del trabajo social activista se deriva de las representaciones de la práctica activista, intrínsecamente diferente del trabajo social ortodoxo y, en realidad, opuesta al mismo. Con frecuencia, estas representaciones opositoras reprimen la disidencia relativa al trabajo social crítico, alimentando la idea de que "quienes son críticos frente a las posturas radicales han de estar a favor, por eso mismo, de las formas tradicionales de teoría y práctica" (ROJEK y cols., 1988, página 2).

Incluso las dificultades experimentadas por los trabajadores sociales, cuando imprimen a su trabajo una orientación emancipadora, no llegan a una reevaluación crítica de las afirmaciones fundamentales de los enfoques activistas de la práctica. Es como si estas prácticas no tuviesen nada que ver con ningún tipo de marginación ni de reducción al silencio. En cambio, la disonancia entre las visiones críticas y las prácticas de trabajo social se atribuye a un conjunto de razones distintas de los discursos mismos.

La falta de traducción de las ideas radicales a la práctica crítica se atribuye a diversas razones: la función de control social de los trabajadores sociales; el compromiso limitado de los trabajadores sociales con el cambio radical; la falta de sofisticación política de los trabajadores sociales (véase IFE, 1997, Pág. 169), e incluso, las limitadas aspiraciones de cambio de los usuarios de servicios sociales (véase DIXON, 1989; MOWBRAY, 1992).

Al reflexionar sobre el trabajo social crítico, comienzo con la proposición de que dicho trabajo, tal como está configurado en la actualidad, margina las dimensiones del trabajo social activista. Mientras que los modelos críticos en los que se basan los activistas dan paso a visiones que son importantes para los trabajadores sociales, a menudo dejan poco espacio para poner de manifiesto las contradicciones, las incertidumbres, la variabilidad contextual dentro de los contextos de la práctica activista y las demandas específicas relacionadas con la práctica del trabajo social, sobre todo en ambientes convencionales.

La reducción al silencio de las características locales de la práctica no es un descuido, sino, más bien, un hecho inherente a las formas de representar la práctica del trabajo social y los procedimientos de práctica del trabajo social crítico.

En primer lugar, a pesar de sus apelaciones a la praxis, los activistas se muestran, con frecuencia, muy prescriptivos acerca de lo que pueda considerarse práctica crítica. Por ejemplo, se describen las prácticas críticas como "antiautoritarias" y "oposicionistas" (véase IFE, 1997, Págs. 74-75, Pág. 184). Con mucha frecuencia, estas definiciones llevan consigo unos supuestos implícitos acerca de dónde ejercerán su actividad los trabajadores sociales. Esta insensibilidad con respecto a los diversos contextos de práctica contribuye a unas representaciones del activismo que privilegian determinados tipos de lugares de práctica, como los ambientes de pequeñas comunidades, por encima de otros contextos, en especial los multidisciplinarios (y

multi ideológicos), burocráticos y privatizados en los que se lleva a cabo la mayoría de las prácticas contemporáneas de trabajo social. Es más, estas definiciones contribuyen a unas formas de activismo en las que se ignoran las exigencias y expectativas típicas de la práctica del trabajo social, cuando no se interpretan como impedimentos para cambiar la práctica. Con excesiva frecuencia, parece que las teorías críticas evitan las cuestiones urgentes sobre cómo implantar una orientación activista en ambientes en los que no sólo es inevitable la utilización manifiesta del poder y la autoridad del trabajador, sino que, en realidad, es fundamental para el trabajo que llevan a cabo los trabajadores sociales. Incluso, en las reflexiones sobre la práctica de los autores del trabajo social crítico, si se reconoce de alguna manera, no se representa de forma adecuada la utilización del poder impuesto a través de las teorías de la práctica crítica, como el ejercicio del poder necesario para iniciar la concienciación, los procesos colectivos, la puesta en común de destrezas y la dispersión del poder (HEALY y MULHOLLAND, 1998).

En segundo lugar, las representaciones de los trabajadores y de los usuarios del servicio, como individuos con funciones opuestas, pueden ocultar las demás formas de relacionarse entre ellos en la práctica. La caricatura que presenta al trabajador social privilegiado y al cliente en situación desventajosa conduce a unas generalizaciones excesivas acerca del poder, la identidad y los procesos de cambio en las prácticas de trabajo social. En las discusiones activistas sobre la práctica, los trabajadores sociales aparecen como réplicas de otras formas de práctica profesional, como las de la medicina, el derecho y la educación, sin tener muy en cuenta la diversidad de las prácticas del trabajo social, la relación ambivalente de la profesión con las ciencias humanas positivistas y su composición según el género de los profesionales, características que la diferencian de otras muchas disciplinas contemporáneas de servicios asistenciales.

En tercer lugar, las definiciones establecidas del cambio social devalúan la actividad de cambio en la que suelen estar involucrados los trabajadores sociales. Las tradiciones críticas ponen en primer plano las superestructuras sociales en el análisis y la acción. La interpretación dualista de las esferas estructural y local lleva lógicamente a la conclusión de que las prácticas locales de trabajo social están limitadas por el cambio social radical, si es que no resultan contraproducentes para el mismo (véanse: DIXON, 1989; MOWBRAY, 1992).

Dicho de forma muy sencilla, los análisis radicales pueden pasar por alto el potencial emancipador de las prácticas cotidianas de trabajo social, estableciendo unas normas que devalúen gran parte de la actividad de cambio en las que participan los trabajadores sociales. Al mismo tiempo, se exagera el potencial emancipador de otros contextos de práctica al no reconocerse el grado en que influye el contexto histórico de los servicios sociales en los tipos posibles de procesos de práctica (LARBALESTIER, 1998).

Las teorías críticas post estructurales pueden tener una intervención importante para destacar y desestabilizar las ortodoxias que se han convertido en características indiscutidas de los modernos .discursos de la práctica crítica. Al hacer hincapié en lo local y lo contextual, la teoría crítica post estructural puede comenzar la reorganización de las teorías prácticas críticas desestabilizando la oposición entre totalidad social, donde se supone que están las causas y las soluciones de los problemas sociales, y las localidades en las que se lleva a cabo el trabajo social real. Este trabajo desestabilizador puede ayudar a los trabajadores sociales a extender y diversificar lo que se considere cambio social y, por tanto, lo que pueda calificarse como prácticas de trabajo social crítico.

UN GIRO POST ESTRUCTURAL EN EL TRABAJO SOCIAL CRÍTICO

Al analizar la relevancia de la teoría “post” contemporánea para el trabajo social, me refiero sobre todo a la obra de FOUCAULT y de las feministas radicales post estructurales, más que a otros aspectos del postmodernismo. La razón de esta orientación es que el trabajo de estos autores post estructurales proporciona unas herramientas útiles para la desestabilización y reorganización de las teorías del trabajo social, sin perder la orientación hacia unas prácticas políticas progresistas.

Aunque los términos “postmodernismo” y “post estructuralismo” se utilizan a menudo de forma indistinta, entre ellos hay diferencias. Hare a continuación una revisión de estas semejanzas y diferencias, con el fin de alertar al lector sobre la orientación adoptada en este libro.

Una de las dificultades para diferenciar el postmodernismo del post estructuralismo es que muchos de los autores relacionados con estos cuerpos de pensamiento discuten su inclusión en los mismos. La diversidad de ideas entre los pensadores así llamados lleva a FOUCAULT (1988b) a señalar: “No comprendo qué clase de problema es común a las personas que llamamos postmodernas y post estructurales” (Pág. 34). No obstante, hay algunos temas comunes que delimitan las ideas postmodernas respecto a las relacionadas con el post estructuralismo.

Ambas escuelas de pensamiento discuten las grandes construcciones narrativas de la modernidad, sobre todo los intentos de explicar y transformar el todo social. Sin embargo, la base de la crítica difiere entre ambas. Por una parte, los postmodernistas están desilusionados con la modernidad. LYOTARD (1984) contrasta las llamadas de la Ilustración al perfeccionamiento humano con la violencia y las opresiones que se han producido en nombre del progreso. Es más, los autores postmodernos dicen que las condiciones contemporáneas de cambio y agitación constantes exceden la capacidad de comprensión o de acción directa de las grandes teorías de la modernidad (BAUMAN, 1992).

Las teorías postmodernas se fundan en la afirmación de que las condiciones contemporáneas de transformación son tan fundamentales que hay que dar nombre a las nuevas condiciones y desarrollar nuevas formas culturales con el fin de entender y comprometerse en estos tiempos inseguros (KENWAY, 1992, Pág. 121).

En cambio, la teoría post estructural cuestiona el fracaso de los discursos sociales y políticos contemporáneos para aceptar el poder constitutivo del lenguaje. Los post estructuralistas se muestran especialmente críticos frente a los aspectos humanistas del pensamiento de la Ilustración, que se basan en unos supuestos sobre la coherencia de la identidad individual y que colocan a los humanos como momento central para determinar el curso de la historia. BUTLER (1995) distingue de este modo entre el postmodernismo y el post estructuralismo:

Hay una diferencia entre las posturas del post estructuralismo, que sostienen que nunca haya existido un tema, y las posturas postmodernas, que afirman que el tema en cuestión tuvo integridad, pero ya no. (Pág. 48).

En pocas palabras, el problema de las formas modernas de entender las cosas es que dan demasiada prioridad a la acción individual como motor del cambio y prestan excesivamente poca atención al poder de los discursos para configurar las realidades sociales que experimentamos. El énfasis post estructural en las propiedades constitutivas del lenguaje pone en cuestión los supuestos clave, como las ideas de identidad y de cambio, en los que se han fundamentado las teorías modernistas del trabajo social, fuesen conservadoras o radicales.

A pesar de su profundo escepticismo respecto al humanismo, las teorías post estructurales han adoptado una postura menos despreciativa que los postmodernistas frente a los ideales de la acción autónoma y las posibilidades de formas progresistas de cambio social de la Ilustración. FOUCAULT (1991f) sostiene que:

"Uno no tiene que estar "a favor" o "en contra" de la Ilustración... uno tiene que rechazar todo lo que pueda presentarse en forma de alternativa simplista o autoritaria" (Pág. 43).

En este contexto, el *quid* de la cuestión está en interrogar y diversificar los enfoques del cambio progresista, en vez de en abandonar por completo estos ideales. En contraste con las grandes y utópicas visiones que han servido de base para las teorías activistas del trabajo social, el post estructuralismo muestra unos enfoques del cambio social que son antidogmáticos, pragmáticos, flexibles y sensibles al contexto, y que exigen que los activistas adopten una actitud críticamente autorreflexiva frente a los efectos de sus ideales emancipadores. Si puede hablarse de una meta de la política emancipadora post estructural, ésta consiste en la creación de las condiciones para el diálogo y la controversia. YEATMAN (1994) dice:

“el estado ideal no es la superación de la dominación de una vez por todas, sino unas formas imaginativas y creativas de resistencia positiva a los diversos tipos de dominación” (Pág. 9).

Dentro del pensamiento post estructural, hay una diversidad enorme y, desde luego, no todas las posturas pueden contribuir a extender unas prácticas políticas progresistas. Incluso entre los autores cuyos trabajos desarrollan unas perspectivas críticas post estructurales, hay una falta de consenso acerca de muchos supuestos y directrices de acción claves. Esta falta de perspectivas comunes, la complejidad de los distintos cuerpos de trabajo y la divergencia de las interpretaciones de las obras de los pensadores post estructurales complican la tarea de extraer consecuencias para las formas críticas de trabajo social. Por estas razones, suele ser más útil hablar de pensadores individuales que del campo del post estructuralismo en general.

En este trabajo, he optado por centrarme en la obra de FOUCAULT y en la de las pensadoras feministas radicales post estructurales Helen CIXOUS, Elizabeth GROSZ y Moira GATENS, por su interés por la política activista y los procesos de poder, identidad y cambio.

LA ORIENTACIÓN POST ESTRUCTURAL DE ESTA OBRA

Una afirmación en la que se basa este libro es que los trabajadores socia-es críticos, como los ortodoxos a quienes critican, están cerrados al dinamismo y la diversidad de prácticas de trabajo social. Los intentos de los trabaja-dores sociales ortodoxos y radicales por localizar la esencia del trabajo social dejan de lado la posibilidad de que no exista tal “cosa” como un trabajo social independiente de los contextos en los que se lleva a cabo.

En este análisis, utilizaré las ideas post estructurales para cuestionar la búsqueda, en ambas formas de trabajo social, la ortodoxa y la crítica, de un núcleo esencial para la práctica. Propongo la idea de que la influencia desestabilizadora del post estructuralismo puede cuestionar las ortodoxias que forman parte tanto del trabajo social “radical” como del “convencional”. En esta discusión, el post estructuralismo puede contribuir a un intercambio más democrático y abierto entre las dimensiones teóricas y prácticas del trabajo social.

La utilización de la teoría post estructural para reflexionar sobre las prácticas críticas es discutible. A muchos trabajadores sociales críticos les preocupa que las ideas post estructurales puedan ocultar las realidades materiales de las desventajas y, más aún, que estas teorías puedan privar a los activistas de estrategia política (véanse: REES, 1991; HEWITT, 1993; KENNY, 1994; TAYLOR-GOOBY, 1994). SMITH y WHITE (1997) discuten de este modo la relevancia del post estructuralismo para la práctica del trabajo social crítico:

Al minimizarse la función continuada del estado y reducirse toda ideología y subjetividad al discurso, las realidades vividas por los grupos oprimidos, con frecuencia terribles, pueden quedar reducidas a la "diferencia", ocultándose, en ese proceso, ciertos imperativos sociales urgentes. (Pág. 294.)

Muchos activistas están preocupados por las consecuencias nihilistas y conservadoras de las filosofías post estructurales. Estos pensadores cuestionan la utilidad del post estructuralismo, basándose en que ofrece pocas verdades o directrices para la práctica y amenaza con destruir los ideales emancipadores que han constituido los fundamentos del trabajo social crítico. No consigue proporcionar un marco de referencia para una práctica progresista porque es incapaz de "especificar posibles mecanismos de cambio y... de manifestar por qué es mejor cambiar que no cambiar" (PARTON, 1994b, Pág. 110).

La utilización de la teoría post estructural que propongo no supone la adopción directa de estas perspectivas. Aprovecho, en cambio, las oportunidades que ofrece el post estructuralismo para desestabilizar las afirmaciones de verdad acerca de lo que sea el trabajo social, sobre todo de lo que se interpreta como prácticas emancipadoras, de manera que pueda surgir un conjunto diverso de prácticas progresistas.

Mi principal centro de atención consiste en la extensión del trabajo social y, de acuerdo con esta orientación, es necesario preguntarse también por las limitaciones de la teoría post estructural con respecto a la práctica del trabajo social.

El lector o lectora ha de tener presente que, igual que muchas teorías críticas en las que se basan los trabajadores sociales no se han elaborado teniendo presente la práctica del Trabajo Social, tampoco la mayoría de los pensadores post estructurales conoce en absoluto la práctica del trabajo social. Por ejemplo, FOUCAULT (1991a, página 304) cita a los trabajadores sociales junto con una serie de otras profesiones modernas, como la abogacía y la medicina, en las que la distribución de profesionales según su género, sus bases cognitivas y su poder profesional son muy distintos de los del trabajo social.

Aunque yo reconozca la importancia de la crítica de Foucault acerca de la asistencia profesional como instrumento para el mantenimiento de la vigilancia y la disciplina de las poblaciones oprimidas, ha sido necesario "utilizar a FOUCAULT contra él mismo" (SAWICKI, 1991, Pág. 108), basándonos en que también él ha realizado una crítica universalista de las profesiones asistenciales que no consigue recoger el dinamismo y la diversidad de las prácticas de trabajo social.

LA PRÁCTICA DEL TRABAJO SOCIAL COMO BASE PARA CONSTRUIR UNA TEORÍA DE LA PRÁCTICA CRÍTICA

En este libro, mostraré que las prácticas del trabajo social pueden informar y ampliar las teorías de la práctica crítica. A pesar de la importancia que los trabajadores sociales activistas otorgan a la praxis, es curioso que los aspectos concretos de la práctica cotidiana no suelen informar directamente el desarrollo de las teorías de la práctica. De hecho, la búsqueda de la verdad acerca de la práctica del trabajo social parece darse en cualquier otro lugar que no sea la práctica del trabajo social.

La excesiva confianza en teorías modernas, desde la psicoanalítica hasta la sociológica, ha llevado a ciertos enfoques teóricos autoritarios en los que las prácticas del trabajo social quedan marginadas en cuanto ámbito de construcción del saber. ROJEK y cols. (1998) dicen:

En los últimos años, se ha invitado a los trabajadores sociales a que sitúen sus actividades en el contexto de: a) una sociedad capitalista, b) una sociedad patriarcal y c) la comunidad. Con frecuencia, esas magnas proposiciones, hechas en nombre de cada uno de esos conceptos, han corrido a cargo de autores que no son trabajadores sociales con dedicación plena y, en ocasiones, de autores que nunca han puesto los pies en una oficina de atención directa. (Pág. 161.)

Permanece una disonancia entre las teorías de la emancipación y las prácticas del trabajo social, incluida la práctica crítica.

Son muchos los daños que, para los trabajadores sociales, se derivan de esta falta de teoría basada en la práctica y relevante para la misma; y no es menos importante la virtual carencia de conocimientos formales sobre la práctica progresista en contextos convencionales de práctica y sobre las operaciones de poder incluso en los lugares de práctica activista. En cambio, el análisis que se lleva a cabo en este libro se desarrolla, en parte, dentro de los contextos concretos de práctica. Pretendo utilizar la práctica para interrogar a la teoría y viceversa.

Es importante señalar que este análisis no se limita a situaciones concretas de práctica. Al teorizar respecto a ejemplos prácticos, trato de presentar ilustraciones del dinamismo del poder, la identidad y el cambio que no sólo no se explican, sino que no pueden explicarse en las teorías al uso acerca del trabajo social crítico. Al poner de manifiesto algunas limitaciones de las teorías emancipadoras sobre la práctica del trabajo social, pretendo abrir el canon crítico a las complejidades y contingencias de las prácticas activistas de trabajo social. Asimismo, al fundamentar el análisis en los problemas e ilustraciones prácticas, procuro estimular a los lectores a que consideren las posibilidades y limitaciones del trabajo crítico en sus propios contextos de práctica.

Por supuesto, esta orientación no supone negar la importancia de las visiones críticas con respecto a una práctica mejor, pero sí insistir en que estos ideales tienen que ser significativos para la práctica que deban emprender en el contexto de las prácticas del trabajo social.

En otras palabras, no trato de eliminar la influencia de la teoría social crítica, ni siquiera la de gran alcance, sino de cuestionar la categoría de verdades objetivas e indiscutibles que han alcanzado estas teorías y, de ese modo, crear unas condiciones más fértiles para el diálogo entre las teorías del activismo y las prácticas del trabajo social crítico. En consecuencia, pretendo contribuir a la transformación de lo que, a menudo, es un monólogo o, al menos, dos conversaciones independientes, en un intercambio más dinámico.

LO QUE EL LECTOR O LECTORA PUEDE ESPERAR: PANORAMA GENERAL DEL LIBRO

El libro consta de tres elementos: revisión general de la ciencia social crítica y de las teorías post estructurales y sus consecuencias para las prácticas emancipadoras; la investigación empírica del poder, la identidad y el cambio en contextos convencionales y críticos de práctica; exposición de las consecuencias de las teorías "post" para la reestructuración del trabajo social crítico y revisión de las orientaciones futuras para la teoría y la investigación del trabajo social crítico.

En los Capítulos II y III, me centro en las teorías de la ciencia social y su influencia en la práctica política emancipadora. En el Capítulo II, reviso la tradición de la ciencia social crítica, incorporando muchas de las perspectivas teóricas que subyacen a los movimientos y prácticas de cambio social radical, como las teorías marxistas y feministas. Destaco aquí que las premisas clave de esta tradición han configurado el análisis y la acción en una serie de modelos de trabajo social crítico.

En el Capítulo III, presento una introducción a las teorías críticas post estructurales. Aun reconociendo la diversidad presente en el pensamiento postmoderno y post estructural, hago hincapié aquí en las consecuencias de dos áreas de reflexión post estructural: la obra de FOUCAULT y de las pensadoras feministas radicales, en especial Helen CIXOUS, que analizo a lo largo de la obra. En este capítulo, estudio las consecuencias de las obras de estos pensadores para la política emancipadora.

En los Capítulos IV, V y VI, investigo la relevancia de las teorías post estructurales para las prácticas activistas de trabajo social. En el Capítulo IV, discuto a fondo las evaluaciones positivas y negativas del post estructuralismo en la bibliografía del trabajo social activista. A continuación, destaco cómo puede ayudar el post estructuralismo a los trabajadores sociales activistas a reflexionar sobre las premisas en las que se basan las modalidades al uso de práctica emancipadora y a desarrollar enfoques del

activismo que estén más abiertos y sean más responsivos a las contingencias del trabajo social.

Los Capítulos V y VI sirven de fundamento al debate sobre las perspectivas críticas y post estructurales por medio de ilustraciones de la práctica, tanto de ambientes de práctica convencional como de carácter activista. Al tratar la práctica crítica, me baso en gran parte en un ambiente de práctica en el que un grupo central de madres jóvenes participaba en el análisis y la acción sobre las experiencias de violencia de las mujeres jóvenes. En relación con este contexto de práctica, así como con la práctica oficial del trabajo social, en el Capítulo V me planteo las ideas de poder del trabajo social crítico. Aunque reconozco los puntos de vista que el discurso crítico hace posible, muestro aquí las perspectivas que se han suprimido: la aplicación de las perspectivas críticas al trabajo social oficial; las operaciones productivas del poder en los contextos críticos, y los límites de las categorías de poder e indefensión para describir la experiencia y el ejercicio del poder en la práctica del trabajo social.

El Capítulo VI recoge una investigación de las posibilidades y limitaciones de las estrategias de cambio radical que apoya el trabajo social crítico. En este capítulo, exploro algunos efectos, contradictorios y complejos, de las estrategias críticas, en particular, los efectos emancipadores y silenciadores de la concienciación, la identificación colectiva y la actividad opositora. Expongo cómo pueden afrontar las perspectivas post estructurales algunos de los efectos silenciadores promoviendo unos enfoques de la práctica que tienen en cuenta determinados contextos de práctica y las aspiraciones locales de las personas con quienes pretenden trabajar los trabajadores sociales críticos.

Los dos últimos capítulos recogen ciertos temas de investigación teórica y práctica de las teorías "post" y de las prácticas de trabajo social para delimitar el uso que de esta "escuela" hacen las formas críticas del trabajo social.

En el Capítulo VII, muestro cómo pueden contribuir los profundos efectos desestabilizadores de las teorías "post" a la reconstrucción de los enfoques de práctica del trabajo social abiertos a las incertidumbres y a la variabilidad contextual de las prácticas contemporáneas de los servicios asistenciales.

No trato de apoyar un enfoque de "todo vale" del activismo, sino que procuro promover la diversificación de lo que se considere activismo y de lo que se juzgue capaz de contribuir a las teorías de la práctica crítica y, de ese modo, renovar la apreciación de las prácticas cotidianas y diversas del trabajo social en cuanto momentos de comprensión y acción críticas.

CONCLUSIÓN

En el ocaso del Siglo XX, los trabajadores sociales críticos se enfrentan a unos retos trascendentales lanzados a las grandes visiones y ambiciones que en otro tiempo sostuvieron las prácticas activistas. Bajo el peso de la crítica interna y externa, los trabajadores sociales activistas han de hacer frente a la dura realidad de que, con demasiada facilidad, los sueños de un futuro mejor, en los que se basan los movimientos sociales contemporáneos y la práctica crítica del bienestar, se convierten en pesadillas para quienes dicen que van a liberar.

Como trabajadores sociales progresistas, no podemos ignorar la necesidad de cambios estructurales importantes. Sin embargo, para evitar las prácticas totalizadoras y autoritarias a las que han llevado los grandes planes de la modernidad, debemos aprender a celebrar unas victorias, aparentemente menores y locales, que favorecen a los marginados. Por lo menos, las visiones de las teorías "post" exigen la reevaluación de los cambios locales, diferenciándolos y, desde luego, no infravalorándolos con respecto a las aspiraciones de transformación total que desde hace mucho tiempo han guiado el activismo.

Los trabajadores sociales críticos no están de acuerdo con el rumbo que deben tomar, y algunos muestran cierta desesperanza al respecto. En este libro, pretendo abrir el trabajo social crítico a diversas orientaciones que puedan tomar las teorías críticas post estructurales y, de ese modo, ayudar a los activistas a reflexionar sobre las posibilidades de prácticas progresistas en el nuevo milenio.

CAPÍTULO II

LA HERENCIA DE NUESTRO PASADO Y LA NATURALEZA DE NUESTRO PRESENTE

Aunque, en sus diversas formas contemporáneas, el trabajo social crítico sea, hasta cierto punto, un recién llegado en la historia del trabajo social, hace mucho tiempo que existen elementos radicales en este campo. La caricatura del trabajador social de orientación psicoanalítica (trajeado y enjoyado, como mandan los cánones) contradice el activismo de quienes, a lo largo de la historia del trabajo social contemporáneo han trabajado de manera creativa y con determinación para un cambio progresista.

Algunos de estos primeros activistas son bien conocidos dentro de la profesión. Por ejemplo, la obra de Jane ADDAMS (1961) sobre la filantropía y acuerdo social en Norteamérica, que fue publicada hace un siglo, proporciona una ilustración del trabajo de servicio social de orientación crítica. Aunque, en ocasiones, las voces de nuestros predecesores (véanse: PARKER, 1961; REYNOLDS, 1963) y los análisis históricos de las prácticas de bienestar social (véanse: KRAVETZ, 1976; FRANKLIN, 1986; VAN KRIEKEN, 1992) cuestionan las generalizaciones acerca del profundo conservadurismo de nuestros antepasados, su práctica crítica sigue estando en gran medida indocumentada y desconocida.

Hasta finales de los sesenta y principios de los setenta, al amparo de los movimientos sociales y las teorías sociales críticas progresistas, no surgió un canon de trabajo social crítico diferente e internamente diversificado (ROJEK y Cols., 1988, Pág. 45). En esta época, una boyante esfera pública alternativa proporcionó los fundamentos intelectuales y políticos que tuvieron una importancia inmensa para los trabajadores sociales cuando emprendieron la reorientación crítica de la teoría de la práctica. Los antecedentes intelectuales del trabajo social crítico contemporáneo son muy diversos y recogen un amplio conjunto de teorías sociales críticas: las teorías feministas, el marxismo, el desarrollo comunitario, la teoría radical de la educación (sobre todo la obra de FREIRE), la antipsiquiatría, la sociología radical, las teorías críticas sobre la raza y el carácter étnico y la teología de la liberación.

Los trabajadores sociales críticos se definían a sí mismos por oposición al carácter individualista de las teorías ortodoxas del trabajo social, en especial las psicoanalíticas, que destacaron en la corriente principal del trabajo social desde la década de 1920 hasta la de 1970 (ROJEK y cols., 1988, Págs. 20-21).

Los teóricos críticos del bienestar social cuestionan las ideas que sostienen que los clientes de la beneficencia son parcial o totalmente culpables de sus circunstancias personales y sociales difíciles a las que se enfrentan muchos de ellos (véanse: CLOWARD y Fox PIVEN, 1975; WEATHERLEY, 1987; MULLALY, 1993).

En sus análisis y respuestas prácticas, los teóricos críticos de la práctica ponen en primer plano los orígenes sociales de la opresión.

Los activistas contrastan sus enfoques con los del trabajo social ortodoxo cuando destacan los valores de equidad y justicia respecto a las poblaciones oprimidas.

La teoría de la práctica crítica abarca un conjunto amplio y diversificado de orientaciones: trabajo social antirracista y antiopresivo, trabajo radical comunitario, trabajo social feminista, trabajo social marxista, investigación-acción participativa, trabajo social radical y trabajo social estructural.

Dados los orígenes divergentes del trabajo social crítico, tenemos que prever unas profundas diferencias e, incluso, antagonismos dentro de este canon. Por ejemplo, las trabajadoras feministas han realizado extensas críticas de la ceguera de género inherente a los modelos radicales de trabajo social (HANMER, 1977; MARCHANT, 1986), mientras que los trabajadores sociales antirracistas han destacado el racismo que sigue vigente incluso en los discursos del trabajo social crítico (DOMINELLI, 1989).

Del mismo modo, entre los activistas hay una áspera discusión sobre los métodos de práctica. Existe un debate acerca de privilegiar los enfoques de práctica colectiva por encima de los métodos de práctica interpersonal que se encuentran con mayor frecuencia en la práctica del trabajo social. En respuesta a este debate, ha surgido un cuerpo bibliográfico significativo que da fe de la relevancia de las ideas activistas en las prácticas de casos y clínicas (véanse: BRICKER-JENKINS y cols., 1991; FOOK, 1993).

A pesar de sus evidentes variaciones, estos enfoques críticos de la práctica comparten su fundamentación en el paradigma de la ciencia social crítica. Esto no quiere decir que los enfoques prácticos puedan explicarse por Completo mediante este paradigma. Por ejemplo, PEILE (1991, Pág. 145) señala que, aunque los enfoques feministas se basen con frecuencia en el paradigma de la ciencia social crítica, también lo trascienden (véanse: VAN DEN BERGH y COOPER, 1986; SANOS y NUCCIO, 1992). No obstante, el quid de la cuestión está en que, dentro de cada uno de estos modelos de práctica, hay una aceptación general de las ideas de la ciencia social crítica acerca de la naturaleza del mundo social y de la existencia humana.

En este libro, me ocupo primordialmente de la teoría de la práctica crítica y aquí comienzo con una presentación de los fundamentos teóricos del trabajo social activista, a menudo no manifestados pero tampoco discutidos. El examen se dirige, en principio, a nuestro pasado teórico, es decir, hacia los antecedentes de la teoría de la ciencia social crítica contemporánea, en la que se basa el trabajo social activista.

En esta primera sección, expondré el trabajo fundacional de HEGEL y MARX y consideraré los desarrollos de las teorías críticas del siglo XX. Aunque este material es denso, proporciona unos puntos de vista importantes acerca de los orígenes de las verdades indiscutidas de las que dependen los trabajadores sociales activistas, incluyendo a los antirracistas, las feministas y los radicales.

Después, pasaré a una investigación sobre nuestro presente. Destaco ciertos elementos clave del paradigma de la ciencia social crítica que informan gran parte de la teoría crítica contemporánea del trabajo social. Al establecer vínculos con estos orígenes históricos, subrayo los principios fundamentales de la teoría de la práctica crítica, porque, aunque sea cierto, sin duda, que los procesos prácticos que promueven las teorías de la práctica crítica son notablemente variados, puede demostrarse que éstas comparten unas premisas fundamentales relativas al poder, la identidad y los procesos de cambio.

No sólo es importante dejar muy claras estas cuestiones con el fin de comprender qué "es" el trabajo social crítico, sino también para investigar cómo puede transformarse.

LA TEORÍA CRÍTICA: LOS ORÍGENES DE LA CIENCIA SOCIAL CRÍTICA

Las teorías críticas se ocupan de las posibilidades de transformación social liberadora. Al configurar esta visión, los teóricos críticos destacan las relaciones entre teoría y práctica. Para ellos, un punto clave de la teoría crítica no es sólo comprender el mundo, sino cambiarlo (MARX, 1972e, Pág. 109; MIES, 1983, Pág. 123; FAY, 1987, Pág. 4). Este enfoque sitúa al teórico y al práctico dentro de las luchas por el cambio político. Como dice FRASER (1989):

Una teoría social crítica encuadra su programa de investigación y su marco conceptual sin perder de vista las metas y actividades de los movimientos sociales de oposición con los que tiene cierta identificación. (Pág. 113.)

Los enfoques como el marxismo, algunas formas de feminismo y la teología de la liberación son ejemplos de teorías de la ciencia social crítica (FAY, 1987). Un aspecto importante de las teorías críticas es su insistencia en las capacidades de los humanos, mediante su acción consciente y colectiva, para lograr la visión emancipadora de una sociedad libre de la dominación.

Las teorías sociales críticas tienen sus fundamentos en el ideal de la Ilustración de una sociedad basada en la igualdad y la libertad humanas. La filosofía de la Ilustración, que eclosionó en el siglo XVIII, resaltaba la importancia de la razón y de la acción humanas para configurar la sociedad (FAY, 1987). El pensamiento de la Ilustración hacía hincapié en el carácter activista de los seres humanos; es decir, se reconocía que, aunque los humanos estén configurados por la sociedad, también son capaces de transformarla.

LA APORTACIÓN DE HEGEL A LA TEORÍA CRÍTICA

La obra de HEGEL, un filósofo de la Ilustración, tiene gran importancia en la formación del paradigma crítico. La idea de la dialéctica de HEGEL difería de las posturas filosóficas tradicionales sobre la separación del pensamiento de la realidad, permitiendo así el desarrollo de una filosofía materialista (ENGELS, citado en TUCKER, 1972, Pág. XVIII; MARCUSE, 1955).

Ante todo, la dialéctica de HEGEL cuestiona la idea de verdad o realidad objetiva. HEGEL (1910, 1977) insiste en la relación dialéctica entre pensamiento y realidad. Para HEGEL, el sujeto transforma el objeto que observa (WARTENBERG, 1993, Pág. 109).

En esta visión dialéctica no existe una realidad separada a la que no afecte al observador. Para HEGEL, la verdad y la autoconsciencia están entrelazadas. MARCUSE (1955) resume así la postura de HEGEL: El mundo es un mundo separado e incierto en la medida en que el hombre no destruya su objetividad muerta y se reconozca a sí mismo y su propia vida "tras" la forma fija de las cosas y las leyes. Cuando, finalmente, conquista su autoconsciencia, no sólo está en su camino hacia la verdad de sí mismo, sino también de su mundo. (Pág. 113.)

Para HEGEL, la razón autoconsciente capacita a los humanos para reconocer su relación dialéctica con el mundo. En este sentido, el pensamiento del individuo no está separado de la realidad, sino que participa activamente en su creación.

Un segundo aspecto de la dialéctica es que todo se encuentra en un proceso de llegar a ser. Para HEGEL, cada entidad contiene su opuesta, de manera que cada cosa es esencialmente autocontradictoria. En el proceso de llegar a ser hay un conflicto dialéctico entre la realidad aparente y su autocontradicción. En la tensión dialéctica entre los dos polos, aparecen nuevas síntesis para resolver la contradicción, que se convierten en partes de ulteriores procesos dialécticos. Para HEGEL, toda la historia de la civilización puede entenderse en términos de este proceso dialéctico entre tesis, antítesis y síntesis (FORSTER, 1993, Pág. 132). No puede haber una realidad estática. Para HEGEL, la realidad "desafía la formalización y la estabilización, porque es la misma negación de cualquier forma estable" (MARCUSE, 1955, Pág. 144). En consecuencia, la teoría social crítica trata de captar el potencial de una cosa, en vez de lo que esa cosa "sea" aparentemente.

Un tercer aspecto de la concepción dialéctica es el de la totalidad. Para HEGEL, todos los acontecimientos y la experiencia se producen en relación con la totalidad social. Según PEILE (1991): En la visión dialéctica, las cosas solo son concretas si están inmersas en su contexto, en relación con otros objetos. Estas relaciones no son partes de un todo que pueda considerarse por separado. En cambio, son momentos de una totalidad en la que los momentos sólo pueden comprenderse cuando se conoce la relación de cada relación con el resto. (Pág. 68.)

Aunque HEGEL destaca el contexto para comprender la experiencia, también es explícito respecto a la forma que adopte ese contexto. Es decir, HEGEL otorga la primacía a la idea de totalidad de una consciencia de la que todas las cosas forman parte, y su idea consiste en que la experiencia sólo puede entenderse en relación con ella.

La idea de la dialéctica de HEGEL y las concepciones de la totalidad social que se relacionan con ella constituyeron unas formas filosóficas clave que se han incorporado a la teoría social crítica. No obstante, los teóricos sociales críticos están en profundo desacuerdo con el énfasis idealista de la filosofía de HEGEL (PEILE, 1991, Pág. 70).

Desde el punto de vista de estos teóricos, la obra de HEGEL no refleja en grado suficiente las dimensiones materiales de la realidad (véase: MARCUSE, 1955). Por tanto, aunque los teóricos críticos hayan aceptado el fundamento filosófico de HEGEL, han reformado considerablemente estos conceptos para resaltar lo material porque eso es lo que estructura profundamente todas las facetas de la realidad social, incluyendo el pensamiento individual.

MARX Y LA DIALÉCTICA MATERIALISTA

La obra de MARX es fundamental para una serie de modernas teorías sociales críticas. En realidad, suele adjudicarse a MARX la fundación de la tradición de la teoría crítica (KELLNER, 1989). Aunque se reconozca su deuda filosófica con HEGEL, MARX destacó la dimensión material de la dialéctica (MARCUSE, 1955). Esta inversión de la dialéctica tiene profundas consecuencias que siguen influyendo en las teorías de la ciencia social crítica y en los movimientos sociales contemporáneos.

Ante todo, MARX consideraba que, en la sociedad capitalista, el modo de producción causa la alienación entre el pensamiento y la realidad (MARX, 1972c, Pág. 133). Esta desconexión afecta a todos; sin embargo, MARX consideraba que sus consecuencias más profundas recaían en el proletariado, cuya producción del mundo material queda oculta. Para MARX, la condición de la clase trabajadora es de completa alienación. FAY (1987) describe así la visión de MARX:

Las criaturas alienadas son las que no reconocen el mundo que han creado como su propio mundo, sino que lo toman como algo que "está ahí", algo dado, algo ajeno y poderoso que tienen que afrontar. (Pág. 53.)

Para MARX, la complicidad del proletariado en su opresión se debe, en parte, a su falta de consciencia acerca de su capacidad productiva. Es importante destacar que su acceso a la autoconsciencia es necesariamente una actividad de clase más que individual (MARX, 1972c, Pág. 157). MARX sostenía que la transformación

revolucionaria requiere que el proletariado reconozca su contribución compartida al orden social y su interés común por superarlo.

La abolición del modo de trabajo, que a los ojos de MARX es lo que verdaderamente interesa al proletariado, es fundamental para acabar con la alienación de ambas clases (MARCUSE, 1955, Pág. 291). En este sentido, para MARX, el proletariado constituye la "verdadera" clase social, porque sus preocupaciones comunes representan los intereses de la sociedad en su conjunto.

En segundo lugar, como HEGEL, MARX adopta una visión de la totalidad social en cuanto formada por opuestos. Sin embargo, a diferencia de HEGEL, MARX señala que estos opuestos tienen una identidad social e histórica: son el proletariado y la burguesía (véase, por ejemplo: MARX, 1972a, Pág. 104).

MARX señala una y otra vez las relaciones opresoras de poder y el carácter esencialmente contradictorio de la interacción entre estas dos clases. Para MARX, la historia de la sociedad puede entenderse en términos de esta lucha. MARX y ENGELS (1972) dicen en su introducción al Manifiesto Comunista:

La historia de toda sociedad existente hasta ahora es la historia de las luchas de clases. Libre y esclavo, patricio y plebeyo, señor y siervo, maestro y oficial, en una palabra, opresor y oprimido, se mantienen en constante oposición mutua. (Págs. 335-336.)

Hay ciertas discusiones entre los teóricos acerca del grado en el que MARX pretendía, en realidad, dar prioridad a la lucha entre clases diferentes. Por ejemplo, RESNICK y WOLFF (1987, Pág. 50) sostienen que a MARX le preocupaban los procesos de clase como uno más de una serie de procesos sociales y culturales mediante los cuales se produce la sociedad. No obstante, es obvio que, en sus propios escritos, MARX se refiere por extenso a la oposición entre la clase trabajadora y la burguesía. Así, una interpretación aceptable de la visión del mundo de MARX, adoptada más tarde por muchos teóricos sociales críticos, consiste en que la sociedad se basa en una lucha fundamental entre clases sociales opuestas.

En tercer lugar, mientras que HEGEL señalaba que la autoconsciencia es el punto final de la dialéctica, MARX considera que la liberación humana requiere la transformación de la realidad material. En particular, la visión de MARX de la sociedad sin clases exige la transformación fundamental del modo de producción.

Para MARX y, más tarde, para ENGELS, el comunismo constituía el marco social mediante el que podía lograrse la relación correcta entre los humanos y el mundo material (MARX, 1972c, Págs. 157-164). En esta relación, los humanos se reconocen como los creadores del mundo material y no como los desgraciados súbditos del mismo (MARX, 1972d, página 320). Es más, MARX destacaba que, en vez de ser la

negación del individuo humano, el comunismo constituía el único fundamento posible de la expresión del individuo. Para MARX (1972c), las relaciones desiguales capitalistas y precapitalistas excluían a las masas del “cultivo de sus talentos individuales” por medio de su modo de trabajo (Pág. 161).

Para MARX, en esta revolución comunista debe participar el proletariado, actuando por sí mismo en cuanto clase. En el modo capitalista de producción, el proletariado está impedido para reconocer su auténtica posición; sin embargo, su experiencia vivida de opresión constituye la idea y la motivación fundamentales para la actividad revolucionaria (Marx, 1972a, Pág. 105). La acción se dirige, por tanto, a desarrollar la capacidad de actuar del proletariado, basándose en sus intereses comunes de clase.

LOS DESARROLLOS DE LA TEORÍA CRÍTICA DEL SIGLO XX

La influencia de MARX en la teoría crítica social del siglo XX ha sido profunda. El desarrollo contemporáneo de la obra de MARX en la teoría política occidental ha tomado dos vías clave (RESNICK y WOLFF, 1987, Pág. 40). La primera es la clásica visión marxista que sigue destacando los aspectos económicos deterministas de la teoría de MARX. No obstante, algunos teóricos rechazan esta visión clásica por considerarla “demasiado estrictamente reduccionista” para que resulte útil a la hora de comprender y transformar la sociedad capitalista (RESNICK y WOLFF, 1987, Pág. 40).

En esta segunda escuela de pensamiento, puede situarse la obra de la escuela de Frankfurt, con HORKEIMER, ADORNO, MARCUSE y HABERMAS. En realidad, la escuela de Frankfurt suele asociarse con el desarrollo de la teoría crítica del siglo XX. El trabajo teórico crítico de la escuela de Frankfurt se ha centrado en poner de manifiesto los enlaces entre los ámbitos económico, político, social, cultural y psíquico (KELLNER, 1993, Pág. 47). De todos modos, en concordancia con la obra de MARX, estos teóricos siguen refiriéndose a la estructura social, en particular al capitalismo, como origen primordial de la opresión.

HABERMAS es una figura clave entre los teóricos contemporáneos de la escuela de Frankfurt. A pesar de la desilusión de muchos integrantes de dicha escuela, HABERMAS defiende el proyecto de la Ilustración más como ideal inacabado que como ideal irrealizable (LECHTE, 1994, Pág. 187).

En contraste con el enfoque económico de los escritos de MARX, la obra de HABERMAS se ocupa fundamentalmente de la acción comunicativa. Gran parte del trabajo de HABERMAS versa sobre los procesos del diálogo. En sus intentos de comprender las posibilidades del auténtico debate y del consenso, HABERMAS ha investigado las limitaciones de la comunicación racional (véase: HABERMAS, 1978). HABERMAS (1978) sostiene que la verdad es posible, aunque se deforma a través de diversos procesos sociales y psicológicos. En vez de rechazar la idea de verdad,

HABERMAS ha tratado de articular las condiciones en las que puede aflorar la verdad. Entre las condiciones por él señaladas están: la comprensión intersubjetiva, el saber compartido y el acuerdo mutuo entre los participantes en la conversación (BERNSTEIN, 1983, Pág. 186). Las teorías críticas de HABERMAS dan prioridad a la comunicación porque, a su modo de ver, el logro de una verdadera democracia requiere la auténtica participación pública en el diálogo político (KELLNER, 1989, Pág. 206: véase también: HABERMAS, 1983). Por tanto, para HABERMAS, una aportación que puede hacer la teoría crítica a la transformación social consiste en promover el debate público auténtico y en consenso sobre las cuestiones relativas a las necesidades humanas (KELLNER, 1989, Pág. 162).

Algunos desarrollos de la teoría crítica de la escuela de Frankfurt son relevantes para el trabajo social activista contemporáneo. En concreto, mientras que las teorías de la escuela de Frankfurt siguen haciendo hincapié en las relaciones opresivas de la sociedad capitalista, también se refieren a los procesos sociales contemporáneos de dominación. Por ejemplo, los exponentes de la escuela de Frankfurt sostienen que, en el siglo XX, las relaciones de dominación se han introducido en las formas culturales modernas (KELLNER, 1989, Pág. 189).

No obstante, la influencia de la escuela de Frankfurt en la teoría crítica del trabajo social ha sido menor. Una razón de ello es el estilo obtuso de la teorización de la escuela de Frankfurt, sobre todo en la obra de HABERMAS. La densidad teórica de la obra y la falta de enlaces de la teoría de HABERMAS con la práctica del cambio social limitan su utilidad para las realidades teóricas y prácticas del trabajo social crítico.

Otra razón es que, en los escritos posteriores de la escuela de Frankfurt, se va haciendo evidente la creciente desilusión con respecto a las posibilidades del cambio social. Por ejemplo, HORKEIMER y ADORNO llegan a creer que la razón se ha corrompido al incorporarse a la misma estructura de la sociedad capitalista (KELLNER, 1993, página 48). De modo parecido, en sus últimos escritos, MARCUSE decía que los antagonismos básicos de clase se habían canalizado de manera que no sirvieran ya como base de la acción revolucionaria (LEONARD, 1984, Pág. 204).

La desilusión general de la escuela de Frankfurt con respecto a las posibilidades del cambio ha supuesto que la obra de estos teóricos parezca servir de poco como orientación para las aspiraciones transformadoras de los trabajadores sociales críticos.

LA CIENCIA SOCIAL CRÍTICA

Las teorías de la ciencia social crítica que más han influido en el trabajo social activista pueden agruparse bajo el epígrafe de "ciencia social crítica". Esta variante de la teoría social crítica destaca la creencia básica del pensamiento de la Ilustración acerca de que, mediante la razón y la acción, las personas pueden reordenar en aspectos fundamentales sus circunstancias vitales privadas y colectivas (FAY, 1987, Pág. 3). FAY (1987) define así este marco:

La ciencia social crítica es un intento de comprender de manera racionalmente responsable las características opresivas de una sociedad, de forma que esta comprensión estimule a sus destinatarios a transformar su sociedad y, en consecuencia, a liberarse a sí mismos. (Pág. 4.)

En consonancia con la postura epistemológica de MARX, la ciencia social crítica se ocupa principalmente de relacionar el pensamiento y la acción. Para los científicos sociales críticos, la reflexión racional proporciona una base vital para la acción radical. La acción se dirige a movilizar a los oprimidos para que participen en procesos de transformación fundamental, personal y social.

Aunque la teoría marxista siga teniendo una influencia importante, la ciencia social crítica aprovecha un conjunto de teorías que no están relacionadas de manera explícita con MARX ni con las teorías críticas posteriores de la escuela de Frankfurt (FAY, 1987, Pág. 5).

Uno de los sentidos en los que divergen las teorías de la ciencia social crítica de los trabajos de estos pensadores es que no señalan necesariamente el capitalismo como el sistema predominante de opresión. Por ejemplo, algunas teorías de la ciencia social crítica señalan, en cambio, el patriarcado o el imperialismo como fuentes fundamentales de dominación.

De hecho, varias formas de feminismo (en particular, el feminismo radical, el feminismo socialista, el feminismo marxista y el eco feminismo), las teorías antirracistas, la teología de la liberación y la pedagogía del oprimido de FREIRE pueden considerarse teorías de la ciencia social crítica (véase: FAY, 1987).

APORTACIONES CONCEPTUALES DE LA CIENCIA SOCIAL CRÍTICA AL TRABAJO SOCIAL ACTIVISTA

A pesar de la diversidad de contenidos de los enfoques de la ciencia social crítica, estos modelos comparten un conjunto de características (véase también: FAY, 1987). En esta exposición, destacaré cuatro características de la ciencia social crítica que tienen particular relevancia para el trabajo social activista.

1. Las teorías sociales críticas tratan de explicar el orden social

En sus explicaciones del mundo social, las teorías de la ciencia social crítica priman la comprensión de la sociedad como totalidad. Las diversas teorías de la ciencia social crítica contemplan de distintas maneras la estructura social. Por ejemplo, los marxistas se refieren a la totalidad social como capitalismo, las feministas radicales señalan como sistema social primario el patriarcado (WEARING, 1986) y algunos activistas antirracistas sostienen que los sistemas del imperialismo (y los correspondientes ideales eurocéntricos) determinan fundamentalmente el orden social (véase, por ejemplo: SCHIELE, 1994).

En consecuencia, los científicos sociales críticos consideran que la estructura social global ordena en sentido fundamental las relaciones sociales, en los niveles institucional y personal. Por esta razón, los teóricos sociales críticos adoptan un orden de análisis descendente en el que se interpretan las experiencias locales como efectos de una estructura social global.

La totalidad social a la que aluden los científicos sociales críticos es una entidad social e histórica. La forma concreta que adopte la totalidad no está fijada de modo permanente ni esencial, sino que representa unos procesos sociales dialécticos concretos que pueden superarse. Mediante su análisis de la naturaleza de la totalidad, los científicos sociales críticos tratan de alcanzar ideas para la transformación social.

2. La perspectiva de conflicto es fundamental para comprender las relaciones de poder

Desde la perspectiva de la ciencia social crítica, las relaciones de poder, dentro de la totalidad social, se destacan por su conflictividad fundamental (MULLALY, 1993, pág. 141; véase también: LUKES, 1974). Los teóricos sociales críticos hacen hincapié en la dimensión de poder de la lucha dialéctica entre grupos sociales opuestos. Este punto de vista insiste en que los intereses en conflicto de las clases opuestas son irreconciliables, en sentido fundamental, y que el poder de la elite se mantiene a expensas de los indefensos (LUKES, 1974, págs. 12-13). Por ejemplo, MULLALY (1993), una trabajadora social estructural, describe la sociedad patriarcal-capitalista como "un

sistema de ganadores y perdedores, en la que el poder y los privilegios van a los ganadores y la alienación y la opresión a los perdedores" (pág. 145). Por tanto, según la perspectiva del conflicto, el poder de los individuos o grupos refuerza y refleja las desigualdades estructurales.

Entre los diversos enfoques de la ciencia social crítica, hay un enorme abanico de posturas en relación con los centros de poder y las relaciones entre ellos. No obstante, los científicos sociales críticos están unidos a la hora de considerar que el poder está fundamentalmente vinculado con la dominación (SAWICKI, 1991, página 20).

Los teóricos sociales críticos discuten acerca del modo de ejercer el poder de la elite. Para algunos, sobre todo ALTHUSSER, BALIBAR y POULANTZAS (mencionados en LUKES, 1977, Págs. 15-17), la posición y el poder del opresor y del oprimido están determinados estructuralmente. Por tanto, puede decirse que ambos grupos son "efectos" del sistema social y no sus creadores (BALIBAR, citado en LUKES, 1977, Pág. 16). En consecuencia, aunque sea evidente que la elite se aprovecha de la situación estructural, está, como los indefensos, determinada por ella.

Una visión más corriente mantenida por los científicos sociales críticos es que existe una relación dialéctica entre el poder y las estructuras sociales globales (véanse: FAY, 1987; LUKES, 1977). En esta relación dialéctica hay: una red de posibilidades para los agentes, cuya naturaleza es, a la vez, activa y estructurada, de hacer elecciones y desarrollar estrategias, dentro de ciertos límites, que, en consecuencia, se expanden y contraen en el decurso del tiempo. (LUKES, 1977, Pág. 29.)

Esta postura —que los humanos producen y, al mismo tiempo, son producidos por la sociedad— se basa en una concepción activista de los seres humanos, porque, aunque estén configurados por la estructura social, se reconoce que también son capaces de alterarla.

Como los actores sociales tienen cierto poder para mantener o cambiar el sistema, el análisis crítico pretende identificar los intereses satisfechos mediante el mantenimiento del orden social vigente, porque, aunque la concepción activista que los teóricos críticos adscriben a los humanos signifique que, tanto el opresor como el oprimido contribuyen a la organización social, se interpreta que los poderosos tienen un interés personal por su mantenimiento. En este sentido, se atribuye una mayor responsabilidad del orden social injusto a los poderosos. LUKES (1974) dice:

"La clave... de la localización del poder consiste en establecer la responsabilidad de las consecuencias derivadas del flujo de la acción o inacción de determinados agentes especificables" (página 56).

Por tanto, aunque se reconozca que los poderosos estén, hasta cierto punto, determinados por la estructura, también tienen interés personal por que se garantice que la organización estructural siga funcionando en su provecho. En consecuencia, la práctica del cambio social lleva consigo la confrontación fundamental con las elites.

3. El énfasis en la autoconsciencia racional como precursora del cambio

El tercer aspecto del modelo de la ciencia social crítica es la promoción del pensamiento racional, autoconsciente, en el proceso de liberación personal y social. De acuerdo con la dialéctica materialista de MARX, se reconoce que la realidad material estructurará fundamentalmente la idea que el individuo tenga de sí mismo, aunque no la determine por completo (CORRIGAN y LEONARD, 1978, Pág. 177).

La complicidad del oprimido en su propia opresión está asegurada, en gran medida, por las ideologías dominantes en la sociedad concreta de que se trate. WEARING (1986) define la ideología como "un conjunto de ideas y creencias o visiones del mundo que sirve a los intereses de los grupos poderosos de las sociedades y perpetúa de distintas maneras... la subordinación de los indefensos" (Pág. 34).

Para los teóricos críticos, la subordinación de los indefensos se produce sobre todo a través de las proposiciones ideológicas falsas a las que se adhieren (FAY, 1987, Pág. 70). No obstante, a pesar de la aquiescencia de los oprimidos, no desaparece el conflicto fundamental de la sociedad.

Los teóricos sociales críticos tratan precisamente de poner de manifiesto este conflicto latente y utilizarlo como motivación para el cambio social. Por tanto, la transformación social requiere un proceso de concienciación a través del cual el oprimido pueda examinar críticamente las ideologías dominantes en la sociedad. Las estrategias de concienciación se orientan a ayudar a los individuos a identificar de qué modo configura la estructura social su experiencia de la inferioridad de condiciones (véase, por ejemplo: FREIRE, 1972).

Esta actividad reflexiva se orienta a cuestionar las definiciones y visiones del mundo naturalizadas y auto limitadoras que han interiorizado los oprimidos. En este proceso de reflexión crítica, se capacita a los más perjudicados para que rechacen las posturas ideológicas dominantes, al tomar conciencia de sus auténticos intereses comunes.

Para los teóricos críticos, esta consciencia significa la liberación de los oprimidos de manera que puedan elegir de forma más auténtica en relación con su vida y, más importante aún, contribuyan a la creación de un orden social que satisfaga sus verdaderas necesidades (FAY, 1987, páginas 74-75). En consecuencia, se considera que la concienciación es la precursora fundamental de la acción social radical.

4. La participación de los oprimidos en el proceso de cambio

Los teóricos sociales críticos tratan de capacitar a los destinatarios de sus mensajes para transformar el orden social (FAY, 1987, Pág. 23). Esto significa que la teoría de la ciencia social crítica debe tener una orientación a la acción y que este proceso de cambio debe ser inteligible para el oprimido (S. LEONARD, expuesto en: MULLALY, 1993, Pág. 142).

Las teorías críticas destacan la capacidad de las personas, en especial de los oprimidos, para transformar las circunstancias de su vida colectiva. Para los científicos sociales críticos:

La Ilustración consiste en el desarrollo de los poderes del pensamiento crítico y la voluntad de utilizar esos poderes para configurar el carácter y la orientación de la vida... Desea que los receptores de su mensaje superen su indefensión, para remodelar sus organizaciones colectivas con el fin de satisfacer sus auténticos intereses e ideales. (FAY, 1987, Pág. 67.)

Por ejemplo, MARX (1972c) hace hincapié en que, mediante la acción consciente y colectiva, las clases trabajadoras pueden transformar la sociedad capitalista. En pocas palabras, la ciencia social crítica insiste en la capacidad de los humanos de transformar la sociedad hasta un estado ideal.

Para los teóricos sociales críticos, este ideal consiste en una sociedad libre de todas las formas de dominación y opresión. Este intento emancipador, junto con la creencia en la capacidad de lograrlo de la razón y la acción humanas, caracteriza la ciencia social crítica (FAY, 1987, cap. 3).

EL DESARROLLO DE UN ENFOQUE CRÍTICO DEL TRABAJO SOCIAL

Los enfoques activistas se basan, en parte, en la crítica del trabajo social ortodoxo. Los activistas exponen el carácter intrínsecamente político del trabajo social y, en especial, del papel del trabajo social en los procesos de control social (véanse: BAILEY y BRAKE, 1975; LEONARD, 1975).

Aunque parezca que esta crítica de las dimensiones dominadoras de la práctica del trabajo social ha surgido entre los trabajadores sociales marxistas (ROJEK y cols., 1988, Pág. 51), no se circunscribe de ninguna manera a ellos. Los activistas de toda índole denuncian el trabajo social convencional como un medio para la dominación sistémica de los oprimidos (véanse: GALPER, 1980; DOMINELLI y MCLEOD, 1989; MULLALY, 1993).

En los apartados siguientes, consideraré algunos elementos clave de la crítica del trabajo social ortodoxo que han aparecido en la bibliografía crítica. Estos elementos son:

- ⌘ la crítica del enfoque individualista del trabajo social ortodoxo;
- ⌘ la insistencia en las desigualdades que subyacen a la relación entre trabajador y cliente;
- ⌘ la crítica del profesionalismo.

CRÍTICA DEL ENFOQUE INDIVIDUALISTA DEL TRABAJO SOCIAL ORTODOXO

Los teóricos de la práctica crítica censuran el enfoque individualista del trabajo social ortodoxo (FRASER, 1989, Pág. 179; MULLALY y KEATING, 1991. página 51). CLOWARD y FOX PIVEN (1975) hacen hincapié en que:

Tenemos que romper con la doctrina profesional que adscribe prácticamente todos los problemas que experimenta el cliente a defectos del desarrollo de su personalidad y a sus relaciones familiares. Hay que comprender que esta doctrina es tanto una doctrina política como una explicación del comportamiento humano. Se trata de una ideología que dirige a los clientes para que se culpen a sí mismos por sus problemas, en vez de a las instituciones económicas y sociales que producen muchos de ellos. (Pág. XXIII.)

En el desarrollo inicial del canon de la práctica crítica, en las décadas de los sesenta y los setenta, los trabajadores sociales resaltaban con frecuencia las conexiones directas entre un enfoque práctico individualizador y el papel del trabajo social como "guardameta del *status quo* de la sociedad" (véanse: MIDDLEMAN y GOLDBERG, 1974, Pág. 7; THROSSELL, 1975).

Cuando el estado de bienestar retrocede, hay menos debates acerca del papel del Estado en la represión de la disidencia. De todos modos, los activistas siguen buscando un cambio del enfoque de la práctica que lleve a ésta a centrarse en las "causas primeras de opresión" en las estructuras sociales globales, como el capitalismo, el patriarcado y el imperialismo (DEMARIA, 1993, página 52).

EL RECONOCIMIENTO DE LAS DESIGUALDADES FUNDAMENTALES ENTRE TRABAJADORES Y CLIENTES

Los trabajadores sociales activistas hacen hincapié en el carácter desigual de las interacciones entre los trabajadores y los "clientes" (véase: LAURSEN, 1975, Págs. 58-59). LOWENSTEIN (citado en M. MCNAY, 1992) afirma que:

Las relaciones entre hombres y mujeres, entre razas, entre distintas clases sociales y entre las profesiones asistenciales y sus clientes son variaciones de relaciones desiguales de poder en la sociedad. (Pág. 55.)

Por tanto, se considera que las desigualdades fundamentales e inevitables entre trabajadores y clientes replican y refuerzan los procesos más generales de opresión (MOREAU, 1979, Pág. 81).

Por regla general, en las teorías del trabajo social activista, los trabajadores y los clientes se representan como oponentes. Una forma de representar esta oposición entre trabajadores y clientes se expresa con frecuencia haciendo aparecer a los trabajadores sociales como personajes completamente desconocedores de las experiencias vividas por sus clientes (véanse: CLOWARD y Fox PIVEN, 1975, páginas XXVII-XXVIII; DEMARIA, 1993, Pág. 60).

E. WILSON (1977) sostiene que "para algunos trabajadores sociales es difícil captar imaginativamente la magnitud de los problemas a los que se enfrentan sus clientes" (página 8).

De acuerdo con el enfoque deductivo empleado para analizar las relaciones de poder, se entiende que la clase media y la categoría profesional del trabajador social le confieren mayor poder y autoridad del que se supone que tienen las personas para las que trabaja. De hecho, se afirma con frecuencia que, incluso cuando el trabajador social comparte ciertas experiencias de opresión con el cliente (como la de la opresión de género), tienen más poder que las poblaciones oprimidas con las que trabajan.

Las trabajadoras sociales feministas DOMINELLI y McLeod (1989) dicen que: la relación tradicional entre la auxiliadora y la auxiliada se basa en el supuesto jerárquico de que las dientas necesitan ayuda porque, de alguna manera, son inferiores y las trabajadoras pueden ofrecer ayuda gracias a sus cualidades superiores —por sus conocimientos, su comprensión, sus personalidades bien integradas o una combinación de las tres (WILSON, 1977).

Como la mayoría de las trabajadoras sociales son de clase media y la mayoría de las clientas, de clase trabajadora, esta hipótesis de trabajo tiende a reforzar las ideas relativas a la superioridad de clase. (Pág. 62.)

Por tanto, desde el punto de vista de la ciencia social crítica, el poder y la autoridad profesionales del trabajador o trabajadora se consideran inmutables y discapacitadores. Es más, aunque, a veces, los activistas reconocen las limitaciones de acceso al poder profesional experimentado por los trabajadores, no parece que éste contribuya a unas relaciones más equitativas y mutuas entre trabajadores y clientes. De hecho, MULLALY (1993, página 162) sostiene que el limitado poder general del trabajador puede llevarle a explotar las diferencias de poder que existen entre ellos y los usuarios del servicio.

LA IDEOLOGÍA DEL PROFESIONALISMO Y LA DOMINACIÓN

Aunque el trabajo social activista resalte las situaciones estructurales disonantes de los trabajadores y de los usuarios del servicio, un aspecto importante de la crítica activista del trabajo social se centra específicamente en la ideología del profesionalismo. FOOK (1993) dice que la ideología sostiene "la creencia de que los profesionales son expertos que saben más que sus clientes acerca de la situación de su problema y de los medios para afrontarlo" (Pág. 60).

Los activistas afirman que la ideología del profesionalismo es omnipresente, tanto en las instituciones públicas como en la comunidad, en general, y que esta ideología respalda la relación jerárquica entre trabajadores y clientes (CLOWARD y Fox PIVEN, 1975; véase también: FABRICANT, 1988; ROUTLEDGE, 1993).

Un punto clave de la crítica activista del profesionalismo es que esta ideología lleva a privilegiar el saber técnico y exclusivo sobre las demás formas del saber, sobre todo la de la experiencia vivida (véanse: DOMINELLI y MCLEOD, 1989, Pág. 32; MULLALY, 1993, Pág. 174).

En su crítica del profesionalismo, es frecuente que los activistas comparen el poder ejercido por los trabajadores sociales con otras formas de poder profesional, como el efectuado por los médicos, los juristas o los consejeros (véanse, por ejemplo: THROSSELL, 1975; ANDREWS, 1992). Por ejemplo, MIDDLEMAN y GOLDBERG (1974) critican el "control del trabajador social sobre los clientes en los sistemas de servicios sociales", en cuanto que corresponde al "control de los médicos sobre los sistemas de salud [y] al control de los docentes sobre los padres en los sistemas educativos" (Pág. 4).

EL PLAN TRANSFORMADOR DEL TRABAJO SOCIAL ACTIVISTA

El trabajo social activista se orienta hacia una transformación radical, tanto de los procesos como de los objetivos de la práctica del trabajo social. Aunque los activistas tratan de desarrollar unas relaciones más equitativas entre ellos mismos y sus clientes, sus preocupaciones por la equidad no se circunscriben de ninguna manera a esto. De hecho, a los activistas les motiva la visión de una sociedad justa. PRITCHARD y TAYLOR (1978) ven de este modo la cuestión:

Para conseguir algo más que un éxito transitorio [el trabajo social] debe estar motivado tanto por el deseo de lograr un cambio socialista y ambiental como por la comprensión de las fuerzas que han llevado a nuestra sociedad a la situación actual. (Pág. 111.)

No obstante, el grado de cambio necesario y el papel que podemos esperar que desempeñe el trabajador social en el proceso de transformación varían considerablemente.

En el terreno de los trabajadores sociales activistas, se está produciendo un debate entre los enfoques reformista y revolucionario de la práctica. Algunos trabajadores sociales activistas pretenden la reforma radical de la sociedad. A veces, esta postura se alinea con una perspectiva socialista democrática (PRITCHARD y TAYLOR, 1978, Pág. 112). El enfoque radical del trabajo de casos de FOOK (1993) y el método de trabajo social estructural de MIDDLEMAN y GOLDBERG (1974) son dos buenos ejemplos de esta postura. Aunque los trabajadores sociales de la tradición reformista reconocen la necesidad de un cambio estructural fundamental, también insisten en que el cambio significativo en beneficio de las poblaciones oprimidas puede y, en realidad, debe lograrse dentro del orden social vigente (PRITCHARD y TAYLOR, 1978, Pág. 112). Por ejemplo, MIDDLEMAN y GOLDBERG (1974) se centran en el contexto estructural del dolor individual y defienden el cambio de las estructuras de prestación de servicios sociales; de todas formas, no exigen la destrucción de la sociedad patriarcal-capitalista (MULLALY, 1993, Pág. 122).

En contraste con la tradición reformista, otro grupo de trabajadores sociales activistas sostiene que la práctica activista debe orientarse de manera primordial hacia la transformación social revolucionaria (DOMINELLI, 1995, página 143; véase también: DEMARIA, 1993; DIXON, 1993; MULLALY, 1993). Estos activistas rechazan la tradición reformista, fundándose en que la justicia para las poblaciones oprimidas no puede lograrse sin la completa transformación del orden social (PRITCHARD y TAYLOR, 1978, Pág. 113). Estos trabajadores sociales dicen que la actividad reformista de los trabajadores sociales no sólo está limitada por la práctica de cambio social, sino, además, que este enfoque puede contribuir, en realidad, a la perpetuación de las relaciones de opresión.

A pesar de las tensiones entre las orientaciones reformista y revolucionaria, ambas comparten ideas clave sobre la orientación del análisis y la acción que deben adoptar los trabajadores sociales críticos.

Estas características fundamentales son:

- ∞ la concesión de prioridad a la estructura social en el análisis de problemas;
- ∞ el paso del enfoque centrado en la patología individual a la concentración sobre la opresión;
- ∞ el desarrollo de procesos de práctica igualitaria;
- ∞ la adopción de estrategias de práctica que reconozcan y cuestionen las estructuras de opresión;
- ∞ la función del trabajador social en la práctica activista.

LA CONCESIÓN DE PRIORIDAD A LA ESTRUCTURA SOCIAL

En el núcleo de la teoría de la práctica crítica se sitúa el análisis de la estructura social. Sin embargo, a partir de aquí, la diversidad es considerable, pues los teóricos de la práctica crítica se basan en análisis diferentes de la estructura social.

Los primeros enfoques de la práctica radical, de finales de los sesenta y durante los setenta, estaban significativamente inspirados por la teoría marxista y, por tanto, la clase social era la categoría conceptual fundamental en el análisis y la respuesta a la opresión (véanse, por ejemplo: LEONARD, 1975; THROSSELL, 1975; CORRIGAN y LEONARD, 1978). Sin embargo, durante las dos últimas décadas, los activistas feministas y antirracistas han cuestionado el trabajo social activista forzando el reconocimiento de fuentes de opresión distintas de la clase social.

Las trabajadoras sociales feministas presentaron una fuerte crítica contra los análisis marxistas que orientaron gran parte de los primeros modelos activistas de práctica. Aunque las preocupaciones de muchas feministas iban mucho más allá de las cuestiones de género, el trabajo de las feministas ha tenido una influencia significativa en gran cantidad de modelos activistas, incluyendo en particular los enfoques de práctica estructurales y marxistas (véase: FOOK, 1993).

Aunque haya considerables variaciones entre sus posturas teóricas, las activistas feministas, sobre todo las de los ámbitos socialista feminista, marxista feminista y feminista radical, señalan el patriarcado como un sistema generalizado de opresión (véase: NES e LADICOLA, 1989). Al incluir el análisis del patriarcado, las trabajadoras sociales feministas han podido demostrar el carácter sistémico de la opresión contra las mujeres, e incluir las cuestiones de género en el análisis de la opresión. A pesar de la permanente ceguera respecto al género de algunos trabajadores sociales activistas, es evidente que los enfoques feministas han realizado incursiones significativas en los

análisis de la opresión de un amplio espectro de modelos de práctica activista (véase: MULLALY, 1993). No obstante, aun así, las teóricas del trabajo social feminista han sido reacias a adoptar las transformaciones contemporáneas de las teorías feministas en las humanidades y las ciencias sociales, gran parte de las cuales critica una idea unificada del patriarcado (como excepción, véase: SANDS y NUCCIO, 1992).

Los trabajadores sociales antirracistas también han lanzado un reto considerable al trabajo social activista. Los teóricos antirracistas han dicho que el trabajo social, incluyendo la práctica activista, tiene una historia de racismo institucionalizado (DOMINELLI, 1989; PETRUCHINIA, 1990). Es más, algunos teóricos antirracistas sostienen que muchas formas de trabajo social crítico siguen encubriendo la opresión racial a la que se enfrenta un número significativo de clientes de la beneficencia (HUTCHINSON-REIS, 1989, Pág. 168).

Los trabajadores sociales antirracistas apuntan al impacto de la colonización y del persistente euro centrismo en la opresión padecida por las poblaciones no anglosajonas. Se dice que los grupos raciales y étnicos perjudicados comparten historias colectivas de opresión y de ubicación estructural perjudicial.

SHAH (1989) y HUTCHINSON-REIS (1989) afirman que las personas de color tienen una historia y una experiencia de la sociedad comunes y que el análisis y la respuesta a la opresión activistas deben tener en cuenta esta distinción. Por tanto, las teorías antirracistas centralizan el conflicto dialéctico entre las identidades raciales privilegiadas y las no privilegiadas. De este modo, ponen en evidencia la ceguera racial que persiste incluso en los enfoques activistas del trabajo social.

Durante algún tiempo, los activistas feministas y antirracistas han presentado críticas exigentes de los análisis basados en las clases sociales que fomentan los modelos radicales y marxistas de trabajo social. Sin embargo, hay gran cantidad de opresiones que no encajan con facilidad en el trío de opresiones según la clase social, el género y la raza, hasta el punto de dar la sensación de que estas categorizaciones puedan dejar en segundo plano ciertas formas de opresión. Por ejemplo, las mujeres lesbianas, incluyendo a las trabajadoras sociales lesbianas, han dicho que el trabajo social feminista no ha reconocido en grado suficiente sus experiencias específicas de opresión (véase: ARONSON, 1995).

Así, en el contexto contemporáneo, el trabajo social activista se ha visto impulsado a elaborar análisis que reconozcan e incorporen las preocupaciones de diversos grupos oprimidos, como las poblaciones homosexuales masculinas y lesbianas, las personas discapacitadas y las ancianas (LANGAN y LEE, 1989, página 3).

Estos desafíos lanzados al trabajo social activista se han desarrollado en el seno del paradigma de la ciencia social crítica, porque, mientras que los teóricos de la práctica crítica debaten la naturaleza de la totalidad social, aceptan, como idea organizadora

básica, que la totalidad existe realmente. En general, la respuesta activista a las protestas de las diversas identidades oprimidas excluidas ha consistido en incluirlas en una idea ampliada de la totalidad social.

Este proceso de inclusión ha adoptado dos formas principales. Unos activistas siguen dando prioridad a un sistema de opresión, considerándolo más profundo que otros. Por ejemplo, DIXON (1993), una trabajadora comunitaria feminista, sostiene que las relaciones de género deben pasar a primer plano, mientras que algunos trabajadores sociales radicales (como ROUTLEDGE, 1993) parecen otorgar prioridad al sistema de clases. No obstante, la respuesta con diferencia más común consiste en considerar que la totalidad social comprende múltiples sistemas de opresión (véase: MULLALY, 1993, Pág. 127). De ahí que muchos activistas sean extremadamente cuidadosos al incorporar a sus análisis de la experiencia social múltiples fuentes de opresión, como el trato dispensado a la ancianidad, el heterosexismo y el trato a los discapacitados.

En el análisis de múltiples sistemas de opresión, suele reconocerse el carácter mutuamente reforzante y solapado de las relaciones entre estos sistemas. MOREAU (1990) dice que "aunque mantengan sus propias características específicas y no se minimicen sus diferencias en cuanto a su gravedad, todas las formas de opresión se basan en un planteamiento idéntico de dominación y subordinación" (Pág. 64).

La idea de que el problema radica en la estructura social dominante permite que los activistas consideren que, en último extremo, los diversos objetivos emancipadores de los grupos oprimidos puedan conciliarse. En realidad, en la visión activista de una sociedad "libre de dominaciones de todo tipo" (DOMINELLI, 1995, Pág. 143) está implícita la premisa de que, en una sociedad transformada, pueden satisfacerse todas las llamadas a la liberación.

DE LA PATOLOGÍA INDIVIDUAL A LA OPRESIÓN SOCIAL

La idea de opresión es una herramienta analítica clave de los trabajadores sociales críticos. Este concepto permite a los trabajadores sociales apartarse de la idea de la insuficiencia personal como causa de perjuicios para centrarse, en cambio, en las dimensiones estructurales de las experiencias individuales o de grupo. MULLALY (1993) sostiene que la opresión se produce cuando una persona experimenta frustración, restricciones o daños "a causa de su pertenencia a determinado grupo o categoría de personas, por ejemplo, negros, mujeres, pobres, homosexuales y lesbianas" (Pág. 157).

En este apartado, destacaré que los teóricos de la práctica crítica han aplicado el concepto de opresión al análisis de las experiencias de los clientes del trabajo social. En primer lugar, en la teoría del trabajo social activista, el análisis de la opresión individual se efectúa en relación con la posición del individuo o grupo dentro de la estructura social (GIBSON-GRAHAM, 1995, Pág. 179). Por tanto, las identidades

sociales se clasifican de acuerdo con grandes categorías sociales, como clase social, género, carácter étnico y discapacidad. Estas categorizaciones son esencialistas en la medida en que los intereses y el poder compartidos de determinados grupos o individuos, como las "mujeres", las personas "discapacitadas" o "pertenecientes a ciertas etnias", "se consideran efectos objetivos necesarios de una estructura social predeterminada" (CARRINGTON, 1993, Pág. XIV). Por tanto, se entiende que distintas poblaciones comparten una identidad y una experiencia comunes (véase: DAY, 1992, página 16).

En segundo lugar, las relaciones de opresión se representan como fijas y unilaterales (DIXON, 1993, Pág. 27; MULLALY, 1993, Pág. 157). Por ejemplo, MOREAU (1979) dice: El trabajo social estructural se ocupa de las formas que utilizan los ricos y Poderosos de la sociedad para definir y limitar a los pobres y menos poderosos as formas empleadas por los blancos para definir a los pueblos indígenas y a los negros, por los hombres para definir a las mujeres, por los heterosexuales para definir a los homosexuales, por los adultos para definir a los niños, por los jóvenes para definir a los ancianos y por las llamadas personas normales para definir a las desviadas. (Pág. 78.)

De acuerdo con este esquema, ciertas identidades son necesariamente dominantes sobre otras. Diversas formas de trabajo social activista destacan determinadas relaciones de dominación; por ejemplo, algunos trabajadores marxistas hacen hincapié en la relación antagonista entre la clase media y la clase trabajadora.

Sin embargo, se entiende que las experiencias de opresión y las relaciones de dominación están fijadas en una estructura social general y, por tanto, pueden deducirse del análisis de tales estructuras.

En tercer lugar, se comprende que los diversos axiomas de opresión a los que puede estar sometido un individuo a causa de su género, clase social, raza, orientación sexual, etcétera, se superponen unos a otros. Aunque muchos teóricos de la, práctica crítica mantengan que no se puede considerar que una forma de opresión sea más pesada que otras (véanse, por ejemplo: DOMINELLI y MCLEOD 1989, Págs. 7-8; MOREAU, 1990, Pág. 63), muchos activistas creen que el grado de opresión experimentado por el individuo es concomitante con el número de opresiones experimentadas. Por ejemplo, DOMINELLI y MCLEOD (1989) hablan de la "cuádruple opresión" de la raza, el género, la clase social y la orientación sexual que afecta a las mujeres negras, lesbianas y de clase trabajadora (Pág. 65; véanse también: MAGUIRE, 1987, página 115; SHAH, 1989, Págs. 178-179; DIXON, 1993, Pág. 27).

Por tanto, aunque los activistas no tengan por qué primar determinadas categorías de opresión con respecto a otras, se da por supuesto que las categorías de opresión se "suman" en la misma dirección, por lo que una persona puede estar oprimida por partida doble o triple (YEATMAN, 1993).

EL DESARROLLO DE PROCEDIMIENTOS IGUALITARIOS DE PRÁCTICA

La teoría de la práctica crítica promueve un “cambio fundamental del poder desde las elites políticas, económicas y culturales establecidas hacia las personas oprimidas e indefensas”, (GALPER, 1980, Pág. 61). En respuesta a las críticas feministas de que la dinámica del poder jerárquico seguía vigente incluso en los procedimientos de la práctica crítica, los activistas se vieron obligados a desarrollar una mayor coherencia entre los objetivos y los procedimientos de la práctica. En consecuencia, la teoría de la práctica crítica se orienta cada vez más hacia el objetivo de fomentar la igualdad entre los trabajadores y los participantes en el contexto de la práctica (DIXON, 1989, página 88; MULLALY, 1993, Págs. 154-156; THORPE, 1992, Pág. 26).

La preocupación activista por la transformación de las relaciones de poder en el contexto de la práctica es doble.

En primer lugar, la insistencia en una mayor equidad puede considerarse como un elemento de la estrategia prefigurativa del trabajo social activista. Las estrategias prefigurativas pretenden la realización, en el contexto actual, de las formas de relaciones sociales, en especial las equitativas, que caracterizarían un orden social transformado (DOMINELLI y MCLEOD, 1989, Pág. 9; THORPE, 1992, Pág. 26; DOMINELLI, 1995, página 135).

En segundo lugar, la transformación orientada hacia unas relaciones equitativas es fundamental para dar cumplimiento a la concepción activista de los humanos que hunde sus raíces en el centro del paradigma de la ciencia social crítica. Esta premisa ontológica traduce a la práctica el reconocimiento de la capacidad de todos los humanos de participar por igual en los procesos que les afecten (GALPER, 1980, Pág. 118). Muchos activistas consideran que este proceso, mediante el que el trabajador reconoce los conocimientos y capacidades del cliente, es, de por sí, potenciador (véase: FOOK, 1993, Pág. 102).

De acuerdo con el análisis de la ciencia social crítica, el trabajador social es, por definición, más poderoso que el cliente. La consecución de unas relaciones prácticas igualitarias requiere una transferencia de poder del trabajador al participante (FABRICANT, 1988) y sobre el trabajador pesa cierta responsabilidad de efectuar la transferencia de poder. Por ejemplo, reflexionando sobre su investigación colaborativa con mujeres guatemaltecas, LYKES (1988) dice: *El reconocimiento de mi posición (de poder) aumentó mi sensibilidad con respecto a la diferencia de poder entre la investigadora y la persona participante y condujo a mis trabajos para desarrollar estrategias que capacitan a los participantes para remediar este desequilibrio. (Pág. 179.)*

En el resto de este apartado, me centrare en tres estrategias que suelen defender los trabajadores sociales activistas para conseguir unas relaciones más igualitarias en la práctica.

Son las siguientes:

1. disminución de las diferencias entre trabajadores y clientes;
2. revalorización de los conocimientos del participante;
3. garantizar la responsabilidad del trabajador con respecto al cliente.

1. Disminución de las diferencias entre trabajadores y clientes

La teoría de la práctica crítica defiende la disminución de las diferencias entre trabajadores y usuarios del servicio y a menudo se destacan dos estrategias clave. La primera consiste en que los trabajadores procuren dejar de lado los signos de categoría y autoridad que los diferencien del cliente. Los trabajadores sociales pueden hacerlo evitando utilizar la jerga profesional (CLOWARD y Fox PIVEN, 1975; ANDREWS, 1992, Pág. 34), adoptando las formas de vestir y de expresarse de las poblaciones oprimidas con las que trabajen (E. WILSON, 1977, Pág. 8) y asegurándose de trabajar con las cuestiones y Poblaciones con las que puedan "identificarse" (CHESLER, 1991, Pág. 764). Algunos trabajadores señalan también que una apertura personal adecuada Puede contribuir a facilitar la reducción de las diferencias de poder (FOOK, 1993, Pág. 104).

Otra forma de contribuir los activistas a la reducción de las diferencias entre ellos y sus clientes consiste en la adopción de una postura igualitaria radical. La teoría activista contemporánea del trabajo social opta en gran parte esta postura (véanse excepciones en: ALINKSY, 1969; DIXON, 1989).

La Postura igualitaria radical establece un compromiso práctico con los valores del poder compartido y del liderazgo del cliente que promueve con frecuencia a teoría activista (véanle: WARD y MULLENDER, 1991, Pág. 28; DOMINELLI, 1995, Pág. 142). Como se considera que la distribución desigual de destrezas está "inevitablemente correlacionada con la distribución desigual del poder" PHILLIPS, 1991, Pág. 123), la equidad radical implica a los trabajadores y a los usuarios del servicio en un aprendizaje mutuo, compartiendo conocimientos, destrezas y tareas en todas las fases de los procedimientos de la práctica (MOREAU, 1990, Págs. 56-57; MULLALY, 1993, Págs. 173-175).

Aunque los activistas reconocen la probabilidad de que se mantengan las diferencias de poder y de destreza, sigue vigente el ideal de la eliminación completa de todas las diferencias. Por ejemplo, DOMINELLI (1995) sostiene que: [una actitud igualitaria] hace más fácil que las mujeres trabajen cooperativa y colectivamente con las demás. Sin

embargo, no garantiza la ausencia de diferencias de poder entre ellas, pero sí se reconocerá y se tendrá en cuenta su presencia. (Pág. 136.)

Por tanto, desde este punto de vista, parece que las diferencias de poder se consideran inevitablemente negativas con respecto al objetivo de unas relaciones equitativas en la práctica. En realidad, aunque DOMINELLI reconozca la presencia de estas diferencias, cree que deben "tenerse en cuenta", con lo que parece dar a entender que esas diferencias deben reducirse todo lo Posible.

2. Revaloración de los conocimientos del participante

En la práctica crítica, la experiencia vivida por el cliente, sobre todo su experiencia de la opresión, se considera como una fuente rica de construcción de conocimientos y de activismo. De hecho, a menudo parece que este conocimiento se contemple como una fuente más válida de información que el saber técnico o "científico" del profesional (véase: STOECKER y BONACICH, 1992). La valoración explícita del conocimiento vivido del oprimido en la práctica activista representa "un reconocimiento y una expresión concreta del saber superior de las personas en su propio contexto y el deseo del investigador (o trabajador) de aprender de ellas" (MATHRANI, 1993, Pág. 351).

La insistencia de la bibliografía activista en la revaloración de la experiencia vivida del cliente refleja que la posición de la persona en la estructura social determina de manera fundamental su visión de la misma. Esta visión, denominada "epistemología del punto de vista", surge de la perspectiva hegeliana acerca de la relación dialéctica entre el pensamiento y la "realidad" (HARDING, 1987, Pág. 26).

La revaloración de la experiencia vivida del oprimido se basa en la premisa de que este saber vivido permite una visión más holística del mundo que la accesible a quienes están situados en una posición privilegiada en la estructura social (SWIGONSKI, 1993, Pág. 172). Por tanto, la importancia de valorar el conocimiento del oprimido radica en su capacidad de ofrecer unas perspectivas diferentes y más completas que las que pudieran conseguirse desde una posición de ventaja relativa. HARTSOCK (1990) añade que las voces que proceden de los márgenes desarrollan unos enfoques epistemológicos y unas visiones del mundo más inclusivas. Esto se debe a la improbabilidad de que los marginados confundan sus perspectivas considerándolas universales (HARTSOCK, 1990, Pág. 172).

En pocas palabras, la posición relativista del punto de vista invierte el privilegio tradicionalmente otorgado al saber profesional. Según esta opinión, la experiencia vivida de la opresión constituye una fuente fundamental para comprender la sociedad y os procesos de cambio social.

3. Garantizar la responsabilidad del trabajador con respecto al cliente

Una tercera forma de tratar de contribuir los activistas al establecimiento de unas relaciones prácticas más equitativas consiste en garantizar que el trabajador responda en primer lugar ante el cliente (véanse: MOREAU, 1990; HEALY y WALSH, 1997).

Según los activistas, esto contrasta con la lealtad de los trabajadores sociales convencionales a las burocracias para las que trabajan y a la ideología del profesionalismo que procuran mantener. Una forma de lograr esta responsabilidad consiste en maximizar la información que se facilite al cliente y en desarrollar unos mecanismos a través de los cuales el cliente pueda cuestionar al trabajador.

Como dicen MIDDLEMAN y GOLDBERG (1974): al trabajador [sic] no debe tener unos objetivos y métodos que mantenga en secreto para con el cliente. La obligación de celebrar un contrato con cada cliente o conjunto de clientes requiere que el trabajador manifieste con toda claridad sus intenciones. Esto no sólo garantiza el derecho del cliente a decidir si el comportamiento que pretende el trabajador es aceptable o no, sino también la consciencia que el trabajador tenga acerca de lo que hace. (Pág. 34.)

Es más, MOREAU (1990) dice que los trabajadores deben tratar de facilitar la responsabilidad de los organismos de bienestar social ante las personas a las que prestan servicio, lo que puede suponer la introducción de unos mecanismos de prestación de una información suficiente sobre las actuaciones y de formulación de quejas (MOREAU y LEONARD, descrito en MULLALY, 1993, Págs. 174-175). La lealtad primera del trabajador se debe al usuario del servicio, antes que a su organización o al Estado.

ESTRATEGIAS DE CAMBIO EN EL TRABAJO SOCIAL CRÍTICO

Los activistas promueven unas estrategias de práctica que reconocen las causas estructurales de injusticia y responden a ellas.

En este apartado, destacaré dos estrategias que suelen fomentarse en la bibliografía activista. La primera estrategia, la de concienciación, es común a los enfoques reformista y transformador de la práctica activista. La segunda estrategia está relacionada con la promoción de las identificaciones colectiva y de oposición y, en ciertos casos, con la promoción de la acción colectiva.

El capítulo concluirá con la exposición del papel del trabajador activista en la práctica del cambio social.

∞ Concienciación

Una estrategia clave para el cambio muy defendida por los trabajadores sociales activistas es la concienciación. La expresión "concienciación" alude a un proceso de reflexión crítica en el que el oprimido pasa de una posición de autoinculpación a la comprensión de los orígenes estructurales de sus padecimientos (FINN, 1994, Pág. 26: GUTIÉRREZ, 1995, Pág. 229).

El proceso de reflexión crítica está conectado con la experiencia vivida del oprimido. En este proceso, los individuos llegan a comprender que su experiencia vivida de sufrimiento está relacionada con su pertenencia a un determinado grupo oprimido, como las "mujeres" o los "negros". La concienciación puede llevar consigo la "redenominación" de la experiencia, de manera que se hagan explícitas las dimensiones políticas de la propia experiencia individual de desventajas o sufrimientos (VAN DEN BERGH y COOPER, 1986, Págs. 7-8; DOMINELLI y MCLEOD, 1989, Pág. 32). Además, los activistas insisten en que, en el proceso de concienciación, la reflexión crítica y la acción están relacionadas, de manera que la consciencia modificada acaba influyendo en la acción transformada del oprimido (LEONARD, 1975, Pág. 54: CARR y KEMMIS, 1986, Pág. 144).

Las estrategias de concienciación reflejan una serie de principios de la ciencia social crítica. En primer lugar, de acuerdo con la visión dialéctica, el mundo de lo material y el de lo ideológico están unidos. Los activistas sostienen que la consciencia modificada es una precursora fundamental del cambio estructural fundamental (véase: FREIRE y MCCH, 1990, Pág. 9). Las trabajadoras sociales feministas BRICKER-JENKINS y cols. (1991) dicen que: gran parte de la practica feminista empieza con un examen de los valores y creencias que obstaculizan la autorrealización individual y colectiva y trata de crear unas condiciones materiales que supongan una configuración diferente, que haga posible que todas las personas desarrollen al máximo sus posibilidades. (Págs. 275-276.) Al cambiar la visión del mundo del oprimido, las estrategias de concienciación motivan y, al mismo tiempo, facilitan una orientación para la actividad de cambio social. En particular, la actividad modificada no se reduce a las ideas de capacitación personal, sino que recoge también ideas de transformación social. Por ejemplo, BRICKER-JENKINS y cols., destacan la importancia de unas condiciones materiales modificadas.

En segundo lugar, las estrategias de concienciación reflejan la idea de la ciencia social crítica de que los humanos son esencialmente racionales y, en consecuencia, los cambios de pensamiento se reflejarán en una acción transformada. Por tanto, las estrategias de concienciación se basan en la idea de que, mediante un proceso de reflexión crítica sobre sí mismas, las personas pueden llevar a cabo una crítica de sus ideas sobre ellas mismas y de las prácticas sociales, de manera que puedan cambiar su forma de vivir (FAY, 1987, Pág. 39).

En realidad, una premisa fundamental de la estrategia de concienciación es que el proceso no se limita a la reflexión racional, sino que se extiende, en último término, a un cambio fundamental, tanto de las relaciones personales en las que intervenga cada cual como en los contextos sociales más amplios.

En tercer lugar, los activistas reconocen la importancia de su propia reflexión como fundamento de la acción. Los activistas insisten en que el proceso de concienciación debe llevar consigo un proceso dialogal entre trabajadores y clientes (GALPER, 1980, Pág. 14; MULLALY, 1993, Págs. 165-166). A pesar de la importancia que se concede a la postura basada en el diálogo, es evidente que muchos profesionales tienen una idea muy clara de lo que consideran que es la auténtica naturaleza de la experiencia de las personas. Por ejemplo, con frecuencia, los activistas dicen que su función consiste en "señalar" o "desenmascarar realidades" (véanse, por ejemplo: LEONARD, 1975, Pág. 60; MOREAU, 1990, Pág. 56; KELLY, 1995, Pág. 98).

Algunos investigadores y profesionales han tratado de combatir la tiranía potencial de la postura crítica mediante la incorporación de una postura de reflexión sobre sí mismo del investigador o profesional (MIES, 1983; HARDING, 1987; SWIGONSKI, 1993). La autoreflexividad alude a un proceso dialéctico mediante el que el profesional o investigador reflexiona sobre su posición en relación con el proceso de desarrollo del saber, e integra continuamente este conocimiento en la construcción del saber y en la acción posteriores (MYERHOFF y RUBY, citado en SCHRIJVERS, 1991, Pág. 168). La postura reflexiva es crítica para las prácticas emancipadoras, con el fin de que los activistas eviten la reproducción de procesos de dominación mediante la imposición de la consciencia crítica a los participantes.

☞ El desarrollo de las identificaciones colectivas y la aparición de las acciones colectivas

De acuerdo con la teoría del conflicto que está asociada con la ciencia social crítica, los activistas tratan de promover el desarrollo de las identificaciones colectivas y de oposición entre las personas oprimidas (GROCH, 1994). La aparición de identificaciones colectivas en medio de las poblaciones oprimidas se basa en la premisa de que, en esas poblaciones, los individuos comparten identidades y experiencias comunes. Por ejemplo, los trabajadores sociales y los investigadores activistas se refieren a esas poblaciones mediante categorías unificadas como los "pobres" (FALS-BORDA, 1987; DEMARIA, 1993), "las mujeres" (MIES, 1983) o "las mujeres guatemaltecas" (LYKES, 1988).

Se da por supuesto que, sobre la base de esta identificación compartida, las personas oprimidas serán capaces de manifestar la verdad con respecto a otras personas de su misma categoría o, al menos, de contarla de manera más fidedigna que un trabajador profesional o investigador.

Para los activistas, no sólo es importante que los oprimidos reconozcan sus identificaciones compartidas, sino que estas identificaciones también son de oposición (véase: FRASER, 1989, Pág. 171). GROCH (1994) define la consciencia opositora como "una consciencia que define su situación [oprimida] como injusta y sometida al cambio mediante la acción colectiva" (página 371).

A través de la consciencia de su oposición a los intereses dominantes, se interpreta que el oprimido reconocerá su lucha fundamental contra los intereses dominantes (CORRIGAN y LEONARD, 1978, Pág. 123; MOREAU, 1990, página 64).

El desarrollo de la identidad colectiva y opositora refleja la idea crítica de la totalidad social y la lucha dialéctica entre opresor y oprimido en la que se basa la sociedad. Esta comprensión transformada de uno mismo es fundamental para participar en el proceso de transformación social.

Muchos activistas, sobre todo los que están a favor de un enfoque revolucionario de la práctica activista, consideran que este proceso de identificación colectiva y opositora es precursor del desarrollo de acciones colectivas dirigidas por los oprimidos.

La función del trabajador activista no consiste en liderar la lucha por el cambio, sino en facilitar el desarrollo de capacidades de las personas oprimidas para que se conviertan en protagonistas del "avance de su sociedad y de la defensa de los intereses de su propia clase y grupo" (FALS-BORDA, 1987, Pág. 330).

En consecuencia, por regla general, los activistas promueven unos procesos dirigidos por los clientes o "liderados por el usuario" en los niveles de análisis y de acción (WARD y MULLENDER. 1991, página 28; véase también: SARRI y SARRI, 1992).

Aunque los trabajadores sociales activistas traten de fomentar la capacidad de los oprimidos para actuar de acuerdo con sus propios intereses colectivos, se interpreta que la sociedad en su conjunto se beneficiará de los procesos de transformación.

En realidad, los autores activistas afirman con frecuencia que los diversos sistemas de opresión, en especial el capitalismo, el patriarcado y el imperialismo, tienen consecuencias devastadoras para las personas oprimidas, pero también efectos deshumanizadores para todos (GALPER, 1980, Pág. 25; DOMINELLI y MCLEOD, 1989, Pág. 69). En este sentido, los intereses de los oprimidos constituyen problemas universales, lo que se pone de manifiesto en la afirmación de MARCUSE (1955) de que:

Los intereses del proletariado son esencialmente universales. El proletariado no tiene propiedades ni beneficios que defender. Su única preocupación, la abolición de la forma predominante de trabajo, es la preocupación de la sociedad en su conjunto. Esto se manifiesta en el hecho de que la revolución comunista, en contraste con todas las

revoluciones previas, no puede dejar sometido a esclavitud ningún grupo social, porque no hay clase social alguna por debajo del proletariado. (Pág. 291.)

Por tanto, aunque el plan de cambio social de los trabajadores sociales activistas se oriente al alivio de la miseria padecida por las personas oprimidas, se considera que, a largo plazo, la transformación social beneficiará a toda la sociedad.

☞ La práctica del trabajo social activista promueve el liderazgo de los oprimidos en procesos de cambio social

De acuerdo con la epistemología del punto de vista, los activistas consideran con frecuencia que los más desaventajados están mejor colocados para comprender las operaciones de la sociedad que quienes se benefician de la misma (MARCUSE, 1955; HARDING, 1987). En parte, esto se debe a que se da por supuesto que los oprimidos presentarán un estilo de liderazgo más inclusivo que los miembros de la elite (véase: HARTSOCK, 1990, Pág. 172). Además, parece que, en los procesos de cambio, el liderazgo participativo puede llevar a unos resultados más responsivos a las necesidades de las personas oprimidas que los modelos de evaluación e intervención de orientación profesional (SARRI y SARRI, 1992; MATHRAM, 1993).

EL PAPEL DEL TRABAJADOR

En este último apartado, describiré la función del trabajador social, tanto en los procedimientos de la práctica activista como en los más generales de cambio. La adopción cada vez más habitual de un carácter igualitario en el trabajo social activista ha llevado a la aprobación de los enfoques del cambio dirigidos por los participantes. La insistencia en la equidad en el proceso de cambio social significa que, a menudo, el trabajador queda apartado de los papeles protagonistas que hubiera desempeñado tanto en los enfoques ortodoxos de la práctica profesional como en algunos modelos de activismo (véase: ALINSKY, 1969).

Por tanto, en vez de adoptar una postura de liderazgo, la función del activista consiste en facilitar la liberación de las voces y las energías de los oprimidos en favor de los procesos de cambio. Se entiende que esto lleva consigo la transferencia de poder del trabajador al participante. Las estrategias para la transferencia de poder descritas en apartados anteriores son: la renuncia al poder y autoridad profesionales; la articulación de una base común de conocimientos de los oprimidos, fundada en la experiencia vivida por ellos de su desventaja, y la facilitación del reconocimiento de la identidad compartida y de los intereses colectivos de los oprimidos con respecto al cambio.

Aunque los activistas insisten con frecuencia en que los trabajadores deben procurar redistribuir el poder, también se reconoce que, a menudo, la capacidad del trabajador para llevarlo a cabo está muy restringida.

De acuerdo con el paradigma de la ciencia social crítica, el poder de trabajadores y de participantes se evalúa según su ubicación en la estructura social. Por tanto, se reconoce que, con independencia de las acciones que emprenda el profesional para redistribuir el poder en el contexto de la práctica, las desigualdades estructurales básicas permanecen y se reflejan en su relación con el cliente (véanse: SCHRIJVERS, 1991. Pág. 166; CARNIOL, 1992. Págs. 8-9).

Entre los trabajadores sociales activistas circula la idea habitual de que esta diferencia limita la capacidad de los trabajadores sociales para contribuir a un cambio social radical. Por ejemplo, HUDSON (1989) describe así los problemas de poder a los que se enfrentan las trabajadoras sociales feministas:

Para cada trabajadora social, por ejemplo, sería fácil trabajar con un grupo de mujeres con la mejor de las intenciones y, sin embargo, sin proponérselo a veces, perpetuar los desequilibrios de poder y, en consecuencia, limitar el desarrollo autónomo y la fortaleza del grupo. (Págs. 82-83.)

El enfoque activista del análisis del poder indica que las diferencias de poder entre los trabajadores son, al mismo tiempo, inmutables y opresoras. Esta conceptualización del poder en la relación entre el trabajador y el cliente ha llevado a algunos profesionales a concluir que la acción más potenciadora que pueda emprender un trabajador consiste en minimizar su implicación con las personas oprimidas, es decir, en transferir las destrezas y los conocimientos del modo más eficiente posible y salir de las vidas de los usuarios del servicio (véase: MIDDLEMAN y GOLDBERG, 1974).

Otra área de preocupación para los trabajadores sociales activistas es el grado en el que los trabajadores sociales, sobre todo los que trabajan "dentro del" sistema, pueden comprometerse en actividades de cambio radical (véanse: CARNIOL, 1992, Pág. 16; FOOK, 1993, Pág. 68).

Las expectativas de las organizaciones de servicios sociales y de los clientes acerca de las formas individualistas de ayuda que ofrecen los trabajadores sociales y las grandes cargas de trabajo que arrostran muchos trabajadores sociales limitan las oportunidades de los tipos de cambio social progresista que prevén los teóricos del trabajo social activista. Además, CARNIOL (1992. Pág. 17) señala que las estructuras jerárquicas y burocráticas de muchos organismos de bienestar social fomentan unos procedimientos prácticos no igualitarios. CARNIOL (1992) afirma: "en un sistema mayor que persista en sus relaciones sociales verticales, de arriba abajo, estos experimentos de democracia y libertad van contracorriente" (Pág. 17). Es más, parece que el limitado poder del

trabajador social y de sus clientes en muchos contextos de práctica del trabajo social y en la sociedad en general restringe las posibilidades de que los trabajadores sociales inicien cambios radicales.

A pesar de estas limitaciones manifiestas, muchos trabajadores sociales activistas dicen que la posición ambivalente del trabajador activista, que es agente de la clase dirigente y, al mismo tiempo, protagonista del cambio también, les brinda una oportunidad significativa de participar en la lucha dialéctica entre el opresor y el oprimido, LEONARD (1975) dice: los elementos del trabajo social han demostrado siempre cierto grado de ambivalencia con respecto a los valores burgueses a los que se encuentran expuestos de modo especial a causa de su posición de clase.

Esta ambivalencia constituye una fuente a partir de la cual puede desarrollarse la práctica radical. (Pág. 49.) Por tanto, aunque los radicales sigan insistiendo en el privilegio de clase experimentado por muchos trabajadores sociales, esto no significa que el trabajador social no pueda comprometerse en la práctica del cambio social. Con frecuencia, los trabajadores sociales activistas dicen que hay que reconocer el carácter contradictorio de la práctica del trabajo social para que los trabajadores sociales contribuyan a la transformación social progresista (véanse: LEONARD, 1975, Pág. 55; HANMER, 1977, Pág. 93; HUDSON, 1989, Pág. 70).

La posición ambivalente del trabajador supone que el trabajador social tenga que establecer un compromiso concertado con la actividad de cambio, con el fin de que su práctica profesional no se limite a favorecer los intereses de la clase media.

En particular, esto significa que los trabajadores deben hacer caso omiso de sus propios intereses de clase en beneficio de los marginados. De hecho, FREIRE (descrito en MAGUIRE, 1987) indica que el trabajador liberador debe cometer un "suicidio de clase" (Pág. 68).

El objetivo de la transformación social fundamental exige, por tanto, que la práctica profesional activista no sea simplemente un enfoque de la práctica del trabajo social, sino una forma de vida (MULLALY, 1993, Pág. 200). La práctica profesional activista exige que el trabajador esté dispuesto a vivir de acuerdo con un conjunto de valores diferentes de los jerárquicos y, en último término, injustos que predominan en las burocracias de bienestar social, las instituciones docentes y la sociedad en general (DEMARIA, 1993, Págs. 51-52; DOMINELLI, 1995, Pág. 135).

Los procesos de trabajo social activista suponen unos enfoques de la práctica profesional que van más allá de lo que las organizaciones de bienestar social esperan de los profesionales del trabajo social y, a menudo, lo contradicen. Para mucha gente, el trabajo social activista requiere congruencia entre las prácticas personales y las de trabajo. Por ejemplo, GALPER (1980, Pág. 12) señala que los radicales aportan una coherencia mayor a sus vidas al integrar los compromisos políticos con su práctica profesional. Es más, con frecuencia, esto supone una actividad política aparte de la

relacionada con la práctica profesional del trabajo social. Por ejemplo, a menudo, los trabajadores sociales activistas insisten en la importancia de establecer coaliciones con las organizaciones de cambio radical, como los cuerpos de abogados y los sindicatos progresistas (véanse: CORRIGAN y LEONARD, 1978; MULLALY, 1993, cap. 10).

CONCLUSIÓN

En este capítulo, he destacado los impulsos teóricos que configuran el pasado del trabajo social activista y que definen también su presente. A pesar de la enorme diversidad existente dentro del canon crítico, he identificado algunos de los supuestos clave sobre los procesos de poder, identidad y cambio a través de los cuales se desarrolla la práctica crítica.

En muchos aspectos, esta rica herencia ha prestado un buen servicio al activismo: ha permitido la reorientación de los discursos oficiales sobre la práctica profesional, apartándolos del enfoque centrado en el individuo y llevándolos a la inclusión de cuestiones más generales, al menos en algunos enfoques de la práctica. De hecho, durante las tres últimas décadas, las ideas críticas han recabado un espacio legítimo en algunos campos de la formación para el trabajo social profesional, como atestiguan la incorporación de estas ideas a los textos fundamentales del trabajo social y de la política social.

No obstante, están empezando a aparecer grietas en la fachada y no sólo a causa de las espectaculares transformaciones políticas que nos afectan, sino también porque las críticas teóricas y la investigación sobre la práctica contemporáneas están suscitando problemas acerca de la relevancia de la teoría de la práctica crítica para mantener la visión y la práctica en los contextos locales en los que están situados los trabajadores sociales. GIBSON-GRAHAM (1996) afirma que si la estructura social "se hace con todo el espacio social disponible, no hay sitio para nada más... Si funciona como una unidad, no puede ser reemplazada parcialmente" (Pág. 263). En el próximo capítulo, mostraré cómo pueden utilizarse las obras de FOUCAULT y de las feministas radicales post estructurales para revelar y reconstruir las premisas del trabajo social crítico.

CAPÍTULO III

FOUCAULT, EL FEMINISMO Y LA POLÍTICA DE EMANCIPACIÓN

Los enfoques críticos de la práctica han tenido una suerte ambivalente en los estados contemporáneos de bienestar. Por una parte, para sorpresa de muchos trabajadores sociales críticos, se ha registrado cierto apoyo oficial de lo que antes se consideraran causas radicales (LANGAN, 1998). Por ejemplo, la importancia de las colaboraciones entre trabajadores sociales y usuarios del servicio en la práctica se ha plasmado en la legislación sobre el bienestar infantil del Reino Unido (la Children Act, 1989), Nueva Zelanda (la Children, Young Persons and Their Families Act, 1989) y de algunos estados de Australia (la Victorian Children and Young Persons Act, 1989).

Por otra parte, el ascenso de la nueva derecha y la orientación hacia la práctica de la gestión del riesgo constituyen un terreno hostil para el trabajo social progresista en una época caracterizada por unas transformaciones espectaculares de la organización y suministro de los servicios de bienestar, muchos trabajadores sociales consideran innecesarias y poco afortunadas las incursiones efectuadas por el conjunto de teorías "post", como el post estructuralismo, el postfordismo y el postmodernismo, en las ciencias sociales y las humanidades.

A pesar de la reciente apertura del debate sobre la relevancia de estas teorías contemporáneas en la bibliografía del trabajo social, su influencia en el trabajo social, sobre todo en la práctica cotidiana y en la elaboración de la política, es limitada. FAWCETT (1998) sostiene que: la resistencia a teorizar, la tradición oral y la confianza generalizada en el "sentido común" pueden explicar esta relativa falta de influencia. La complejidad de algunos de los materiales implicados y la dificultad de relacionar la teoría con la práctica también pueden ser particularidades que influyan. (Pág. 264.)

Es muy posible que ciertos aspectos de la "cultura" del trabajo social en especial la duradera ambivalencia acerca de la teoría de la práctica contribuyan a la indiferencia con respecto al post estructuralismo. En el título de su artículo: *"¡Oh no! Not more isms"*, FEATHERSTONE y FAWCETT (1995) recogen el hastío de los trabajadores sociales respecto a la teoría, en particular las teorías que no parecen inmediatamente relevantes para la práctica.

Aunque, en muchos campos de práctica, los trabajadores sociales se han mostrado dubitativos a la hora de hacer suyas las ideas post estructurales, los autores relacionados con el trabajo social crítico se cuentan entre los críticos más hostiles de estos desarrollos contemporáneos, porque, aunque algunos abracen las ideas post estructurales y postmodernas como fuerzas "decididamente progresistas" (MOORE y WALLACE, descrito en LEONARD, 1996, Pág. 7), muchos están alarmados ante el retroceso de las ideas universales de justicia, equidad y el cambio radical que estas ideas suponen (véanse: DIXON, 1993; HEWITT, 1993; TAYLOR-GOOBY, 1994; FALS-BORDA, 1994; KENNY, 1994; REASON, 1994; MCDERMOTT, 1996).

Determinados activistas, como Lisa MACDONALD (1996), lamentan la creciente influencia del postmodernismo en la teoría social porque, a su modo de ver, "proporciona la racionalización perfecta para no luchar. Te absuelve" (Pág. 51). Sin embargo, las reticencias respecto al post estructuralismo pueden explicarse más bien en relación con la "cultura" del trabajo social o con las diferencias de opinión sobre el trabajo orientado al cambio.

En sus desafíos al humanismo, el post estructuralismo ataca los mismos fundamentos del trabajo social moderno, sea "ortodoxo" o "radical". El post estructuralismo cuestiona la proposición humanista de que, mediante el pensamiento y la acción racionales, las sociedades humanas pueden transformarse a sí mismas. Todo esto constituye un enfrentamiento trascendental con el trabajo social moderno, que ha tratado de alcanzar "la belleza (estética), el bien (ética) y la verdad (ciencia) al procurar conseguir una calidad de vida agradable y una sociedad justa utilizando las ideas de las ciencias sociales" (HOWE. 1994, Pág. 518).

Aunque el post estructuralismo supone un ataque general contra los fundamentos del trabajo social, lanza un intencionado desafío a la práctica activista. Las teorías post estructurales cuestionan el autoritarismo, a menudo desapercibido, enraizado en las teorías de la práctica emancipadora.

En este capítulo, comienzo una exploración de lo que los impulsos profundamente desestabilizadores del post estructuralismo crítico puedan ofrecer, si acaso, al trabajo social. Pretendo revisar aquí los conceptos clave de la teoría crítica post estructural, tal como aparecen representados en las obras de FOUCAULT y de las feministas radicales post estructurales.

Me centraré especialmente en sus enfoques de los conceptos de poder y de subjetividad (identidad) y, en los capítulos siguientes, destacaré las consecuencias de sus trabajos para repensar y diversificar las prácticas políticas emancipadoras, lo que sentará las bases de la exploración posterior, de las aportaciones que puedan hacer las teorías post estructurales para reformular el trabajo social en una época de incertidumbre.

EL POST ESTRUCTURALISMO: PANORAMA GENERAL

El término "post estructuralismo" alude a un amplio conjunto de proyectos teóricos desarrollados en las ciencias sociales y en las humanidades durante el Siglo XX (WEEDON, 1987). Pocas cosas unifican las teorías post estructurales y, a causa de las considerables diferencias entre los post estructuralistas, suele ser más útil exponer los trabajos de pensadores individuales. A pesar de tales variaciones, la obra lingüística de DE SAUSSURE ha constituido un fundamento importante para las teorías post estructurales (WEEDON, 1987, páginas 22-25).

DE SAUSSURE destacó el carácter productivo del lenguaje; desde este punto de vista, el lenguaje constituye las entidades que describe (ROJEK y cols., 1988, Pág. 120). Es más, DE SAUSSURE teorizó que el lenguaje es un sistema de signos en el que el significante (el sonido o la imagen escrita) y el significado mantienen una relación arbitraria entre ellos, aunque esa relación se fije en el lenguaje (WEEDON, 1987, Pág. 23). Por ejemplo, el término "mujer" se hace posible mediante su contraste con otros términos como "hombre" o "niña" y, aunque este término se asigne, se da por supuesto que se refiere a algo real; de ahí que el significado del término "mujer" se dé por inmutable de un contexto a otro.

Sin dejar de reconocer su deuda con DE SAUSSURE, los post estructuralistas también rechazan algunas de las ideas clave de su obra. Mientras que DE SAUSSURE señalaba que la relación entre el significante y el significado es asignada y no esencial, los post estructuralistas llevan más adelante esa idea y hacen hincapié en que todos los significados son inestables (WEEDON, 1987, página 25).

Para los post estructuralistas, el significado se construye mediante los discursos, que están siempre histórica y contextualmente situados, y en cualquier contexto dado opera una serie de discursos, lo que hace posibles unas interpretaciones de las entidades que compitan entre sí. Por ejemplo, un "trabajador social" también puede identificarse como "ayuda", "víctima" u "opresor", según las posibilidades interpretativas posibles en un contexto concreto.

A los post estructuralistas les preocupa comprender los procesos a través de los cuales se producen los objetos sociales en el lenguaje, en particular los procesos mediante los que se afirman ciertas verdades mientras que se marginan otras. Como el significado, incluyendo el significado de la identidad, se establece a través de discursos en competición, para los post estructuralistas el lenguaje se convierte en un importante terreno de confrontación (WEEDON, 1987, Pág. 33). "Los post estructuralistas están preocupados por apartarse de las ideas de significados o creencias "esenciales" en un orden fijo, singular y lógico" (FEATHERSTONE y FAWCETT, 1995, Pág. 27).

En vez de continuar la búsqueda de "la Verdad" de lo que "sea" el trabajo social, puede avanzarse hacia el reconocimiento de que no hay una "cosa" como el "trabajo social" y que la expresión se refiere a un amplio conjunto de prácticas situadas en el ámbito local.

La evaluación del trabajo social como "ortodoxo" o "radical" no se lleva a cabo en relación con definiciones universales de lo que se interprete como activismo o cualquier otra cosa, sino con la consideración de los efectos de la práctica y de los procesos de elaboración política en lugares específicos.

LA IDEA DE DISCURSO

Los teóricos post estructurales otorgan prioridad a la función del lenguaje en la constitución de la realidad social. La premisa es que no hay forma de experimentar directamente el mundo social; en cambio, sólo se puede conocer la "realidad" a través del lenguaje. PARTON (1994a) define del siguiente modo la idea de discurso:

Los discursos son estructuras de conocimientos, afirmaciones y prácticas mediante las cuales comprendemos, explicamos y decidimos cosas. Al constituir agentes, también ellos definen obligaciones y determinan la distribución de responsabilidades y autoridades a diferentes categorías de personas, como padres y madres, niños, trabajadores sociales, médicos, abogados, etcétera... Son marcos o cuadrículas de organización social que hacen posibles ciertas acciones e impiden otras. (Pág. 13.)

Al fijar normas y verdades, los discursos configuran lo que puede escribirse, decirse e incluso pensarse en un contexto determinado (MCHOUL y GRACE, 1991, Pág. 31). Es más, los discursos tienen una existencia material en la medida en que no se limitan a construir ideas, sino también el "campo de objetos" a través del cual se experimenta el mundo social (Foucault, 1977, página 199).

Según este punto de vista, no hay realidad alguna fuera del discurso (FOUCAULT, 1981b, Pág. 67). No quiere decir esto que el lenguaje produzca por completo experiencias como la pobreza y la violencia doméstica, sino que estas experiencias sólo pueden entenderse mediante el lenguaje. El discurso configura de manera fundamental estas experiencias en la medida en que facilita la comprensión de las mismas y la acción sobre ellas.

A pesar del antagonismo expresado por algunos teóricos del trabajo social respecto al post estructuralismo, el lenguaje es fundamental para gran parte de la actividad de cambio en la que participan los profesionales y los responsables de la política. Por ejemplo, las trabajadoras sociales feministas han cuestionado las prácticas lingüísticas a través de las cuales se comprende la violencia familiar. Los activistas han discutido los silencios sobre las experiencias de malos tratos en la familia e iniciado campañas para la nominación pública de esa violencia.

Desde la perspectiva post estructural, el valor de las prácticas activistas aquí descritas no reside en que hayan expuesto la "Verdad", sino en que, al generar significados nuevos, los activistas han aumentado las posibilidades de comprensión y de acción de quienes experimentan la violencia familiar y de quienes trabajan con ellos.

FOUCAULT Y LAS “REGLAS” DEL DISCURSO

Sostiene FOUCAULT que hay cuatro elementos en la formación de los discursos. Al destacar estas reglas, me propongo poner de manifiesto cómo puede ser útil la idea de discurso de FOUCAULT para repensar algunas premisas acerca de la "realidad" social y del cambio social de las que depende el trabajo social, en especial la práctica profesional progresista.

En primer lugar, los discursos se producen mediante “reglas” y procedimientos específicos que hacen posible que “ciertos enunciados y no otros se produzcan en determinados momentos, lugares y ubicaciones institucionales” (FAIRCLOUGH, 1992, Pág. 40; véase también: FOUCAULT, 1981b, Pág. 52).

Los discursos hacen que algunas cosas se puedan decir, mientras que marginan otras proposiciones. Por ejemplo, las posibilidades con que cuentan los trabajadores sociales en la actualidad para comprender la “violencia familiar” son diferentes de las que tenían al final de la Segunda Guerra Mundial. Además, la coherencia del discurso depende de la supresión de diferencias (FEATHERSTONE y FAWCETT, 1995, Pág. 27). Por ejemplo, los discursos de la práctica crítica aluden con frecuencia a los “trabajadores” y a los “usuarios del servicio”, como si cada grupo identificado fuese homogéneo y completamente diferente, pasando por alto las diferencias existentes dentro de cada categoría y los aspectos comunes a ambas.

En segundo lugar, los discursos y el poder están interconectados; como dice FOUCAULT (1991 a), “el poder y el saber se implican directamente uno a otro” (Pág. 27). La obra de FOUCAULT afirma la imposibilidad del saber objetivo cuando señala que todo saber “está definido por relaciones de poder” (LEONARD 1994, Pág. 12; véase también: FOUCAULT, 1980d, Págs. 131-132). En vez de evaluar si cada afirmación es “verdadera” o “falsa”, FOUCAULT se ocupa de comprender los procesos mediante los que se hacen posibles las afirmaciones de verdad y se llega a considerar a determinados individuos capaces de proclamar esa verdad.

En consonancia con la crítica hecha por muchos trabajadores sociales críticos, FOUCAULT ha señalado que la categoría de verdad de las modernas ciencias sociales ha permitido ejercer el poder disciplinario, en relación con las poblaciones marginadas, a los profesionales del servicio asistencial directo (véase: FOUCAULT, 1981 a, 1991 e).

Los regímenes de verdad también pueden operar a través de los discursos populares. Por ejemplo, las doctrinas políticas y religiosas producen afirmaciones de verdad y procedimientos para distinguir entre lo que es verdadero y lo que es falso. Como señala FOUCAULT (1981b):

La doctrina vincula a los individuos a ciertos tipos de enunciación y, en consecuencia, les prohíbe todos los demás. Sin embargo, a cambio,

utiliza ciertos tipos de enunciación para vincular a los individuos entre sí y diferenciarlos por eso mismo de todos los demás.

Para FOUCAULT, los procesos de exclusión y marginación no sólo operan delimitando el número de personas que tengan acceso a determinadas "Verdades" (como en los discursos profesionales), sino también estableciendo un régimen estricto de lo que se considere Verdad. Incluso las doctrinas políticas emancipadoras operan de acuerdo con una economía de verdades que, paradójicamente, puede fomentar la exclusión de perspectivas alternativas. Por ejemplo, en el proceso de hacer algo visible, como mediante la concienciación, hay otra cosa que se hace invisible, como otras afirmaciones de verdad (HEALY y PEILE, 1995; LEONARD, 1996; ROJEK y cols., 1988).

Como la verdad y el poder están ligados, desde la perspectiva foucaultiana, no sólo se hace necesario considerar los efectos del discurso profesional, sino también cómo pueden suprimirse los saberes sometidos a través de ciertas formas de saber, como el saber crítico y la experiencia vivida que defienden los activistas.

En tercer lugar, los discursos son discontinuos y contradictorios. Esto significa que, en cada contexto, opera una serie de discursos, que pueden solaparse, ser diferentes o discontinuos, y, en ese contexto, una combinación de discursos configurará la comprensión y la acción (FOUCAULT, 1981b). Al destacar las interacciones complejas, conflictivas y contextuales del discurso, FOUCAULT (1980d) cuestiona la idea hegeliana del despliegue de la totalidad social, fundamental para las teorías críticas que informan los discursos del trabajo social progresista. Los discursos que configuran el saber pueden variar espectacularmente de un contexto a otro y entre unas épocas históricas y otras. Por ejemplo, los discursos del trabajo social o de la medicina de hace un siglo se asemejan poco a sus formas contemporáneas. Aun así, los trabajadores sociales no son ahora más "libres" de lo que eran en una época anterior de la historia, sino que tienen posibilidades de acción diferentes.

Una cuarta "regla" del discurso es que, en vez de buscar las verdades o significados profundos de los discursos, FOUCAULT (1981b, Pág. 67) insiste en el principio de exterioridad. Con este principio, FOUCAULT quiere decir que debemos considerar las operaciones concretas del discurso, es decir, preguntarnos cuáles son los efectos de los discursos o qué producen, porque en estas operaciones, en los efectos prácticos del discurso se exponen la forma y los límites del discurso. Por ejemplo, aunque muchos discursos críticos promuevan unas relaciones democráticas en la práctica profesional, estas teorías de la práctica pueden promover, paradójicamente, unas relaciones autoritarias, en la medida en que la "Verdad" crítica del activista sea incuestionable.

LA DECONSTRUCCIÓN

En contraste con los discursos de la ciencia social moderna, que se ocupan de descubrir la verdad acerca de las condiciones sociales, los pensadores post estructurales, como FOUCAULT y DERRIDA, tratan de comprender los procesos mediante los que se hacen las afirmaciones de verdad. La estrategia de deconstrucción, articulada en la obra de DERRIDA (1991), está entre los métodos post estructurales mejor conocidos para "deshacer" las afirmaciones modernas de verdad.

Describiré brevemente aquí este enfoque por su importancia para la acción política emprendida por los post estructuralistas, como las feministas post estructurales radicales, que utilizan estos métodos para desestabilizar las prácticas sociales patriarcales (PRINGLE, 1995).

En los discursos modernos, la verdad se hace posible únicamente a través de oposiciones o contrastes como los siguientes: hombre no mujer; presencia no ausencia; identidad no diferencia (GATENS, 1991, Pág. 112). La deconstrucción pretende poner de manifiesto y deshacer las oposiciones mediante las que se representa la "realidad" en el pensamiento social moderno. DERRIDA considera profundamente problemáticas estas oposiciones porque:

Los dualismos pasan por alto las diversidades existentes en el seno de las categorías, así como los aspectos comunes a categorías opuestas. Por ejemplo, la oposición entre hombre y mujer no recoge la diversidad existente dentro de cada categoría de género ni las semejanzas entre ambas.

La estructura dualista establece una estructura jerárquica a través de la cual se privilegia el primer término sobre el segundo. Por ejemplo, en los discursos psicoanalíticos, "hombre" está asociado con la presencia y "mujer" con la ausencia (GATENS, 1992, Pág. 134).

El privilegio del primer término se mantiene mediante la devaluación del segundo. Por ejemplo, el significado del término "estructural" depende de su contraste con su idea opuesta de "local", aunque en la teoría del trabajo social crítico, al menos, el valor del primero radica en la devaluación del segundo.

La deconstrucción pretende poner al descubierto las oposiciones binarias gracias a las cuales se comprende la realidad social. Mediante esta estructura, se privilegian determinadas identidades y procesos, mientras que se marginan otros. Por ejemplo, GATENS (1996) sostiene que el término aparentemente neutro de "ciudadano", al que aluden cada vez más los discursos sociales y políticos, se define en términos masculinos. Así, la categoría de las mujeres como ciudadanas depende de su capacidad de aproximarse a los cuerpos, las capacidades y las actividades de los

varones de raza blanca, clase media, heterosexuales y bien conformados. La expresión de diferencias con respecto a este ideal masculino relega a muchas mujeres a la categoría de Otro o a menos que "ciudadano".

La primera fase de la deconstrucción pone de manifiesto las oposiciones mediante las que se definen las entidades y se las invierte, de manera que se revalúe lo devaluado. La segunda etapa se centra en hallar una vía entre los dualismos para romperlos y abrirlos (B. DAVIES, 1994, Pág. 39), de manera que pueda descubrirse todo el espectro de posiciones. Por ejemplo, en contraste con el dualismo entre heterosexual y homosexual, que puede encontrarse tanto en la bibliografía homofóbica como en la de carácter liberador de homosexuales masculinos y lesbianas, la estrategia deconstructiva podría contribuir a articular un amplio conjunto de sexualidades entre estas categorías y más allá de ellas.

En cuanto herramienta política, la deconstrucción no trata de desplazar una verdad antigua en beneficio de otra nueva, sino que pretende desplazar las oposiciones, de manera que sea posible un conjunto de verdades (PRINGLE, 1995, Pág. 199). Para los trabajadores sociales, la deconstrucción es útil para destruir y reformar algunas oposiciones fundamentales de los discursos contemporáneos sobre la práctica, como: ortodoxo/radical, conservador/comunitario, control social/atención social y estudio de casos aislados/acción social, y puede incluso ayudar a los trabajadores sociales a reflexionar sobre la oposición entre servicio público y mercado que, cada vez más, es motivo de preocupación para el trabajo social.

En la actualidad, se discuten estas oposiciones, sobre todo desde los contextos de la práctica profesional convencional, como los medios oficiales (WISE, 1990; HEALY, 1998) y la práctica profesional con casos aislados (FOOK, 1993). La utilización de una estrategia deconstructiva no supone aceptar acríticamente el segundo término de cada oposición mencionada, sino indicar que, mediante la manifestación y diferenciación de las oposiciones que se han convertido en parte indiscutida del panorama del trabajo social crítico, es posible diversificar lo que se considere actividad radical dentro de los estados contemporáneos de bienestar y orientada a ellos.

Tras destacar las ideas post estructurales sobre el discurso y la deconstrucción, veamos cómo se utilizan estas ideas para conceptualizar las del poder, la identidad y el cambio en las obras de FOUCAULT y de las feministas post estructurales radicales.

EL PODER: UN ENFOQUE FOUCAULTIANO

FOUCAULT rechaza específicamente el modelo "jurídico-discursivo" de poder en el que se han basado tanto las teorías liberales como las revolucionarias del poder (SAWICKI, 1991, Pág. 52). Para FOUCAULT, este modelo, que contempla el poder como posesión de individuos y fuerza que se impone, es insuficiente para abarcar las operaciones del poder mediante las prácticas locales relacionadas con "nuestros cuerpos, nuestra existencia, nuestras vidas cotidianas" en la era moderna (FOUCAULT, 1978, Pág. 70).

Aunque FOUCAULT no trata de elaborar una teoría del poder, en su obra enuncia una serie de principios para el análisis del poder, SAWICKI (1991, Pág. 21) resume de este modo los elementos del enfoque del poder que utiliza FOUCAULT:

1. El poder se ejerce, no se posee.
2. El poder no es primordialmente represivo, sino productivo.
3. El poder se analiza de abajo arriba.

Esto significa que, en primer lugar, en la época moderna, el poder ya no puede considerarse como posesión de unos individuos o del Estado, sino que está en todas partes. FOUCAULT (1978) afirma que:

"El poder actúa a través de los elementos más pequeños: la familia, las relaciones sexuales, pero también las relaciones de domicilio, las barriadas, etc..., siempre descubrimos el poder como algo que 'traspasa', que actúa, que produce efectos" (Pág. 59).

En vez de comprender el poder mediante el análisis del Estado o de una estructura social superior, FOUCAULT dirige la atención al modo de ejercerse en contextos específicos de acción. En otras palabras, se centra menos en la identificación de qué o quién sea el opresor o el oprimido de acuerdo con un principio general superior; lo importante es comprender las prácticas a través de las cuales se ejerce el poder y se mantiene en el ámbito local. Aunque rechace la idea de que los individuos posean el poder, la obra de FOUCAULT permite que la ubicación histórica y contextual de los individuos configure las clases de poder que puedan ejercer. BORDO (1993) afirma que "nadie lo tiene [el poder]; pero las personas y los grupos están situados de forma diferente dentro de él" (Pág. 191).

La segunda proposición de FOUCAULT es que el poder no sólo es represivo, sino también productivo. FOUCAULT (1980d) señala que:

Si el poder nunca fuera más que represivo, si nunca hiciera otra cosa que decir no, ¿creen realmente que podría hacerse que alguien le obedeciera? Lo que hace que el poder se mantenga sin dificultad, lo que

hace que se acepte es simplemente el hecho de que no sólo se cierna sobre nosotros como una fuerza que diga no, sino que examina y produce cosas, induce placer, formas de saber, produce discurso. (Pág. 119.)

Según FOUCAULT, el poder es productivo en la medida en que crea cosas, como discursos, saberes e "identidad". Un aspecto importante de la tesis de FOUCAULT es que, lejos de ignorar al individuo, el poder se ejerce a través del individuo, pues le categoriza, lo vincula a su identidad, le impone la ley de la verdad (FOUCAULT, 1982, Pág. 781).

FOUCAULT dice que las ciencias sociales y las profesiones asistenciales han desempeñado un papel vital al tender un puente entre el individuo y "la gestión eficiente de hombres y cosas" (FOUCAULT, 1981a, Pág. 25; L. MCNAY, 1994, Pág. 115). Estas ciencias contribuyen a las modalidades contemporáneas de gubernamentalidad, proporcionando métodos de observación de los más mínimos e íntimos detalles de la vida de los individuos y de intervención en ellos. En las sociedades modernas, la información suscitada mediante los métodos individualizadores de las ciencias humanas informa los sistemas de vigilancia (véase: FOUCAULT, 1981 a, 1991a).

Un aspecto importante de la crítica que hace FOUCAULT de las profesiones de servicio asistencial directo es que, a través de sus intervenciones "asistenciales", los profesionales de la asistencia hacen posible que el Estado dirija y discipline a sus ciudadanos (véase: FOUCAULT, 1981a, 1991a).

Hace mucho tiempo que los pensadores críticos que se ocupan del bienestar social conocen bien esta cuestión: que los servicios asistenciales a las personas sirven de medio para el control estatal. Sin embargo, el análisis de FOUCAULT indica también que es demasiado simplista contemplar las operaciones de los servicios de asistencia a las personas en exclusiva relación con la imposición del poder del Estado sobre el individuo. FOUCAULT sostiene que las personas participan de buen grado en las formas modernas del poder porque éste no sólo actúa para someterlas, sino para producir su sentido del yo, para inducir placer o para reforzar sus capacidades individuales.

Dicho en pocas palabras, no hay "yo" sin poder. FOUCAULT (1991 a, Pág. 139) habla de la "microfísica del poder" para describir las prácticas contemporáneas, como las formas de vigilancia y los horarios, a los que se someten voluntariamente los individuos con el fin de producir un tipo concreto de yo, cuerpo o alma. BARTKY (1988) utiliza las ideas de FOUCAULT para afirmar que las prácticas disciplinarias a las que muchas mujeres adultas someten su cuerpo en las culturas occidentales contemporáneas, como los regímenes alimenticios, de mantenimiento de forma y de aspecto, subyugan mediante el desarrollo de competencias y no sólo mediante la eliminación del poder.

Estas formas individualizadoras de poder están vinculadas al poder totalizador en la medida en que contribuyen a la producción de cierto tipo de población, más dócil y, al mismo tiempo, más útil al estado moderno.

Esta visión del poder, represiva y productiva, constituye una forma útil de explicar las complejas operaciones del poder entre los proveedores de servicios y los usuarios de los mismos en los estados contemporáneos de bienestar, porque, aunque es cierto que el control social es una dimensión importante del trabajo de los servicios sociales contemporáneos, esta idea no puede explicar las operaciones del poder que no se encuadran en una relación unilateral de control (GORDON, 1988).

Al destacar las dimensiones opresoras de la práctica profesional del trabajo social, los teóricos del trabajo social crítico no se han percatado de las dimensiones ambivalentes y, a veces, positivas de la actividad de los servicios asistenciales a personas en los contextos locales. WISE (1990) ilustra así la cuestión:

"Parece que muchas personas que escriben sobre el 'estigma' del trabajo social no se dan cuenta de que muchos clientes quieren tener a un trabajador social y arman un escándalo enorme si no pueden disponer de él" (Pág. 242).

Al promover una visión del poder como algo que opera a través de los individuos y no sobre ellos, la obra de FOUCAULT anima a los trabajadores sociales a descubrir las múltiples posibilidades del poder en los contextos locales de la práctica profesional (véase: HEALY, 1999).

En tercer lugar, en contraste con el enfoque deductivo del análisis adoptado por los científicos sociales críticos, FOUCAULT insiste en el orden ascendente del análisis. Una y otra vez, FOUCAULT (1978. 1991e) señala la insuficiencia analítica de los intentos de deducir estas relaciones de poder de los análisis de las superestructuras, porque estas explicaciones no logran recoger las múltiples y diferenciadas operaciones de las modernas tecnologías del poder.

En cambio, FOUCAULT defiende la investigación que comienza en contextos específicos de práctica social. Según FOUCAULT (1980e), habría que realizar un análisis ascendente del poder, comenzando por sus mecanismos infinitesimales, cada uno de los cuales tiene su propia historia, su propia trayectoria, sus propias técnicas y tácticas, y ver después cómo estos mecanismos de poder han sido —y siguen siendo— incorporados a otros mecanismos aún más generales y a formas de dominación global. (Pág. 99.)

FOUCAULT no niega la existencia de estructuras sociales opresoras, como el capitalismo o el patriarcado (en realidad, en su obra se refiere con frecuencia a la idea del capitalismo). Lo que rechaza es concederles prioridad en la explicación de

fenómenos locales. La superestructura no produce relaciones locales de poder: son, en cambio, las relaciones locales las que facilitan los fenómenos globales de poder. La obra de FOUCAULT anima a los trabajadores sociales a que busquen los ricos datos de la práctica cotidiana para comprender cómo se mantienen y cómo pueden cuestionarse las prácticas sociales.

DE LA IDENTIDAD A LA SUBJETIVIDAD: LA FUNCIÓN DEL DISCURSO

Los teóricos post estructurales rechazan la idea humanista de identidad, que sugiere que la identidad propia esté unificada y sea constante. Para FOUCAULT (1981b, Pág. 65), la idea de un sujeto humano estable ignora la función del discurso en la constitución del yo.

Los post estructuralistas prefieren utilizar la palabra "subjetividad" al término "identidad" para designar "los pensamientos y emociones conscientes e inconscientes de la persona, su sentido de sí misma y sus formas de entender su relación con el mundo" (WEEDON, 1987, Pág. 32).

Los post estructuralistas rechazan la idea de que los individuos tengan una identidad o esencia presocial, como la de "mujer" o "proletariado". En cambio, según ellos, la subjetividad de la persona se produce a través de discursos. B. DAVIES (1991) dice:

Sólo podemos hablarnos a nosotros mismos o ser hablados a la existencia en el marco de los términos de los discursos a nuestra disposición... nuestras pautas de deseos que consideramos indicadores fundamentales de nuestros yoes esenciales (como el deseo de libertad o autonomía o de rectitud moral) significan poco más que los discursos y las posiciones de sujeto que en ellos se ofrecen a los que podemos tener acceso. (Pág. 42.)

Según este punto de vista, las identidades que se nos adscriben, como "mujer" u "hombre", no tienen un significado fijo ni representan esencias fundamentales. El sentido del yo del sujeto se produce mediante discursos que establecen posiciones específicas de sujeto, como varón/mujer, trabajador/cliente, clase media/clase trabajadora. En ciertos contextos, pasan a primer plano determinadas categorías de identidad, mientras que otras se marginan y, como, por regla general, hay una serie de discursos que operan en cada contexto, un conjunto de identidades será relevante para la constitución del yo en esos contextos.

Las ciencias humanas y los movimientos sociales modernos han utilizado categorías de identidad en la medida en que reflejan la "realidad" o la "esencia" de la persona. De hecho, los profesionales críticos defienden el uso de las categorías de identidad como fundamento para la acción política. En cambio, las teorías post estructurales hacen hincapié en la inestabilidad de las identificaciones.

Desde una posición post estructural, se reconoce el carácter precario, contradictorio y reconstituido de nuevo cada vez que hablamos del propio sentido del yo (WEEDON, 1987, Pág. 33). Como los discursos a través de los cuales se constituye el yo son con frecuencia discontinuos e incoherentes, es probable que las diversas subjetividades que configuran la identidad se vivan de forma contradictoria (B. DAVIES, 1994, Pág. 43). Por ejemplo, las identidades de género, raza y clase social no se suman necesariamente en la misma dirección, y una identidad puede otorgar categoría, mientras que otra puede redundar en perjuicio en un contexto concreto.

La práctica de la identificación colectiva, común a muchos movimientos sociales contemporáneos, se cuestiona cuando la teoría post estructural señala que las identificaciones compartidas, como las de "mujer" y "proletariado", no constituyen ninguna base de cualesquiera intereses políticos comunes.

Desde esta perspectiva, los discursos y las posiciones de sujeto que ponen a nuestra disposición o desde las que se nos excluye afectan mucho nuestra forma de vida. Una dirección de la práctica política es la de los discursos desestabilizadores que mantienen la opresión excluyendo a los individuos de posiciones de sujeto no opresoras, o los que confinan a los individuos a un reducido conjunto de posibilidades. Por ejemplo, en algunos discursos feministas contemporáneos, se ha entablado una lucha para renombrar a las "víctimas" de la violencia como "supervivientes", porque se dice que esta última categoría recoge de forma más completa y positiva las capacidades y el potencial de las personas que han vivido una violación.

EL FEMINISMO POST ESTRUCTURAL RADICAL

En la extensa interacción entre las teorías "post" y el pensamiento feminista, han surgido diversas posturas feministas post estructurales y postmodernas. Empleo la expresión "feminismo post estructural radical" para referirme a la obra de las pensadoras feministas contemporáneas que utilizan las ideas post estructurales para transformar las operaciones de los discursos sociales y políticos que mantienen la opresión de género.

En este análisis, me baso en primer lugar en la obra de Helene Cixous y de diversas teóricas sociales feministas, sobre todo GATENS, GROSZ y YEATMAN. Las feministas post estructurales radicales cuestionan la lógica esencialista de los discursos sociales y políticos modernos, incluyendo las prácticas feministas modernas. Sostengo que las ideas de este variado conjunto de trabajos pueden apartar a los trabajadores sociales

de la búsqueda de la "esencia" de la práctica y acercarlos al reconocimiento de su diversidad y de la importancia de la negociación y de la reflexividad en relación con las prácticas profesionales del trabajo social.

Las feministas post estructurales radicales tienen mucho cuidado de utilizar el término "patriarcado" como explicación de las relaciones de género y la opresión. No sólo es problemático el término "patriarcado", sino también las ideas de totalidad social, pues la insistencia analítica en la totalidad social deja sin explorar por completo las prácticas patriarcales locales (PRINGLE, 1995). Las feministas post estructurales radicales prefieren hablar de "prácticas patriarcales" o de "falo centrismo" a utilizar la palabra "patriarcado". WEARING (1996) observa que:

En la mayoría de los análisis feministas estructurales, se pasa de pensar en el "patriarcado", con su insistencia en el control masculino de las estructuras de la sociedad, a la idea del "falo centrismo", que denota el control masculino del lenguaje, los símbolos, las definiciones, los discursos, la sexualidad, la teoría y el pensamiento logo céntrico. (Pág. 39.)

Las feministas post estructurales radicales procuran poner de manifiesto y dismantelar la imaginaria falo céntrica mediante la que se construyen muchos discursos sociales y políticos contemporáneos, incluyendo las prácticas feministas modernas.

Las feministas post estructurales radicales rechazan la idea humanista de "mujer", en cuanto identidad dada de antemano e inmutable. La contracción de la diferencia a una oposición singular entre hombre y mujer es, para Cixous, una prueba de la lógica reductora falo céntrica. Sin embargo, el término "mujer" puede utilizarse como identidad política, es decir, como una identidad estratégicamente desplegada con el fin de luchar contra las prácticas patriarcales. Cixous (1994a) afirma que, "como mujeres, tenemos la obligación de simplificar. Con el fin de defender a las mujeres, estamos obligadas a hablar en los términos feministas de 'hombre' y 'mujer'" (Pág. 201).

Aunque sea necesario a veces, la formación de una acción política en torno a las identidades, como las de las "mujeres", la "clase trabajadora", los "no angloparlantes", debe someterse a un cuestionamiento constante de manera que se reconozca el carácter contextual y negociado de estas entidades. Para Cixous (1994b, Pág. 100), la diversidad de experiencias e intereses en un individuo nunca puede comprenderse en grado suficiente y no digamos de los intereses conjuntos de quienes se incluyen en una determinada categoría de identidad, como "mujer" u "hombre". Este reconocimiento de la diversidad de identificaciones significa que la representación política es siempre provisional e incompleta.

El feminismo post estructural radical cuestiona los proyectos totalizadores del feminismo moderno en la medida en que suprimen las diferencias entre las mujeres (YEATMAN, 1993, 1998; GATENS, 1996).

Reflexionando sobre la crítica de los proyectos feministas australianos efectuada por las mujeres aborígenes, LARBALESTIER (1998) escribe:

Estas críticas rechazan sin lugar a dudas toda comunidad de experiencia o intereses entre las mujeres "negras y blancas". Implícito en estas críticas del feminismo está el rechazo de los marcos normativos anglo céntricos incluidos en las historias de desplazamiento, desposesión, estereotipos negativos y estigmas culturales. (Pág. 78.)

Las feministas post estructurales radicales reconocen que el género no puede aislarse de las demás formas de situarse a través del discurso en términos de raza, clase social y capacidad o discapacidad. En vez de reducir los intereses de las mujeres a un "grupo" o a una lucha de oposición entre "grupos" de mujeres, las feministas post estructurales radicales promueven una política interna de discusión (YEATMAN, 1993). Cuando las diferencias pasan a primer plano, se reconoce que, a veces, la identidad compartida de género no proporciona una base común para la lucha (ANG, 1995, Pág. 68). En último término, nunca puede asumirse una identificación común que, en cambio, debe someterse a "una continua negociación, autorreflexión y cuestionamiento" (LARBALESTIER, 1998, Pág. 82).

EL PROYECTO DECONSTRUCTIVO DEL FEMINISMO POST ESTRUCTURAL RADICAL

Para las feministas post estructurales radicales, la esfera lingüística es un campo de batalla primordial. Para Cixous, "los cambios no pueden iniciarse fuera de las esferas lingüísticas. La transformación comienza desde el interior, cuando se desvelan los ordenamientos jerárquicos ocultos" (CONLEY, 1992, Pág. 38).

Para estas feministas, el sesgo masculino de las teorías sociopolíticas, incluyendo muchos proyectos feministas modernistas, no es superficial, sino inherente a su estructura (GROSZ, 1990, Pág. 163; GATENS, 1992, Pág. 120). Al desestabilizar las proposiciones nucleares de estos discursos, las pensadoras feministas tratan de contribuir a la celebración (en vez de a la supresión) de las diferencias en la práctica de las instituciones de la sociedad, como la esfera civil, la educación, el bienestar y el intercambio económico (GATENS, 1996, Pág. 98).

Las feministas post estructurales radicales atacan los compromisos patriarcales latentes que existen incluso en el seno de los discursos feministas en la medida en que estos discursos refuerzan, la oposición entre "varón" y "hembra", en vez de reventarla. La

aceptación de esta estructura dualista, aunque reprima las complejas experiencias y múltiples capacidades de hombres y mujeres, resulta particularmente opresora para las mujeres.

Las filósofas feministas GATENS (1992, 1996), GROSZ (1989, 1990) y LLOYD (1986) han demostrado reiteradamente que los términos relacionados con "dominio" y "presencia", como "mente", "razón", "logos", se definen como masculinos, mientras que "pasividad", "caos" e "irracionalidad" se asocian con lo femenino. No obstante, en vez de revalorizar el término "mujer", las feministas post-estructurales dedican su atención a deconstruir la oposición entre "hombre" y "mujer", de manera que se manifiesten la diversidad existente dentro de cada categoría y los aspectos comunes a ambas (WEARING, 1996, Pág. 39). En vez de dejar que el término denote una esencia inmutable, "mujer" se entiende como una categoría fluida y abierta.

Como FOUCAULT, Cixous critica la obra de HEGEL. En su empeño por cuestionar el cierre ante las diferencias, Cixous (1981a) se muestra especialmente crítica del método dialéctico que ha sido fundamental para las teorías de la ciencia social crítica. Cixous critica la idea de la dialéctica porque privilegia el dominio de una materia sobre la diferencia y la multiplicidad (CONLEY, 1992, página 38). En la dialéctica, toda lucha se reduce a dos fuerzas opuestas que, en último término, se derrumban abocando a una sola. Cixous apela a la superación de la dialéctica, para que los activistas rechacen la síntesis y, en cambio, abracen las diferencias y el respeto por la alteridad (CONLEY, 1992, página 38). Así, en vez de buscar la unidad, Cixous pretende estimular "la polifonía de voces" (CONLEY, 1992, Pág. 30).

El feminismo post estructural radical puede utilizarse para cuestionar diversos aspectos de los discursos del trabajo social crítico. En particular, los intentos de fijar la esencia del trabajo social, como opresor o anti opresor, pueden atacarse sobre la base de que ignoran los contextos históricos y locales de la actividad del trabajo social y la importancia de la negociación y la acción reflexiva en lugares concretos (LARBALESTIER, 1998).

La búsqueda de la unificación del trabajo social en torno a un núcleo común, "radical" u "ortodoxo", ha contribuido a la construcción de numerosas oposiciones acerca de los procedimientos de la práctica profesional. Estos dualismos, como los que giran en torno a la asistencia y el control, han facilitado que los discursos del trabajo social se desarrollaran como si ciertas formas de práctica y determinados lugares de práctica fuesen de por sí emancipadores, mientras que otros ofrecieran pocas o ninguna posibilidad de desarrollo de una práctica progresista. Estas oposiciones encubren la dificultad e incluso la necesidad del cuestionamiento directo de las posibilidades y las limitaciones de la práctica crítica en los contextos de acción.

EL CUERPO: CIXOUS, EL FEMINISMO POST ESTRUCTURAL Y “ESCRIBIR EL CUERPO FEMENINO”

El trabajo desestabilizador de las feministas post estructurales radicales pretende abrir camino a unas prácticas sociales que valoren la diferencia, la diversidad y la complejidad. Basándose en la obra de LACAN, las feministas post estructurales radicales dirigen su atención al cuerpo como lugar en el que se alternan la construcción del saber y la acción.

Las feministas post estructurales radicales hacen hincapié en que el cuerpo no sólo es biológico, sino también un artificio cultural. GROSZ (1994) lo resume así:

El cuerpo se considera como el objeto político, social y cultural por excelencia y no un producto de una naturaleza bruta, pasiva, civilizada, cubierta, pulida por a cultura. Por tanto, cuerpo y cultura no mantienen una relación jerárquica, de manera que el cuerpo sea la materia bruta en la que se inscriba la cultura. En cambio, los procesos discursivos y la biología interactúan de manera compleja, de -nodo que el cuerpo sea un entretejido y producción cultural de la naturaleza. (Pág. 18.)

La idea de GROSZ es que el cuerpo no sólo se produce a través de la biología, sino también de los procesos culturales que se inscriben en el cuerpo.

Las feministas post estructurales utilizan la idea de la inscripción cultural para teorizar sobre las diferencias corporales. Las prácticas discursivas sociales e históricas a las que están sometidos los cuerpos masculino y femenino contribuyen a las diferencias que, aunque no sean universales para todas las sociedades ni completamente coherentes en su interior, tienden a seguir ciertas pautas dentro de las culturas.

Es importante señalar que estas diferencias y capacidades no sólo están mediadas por la consciencia, sino inscritas en el cuerpo e influyen en la forma y los deseos del mismo. GATENS (1992) advierte en contra de la reificación de estas diferencias como si representaran esencias fundamentales; en cambio, sostiene que al cuerpo debe garantizársele una "historia" (Pág. 130). Por ejemplo, ocurre con frecuencia que los hombres y las mujeres tienen capacidades diferentes para la crianza y la asistencia debido a prácticas culturales que sitúan a las mujeres en estos roles y liberan (o excluyen) a los hombres de los mismos.

Sin embargo, se reconoce que, aunque los cuerpos estén configurados, por regla general, de manera muy específica, los cuerpos masculino y femenino no tienen nada esencial. GATENS (1992) señala que ciertos tipos de cuerpos masculino y femenino, como los cuerpos de los atletas de elite, tienen más en común entre ellos que otros pertenecientes a las mismas categorías de género.

Partiendo de la idea de que los discursos de la modernidad han devaluado las diferencias, Cixous defiende la inserción de la diversidad en el lenguaje. Cixous defiende la escritura femenina: la escritura del cuerpo femenino, como un elemento de este proyecto. Este proceso de escritura desde el cuerpo femenino pretende cuestionar la construcción del centro (masculino) y los márgenes (otros) en el discurso.

En vez de reemplazar sin más una unidad o esencia por otra, se trata de crear formas de escribir en las que se comprendan las diferencias, aparte de la oposición binaria entre presencia y ausencia. Al denominar a este proceso *écriture féminine*, Cixous utiliza el término "femenino" para designar la diferencia y la diversidad. Para Cixous, esta ecuación sólo es relevante en esta época histórica en la que el pensamiento dualista y el falo centrismo han convergido de manera que la mujer se convierta en el Otro "ausente", marginado (GATENS, 1992, Pág. 134). El empleo de masculino y femenino son instrumentos provisionales, como señala CONLEY (1992):

"Aunque se utilicen todavía por razones históricas, esperamos — dice [Cixous] — que masculino' y 'femenino' sean pronto reemplazados por otros, por adjetivos de color, por ejemplo" (Pág. 40).

La finalidad de la *écriture féminine* no es que las mujeres escriban para todas las mujeres, porque esto puede llegar de nuevo a un dominio sobre otras personas (GATENS, 1992, Pág. 134). Se trata, en realidad, de abandonar la reivindicación de hablar por otros y, en cambio, abrir los discursos a la diversidad.

En vez de reforzar la oposición entre masculino y femenino, este proyecto pretende cuestionar "el monopolio masculino sobre la interpretación de la feminidad, el cuerpo femenino y la mujer" (GATENS, 1992, Pág. 134) y, de ese modo, introducir posibilidades de diálogo y discusión democráticos por encima de las diferencias. Sólo devolviendo lo femenino al lenguaje, es posible acabar con las oposiciones que niegan un lugar en el lenguaje a quienes sean "Otro", es decir, a quienes no sean blancos, de clase media, heterosexuales y varones con cuerpos bien configurados (GATENS, 1991, Pág. 118).

La visión del proyecto de Cixous es la de una sociedad heterogénea. Esta sociedad no concuerda con la óptica del amo, sino con "una miríada de ojitos o pupilas, por todas partes" (CONLEY, 1992, Pág. 27). Cuando estimula la escritura sobre las diferencias, Cixous trata de desestabilizar los discursos falo céntricos que, en su búsqueda de la unidad o esencia, son intolerantes con respecto a la diferencia.

Al dirigir la atención a las diferencias corporales, la teoría post estructural radical puede exponer los dualismos de género que siguen vigentes, aunque a menudo desapercibidos, en los enfoques progresistas del trabajo social.

Muchos discursos críticos, incluyendo teorías feministas de la práctica profesional, han reforzado la oposición entre lo estructural (en el sentido de grande e importante) y lo local (con referencia a las prácticas a pequeña escala con individuos, grupos y comunidades). Paradójicamente, mediante este esquema, en el que se privilegia lo estructural como ámbito en el que tiene lugar el auténtico trabajo de emancipación y resistencia, se devalúa la práctica profesional de prestación de servicios, que suelen realizar las mujeres, como ámbitos de teorización y transformación.

En cambio, el reconocimiento de un espectro de actividad transformadora cuestiona profundamente las premisas muy marcadas por el género de las teorías contemporáneas de la práctica crítica, y hace posible la aparición de diversos activismos en el trabajo social. Es más, la idea de la *écriture féminine* de Cixous tiene relevancia a la hora de revisar los procesos mediante los que se desarrollan las teorías de la práctica del trabajo social. Puede cuestionar los enfoques autoritarios que basan el análisis de la práctica en las grandes descripciones propias de la modernidad, sin inmutarse ante las incertidumbres, la complejidad y las irracionalidades de la práctica y despreciándolas incluso.

El principio de la *écriture féminine* de utilizar lo que es marginal para cuestionar lo central puede emplearse para usar lo que es marginal en la teoría moderna de la práctica, es decir, las diversas prácticas y ubicaciones del trabajo social, para hacer trizas las proposiciones esencialistas de la teoría del trabajo social. Esto no supone la adopción de un enfoque de la teoría de la práctica del estilo de "lo que vale", sino comprometerse con la diversidad de las prácticas de trabajo social con el fin de descubrir lo que "es" y lo que puede ser el trabajo social.

EL REPLANTEAMIENTO DE LA POLÍTICA: PRINCIPIOS PARA LA ACCIÓN

El post estructuralismo golpea en el núcleo de las teorías modernas, incluyendo las teorías críticas, en las que se han basado muchos movimientos emancipadores y teorías progresistas del trabajo social.

A pesar de la diversidad y los desacuerdos entre los principales pensadores post estructuralistas mencionados en este libro, sus trabajos tienen ciertas consecuencias comunes para la práctica política.

Las obras de FOUCAULT y de las feministas post-estructurales radicales promueven unas prácticas políticas heterogéneas que están sometidas al cuestionamiento y a la negociación permanente en los lugares en los que se desarrolla la práctica profesional. En el resto del capítulo, investigaré algunas líneas de evolución en las que las teorías aquí expuestas pueden desarrollar una acción política emancipadora, lo que constituirá la base del próximo capítulo, en el que destacaré las consecuencias para los supuestos fundamentales de las prácticas profesionales del trabajo social crítico.

HACIA UNA POLÍTICA DEL DETALLE

Las obras de FOUCAULT y de las feministas post estructurales radicales conceden prioridad a los contextos y prácticas sociales locales en cuanto ámbitos de análisis y de acción. Estos pensadores "se oponen a cualquier tendencia a totalizar lo que consideran complejo y multifacético" (KENWAY, 1992, Pág. 124).

Los discursos totalizadores de la modernidad han tendido a devaluar el grado en el que los contextos históricos y locales, como los de organización, configuran y limitan la actividad política. Así, estos discursos producen estrategias universales de cambio cuya utilidad es discutible en contextos sociales concretos. Por ejemplo, como expondré con detenimiento en el Capítulo V, gran parte de las discusiones sobre la participación de los usuarios del servicio en el trabajo social se ha centrado en minimizar las obligaciones reglamentarias y de organización que tienen muchos trabajadores. ¡Si se reconocen estas limitaciones! Es más, el enfoque de los discursos críticos, centrado en la totalidad social, puede llevar a la alienación política al devaluar de forma consistente los cambios locales en comparación con el objetivo de la completa transformación (GIBSON-GRAHAM, 1995).

Las teorías post estructurales a las que nos referimos en este capítulo siguen una dirección hacia la "política de detalle" en la que la comprensión de poder, de la identidad y de los procesos de cambio comienza en el análisis de las prácticas sociales de todos los días (BENNETT, 1998). Este enfoque centrado en los detalles promueve el compromiso con las aspiraciones y las posibilidades locales de cambio y la sensibilidad respecto a los obstáculos inmediatos para la transformación. A modo de ilustración, SMILEY (descrito en PRINGLE, 1995) dice que, "en vez de imponer a las "mujeres" las identidades de potenciales derrocadoras del orden patriarcal, es mejor comenzar con las cuestiones prácticas acerca de la capacitación y la discapacitación" (página 210).

Este enfoque promueve el análisis detallado de las prácticas locales que mantienen la opresión como fundamento de la comprensión del modo de oponerse a esas prácticas y transformarlas.

El post estructuralismo contribuye a revalorizar las prácticas locales del trabajo social, como ámbitos de información y transformación, que, por regla general, se desarrolla con personas, grupos y comunidades.

EL CUESTIONAMIENTO Y LA REFORMULACIÓN DE LAS IDEAS DE CAMBIO

Los post estructuralistas sospechan de las afirmaciones modernas sobre el progreso, en especial de la afirmación de que el pensamiento racional sea el precursor de unas estrategias eficaces de cambio.

Desde la perspectiva post estructural, el ideal de avanzar gracias a la racionalidad tiende a justificar las formas científicas y racionales de saber. La ecuación del progreso que utiliza "avanzar", en vez de "moverse de forma diferente", devalúa la acción que no se adapte a una única idea de progreso.

Esto contribuye a la ceguera ante los efectos restrictivos de prácticas que se ajustan a un ideal progresista, así como a la incapacidad de reconocer las formas de progreso que no encajan en las definiciones establecidas de esa expresión. Por ejemplo, estos discursos han marginado el potencial crítico de determinados contextos de práctica con la consecuencia de que se sepa poco de las prácticas "progresistas" que se desarrollan en medios convencionales, como hospitales, prisiones y organismos de protección de los menores.

Otro problema consiste en que la insistencia en la racionalidad puede hacer que se pasen por alto otras formas de saber, como el corporal y el emocional.

Los procesos de concienciación, que suelen promoverse dentro de los modelos de práctica activista, proporcionan una ilustración de las posibilidades de que las prácticas activistas prescindan de las formas no racionales de saber.

Los procesos de concienciación pasan por alto una gran cantidad de formas de impedir o hacer posible el cambio del saber corporal e irracional o emocional. Por ejemplo, como mostraré en el Capítulo VI, en el contexto práctico crítico en el que tomé parte, el compromiso de las participantes con un discurso feminista las ayudó a hacer suyos los valores de "independencia" y "supervivencia", pero a costa de suprimir su forma de permanecer "dependientes" y "víctimas" en algunos contextos de sus vidas.

En su compromiso con las ideas únicas, lineales y racionales de progreso, los activistas participan, paradójicamente, en la "renovación continua de las estructuras vigentes de poder y dominación" (ROJEK y cols., 1988, página 134). En cambio, la teoría post estructural crítica rechaza estas ideas únicas de progreso y lleva a la diversificación de lo que se considere "verdad" y, por tanto, de lo que se considere cambio significativo. Mediante el cuestionamiento y la deconstrucción continuos del discurso, la teoría post estructural lleva a la multiplicación de "lo que se considere verdadero, racional y válido" (GROSZ, 1990, Pág. 167).

La importancia que el rechazo de las ideas únicas de progreso pueda tener para los trabajadores sociales estriba en que puede apartarlos de los intentos de fijar la esencia del trabajo social y, en cambio, hacer que pongan de manifiesto la heterogeneidad de posibilidades de práctica progresista relevantes para los distintos contextos en los que se lleva a cabo el trabajo social.

LA ATENCIÓN PREFERENTE A LAS PRÁCTICAS SOCIALES EN VEZ DE A LAS IDENTIDADES SOCIALES

Las obras post estructurales que se tratan en este capítulo cuestionan radicalmente la política de identidad en la que se basan muchos movimientos sociales modernos.

En primer lugar, FOUCAULT dice que la formación de las identidades es vital para las operaciones modernas de disciplina y vigilancia. El poder moderno opera vinculando a los individuos con unas identificaciones que, a su vez, requieren que el individuo se someta al poder (como ocurre con el poder de la escuela, la prisión, los servicios sociales, el gimnasio, el grupo de concienciación e, incluso, la clínica de belleza) con el fin de mantener un sentido coherente del yo.

Desde esta perspectiva, las prácticas de la política de identidad ejemplificada por la formación de identidades colectivas como "mujer", "homosexual" o "capaz de forma distinta" pueden reforzar las operaciones modernas del poder. Judith BUTLER (1995) sostiene que las estrategias feministas tratan de unificar a las mujeres en torno a la identidad de "mujer", de manera que:

Sin duda, hay que hacer aquí una advertencia acerca de que, en la misma lucha por la liberación y la democratización, podemos adoptar los mismos modelos de dominación que nos oprimen, sin darnos cuenta de que una de las formas de operar de la dominación consiste en la reglamentación y producción de súbditos. (Pág. 48.)

En consecuencia, abrazar una identificación consiste en interpretarse uno mismo en términos iguales a los que hacen posible la vigilancia y la disciplina.

En segundo lugar, algunas autoras, como YEATMAN (1993, 1995, 1997) y TAPPER (1993) han cuestionado la aceptación de la identidad en la medida en que esta práctica no sienta las bases de un compromiso positivo con la política y lleve, en cambio, a una política de rencor y odio. La política de resentimiento se basa en la idea de que la forma de interpretarse uno mismo a través del discurso como "hombre" o "mujer", "heterosexual" u "homosexual", "anglosajón" o "no anglosajón" predetermina el acceso de la persona al poder y, de manera muy significativa, a la categoría de "opresor" u "oprimido".

Hay que hacer dos advertencias importantes. La primera es que las categorías de "opresor" y "oprimido" están fijadas, de manera que las personas que se sitúan en la margen izquierda de esta dualidad son responsables, por su misma existencia, de la categoría de "oprimida" de la otra persona. El segundo pensamiento es que quienes se encuentran situados en la margen derecha de la dualidad tienen un acceso mínimo o nulo al poder y esa impotencia es prueba de la bondad del uno y la maldad del otro (TAPPER, 1993, página 134).

La política del resentimiento no es transformadora porque, de antemano, vacía de significado la investigación acerca del modo de constituirse las posiciones de "opresor" y "oprimido" y de cómo se mantienen en el ámbito local las prácticas sociales de opresión y, en consecuencia, cómo pueden discutirse (YEATMAN, 1997). Supone que, en último término, los individuos son las víctimas pasivas de sus identificaciones. Se considera que quienes tienen acceso al poder están poco interesados por la transformación de las relaciones sociales, mientras que los impotentes se representan como incapaces de acceder o de utilizar el poder para su propia potenciación (TAPPER, 1993, página 134; PRINGLE, 1995, Pág. 207). Esto limita la acción política a la crítica del poderoso, en vez de orientarla a la comprensión y transformación de las relaciones de poder, reforzando así la humanidad y la responsabilidad con la que se ejerza el poder.

Las obras post estructurales expuestas en este capítulo indican las muchas finalidades no democráticas y no emancipadoras con las que se ha relacionado la idea de "identidad" en las sociedades y prácticas políticas modernas. En contraste con la profesión de identidad efectuada por muchos movimientos sociales contemporáneos, FOUCAULT (1982) promueve la reinención constante del yo como estrategia de transgresión de los tipos de prácticas individualizadoras impuestas sobre las poblaciones de la época moderna.

Quizá los trabajadores sociales progresistas no puedan evitar las ideas de "opresor" y "oprimido" a causa de la utilidad de estos términos para hacer visibles las desigualdades sociales que, en otro caso, podrían parecer naturales. Sin embargo, las ideas "post" estimulan a los activistas para que se resistan a dar carta de realidad ontológica a estas categorías, es decir, convertirlas en la completa e inevitable definición de individuos y grupos y, en cambio, reorientar nuestras energías para comprender cómo se desarrollan localmente estas relaciones de sujeto y cómo es posible oponerse a ellas y transformarlas en los contextos locales de práctica y en la vida de los usuarios de los servicios.

DE LAS IDENTIDADES COLECTIVAS A LAS COALICIONES PROVISIONALES

Aunque los post estructuralistas rechacen la idea de un yo esencial como fundamento de la lucha compartida, la acción colectiva sigue siendo posible. No obstante, el "nosotros" de la actividad política compartida es siempre una categoría provisional y sólo se mantienen en la medida en que puedan identificarse problemas comunes (FOUCAULT, 1991c, Pág. 385). Si acaso, podría decirse que hay un núcleo de política post estructural que radica en el reconocimiento constante de la diferencia, que lleva, por tanto, a la imposibilidad de una única voz que hable por todas. En cambio, para muchos movimientos críticos contemporáneos, el post estructuralismo cuestiona la postura del punto de vista de que el carácter marginal de las identidades permite una comprensión más completa de la "verdad". Así, según L. MCNAY (1994): Las verdades de oposición articuladas desde abajo no tienen una posibilidad mayor de apelar a la "realidad" que la verdad oficial, pero tienen una función de resistencia o progresista en la medida en que obstaculizan la "dominación de la verdad" de quienes gobiernan. (Pág. 137.)

Para los post estructuralistas, no puede haber una Verdad, sino sólo verdades. Aunque las voces de las personas marginadas puedan cuestionar las apelaciones a la Verdad de los discursos profesionales e, incluso, políticos, ninguna voz es inocente con respecto a las operaciones del poder. Mediante la defensa de una política interna de discusión, los teóricos post estructurales, como FOUCAULT y las feministas post estructurales radicales, respaldan la creación de una especie de plurivocalidad, de manera que puedan escucharse voces diversas, se las pueda interrogar y estén representadas. En consecuencia, la política no supone un compromiso para toda la vida con una causa o identificación política, sino la aceptación de compromisos dinámicos y diversos.

HACIA UNAS PRÁCTICAS DE CAMBIO ABIERTAS Y BASADAS EN EL DIÁLOGO

En sus obras, FOUCAULT y las feministas post estructurales radicales manifiestan un profundo escepticismo acerca de las grandes descripciones de la modernidad. Los post estructuralistas cuestionan los intentos de imponer orden sobre las "realidades" y prácticas sociales, que ellos consideran intrínsecamente fragmentarias e inconstantes. De hecho, las visiones de un nuevo orden social que han guiado muchos movimientos sociales modernos se consideran dominadoras porque evitan el dinamismo de la subjetividad, el poder y el contexto (FOUCAULT, 1991f). A pesar de las enormes variaciones entre sus obras, FOUCAULT y las feministas post estructurales radicales sostienen que el peligro de las filosofías emancipadoras no radica tanto en su contenido como en su compromiso, con frecuencia no reconocido, con la Verdad. Su

voluntad de imponer la verdad a otros, aunque se perciba que se trata de una verdad emancipadora, conduce al cierre frente a otras proclamaciones de verdad.

En una espectacular revisión de la función de la teoría y de la crítica, los post estructuralistas a quienes nos hemos referido en este capítulo no tratan de describir la Verdad del mundo y, desde luego, no tienen muchas pretensiones de facilitar un plan de acción (FOUCAULT, 1991).

La filosofía es necesaria en la medida en que se interrogue qué es. Sin embargo, su papel es el de un instrumento que se toma y se transforma en el curso de la acción. Los tipos abiertos de enfoque de la teoría aquí señalados muestran el autoritarismo intrínseco a las teorías de la práctica que han tratado de proclamar la verdad y dirigir la marcha. Al proponer un enfoque más abierto de la filosofía, la obra de los teóricos "post" críticos puede contribuir a unos enfoques más democráticos para la construcción de unas teorías de la práctica del trabajo social basadas en el respeto hacia los lugares en los que se desarrolla la práctica, en cuanto ámbitos diferentes, no inferiores, en los que comprender las prácticas profesionales del trabajo social crítico.

CONCLUSIÓN

El trabajo social es variable y los activistas deberían reconocer su variabilidad en vez de tratar de fijar la esencia de la práctica profesional. Al desestabilizar las proclamaciones de la verdad de las grandes descripciones de la modernidad, en las que se han basado los enfoques ortodoxos y críticos de la práctica, el post estructuralismo puede contribuir a la reinención y diversificación de los enfoques activistas de la práctica.

Los teóricos post estructurales otorgan un papel más modesto a la teoría. Cuando se reconoce que ni la "teoría" ni la "práctica" pueden decirnos toda la verdad, pero que, unidas, pueden fomentar la comprensión y la acción con respecto a las verdades y la heterogeneidad de las prácticas del trabajo social, aparecen las posibilidades democráticas de construir teorías acerca de las prácticas del trabajo social. La exploración más detenida de estas posibilidades es el tema del próximo capítulo.

CAPÍTULO IV

RESPUESTAS DEL TRABAJO SOCIAL CRÍTICO A LAS TEORÍAS "POST"

Durante las últimas décadas del Siglo XX, un conjunto de teorías "post" transformó muchos campos de las humanidades y las ciencias sociales. Los trabajadores sociales no aceptaron de muy buena gana estos desarrollos teóricos: sin embargo, en los años noventa comenzó a surgir un cuerpo bibliográfico que discutía o defendía los méritos de estas perspectivas en relación con la práctica.

Aunque, a la luz de la crítica postestructural reciente, haya que contemplar con cierta prevención la oposición entre "convencional" y "activista", me centraré sobre todo en las respuestas de los trabajadores a estos desarrollos teóricos contemporáneos. Teniendo presente este objetivo, destacaré tres orientaciones importantes adoptadas por los trabajadores sociales respecto a las teorías "post". Estas respuestas pueden resumirse del siguiente modo: rechazo de las teorías "post" por regresivas; aceptación de los aspectos que refuerzan las teorías vigentes del trabajo social crítico, y acogida crítica de estas perspectivas para repensar y diversificar los procedimientos de la práctica crítica.

En gran parte del capítulo, me centraré en la tercera perspectiva, que utiliza la teoría postestructural para desestabilizar los discursos del trabajo social y destacar la contextualidad, la diversidad y la complejidad de las prácticas locales de cambio.

Mostraré cómo puede contribuir la teoría postestructural, por su insistencia en el contexto, a desmantelar y diversificar los conceptos centrales de la práctica crítica. No obstante, en primer lugar, comenzaré por una presentación general de las respuestas a estas ideas contemporáneas.

RESPUESTA 1: RESERVAS ACERCA DEL POSTESTRUCTURALISMO COMO FUERZA CONTRARREVOLUCIONARIA

Muchos trabajadores sociales se muestran escépticos ante la posibilidad de que las teorías postestructurales hagan alguna aportación útil para el avance de la práctica crítica. En vez de ayudar a los trabajadores sociales críticos en su búsqueda de un centro crítico para la práctica, la teoría postestructural lleva a la promoción de la incertidumbre, la diversidad y la complejidad. Esta concentración en la ambigüedad, tan atractiva en muchas áreas de las ciencias sociales y las humanidades e incluso, en algunos campos del trabajo social, es lo que resulta problemático a los autores progresistas, tanto en el terreno del trabajo social como fuera de él. Hasta hace muy poco, la respuesta predominante de los trabajadores sociales críticos consistía en citar las diversas formas de las teorías "post" como fuerzas antirrevolucionarias.

Muchos activistas condenan las teorías postestructurales por considerar que pasan por alto las pautas de opresión que trascienden los lugares y las épocas históricas (HARTSOCK, 1990).

Para estos autores, las perspectivas postestructurales resultan especialmente problemáticas en esta época histórica en la que las fuerzas de la globalización están interviniendo de manera tan opresiva en la vida de los más marginados. LEONARD (1995) observa que: Junto a una política progresista de la diferencia y con más peso que ésta, hay otra política, la de los gobiernos y las corporaciones multinacionales que están empeñados en una lucha para imponer al mundo, con independencia de la diversidad de culturas y poblaciones, una única economía global, dependiente de la lógica del mercado e indiferente, en gran medida, a las cargas sociales para los más indefensos, de masivos cambios estructurales concomitantes. (Pág. 16.)

Los pensadores críticos se muestran reacios a renunciar a la idea del todo social mientras siga constituyendo un marco útil para comprender las experiencias "locales" de los pobres y desposeídos. Teniendo en cuenta el impacto opresivo de las transformaciones contemporáneas, se aconseja a los trabajadores sociales críticos que, como mínimo, procedan con gran precaución al adoptar una política que privilegie la diferencia y el carácter local.

En segundo lugar, los autores críticos dudan de hacer suya la idea post-estructural de unas identidades múltiples y fragmentadas mientras las categorías de clase social, género y raza sigan representando unas divisiones sociales virulentas (WALBY, 1992, pág. 35). Por ejemplo, los teóricos sociales críticos expresan su preocupación porque la idea de las identidades fragmentadas y modificadas niegue "la tenacidad histórica y la longevidad material de los órdenes y estructuras opresivos" (ANG, 1995, pág. 67). Algunos autores sostienen que el retroceso de la identidad debilita las luchas progresistas contemporáneas. HARTSOCK (1990) se pregunta:

¿Por qué precisamente en el momento en el que muchos de quienes hemos sido reducidos al silencio comenzamos a exigir el derecho de darnos un nombre, de actuar como sujetos en vez de como objetos de la historia, se convierte en problemático el mismo concepto de sujeto?
(Pág. 163.)

Desde esta perspectiva, los actores sociales como las mujeres, los niños, as personas indígenas y los locos, que nunca fueron el centro del pensamiento de la Ilustración, deben contemplar con cierto escepticismo la petición de FOUCAULT de que se descentre al sujeto en los análisis modernos (SAWICKI, 1991, pág. 106).

En tercer lugar, los autores críticos discuten que las prácticas políticas progresistas puedan fundarse en la idea de la diversidad. Preocupa que la celebración de la diferencia no lleve a la justicia, sino a la aceptación acrítica de las diferencias producidas por desigualdades sociales y económicas fundamentales. Por ejemplo, aunque la insistencia en la diferencia aumente con respecto a los derechos de las madres adolescentes, también puede dejar en la penumbra las condiciones sociales que estructuran esta opción (HEALY y PEILE, 1995).

Además, algunos cuestionan que la diferencia y la incertidumbre constituyan una base suficiente para una postura progresista en los contextos de decisión política. TAYLOR-GOOBY (1993) afirma que, en un clima de retroceso de la provisión pública de servicios de bienestar, los grupos más pobres y marginales "no conseguirán atraer la atención adecuada si la diferencia, la diversidad y la elección se convierten en los temas clave de la política" (pagina 19).

Incluso entre los teóricos sociales críticos más receptivos ante ciertas dimensiones del pensamiento postestructural, existe la preocupación por la incapacidad de los teóricos contemporáneos de establecer los límites de la "celebración" de las diferencias. Como señala L. McNAY (1994), "es evidente que FOUCAULT hace juicios de valor acerca de lo que constituya una conducta política progresista y de lo que sea un abuso de poder o dominación de la verdad; sin embargo, no consigue hacer explícitos estos supuestos" (pág. 141). De modo parecido, Cixous no celebra los valores racistas ni patriarcales aunque pueda considerarse que forman parte del espectro de las diferencias. Es necesaria la articulación del marco normativo de las teorías postestructurales críticas para comprender las marginaciones y exclusiones que puedan fomentar estas perspectivas.

En cuarto lugar, los activistas dicen que las teorías postestructurales carecen de estrategias relevantes para las luchas políticas contemporáneas. Muchos autores progresistas están en desacuerdo con la subordinación "del estado" en los análisis que hace FOUCAULT del poder y de las prácticas de cambio. Según muchos analistas sociales progresistas, "FOUCAULT tenía razón, pero carecía de una teoría del estado... su concepción de la microfísica del poder no permite de ninguna manera que se conecten pequeñas luchas para constituir la base de una única lucha de la sociedad con potencial revolucionario" (BENNETT, 1998, pág. 63). De modo semejante, muchos activistas cuestionan la utilidad de las estrategias presentadas por los postestructuralistas, que, en su mayoría, se centran en la esfera lingüística, para llevar a cabo intervenciones eficaces en las "realidades" materiales del racismo, el sexismo y la pobreza. Por ejemplo, HARTSOCK (1990) observa: "la cuestión consiste en cambiar el mundo y no simplemente en redescubrirnos o reinterpretar el mundo una vez más" (pág. 172).

Es relevante preguntarse, como han hecho los radicales, si puede permitirse a los trabajadores sociales que adopten una perspectiva que no consigue ofrecer alternativas claras en una época en la que la sucesión de gobiernos conservadores que ha tenido el mundo occidental ha reducido de tal manera las actuaciones progresistas de bienestar. ELLERMANN (1998) señala que "cuando establecemos el procedimiento deconstructivo que requiere el análisis del discurso, parece no haber una base firme en la que fundarse ni verdades absolutas a las que podamos agarrarnos" (pág. 35).

Sin las certidumbres y las identidades que las teorías sociales críticas modernas nos han proporcionado, ¿para quién y con qué medios pueden luchar por la justicia los activistas?

Por último, a pesar de su promoción de la diversidad, la teoría postestructural ofrece poca cosa para la reconstrucción de los procesos políticos emancipadores. Por ejemplo, parece que se promueve la insistencia en lo local sin que se disponga de estrategias para oponerse a la dominación de las elites locales y a las proposiciones locales de verdad. Esto es problemático en la medida en que los procesos locales sean tan poco democráticos como los de la política de identidad que discuten los postestructuralistas.

Por tanto, la visión postestructural de unas prácticas políticas heterogéneas presenta defectos fundamentales en la medida en que no consiga reconocer los privilegios y las marginaciones que puedan darse, incluso, en los contextos locales de "diálogo".

La paradoja del postestructuralismo está en que, en su promoción de una postura no dogmática, no logra dominar sus propias posibilidades de rigidez (PEILE y MCCOUAT. 1997). No hay nada que impida que los supuestos del discurso postestructuralista, como la insistencia en la heterogeneidad, el carácter local y la complejidad, se conviertan en proposiciones de verdad en sí mismas. De hecho, a pesar de su antagonismo frente a las metanarraciones y a las grandes teorías, los teóricos postestructuralistas se basan en "aparatos disciplinarios de verdad", es decir, en convenciones mediante las que se establece y mantiene la verdad (FOUCAULT, citado en BARRETT. 1992, pág. 215). Es más, estos aparatos están eficazmente cerrados, como el carácter esotérico de gran parte de la teorización "post" queda fuera del alcance de las comunidades diversas que dice celebrar.

En consecuencia, la crítica que hace BORDO (1990) de la filosofía postmoderna puede aplicarse también a la teoría postestructural, cuando dice: "Nos engañamos si creemos que la teoría post-moderna tiene presente el 'problema de la diferencia', cuando muchos otros concretos están excluidos de la conversación" (pág. 140).

RESPUESTA 2: ASUNCIÓN DE LA CRÍTICA POSTESTRUCTURAL DE LOS SERVICIOS ASISTENCIALES DIRECTOS

Junto con la antipatía manifestada por muchos trabajadores sociales progresistas hacia las teorías "post", algunos autores han utilizado los análisis postestructurales de las ciencias humanas para extender la comprensión crítica de las prácticas contemporáneas de los servicios de bienestar. Un área de afinidad entre FOUCAULT (1981a, 1991a) y el trabajo social crítico es el reconocimiento de que las prácticas de bienestar están implicadas en los procedimientos de control social (véanse: ROJEK y cols., 1988; HOWE, 1994; LEONARD. 1994). Las investigaciones de FOUCAULT señalan que, en la época moderna, "la preocupación por la 'norma' y la desviación de ella han cobrado mayor importancia que las cuestiones de los valores, la justicia, lo correcto y lo erróneo" (pág. 132). Las ocupaciones de servicio a las personas, incluyendo la medicina, el derecho, la educación y el "trabajo social", están orientadas a la normalización de las poblaciones desviadas.

Sin embargo, la obra de FOUCAULT también extiende las perspectivas radicales establecidas a las dimensiones controladoras del trabajo asistencial, mostrando cómo contribuyen los servicios a las personas a la subordinación de las poblaciones marginadas. LEONARD (1994) señala que una historia foucaultiana del trabajo social pondría de manifiesto las sutiles operaciones de control que operan a través de los procedimientos de bienestar que hacen que "la razón, la objetividad, el método y la organización burguesas y patriarcales tengan mayor importancia que la irracionalidad, la subjetividad, el caos y la desorganización de los accidentes de las clases sometidas" (pág. 21).

Es curioso que este interés por la racionalidad se detecte tanto en los discursos ortodoxos como en los del trabajo social crítico. Se afirma que, en su fe ciega en las proposiciones de verdad de la modernidad, el trabajo social ha desempeñado, junto con los demás servicios a las personas, como la medicina, el derecho, la enfermería, la educación y las terapias, un papel fundamental en las actuaciones de vigilancia y disciplina.

La crítica que hace FOUCAULT de los aspectos opresivos de la actividad de bienestar no difiere en absoluto de la desarrollada en el canon del trabajo social crítico. Sin embargo, la obra de FOUCAULT cuestiona la oposición surgida en la bibliografía crítica, que proclama el potencial emancipador de ciertas técnicas de trabajo social (por regla general, formas de acción comunitaria, no oficiales), mientras que presenta otras como medios de control estatal (en especial, las formas de trabajo oficiales o de trabajo individual).

Según FOUCAULT, no hay escape del poder. La práctica no puede desconectarse de los sistemas modernos de poder, que lo invaden todo. Mientras sea posible la práctica crítica, estará siempre configurada por los contextos históricos y locales en los que están inmersas las actuaciones de trabajo social.

EL CUESTIONAMIENTO DE LA ASUNCIÓN ACTIVISTA DE FOUCAULT

A pesar de la proliferación de escritos de trabajo social crítico que asumen las críticas de FOUCAULT de los servicios modernos a las personas, creo que los profesionales deberían ser cautos al enfocar este aspecto de su obra. La adopción del análisis de FOUCAULT como explicación completa de las operaciones del trabajo social contemporáneo supone pasar por alto su llamada a la investigación de los lugares en los que la práctica se lleva a cabo.

La crítica histórica de FOUCAULT pretendía incorporar la totalidad del campo de los servicios a las personas, incluyendo el trabajo de los jueces, los docentes, los psiquiatras y los médicos. Por tanto, los trabajadores sociales críticos deben preguntarse por la utilidad de sus ideas para ocuparse de los aspectos específicos de las prácticas de trabajo social, así como de su diversidad.

No estoy de acuerdo con la aplicación al trabajo social de la crítica general de los fundamentos científicos positivistas de los servicios a las personas que hace FOUCAULT, como ilustra la siguiente observación de LEONARD (1994):

Un discurso profesional como el del trabajo social se basa en la premisa de que el saber experto es una aproximación cada vez mayor a la verdad acerca de lo que existe en el mundo objetivo —nuestro diagnóstico, nuestra evaluación, nuestra interpretación— y, por eso mismo, excluye, con distintos grados de rigidez, el saber externo. (Pág. 22.)

A pesar de la lucidez de la crítica de FOUCAULT al positivismo, su aplicación directa a la comprensión y la transformación de las prácticas del trabajo social contemporáneo es errónea por diversas razones.

En contraste con muchas profesiones de servicio a las personas, no puede decirse que el trabajo social tenga una base uniforme de conocimientos. Muchos teóricos del trabajo social reconocen la permeabilidad, la irregularidad y el carácter reaccionario de los conocimientos del trabajo social (véanse, por ejemplo, ROJEK y cols., 1988; HOWE, 1994; OPIE, 1995). Por ejemplo, en su estudio de los trabajadores sociales dedicados a la atención a ancianos, OPIE (1995) descubrió que los trabajadores sociales eran menos capaces que otros profesionales de servicios a las personas de delimitar áreas claras de conocimientos y destrezas técnicos o profesionales. La variabilidad de los conocimientos del trabajo social es prueba de la influencia de una serie de

paradigmas, distintos del positivismo, en el desarrollo de los conocimientos. Durante más de tres décadas, el paradigma positivista ha sido objeto de acalorados debates entre los trabajadores sociales (PEILE, 1988; ATHERTON, 1993). Durante este tiempo, el interpretativismo (que es muy relativista) y las perspectivas críticas han tenido una influencia considerable en este campo (véase: LANGAN, 1998). De este modo, los conocimientos del trabajo social son marcadamente diferentes de los de otras muchas ocupaciones de servicios personales, como la psicología y la medicina, cuyos fundamentos cognoscitivos siguen siendo muy positivistas.

El hecho de señalar el carácter precario de los conocimientos del trabajo social no supone negar que los trabajadores sociales consigan poder mediante su saber, incluyendo el poder sobre los usuarios del servicio. No obstante, quiero señalar que la crítica que FOUCAULT hace del positivismo se limita a la comprensión de las operaciones de poder-saber en las prácticas del trabajo social, que son declaradamente antipositivistas, antiexpertas y antitécnicas. La imposibilidad de afrontar críticamente otros enfoques del saber en el trabajo social resulta problemática porque el saber, incluso el conseguido mediante la experiencia vivida, no es nunca inocente con respecto a las operaciones del poder (SCOTT, 1992).

Al limitar el empleo de la teoría postestructural a los aspectos que refuerzan las perspectivas establecidas del trabajo social crítico, es posible que los activistas pasen por alto las oportunidades que les ofrece este conjunto de trabajos para repensar el trabajo social. En consecuencia, propongo que los trabajadores sociales progresistas vayan más allá de la aceptación condicional de las teorías postestructurales críticas y aborden de forma más completa los aspectos más problemáticos y desconcertantes de este conjunto de trabajos. Me ocuparé a continuación de esta cuestión.

RESPUESTA 3: LA TEORÍA POSTESTRUCTURAL Y LOS PROCESOS DE TRABAJO SOCIAL

Una tercera respuesta, que ha ido ganando aceptación en la década de los noventa, es la de aprovechar las oportunidades que ofrecen las teorías "post" para trascender los supuestos racionalistas de los discursos modernos de la práctica y de la política (véanse: OPIE, 1988; LOWE, 1990; GORMAN, 1993; PARDECK y cols., 1994; POZATEK, 1994; LAIRD, 1995). Desde esta perspectiva, se emplea el postestructuralismo para deconstruir las apelaciones al "núcleo" o "esencia" del trabajo social y pasar, en cambio, a las teorías de la práctica que se ocupan de la complejidad y la diversidad contextual de las prácticas profesionales del trabajo social.

Este enfoque sostiene que la teoría postestructural facilita un compromiso más productivo con la diversidad de actuaciones de bienestar que el posible dentro de la tradición crítica exclusivamente. Esto se debe a que las ideas de la teoría postestructural nos invitan a reconocer que el "trabajo social", como todas las demás entidades, se construye a través de los discursos. En consecuencia, igual que las entidades varían de un contexto a otro, también cambia la naturaleza de lo que "sea" trabajo social. Las teorías del trabajo social crítico han tendido a reducir la importancia del contexto, como pone de manifiesto, por ejemplo, la escasez de bibliografía activista que se ocupe de las posibilidades de la práctica progresista en contextos prácticos convencionales, como los hospitales o los organismos burocráticos, o en contextos en los que esté presente el poder oficial. Al llamar la atención sobre el poder productivo del discurso, la teoría postestructural invita a los trabajadores sociales críticos a situar sus ideas en los contextos históricos y locales de la práctica.

Este reconocimiento del contexto es fundamental, porque el trabajo social, sea ortodoxo o crítico, no puede evadirse del contexto histórico en el que están inscritas sus actuaciones profesionales, como el resto de las prácticas de todas las profesiones de servicios a las personas. En todos los países occidentales, los servicios directos a las personas han contribuido a las prácticas de colonización y desposesión. Las propuestas liberadoras de los trabajadores sociales críticos están condenadas a que las consideren sospechosas las personas cuyas experiencias de las actuaciones de bienestar hayan sido todo menos liberadoras. Esta desconfianza no desaparece por el mero hecho de que los trabajadores sociales digan que adoptan una postura progresista. En su crítica de la bibliografía de la práctica crítica contemporánea, LARBALESTIER (1998) dice:

Para los indígenas australianos, la idea de un "estado benefactor" que trabaje en beneficio de sus "intereses" es, como mínimo, una representación que discutir. Como clientes de la beneficencia, todos conocen bien las diversas formas de estímulo y coerción para modificar sus formas de estar en el mundo en direcciones más "adaptativas socialmente" y "con una finalidad"... [que formaban parte] de las

políticas de asimilación de Australia dirigidas a la erradicación de las identidades culturales indígenas. (Pág. 78.)

La práctica crítica es posible, pero el reconocimiento de los contextos históricos y locales de la práctica del trabajo social exige una mayor modestia a la hora de proclamar lo que pueda conseguirse.

También conviene prestar atención al contexto histórico para dirigir la atención de los trabajadores sociales críticos hacia los cambios de costumbres y los efectos de las estrategias de la práctica crítica que se produzcan con el tiempo. Muchas técnicas de las sociedades contemporáneas, preparadas para configurar y dirigir la conducta de los individuos, como las consultas a la comunidad y la educación comunitaria, se desarrollaron al principio en diversas organizaciones no gubernamentales, pero, desde entonces, los servicios gubernativos las han colonizado (BENNETT, 1998, pág. 76). El reconocimiento de los cambiantes contextos de acción del trabajo social debería motivar a los trabajadores sociales críticos para superar la complacencia acerca del carácter intrínsecamente crítico de cualquier enfoque práctico.

Las perspectivas postestructurales destacan el carácter abierto y multifacético de textos y descripciones (OPIE, 1988, pág. 4). Todas las apelaciones a la verdad, incluyendo las efectuadas por los teóricos del trabajo social crítico para comprender los auténticos orígenes de los problemas a los que se enfrentan los usuarios del servicio, están expuestas al cuestionamiento y la negociación.

Por tanto, desde una perspectiva postestructural, el trabajo social debería ocuparse menos de descubrir causas y explicaciones por medios científicos y más de centrarse en "el texto, la descripción y el arte" de la práctica (PARTON y MARSHALL, 1998, pág. 247). Por ejemplo, la terapia narrativa, un enfoque práctico que se basa en ideas postestructurales, envuelve a los trabajadores sociales y a los usuarios del servicio en la creación de descripciones nuevas y significativas que pretenden ampliar las posibilidades de comprensión y de acción.

Además, la teoría postestructural dirige la atención hacia la intolerancia de las diferencias que se enraíza en el centro de las prácticas de trabajo social, incluyendo los enfoques de la práctica crítica. Por ejemplo, las actividades de concienciación han tendido a desestimar las reivindicaciones alternativas de las poblaciones subordinadas como operaciones del "inconsciente" o "falsa consciencia".

En cambio, al reconocer la multiplicidad de las afirmaciones de verdad, el postestructuralismo puede contribuir al establecimiento de unas formas nuevas y más respetuosas de afrontar las diferencias.

Quiero pasar ahora a la consideración de las consecuencias de la teoría postestructural para la representación de las entidades fundamentales del trabajo social crítico, en especial, el poder, la identidad y el cambio.

REPRESENTACIONES DE LA PRÁCTICA

Al centrarse en las representaciones de la práctica, la teoría postestructural dirige la atención hacia los discursos mediante los que se constituye el trabajo social activista (véase: ROJEK y cols., 1988). Para las teorías sociales críticas, no existen relaciones de poder independientes, como revelación de algo que existiera siempre, sino que se producen a través de ellas. Así, las representaciones del discurso crítico no sólo deben examinarse por las afirmaciones que hagan, sino también por los tipos de subjetividades, objetos sociales y relaciones de poder que ellas posibilitan.

A pesar de los muy acalorados debates entre los trabajadores sociales críticos, las ideas fundamentales de la práctica activista se han mantenido herméticamente cerradas a la discusión. Por ejemplo, un amplio conjunto de teorías de la práctica activista se funda en la premisa de que las causas originales de la opresión radican en la estructura social, aunque haya un desacuerdo considerable sobre si tales estructuras son primordialmente patriarcales, capitalistas, imperialistas o una combinación de todas ellas. En realidad, las afirmaciones de los discursos de la práctica activista son tan incuestionables que los teóricos del trabajo social crítico acusan a quienes no los adoptan de contribuir a la opresión de los usuarios del servicio. Una forma utilizada por los activistas para reforzar el atractivo moral de sus afirmaciones consiste en representarlas como análogas a las necesidades "reales" de los pobres. Es ésta una práctica inmoral y arrogante en la medida en que las perspectivas de la práctica crítica no se derivan ya del compromiso con los "otros", cuyos intereses dicen representar mejor que las teorías ortodoxas que discuten. En cambio, los orígenes de estas afirmaciones del trabajo social crítico, como las afirmaciones de la teoría de la práctica convencional, están en las grandes teorías de la modernidad.

Las ideas de la teoría postestructural pueden aumentar la reflexividad de los profesionales activistas estimulando el constante cuestionamiento acerca de los procesos mediante los que se producen unas proposiciones de verdad mientras que se suprimen otras (ROJEK y cols., 1988, pág. 137). Por ejemplo, una crítica postestructural puede centrarse en el modo de destacar determinadas diferencias (como las de clase social) las representaciones de las relaciones entre los usuarios del servicio mientras se nublan otras (como las operaciones locales del poder y el saber y los cambios de estas relaciones con el tiempo). Desde luego, hay riesgos inherentes a los impulsos desestabilizadores de los discursos postestructurales. Muchos activistas temen deslizarse hacia el relativismo sin fin que suponen estas perspectivas, como señala DIXON (1993): "En el relativismo del argumento de que todos somos diferentes pero iguales fluye cierta ambivalencia con respecto a la política, que se basa en desigualdades" (pág. 26). Sin embargo, al destacar las proposiciones de verdad que se

han convertido en la ortodoxia inexpresada e indiscutida de las teorías de la práctica del trabajo social crítico, las perspectivas postestructurales pueden contribuir a unos enfoques más abiertos de la práctica en la acción y en la elaboración teórica.

EL PODER

La teoría postestructural cuestiona la suficiencia de los enfoques críticos para explicar las operaciones locales del poder por medio de "nuestros cuerpos, nuestra existencia, nuestra vida diaria" (FOUCAULT, 1978, pág. 70). La proposición de FOUCAULT de que el poder y el saber están unidos destruye las perspectivas del trabajo social crítico que sitúan el poder en estructuras sociales globales, e insiste (1980d):

La verdad es una cosa de este mundo; sólo se produce en virtud de múltiples formas de restricción, e induce unos defectos regulares de poder. Cada sociedad tiene su propio régimen de verdad, su "política general de verdad", es decir: los tipos de discurso que acepta como verdaderos; los mecanismos y casos que nos permiten distinguir los enunciados verdaderos de los falsos, los medios por los que se sanciona cada uno, y las técnicas y procedimientos a los que se otorga valor para la adquisición de la verdad; la categoría de los encargados de decir lo que se considere verdadero. (Pág. 131.)

Desde esta perspectiva, se invita a los activistas a que reorienten sus análisis. La comprensión de las superestructuras es insuficiente para comprender cómo se mantienen y transgreden las relaciones de poder mediante las relaciones de poder-saber de la práctica.

La obra postestructural de FOUCAULT indica que los discursos activistas, como todas las prácticas discursivas, no existen aparte del poder, sino que están completamente investidos de poder. LEONARD (1996) reconoce que:

La apelación a la ciencia es una justificación de la práctica profesional, burocrática o revolucionaria, tiende a solidificar el poder en manos de los intelectuales y funcionarios del Estado y lo niega a las masas de los oprimidos y desposeídos, cuyo bienestar se ha proclamado como uno de los fundamentos racionales fundamentales del avance científico en Occidente. (Págs. 11-12.)

Se anima a los activistas a que dirijan su atención a las formas del poder que producen sus discursos, incluyendo los efectos excluyentes. Por ejemplo, las afirmaciones de los revolucionarios pueden servir para someter al despreciar otras afirmaciones alternativas de las poblaciones subordinadas, presentándolas, por ejemplo, como casos de falsa conciencia.

Además, la obra de FOUCAULT llama la atención sobre los aspectos represivos y productivos del poder. Aunque amenace las premisas de los discursos de la práctica crítica, esta proposición es también importante porque articula las formas del poder, en especial el poder del trabajador, en el que se fundan las prácticas críticas.

Los procedimientos de la práctica, como la concienciación, la iniciación de la participación colectiva y la lucha, no se producen en ausencia de poder. Por tanto, en vez de la rendición del poder, los discursos de la práctica activista reclaman un uso del poder diferente del que suele relacionarse con las prácticas profesionales.

La importancia que FOUCAULT otorga a la microfísica del poder indica que las relaciones locales de poder no son un mero efecto de las estructurales. Esta idea hace posible una articulación más completa del conjunto de relaciones de poder que surgen en los contextos locales de práctica y, de ese modo, puede ayudar a extender y diversificar las ideas de los procedimientos de la práctica crítica.

LA IDENTIDAD

La teoría postestructural, en especial las obras de las feministas postestructurales radicales, llama la atención sobre las oposiciones a través de las cuales se representa la identidad en los discursos de la práctica crítica. En la escuela de la ciencia social crítica, el poder se considera "coercitivo/opresivo y la identidad se estructura en una jerarquía en la que una posición aparece como dominante sobre las demás" (GIBSON-GRAHAM, 1995, pág. 175).

En los discursos del trabajo social crítico, estas oposiciones son:

| | |
|-----------------|--------------------|
| Clase media | Clase trabajadora |
| El privilegiado | El pobre |
| Saber técnico | Experiencia vivida |
| Voz | Silencio |
| Investigador | Investigado |
| Trabajador | Cliente |
| Poderoso | Indefenso |

En estas representaciones, el trabajador social se sitúa en el lado izquierdo de cada par, mientras que el usuario del servicio aparece en el lado derecho. Aunque es posible que, en su actividad práctica, los activistas traten de invertir o trascender estas dualidades, las dicotomías siguen siendo fundamentales para el análisis activista. Por ejemplo, en su exposición de la obra de la comunidad feminista, DIXON (1993) dice:

"Creo que, como base para desarrollar este modelo de las representaciones dualistas de las identidades del trabajador y del usuario del servicio, me baso en la obra de la feminista postestructural radical H el ene Cixous. En su obra, Cixous (1981b. p ag. 90) destaca una serie de dualismos a trav es de los cuales se estructuran la masculinidad y la feminidad en los discursos modernos, necesitamos mantener una dualidad principal: el poderoso y el indefenso" (p agina 26).

Las representaciones del trabajo social crítico han hecho importantes aportaciones al replanteamiento de la práctica en la medida en que han estimulado a los trabajadores a adoptar una postura de humildad y reflexión. Sin embargo, estas representaciones dualistas también suponen el riesgo de simplificaciones muy graves. FINE (1994) advierte: "Si el postestructuralismo nos ha enseñado algo, es a tener cuidado con las identidades congeladas... a sospechar de las oposiciones binarias, a temer las distinciones claras" (p agina 80).

En vez de reconocer y celebrar la diversidad, las categorías de oposición del trabajo social reducen un conjunto de diferencias a dos únicas posiciones: "trabajador" y "usuario del servicio". La reducción de diferencias es restrictiva por ambas partes. Por ejemplo, al quedar situado al margen del poder, el usuario del servicio está confinado a una política de resentimiento, en vez de participar en una acción política positiva basada en el reconocimiento de su capacidad de ejercer el poder. El supuesto de la indefensión puede llevar a formas de paternalismo y de autoritarismo en la medida en que se asuma que esas personas carecen de poder y necesitan el poder del otro que las proteja o las ilumine (YEATMAN, 1997; LANGAN, 1998).

Además, estas representaciones suponen que las identidades opuestas conducirán necesariamente a unas relaciones de poder unilaterales y opresivas entre los "trabajadores sociales" y los "usuarios del servicio". Por ejemplo, BURKE y HARRISON (1998) sostienen que:

"Un trabajador social blanco aporta a la situación una dinámica que reproducir  las pautas de opresión a las que est n sometidas las mujeres negras en la sociedad en general" (p ag. 235).

Este supuesto no permite variaciones locales en las relaciones de poder. Quizá sea aún más importante el hecho de que deje de antemano vacía de contenido la investigación sobre las formas de producirse y mantenerse las prácticas sociales y locales de opresión (YEATMAN, 1997). En otras palabras, aunque un análisis que comience por las grandes estructuras sociales nos diga mucho acerca de las pautas sociales de desigualdad, no nos informará acerca del modo de oponerse a esas pautas y de transformarlas en contextos específicos de acción.

De modo semejante, la presentación de los trabajadores sociales como "poderosos" y como "expertos" es discutible en la medida en que pasa por alto otras formas de situarse estas personas a través de los discursos, en relación con categorías como el género, la raza, la sexualidad y las experiencias vividas. Las categorías de oposición a través de las cuales las identidades de la práctica, incluyendo los discursos feministas, construyen las teorías del trabajo social crítico, son insuficientes porque, como señala GATENS (1998): La posición de la figura poderosa y de autoridad en los discursos modernos está ocupada por un tipo muy concreto de sujeto: "varón blanco, de clase media, de cuerpo bien constituido y heterosexual" (pág. 7).

Los discursos críticos están limitados en su representación de las distintas formas en las que los trabajadores sociales, muchos de los cuales son mujeres. Sean capaces de ocupar las categorías de autoridad y poder que se les asignan. En realidad, GATENS (1990) llega a cuestionar si estas categorías recogen en grado suficiente las experiencias de los hombres privilegiados a quienes se reservaran originalmente.

EL CAMBIO

Por último, la teoría postestructural cuestiona las ideas lineales de progreso en las que se han basado las formas modernas de trabajo social, sean conservadoras u ortodoxas. La teoría postestructural, en particular la obra de las feministas postestructurales radicales, invita a revalorizar las formas de conocimiento marginadas en los discursos modernos, como las formas no lógicas, irracionales y emocionales del saber. El postestructuralismo puede utilizarse para desestabilizar las afirmaciones racionalistas del discurso crítico que suponen que, si se realiza el análisis correcto, del mismo se seguirán las prácticas correctas.

La fe de los trabajadores sociales críticos en el racionalismo es evidente, por ejemplo, en la afirmación de MULLALY (1993) de que "el individuo que vive en la pobreza sería tratado de forma punitiva o paliativa por un trabajador social conservador y como víctima de un orden social opresivo por un trabajador social marxista" (pág. 44). Afirmar que, de un determinado análisis, se seguirán ciertas prácticas es extraordinariamente ingenuo, teniendo en cuenta la inconstancia de la acción humana y la considerable cantidad de pruebas de la historia contemporánea de los procesos nada liberadores que se mantienen e, incluso, prosperan en el contexto de las proposiciones emancipadoras. De hecho, el siglo xx está plagado de ejemplos de la utilización de ideales utópicos para justificar prácticas sociales opresivas (LYOTARD, 1984; LEONARD, 1996. página 11). En los contextos locales de la práctica profesional, los discursos críticos pueden llevar a la supresión de distintas perspectivas, incluso entre las personas cuyos intereses dicen proteger los trabajadores sociales críticos. Como examinaré en el Capítulo VI, los procesos de concienciación pueden contribuir a una forma de cambio restringida en la que los miembros de la población oprimida aprenden a hablar de forma diferente acerca de sus experiencias, sin que cambien en absoluto las prácticas sociales en las que participan.

La obra de FOUCAULT problematiza aún más las estrategias emancipadoras basándose en que están involucradas en procesos de vigilancia y actividades disciplinarias (véanse: FOUCAULT, 1980c, 1981a, 1991f). Por ejemplo, FOUCAULT dice que las prácticas contemporáneas relacionadas con la sexualidad, como la proliferación de discursos sobre este tema, no liberan la sexualidad, sino que la hacen materia de obsesión pública (FOUCAULT, 1981a, página 44). De acuerdo con este punto de vista, por tanto, no basta con suscribir un conjunto de estrategias "emancipadoras", sino que hay que preguntarse también por los efectos locales de esas prácticas.

En su promoción del carácter local y de la complejidad, el postestructuralismo puede llamar la atención sobre las prácticas cotidianas del trabajo social como lugares de análisis y de acción. La importancia de esta reorientación se refleja en las observaciones de LANE (1990) sobre el trabajo de la comunidad feminista:

Aunque las "verdades" universales y las "orientaciones para la práctica" puedan ser confortantes... el problema para la teoría y la práctica del trabajo comunitario consiste en abrazar, en vez de lamentar, la incertidumbre de un "incesante compromiso crítico" con las experiencias diarias de las mujeres con quienes trabajamos. (Pág. 179.)

Las ideas de la teoría postestructural pueden desestabilizar los dualismos que privilegian el pensamiento racional y el cambio estructural en las prácticas progresistas. En su imperturbable celebración de las diferencias, la teoría postestructural llama la atención sobre el autoritarismo presente en los ideales utópicos. A través de estos impulsos desestabilizadores, el postestructuralismo hace posibles nuevas formas de trabajo social activista que cuenten con la diversidad del contexto, los conocimientos y las aspiraciones de los trabajadores y los usuarios del servicio involucrados en las actividades del trabajo social.

LA PRÁCTICA COMO BASE DEL DEBATE

Los trabajadores sociales han criticado, con mucha razón, el lenguaje arcano y el carácter esotérico de gran parte de la teorización "post" (LEONARD, 1997). Todavía no se ha desarrollado el diálogo entre las teorías "post" y las prácticas del trabajo social. En los dos capítulos siguientes, pretendo mostrar cómo puede llevarse a cabo el diálogo entre estos dos campos.

En los capítulos siguientes, basaré mi exposición de las teorías contemporáneas en los contextos de la práctica del trabajo social. Trato de extender las prácticas del trabajo social crítico:

- ✎ destacando las posibilidades y los límites de los enfoques de la práctica crítica para comprender las prácticas activistas en un amplio conjunto de contextos prácticos;

- ⌘ analizar la suficiencia de los enfoques estructurales del poder para comprender las operaciones del poder en los procesos de la práctica activista;
- ⌘ examinar la percepción y la función de la "identidad" en los procesos de la práctica activista, en particular cómo pueden hacerse más complejas estas representaciones en el curso de la práctica;
- ⌘ observar los efectos liberadores y restrictivos de los programas activistas de cambio en contextos concretos de práctica.

En otras palabras, no sólo tendré en cuenta los efectos emancipadores, sino también qué y quién se suprime mediante los enfoques actuales de las prácticas críticas.

EL ENFOQUE DEL ANÁLISIS DEL DISCURSO

En consonancia con la insistencia postestructural en el carácter productivo del lenguaje, utilizaré el enfoque del análisis del discurso para investigar los procesos de la práctica crítica. El análisis del discurso ilumina los procesos a través de los cuales los discursos establecen y limitan las relaciones, las prácticas y las instituciones sociales.

Aunque los trabajadores sociales críticos hayan utilizado los métodos del análisis del discurso para revisar críticamente las teorías de la práctica del trabajo social, la utilización de estos métodos para investigar los procesos del trabajo social constituye un terreno en gran medida virgen. El análisis del discurso puede enriquecer las prácticas progresistas del trabajo social poniendo de manifiesto cómo las prácticas lingüísticas, a través de las cuales manifiestan su idea del trabajo social las organizaciones, los teóricos, los profesionales y los usuarios del servicio, también configuran los tipos de práctica que se producen (véase: HEALY y MULHOLLAND, 1998).

En esta investigación, emplearé las prácticas del trabajo social para dialogar con las teorías de la práctica del trabajo social crítico. Con el fin de ocuparme de mis principales problemas de investigación relativos a la desestabilización y reformulación de las teorías de la práctica crítica, al volver a la investigación de contextos específicos de práctica, utilizo el análisis del discurso para estudiar el lenguaje a través del cual:

- ⌘ los trabajadores sociales críticos delimitan lo que "es" el trabajo social, en especial la práctica activista;
- ⌘ los trabajadores y los usuarios del servicio estructuran y expresan sus ideas acerca del trabajo social en contextos concretos de acción.

Sostengo que los análisis críticos de la práctica han sido limitados en la medida en que su confianza en la gran teoría ha oscurecido la complejidad y las contingencias de los contextos locales de práctica.

Trataré de contrarrestar esta tendencia basando mi análisis del trabajo social en lugares concretos de acción. Los métodos de análisis del discurso me permitirán acceder a la complejidad local que, con demasiada frecuencia, permanece oculta tras las certidumbres de las teorías de la práctica crítica y utilizar estas perspectivas alternativas desde la práctica para desequilibrar las representaciones contemporáneas de lo que "es" y puede ser el trabajo social.

En muchos de los extractos de actuaciones, me atengo a las convenciones del análisis conversacional para marcar el tono y el ritmo de las interacciones grabadas. En el Apéndice, incluyo una leyenda de las convenciones utilizadas.

INVESTIGACIÓN DE LO QUE "ES" EL TRABAJO SOCIAL

Al situar mis investigaciones en contextos concretos de práctica, pretendo evaluar el potencial y los límites de los puntos de vista postestructurales para transformar las ideas y la acción de la práctica crítica. En consonancia con el respeto postestructural hacia lo local y lo ad hoc, mis investigaciones no se orientan a descubrir la verdad sobre el trabajo social, sino, más bien, a elaborar teorías de la práctica lo bastante abiertas para recoger la diversidad del trabajo social en los diversos contextos de práctica.

En esta investigación, tendré en cuenta tanto los medios de actividad "ortodoxos" como los "activistas". Al investigar los contextos convencionales de la práctica profesional, me centraré en los usos y los límites de las ideas críticas del poder para extender los procesos participativos al trabajo social oficial. Este enfoque es importante con respecto a muchos puestos de trabajo social que, sobre todo en la primera línea de la prestación del servicio, conllevan funciones de carácter oficial. Sin embargo, los trabajadores sociales críticos no han hecho mucho para comprender de qué modo pueden ejercer los trabajadores este poder de forma diferente, sin limitarse a aconsejar a los profesionales que minimicen su empleo.

Como lo que me interesa sobre todo es comprender y reformular las perspectivas del trabajo social crítico, me centraré en primer lugar en el análisis de las operaciones del poder, la identidad y el cambio, en el contexto de la práctica activista. Este contexto, al que me referiré como "proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes", estaba constituido por una campaña comunitaria, fundamentada en un conjunto de perspectivas prácticas críticas, incluyendo el feminismo, el trabajo comunitario crítico y la investigación-acción participativa. Mi investigación se deriva de los dos años en los que participé en el proyecto como trabajadora social y como investigadora.

Mi interés por el proyecto surgió de mi experiencia como trabajadora social en un servicio juvenil, en el que pude descubrir los extraordinarios niveles de violencia presentes en la vida de las jóvenes sin hogar, particularmente de las madres jóvenes. En principio, expuse la idea de un proyecto relativo a las experiencias de violencia

doméstica de las jóvenes con mujeres jóvenes que participaban de una serie de servicios sociales y con las profesionales que trabajaban con ellas. Las mujeres jóvenes a las que consulté señalaron que la "violencia doméstica" no era una expresión que pudieran aplicar a sus experiencias de la violencia por diversas razones: su juventud (para ellas, la violencia doméstica era algo que les ocurría a las personas de mayor edad); su participación en relaciones "no convencionales" e inestables; el conjunto de personas, distintas de sus compañeros sentimentales, que eran responsables de la violencia padecida por ellas. A consecuencia de estas conversaciones, el proyecto se centró en un espectro amplio de violencia al que estaban expuestas las jóvenes, sobre todo las carentes de vivienda y las madres.

La campaña comenzó con un grupo central formado por dos trabajadoras del proyecto (una compañera y yo misma) y siete mujeres de edades comprendidas entre 17 y 24 años que eran o (habían sido) madres adolescentes y que tenían entre uno y cuatro hijos; la mayoría había carecido de vivienda, todas tenían un nivel de renta bajo y todas señalaron que habían padecido violencia, como agresiones sexuales, malos tratos infantiles y violencia doméstica. Todas las jóvenes del grupo central eran angloaustralianas, aunque en las diversas reuniones públicas y en el trabajo del grupo fueron participando jóvenes de un conjunto más amplio de comunidades étnicas. En el transcurso del primer año, participaron en el proyecto un total de 31 mujeres jóvenes y muchos profesionales a través de entrevistas o de la participación en un foro público mantenido por el grupo. En el segundo año, el proyecto desarrolló una red de apoyo mutuo y de defensa que mantiene un contacto permanente con mujeres y madres jóvenes.

Con la autorización de las participantes, registré el desarrollo del proyecto, valiéndome de los siguientes medios: grabaciones magnetofónicas de algunas reuniones del grupo y de acciones públicas emprendidas por el mismo; notas de campo sobre el contenido de las reuniones y otras acciones emprendidas por el grupo; mantenimiento al día de anotaciones de mis reflexiones sobre el proyecto, así como de las de mi co-facilitadora y de las jóvenes que participaban en el grupo central. También anoté los comentarios acerca de la campaña de personas que desempeñaron un papel más marginal en ella, como los profesionales o las jóvenes que asistieron a alguna de las reuniones públicas celebradas por el grupo del proyecto. Al finalizar el primer año del proyecto, llevé a cabo entrevistas con las jóvenes que habían participado en él para disponer de más datos sobre sus reflexiones acerca de los efectos de dicho proyecto.

INVESTIGAR COMO PROFESIONAL

Al situarme yo misma como profesional en uno de los contextos de la práctica sometidos a investigación, pretendía establecer conexiones explícitas entre las dimensiones de teoría, práctica e investigación del trabajo social. Estas conexiones se han perdido o minimizado cuando las prácticas del trabajo social se han visto, con demasiada frecuencia, desconectadas de la teorización sobre el trabajo social, incluyendo la teorización sobre la práctica crítica. Como observa FooK (1996):

"¿Acaso las personas cuyo discurso aceptamos para fijar los términos del debate [sobre la teoría y la práctica] no son las que experimentan la práctica del trabajo social?", (pág. XIII).

En cuanto profesional, fui capaz de reconocer más perspectivas diferentes de las que, quizá, hubiese podido si sólo hubiera puesto de manifiesto mi función como teórica o investigadora. En particular, mis descubrimientos a través de la práctica, la investigación y la elaboración teórica incrementaron mi sensibilidad con respecto a las prácticas de 'otredad' en las que se basan las teorías del trabajo social crítico.

El término "otredad" se utiliza para describir el proceso por el que se reducen o ignoran las características que marcan la diversidad dentro de una población. DENZIN (citado en FINE, 1994, página 79) señala que los enfoques críticos del estudio del poder tienden a: crear un yo (colonizador) y un otro (colonizado) como categorías dicotómicas, oposiciones claramente definidas entre las diferencias culturales, étnicas, raciales y de género. Esos tratamientos (después de DERRIDA y BAKHTIN) no alcanzan las complejidades y contradicciones que definen la pertenencia a cada categoría. (Pág. 79.)

Las teorías del trabajo social crítico se basan en este proceso de otredad en sus descripciones de las identidades y las relaciones de la práctica. En cambio, al situarme dentro de los contextos de la práctica, trato de cuestionar estas prácticas de otredad destacando las complejas intersecciones que pueden producirse entre las historias e identidades de los profesionales y de los usuarios de los servicios, sobre todo en los procedimientos de la práctica profesional a largo plazo.

Mi inclusión en el centro de atención de la investigación sobre la práctica profesional no supuso que pudiera pasar por alto las desigualdades estructurales que también formaban parte de las relaciones entre los trabajadores y los usuarios de los servicios. Al contrario, significó que me viera confrontada constantemente con la complejidad y las contradicciones del contexto de la práctica que, con excesiva frecuencia, han dejado de lado las teorías del trabajo social crítico.

Al iniciar la investigación y la elaboración teórica desde el ventajoso punto de partida de la práctica profesional, pretendo llamar la atención acerca de cómo podría proceder en sentido diferente la teorización de la práctica crítica si se situara, al menos en parte, en los contextos locales de acción, en vez de hacerlo de manera casi exclusiva en el de las grandes teorías de la modernidad.

CONCLUSIÓN

En este capítulo, he destacado tres orientaciones adoptadas por los autores del trabajo social crítico ante la teoría postestructural. Me he centrado con cierto detalle en el estudio de las influencias desestabilizadoras que, si acaso, puede ofrecer la teoría postestructural para ampliar la comprensión de los procesos del trabajo social crítico. En los dos capítulos siguientes, examinaré con mayor detenimiento estas ideas en los contextos de la práctica profesional del trabajo social.

CAPÍTULO V

EL REPLANTEAMIENTO DEL PODER Y LA IDENTIDAD PROFESIONALES

El poder y la identidad son temas fundamentales de la teoría del trabajo social crítico. Los enfoques críticos han destacado el carácter político del trabajo social y presentado a los trabajadores sociales y a los usuarios del servicio como elementos opuestos en relación con su experiencia, sus intereses y su acceso al poder. Para los activistas, hay una contradicción fundamental entre la pretensión general del trabajo social, de ayudar y potenciar, y el poder ejercido por los trabajadores sociales profesionales. Los autores críticos han destacado el acceso privilegiado al poder que se deriva de la clase social y la categoría profesional de los trabajadores sociales y estos pensadores relacionan esta ventaja con la constante opresión de los usuarios del servicio (véanse: WARD y MULLENDER, 1991; ANDREWS, 1992).

Las manifestaciones del trabajo social crítico acerca de la colaboración entre trabajadores y participantes están dominadas por el objetivo de incrementar la igualdad en la práctica profesional. El poder del trabajador se representa como anatema con respecto a la práctica igualitaria y basada en el diálogo que prefieren los trabajadores críticos. En consecuencia, la teoría de la práctica crítica está repleta de estrategias para reducir e, incluso, eliminar el poder que ejercen los trabajadores en la vida de los usuarios del servicio.

En contraste con el trabajo social crítico, las teorías postestructurales resaltan la constitución discursiva del poder. Las obras postestructurales críticas de FOUCAULT y Cixous prescinden de las premisas fundacionales del trabajo social crítico y dirigen la atención hacia el detalle fino de las operaciones del poder y de la identidad, ausente de las descripciones estructurales.

La insistencia de FOUCAULT en que "el poder está en todas partes" ataca el núcleo de la diferencia que establecen los trabajadores sociales críticos entre ellos mismos y los trabajadores sociales ortodoxos. La obra de FOUCAULT señala que, en diversos aspectos, carece de sentido distinguir entre formas controladoras y no controladoras de trabajo social.

En primer lugar, en muchos contextos de práctica, el control social explícito constituye una dimensión inevitable e irreductible de la práctica profesional. El reconocimiento del carácter inevitable del control social ejercido por los trabajadores de servicios directos a las personas reorienta la teoría de la práctica crítica hacia la exploración de cómo hacer que este poder sea cada vez más responsable y justo para quienes estén sometidos a él.

En segundo lugar, FOUCAULT insiste en que el poder-saber opera mediante todos los discursos, incluidos los activistas. Los discursos críticos están completamente involucrados en las actuaciones de poder y de control en la medida en que esos discursos imponen sobre otros unas Verdades específicas (véanse: FOUCAULT, 1980c; CONLEY, 1992).

Los trabajadores sociales críticos no pueden distanciarse del control, pero, al menos, pueden reconocer las formas de control que operan a través de sus discursos de práctica profesional. La teoría postestructural crítica rompe los fundamentos del trabajo social crítico y abre el canon a una serie de cuestiones que examinaremos en este capítulo:

- ∞ el desarrollo de enfoques críticos para el ejercicio del poder y la autoridad;
- ∞ el reconocimiento de la productividad del poder del trabajador para la práctica profesional activista;
- ∞ la atención a las diferencias dentro de la categoría del "trabajador poderoso".

Antes de pasar a examinar estas cuestiones, revisemos la idea del poder del trabajador en la teoría de la práctica crítica.

REPRESENTACIONES DEL PODER E IDENTIDAD DEL TRABAJADOR

Las teorías de la práctica crítica tratan de poner de manifiesto las relaciones entre las estructuras sociales globales y las relaciones locales de poder e identidad. En el Capítulo IV se decía que las teorías de la práctica crítica describen a los trabajadores sociales y a los usuarios del servicio como elementos opuestos con posiciones diferentes en las estructuras sociales e intereses políticos diferentes. Los enfoques críticos prestan atención a las dimensiones opresivas de la práctica profesional del trabajo social, en especial al carácter desigual y de explotación de las relaciones entre los trabajadores de servicios directos a las personas y los clientes del estado de bienestar.

Los autores críticos han señalado tres grandes elementos originarios del poder al que acceden los trabajadores. En primer lugar, **el poder se confiere a través de la categoría de clase media del trabajador**. Los autores críticos han señalado que las diferencias de clase social entre los trabajadores profesionales de servicios directos a las personas y los usuarios de esos servicios garantizan la desigualdad en el contexto de la práctica (véanse: E. WILSON, 1977; ANDREWS, 1992). Es más, el interés personal de los trabajadores profesionales por el mantenimiento del statu quo compromete su capacidad de compromiso con la transformación social (Fox PIVEN y CLOWARD, 1993).

Un segundo elemento originario del poder es **la autoridad conferida a los trabajadores sociales en cuanto agentes del estado de bienestar**. Hace mucho tiempo que los teóricos radicales del bienestar discuten la idea de que el trabajo del bienestar sea una actividad benigna y asistencial, destacando, en cambio, las dimensiones de control social de la asistencia financiada por el Estado (CORRIGAN y LEONARD, 1978; LEONARD, 1994). Según ellos, una función primordial de la actividad de bienestar del Estado consiste en reprimir la disidencia en el contexto de la desigualdad de las masas (véase: Fox PIVEN y CLOWARD, 1993).

Las funciones oficiales llevadas a cabo por los trabajadores sociales constituyen una manifestación de su primordial lealtad al Estado, sus leyes y normas, antes que a los intereses de los usuarios del servicio.

Una tercera **fuerza de poder se deriva de la categoría profesional del trabajador**. Aunque no siempre tengan acceso los trabajadores sociales a las autoridades, siguen teniendo poder a causa de su identidad profesional. La relación entre los trabajadores y los usuarios del servicio se asienta en la desigualdad que nace del prestigio concedido a la voz experta del trabajador social en comparación con las voces inexpertas y marginadas de los usuarios del servicio. Es más, los autores críticos sostienen que, a pesar de la retórica de la equidad y la participación, los profesionales suelen mostrarse reacios a despojarse de su poder y privilegios, hecho necesario para lograr unas relaciones más equitativas (SHEMMINGS y SHEMMINGS, 1995).

Los autores críticos afirman persistentemente que las relaciones de poder entre los trabajadores y los usuarios del servicio son unilaterales, jerárquicas y desiguales. Se entiende que el poder profesional es inevitablemente discapacitador para los usuarios del servicio. El acceso de los trabajadores a un poder y un saber legitimados se transmite por su situación privilegiada en la estructura social y es inmutable en cualquier contexto.

Aunque los trabajadores experimenten determinadas formas de opresión, como las relacionadas con el género, la raza, la (dis)capacidad o la sexualidad, esto no elimina la categoría opresora que le confiere su identidad profesional (HEALY, 1999). Las estrategias de la práctica crítica estimulan la redistribución del poder en el contexto de la práctica; sin embargo, se reconoce que las diferencias de poder entre los trabajadores y los usuarios del servicio no pueden erradicarse por completo. Muchos teóricos críticos consideran que la capacidad de los trabajadores de servicios directos a personas para contribuir a un cambio social radical es, en el mejor de los casos, contradictoria y parcial.

De hecho, se dice con frecuencia que la mejor manera de servir a los intereses de los usuarios de los servicios consiste en la minimización de la presencia y, en último término, la salida de los trabajadores sociales de la vida de los oprimidos (véanse: MIDDLEMAN y GOLDBERG, 1974; HUDSON, 1989).

REPLANTEAMIENTO DEL CONTROL SOCIAL

En la teoría de la práctica crítica, el poder se representa como una posesión de aquellos individuos y grupos que ocupan posiciones privilegiadas dentro de las estructuras sociales globales. Al destacar el carácter político de la práctica del trabajo social, los trabajadores sociales críticos han representado a los trabajadores y a los usuarios del servicio de forma dualista: los "poderosos" y los "indefensos". La teoría postestructural crítica cuestiona tales representaciones.

Para FOUCAULT (1980b, pág. 52), el poder es ubicuo. FOUCAULT rechaza la idea de que el poder esté vinculado a determinadas identidades, como la del "trabajador social profesional". En cambio, el poder opera a través de discursos y prácticas que son específicos de determinadas ubicaciones institucionales. Como los teóricos del trabajo social crítico, FOUCAULT (1991 e) reconoce que los trabajadores que ofrecen servicios directos a las personas encarnan el poder en relación con los demás, en especial las poblaciones subordinadas. Sin embargo, en contraste con los trabajadores sociales críticos, los teóricos postestructurales críticos reconocen que el poder es inherente a todas las relaciones (YEATMAN, 1997). Es más, los análisis de FOUCAULT indican que el control social está presente en todos los trabajos de servicios directos a las personas, incluyendo de manera ostensible los enfoques radicales de la práctica, porque, aunque el control social pueda adoptar formas diferentes según los contextos de la práctica, la lección del postestructuralismo consiste en que no puede evitarse (WHITE, 1997). El reconocimiento del carácter inevitable del control social libera el trabajo social crítico, que puede afrontar esta cuestión de forma diferente a la que ha sido posible dentro de la tradición crítica.

La teoría postestructural crítica puede alertar a los profesionales sobre las formas de control que operan a través de los marcos de referencia liberadores. Esto es importante para superar ciertas supresiones que se advierten en la teoría crítica contemporánea acerca de las operaciones del poder y la identidad en el trabajo social. WISE (1990), una trabajadora social feminista, critica gran parte de los escritos de esta escuela basándose en que a menudo, se presenta en términos teóricos abstractos, con pocas referencias a las realidades cotidianas de la práctica, y parece que evitan ocuparse de los aspectos inevitables del control social en el trabajo social feminista, prefiriendo, en cambio, considerarlo sólo como una herramienta de potenciación para las mujeres. (Pág. 239.)

La incapacidad de afrontar las dimensiones de control social del trabajo social no está confinada al trabajo social feminista. En realidad, entre los trabajadores sociales activistas, no se ha hablado mucho de las operaciones del poder, por no mencionar el control social, dentro de las prácticas del trabajo social crítico. Si los activistas reconocen la presencia del poder del trabajador en su práctica profesional, lo consideran como una aberración en relación con sus intenciones de potenciar y liberar.

Dada la idea negativa del poder que invade gran parte de la teoría del trabajo social crítico, quizá no resulte raro que la contribución a la teoría de la práctica por parte de los autores pertenecientes a esta escuela haya sido notablemente silenciada en relación con los contextos en los que el empleador la autoridad es una dimensión explícita e irreductible del trabajo de servicios directos a las personas. Las estrategias para la práctica que presentan los teóricos del trabajo social crítico se centran de manera casi exclusiva en la minimización y, cuando es posible, en la eliminación del control que los trabajadores sociales ejercen sobre la vida de los usuarios del servicio (véanse: SPICKER, 1990; BAN, 1992; DALRYMPLE y BURKE, 1995).

A pesar de la importancia de las aportaciones efectuadas por los autores críticos, éstos han evitado el replanteamiento del poder y el control, necesario para que se produzca una interacción más productiva entre la teoría de la práctica crítica y las funciones explícitas de control social que desempeñan muchos trabajadores sociales. De ahí que no sorprenda que muchas estrategias e ideas promovidas en la teoría de la práctica crítica, como los ideales de "asociación" y "participación", sean muy poco aplicables en los contextos oficiales y convencionales de la práctica profesional (HEALY, 1998; BRICKER-JENKINS y cols., 1991).

El reconocimiento postestructural de la inevitabilidad del poder, incluyendo el ejercicio del control social, supone un desafío profundo a las premisas fundamentales del trabajo social crítico. Significa que, incluso cuando los activistas tratan de fortalecer el aspecto emancipador del trabajo social, lo hacen con pleno conocimiento del control que ejercen los trabajadores. Exige el reconocimiento completo y constante de la desigualdad que estructura en sentido fundamental las interacciones del trabajo social, sea radical u ortodoxo, aunque también permita la coexistencia y el desarrollo en el tiempo de otras relaciones de poder y de identidad. Volvamos ahora a la investigación de cómo pueden aplicarse estas ideas a los ambientes prácticos que suponen el ejercicio explícito del poder.

ILUSTRACIÓN DE LA PRÁCTICA PROFESIONAL: CONTROL SOCIAL EN EL TRABAJO INSTITUCIONAL DE PROTECCIÓN DE NIÑOS Y NIÑAS

A los trabajadores sociales de centros oficiales se les exige que lleven a cabo evaluaciones y tomen decisiones de carácter profesional. Con frecuencia, estas decisiones tienen consecuencias enormes para la vida de los usuarios del servicio. En los contextos de protección infantil, la función del trabajador social supone la evaluación y la decisión acerca de si los padres u otros cuidadores están en condiciones de mantener la tutela de los niños. Aunque otros agentes, como los tribunales y el personal sanitario, desempeñen funciones importantes en este proceso, los juicios de los trabajadores sociales también forman parte del mismo.

La bibliografía crítica sobre el bienestar infantil está repleta de críticas contra las funciones de evaluación y decisión a cargo de los trabajadores sociales en el trabajo social oficial. Los autores críticos dicen que la participación de los trabajadores sociales en la evaluación profesional refleja y reproduce una relación práctica desigual y jerárquica (véanse: MITTLER, 1995; SHEMMINGS y SHEMMINGS, 1995). La validez de los juicios de los trabajadores sociales también se discute ante el hecho de que las evaluaciones reflejan los valores de la clase media, que tienen poca relevancia para la vida de los usuarios del servicio (véanse: RYBURN, 1991a; CALDER, 1995). Algunos autores de trabajo social critican la desigualdad de la relación entre el trabajador y el usuario del servicio y defienden, en cambio, la formación de "asociaciones" entre los trabajadores y los usuarios de los servicios directos a las personas (THOBURN y cols., 1995, pág. 33).

La asociación requiere trascender los límites profesionales y reconocer que los conocimientos que posean los usuarios del servicio son tan válidos, si no más, como los del trabajador (MITTLER, 1995; SHEMMINGS y SHEMMINGS, 1995).

En el centro de las críticas suscitadas por los trabajadores sociales progresistas está la preocupación por el ejercicio del control social que lleva consigo esa actividad. Sin embargo, la crítica, aparentemente continua, dirigida contra el control social por los teóricos críticos del bienestar no ha hecho mucho por abordar las urgentes cuestiones sobre la posibilidad de que las perspectivas críticas puedan informar la práctica oficial de protección infantil; como no sea advirtiendo a los trabajadores de que minimicen las diferencias de poder en el contexto de la práctica. En cambio, puede facilitarse una interacción más productiva entre los ideales activistas y el trabajo social oficial, tal como muestra el trabajo de los teóricos "post", que estimula el reconocimiento del carácter inevitable del control, así como de las limitaciones locales que configuran la relación entre los trabajadores sociales y los usuarios del servicio. Esta perspectiva exige que los trabajadores sociales críticos sitúen su teorización en el contexto de la inevitable obligación de los trabajadores oficiales de utilizar, si es necesario, la fuerza

de la ley para garantizar unos niveles mínimos de bienestar a las personas más vulnerables (STEVENSON, 1996; véanse también: WISE, 1990; CLARK, 1998).

La teoría social crítica puede extraer visiones de la práctica que manifiesten el impacto de los sistemas sociales y económicos en la vida de los usuarios y exijan sensibilidad en relación con las diferencias culturales al realizar las evaluaciones. Sin embargo, esto es muy distinto de afirmar que no deban formularse juicios, como han hecho los teóricos del trabajo social crítico.

En segundo lugar, la teoría postestructural crítica desafía a los profesionales críticos a que reconozcan los límites de los ideales sobre el tipo de relación que deba establecerse entre los trabajadores y los usuarios del servicio. Por ejemplo, los pensadores críticos defienden que se trasciendan los límites profesionales en beneficio de una relación de carácter más mutuo y menos jerárquico con los usuarios del servicio, incluso en el trabajo social oficial (BAN, 1992; MITTLER, 1995). En cambio, la teoría postestructural crítica llama la atención sobre el carácter problemático del establecimiento de una norma para las relaciones sin el debido respeto a las exigencias concretas que los contextos locales de la práctica profesional plantean tanto al trabajador como al usuario.

Sin duda, la intensidad del trabajo de carácter oficial a largo plazo puede contribuir a una relación menos formal de lo que suele asociarse con el trabajo profesional (WISE, 1990). No obstante, la directriz de que los trabajadores deban reducir la distancia entre los usuarios del servicio y ellos mismos puede privar a los trabajadores de un recurso muy necesario: la capacidad de mantenerse al mismo tiempo dentro y fuera de varios sistemas, como los sistemas familiares y los sistemas asistenciales alternativos, con el fin de negociar un nivel mínimo de asistencia para los miembros más vulnerables de nuestra sociedad con respecto a los malos tratos y al olvido (véanse: DINGWALL y cols., 1983; KILLÉN, 1996).

La imposición de una relación "ideal" obstaculiza a los trabajadores en la difícil tarea de ejercer el poder del modo más eficaz y justo. Es más, salvo que el ideal de la asociación se negocia con sumo cuidado, también puede llevar a la confusión a los usuarios del servicio con respecto al carácter de su relación con los trabajadores de los servicios directos a las personas (HEALY y Young Mothers for Young Women, 1996).

En tercer lugar, la teoría postestructural crítica puede utilizarse para iluminar las operaciones del poder suprimidas en las descripciones de la práctica oficial del ámbito del trabajo social crítico. En particular, la teoría postestructural expuesta en este libro llama la atención sobre las múltiples operaciones y efectos del poder del trabajador, incluso en los contextos oficiales. Las ideas postestructurales críticas pueden invocarse para cuestionar las representaciones de los usuarios del servicio en cuanto víctimas indefensas de la autoridad.

En su análisis histórico del bienestar infantil, GORDON (1988) destaca este aspecto, observando que:

Es un error contemplar el flujo de la iniciativa en estas relaciones de control social en una sola dirección, de arriba abajo, del profesional a los clientes, de la élite a los subordinados. En realidad, los clientes no solían ser pasivos, sino activos, defendiendo lo que querían. (Pág. 295.)

La afirmación de que los trabajadores y los usuarios del servicio ejercen el poder no es negar las desigualdades que existen entre ellos, sino oponerse a situar constantemente a los usuarios del servicio como víctimas pasivas de quienes ejercen el poder oficial. Es más, la teoría postestructural crítica puede cuestionar la insistencia de la teoría de la práctica crítica en los efectos dominadores del poder oficial, poniendo de manifiesto los efectos múltiples e, incluso, potenciadores que puede producir la autoridad. VAN KRIEKEN (1992) afirma que "lo que para uno puede ser la imposición del control, para otro puede ser la vía de salida de una situación insostenible" (página 141).

Los comentaristas críticos han castigado a los teóricos "post" críticos por su lenguaje y sus problemas esotéricos. Sin embargo, paradójicamente, esta "escuela" dirige a los trabajadores sociales hacia los mismos problemas evitados en las teorías del trabajo social crítico, es decir, a considerar cómo pueden aplicar en la práctica los trabajadores sociales oficiales los poderes que inevitablemente tienen del modo más "humano, responsable y justo" (VAN KRIEKEN, 1992, pág. 145).

La obra de CAMPBELL (1997), aunque no está redactada explícitamente desde una postura postestructural crítica, proporciona una ilustración práctica de una orientación que puede tomar la teoría de la práctica activista, dice la autora que:

La participación activa de los miembros de la familia requiere que los profesionales muestren su disposición a informar y escuchar con respeto: a dar una información completa y franca sobre sus pruebas acerca del peligro que corra el niño, sus interpretaciones de esas pruebas y los recursos y servicios que puedan ofrecer a la familia, y a escuchar lo que la familia tenga que decir acerca de las pruebas, sus propias ideas e interpretaciones y de los recursos que tenga a su disposición y crea que necesita. (Pág. 8.)

No se destaca aquí la minimización del poder del trabajador, sino que CAMPBELL proporciona estrategias para aumentar la transparencia de las decisiones y la colaboración, con plena conciencia de las responsabilidades oficiales del trabajador. La aplicación de la teoría postestructural crítica al trabajo social oficial no supone una retirada a la postura pluralista liberal en la que las voces de los trabajadores y de los

usuarios del servicio coexistan en una conversación libre de poderes. Por el contrario, la teoría postestructural crítica nos lleva a un desvelamiento constante de las operaciones del poder en la práctica y al reconocimiento de que, aunque los trabajadores oficiales no puedan evitar la utilización del poder, sí pueden aumentar la responsabilidad, la humanidad y la justicia con las que se ejerza ese poder.

La división de la práctica del trabajo social en crítica y no crítica, según que los trabajadores participen o no en el ejercicio manifiesto del control social, es imprudente.

Esta oposición ha suprimido la aparición de las teorías de la práctica crítica que responden a las prácticas de trabajo social en los medios oficiales y en otros ambientes que suponen el uso manifiesto de la autoridad. En consecuencia, las actividades de muchos trabajadores sociales —la mayoría, quizá— quedan excluidas del canon crítico, y la teoría de la práctica crítica se niega a reflexionar sobre el poder y la oposición en los contextos convencionales y, en especial, oficiales de práctica. En cambio, el análisis postestructuralista crítico del poder puede renovar la teoría práctica crítica reconociendo el carácter inevitable del control social en el trabajo de los servicios directos a las personas. Desafía a los trabajadores sociales críticos a que elaboren teorías de la práctica que puedan afrontar crítica y productivamente lo que "es" el trabajo social, en vez de lo que la sabiduría recibida de la teoría de la ciencia social crítica nos dice que debería ser.

LA PRODUCTIVIDAD DEL PODER DEL TRABAJADOR

Una forma importante de diferenciarse los trabajadores sociales críticos de los profesionales ortodoxos consiste en su enfoque del poder. Los activistas defienden la disminución de las diferencias de poder entre los trabajadores y los usuarios del servicio y, mediante este cambio, tratan de hacer avanzar la capacidad de los usuarios del servicio para dirigir la actividad de cambio.

Con frecuencia, los activistas defienden la postura igualitaria radical como una forma de reducir el desequilibrio de poder entre los trabajadores y los usuarios del servicio. Como las diferencias, en especial las diferencias de conocimientos y destrezas, están correlacionadas con la desigualdad, la postura igualitaria radical promueve la redistribución del poder, mediante la puesta en común de conocimientos, destrezas y tareas en el contexto de la práctica (PHILLIPS, 1991, pág. 123).

La insistencia en la modificación del poder del trabajador y, en último término, en la total retirada de los trabajadores de los contextos de la práctica supone erróneamente que el logro de unas relaciones democráticas e igualitarias implica la ausencia del poder del trabajador. En realidad, dentro del canon crítico, no se reconocen apenas las formas de poder que promueve y requiere la teoría de la práctica activista. Esta dificultad para reconocer la utilización del poder no significa, sin embargo, que no

exista, sino que no se ha reflexionado críticamente sobre él (KRISTEVA, 1981, pág. 141).

De hecho, una revisión somera de la bibliografía de la práctica crítica revela una considerable utilización del poder de los trabajadores sociales críticos. Por ejemplo, los trabajadores e investigadores activistas participan de forma rutinaria en diversas actividades: iniciación de proyectos y procedimientos (ALDER y SANDOR. 1990; REASON. 1994); promoción de la implicación y del liderazgo participativos (WARD y MULLENDER, 1991); facilitación de encuentros (MATHRANI, 1993); concienciación y promoción de actitudes activistas (CORRIGAN y LEONARD. 1978; DOMINELLI y McLEOD, 1989; MOREAU, 1990; DIXON, 1993; FINN, 1994); impartir información y destrezas técnicas (SARRI y SARRI, 1992), e. incluso, iniciación a la participación en el poder (THORPE, 1992; FINN, 1994).

Las acciones del trabajador son poderosas porque configuran de manera espectacular lo que hacen e incluso, lo que piensan los trabajadores y los usuarios del servicio en el contexto de la práctica. Estas prácticas también son potencialmente poderosas en la medida en que se prevé que estas estrategias impulsen una transformación social a gran escala.

El trabajo social crítico ha tendido a confundir el poder del trabajador con el empleo autoritario del poder. Esta descripción ha sustraído a la atención crítica el uso diferente del poder que supone la práctica activista.

Dejando de lado la cuestión de la disciplina y de la vigilancia de las poblaciones subordinadas a través de la práctica del trabajo social crítico (cuestión de la que me ocuparé en el Capítulo VI), consideraré aquí las formas de poder del trabajador que producen los discursos de la práctica crítica y en los cuales se basan. Con el fin de iluminar estas operaciones específicas del poder, pasemos ahora al examen del poder del trabajador en un contexto de práctica activista.

ILUSTRACIÓN DE LA PRÁCTICA PROFESIONAL: PROYECTO ANTIVIOLENCIA CONTRA MUJERES JÓVENES

En este apartado, me referiré a un contexto de práctica activista para ilustrar el ejercicio del poder del trabajador dentro del trabajo social crítico. Este contexto está constituido por el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes.

El proyecto comenzó como una operación de investigación-acción participativa en el que figuraba un grupo central de madres jóvenes que analizarían sus propias experiencias de la violencia, así como las de otras mujeres jóvenes (véase en el Capítulo IV una descripción del contexto de la práctica). El proyecto se desarrolló hasta formar una red de apoyo entre compañeras y de defensa en la que unas mujeres jóvenes ofrecen apoyo individual y defensa política a las jóvenes, especialmente en relación con las situaciones de desventaja social, violencia y discriminación. Asimismo, el grupo participa en la acción y en la defensa políticas, desde las intervenciones ante departamentos gubernamentales hasta la acción directa. Al desarrollar la red, las trabajadoras y las participantes se han basado en una selección de modelos de práctica profesional activista: investigación-acción participativa, principios de la práctica feminista y trabajo social estructural.

Participé en calidad de trabajadora del proyecto durante un período de dos años. Con la autorización de mi compañera trabajadora y de las participantes en el proyecto, grabé con regularidad en cintas magnetofónicas las reuniones y las acciones públicas llevadas a cabo por el grupo. También recogí notas de campo sobre mis propias experiencias, así como sobre las de otros trabajadores y participantes en el proyecto. Mi intención, al basar este análisis del poder en un contexto de práctica, consiste en mostrar la complejidad en torno al poder de la trabajadora social, que allí era evidente; no se pretende sugerir que los análisis de otros contextos de práctica revelaran unas operaciones semejantes del poder. No obstante, creo que el ejercicio del poder del trabajador social demostrado en el contexto de la práctica no es una aberración de la teoría de la práctica crítica, sino, más bien, un producto de ella. Mediante la demostración del poder presente en un contexto de práctica, pretendo estimular la reflexión crítica sobre las formas de poder que producen los enfoques de la práctica crítica y en los que se basan.

En este análisis, me centraré en las operaciones del poder en el contexto de la práctica prestando atención a:

- ⌘ la utilización explícita del poder por los trabajadores sociales;
- ⌘ la utilización implícita del poder por los trabajadores sociales;
- ⌘ la ambivalencia de los participantes ante el uso del poder del trabajador.

LA UTILIZACIÓN EXPLÍCITA DEL PODER

Empleo la expresión "poder explícito" en alusión a las formas del poder que manifiestan de modo explícito las diferentes funciones y responsabilidades de los trabajadores. A pesar de la postura de coparticipación del poder adoptada por los trabajadores sociales activistas, el análisis detallado de la práctica activista reveló casos de utilización explícita del poder de mi colaboradora y de mí misma. Ejercimos el poder para mantener el enfoque del proyecto y para facilitar la consecución de los objetivos acordados del mismo.

El poder del trabajador se ejerció con numerosas finalidades: fomentar la reflexión crítica sobre las experiencias de violencia de las jóvenes: involucrar a las participantes en la estructuración y dirección de cada una de las reuniones del proyecto; facilitar la implicación de todas las participantes y no sólo de las más organizadas y destacadas durante las reuniones del proyecto; cuestionar las definiciones restringidas de la violencia y, en consecuencia, estimular la articulación de la diversidad de la violencia experimentada por las jóvenes. Es más, el ejercicio de este poder difería de las relaciones de carácter jerárquico y autoritario, consideradas típicas de la práctica profesional (SIMON, 1990, página 30). En cambio, era evidente el carácter igualitario, por ejemplo, en el empleo de propuestas, en vez de directrices, en la vacilación manifiesta a la hora de utilizar el poder, en las invitaciones explícitas a las participantes para que discutieran con nosotros y el reconocimiento frecuente de las trabajadoras de que los conocimientos y capacidades de las participantes eran recursos clave para el cambio.

Consideremos ahora una ilustración de este ejercicio diferente del poder en el contexto de la práctica. El ejemplo, que examinaremos en este apartado, presenta la utilización de conocimientos técnicos de los trabajadores en el contexto de la práctica. Podemos contrastar el empleo de los conocimientos técnicos que muestra esta ilustración con las mordaces críticas del saber técnico que aparecen en la bibliografía activista. Los activistas invitan a los trabajadores de los servicios de atención directa a las personas a que abandonen su interés por los conocimientos y destrezas técnicos en su práctica profesional porque, inevitablemente, esos conocimientos predominan sobre el saber "derivado de la experiencia, el sentido común y la ciudadanía" (ANDREWS, 1992, pág. 37; GAVENTA, 1993, pág. 22). Ante esto, la obra de FOUCAULT apoya la crítica hecha por los activistas en el sentido en el que una y otra vez se refería al predominio de las voces expertas y a la supresión de las demás voces (véase: FOUCAULT, 1980a, 1991a).

No obstante, el reconocimiento de FOUCAULT de la relación de poder y saber no se limita al saber técnico. La obra de FOUCAULT demuestra que todo saber, el técnico, el revolucionario e, incluso, el saber adquirido por la "experiencia", está plenamente implicado en las operaciones del poder (véase: SCOTT, 1992). En consecuencia,

mientras que los activistas deben ser conscientes siempre de los efectos silenciadores de los discursos técnicos, el análisis del poder-saber no debe limitarse a éste.

También debemos prestar atención a las operaciones locales del saber técnico y a sus interacciones con otras formas de saber. En concreto, debemos estudiar si este saber actúa para suprimir o para revelar las voces subordinadas en contextos específicos de acción.

El siguiente extracto muestra esa exploración cuando se centra en el uso del saber técnico en un proyecto de práctica activista. Este extracto está recogido de la primera fase del proyecto y muestra a las mujeres jóvenes y a las trabajadoras actuando en colaboración para realizar el análisis de los relatos de violencia de las jóvenes. El grupo ha adoptado la decisión de emplear algunas estrategias de investigación cualitativa para analizar los "datos" de sus historias vitales.

El extracto siguiente proporciona una ilustración de la interacción entre el saber "técnico" acerca de las estrategias de investigación cualitativa que poseen las trabajadoras y las experiencias vividas por las participantes en el contexto de la práctica. Está tomado de una reunión celebrada dos meses después de iniciarse el proyecto. Antes de esta reunión, las jóvenes habían reflexionado durante ocho encuentros sobre sus experiencias de violencia y las habían documentado.

Al prepararse para incluir a otras jóvenes en el proyecto, el grupo se dedicó a realizar un análisis preliminar de los temas surgidos en conversaciones anteriores. En esta transcripción, he dejado algunos marcadores de conversación para indicar el tono de la interacción; en el Apéndice aparece una clave completa de estas convenciones. En pocas palabras, las convenciones utilizadas en el extracto siguiente son: los paréntesis —"()"— indican que la transcripción no es completamente clara y he hecho una interpretación de lo dicho y, en caso de que no haya nada entre los paréntesis, no he podido dar ninguna interpretación de la información; los corchetes —"[]"— incluyen información contextual que pueda ayudar al lector a dar sentido a la conversación; las letras MAYÚSCULAS señalan que se da una importancia especial a la expresión.

Este extracto comienza con la identificación de uno de los temas comunes a las experiencias de violencia de las jóvenes:

Leah: Lo común es nuestra edad. Pienso en un montón de gente... estas cosas, hay UN MONTÓN de gente que habla de esto; son problemas mayores a causa de nuestra edad.

Melissa: Sí, aquí lo tengo apuntado [en las notas tomadas en reuniones anteriores]. Porque somos madres jóvenes.

Trabajadora 1: Vale, la edad es otra cosa.

Melissa: Tengo inmadurez y no sé cómo llevar una relación. Trabajadora 2: La edad es común a todas. La infancia, como la relación entre vuestra violencia y vuestra infancia también es muy común, ¿no?

Annette: No sé si la edad es porque le ocurre a muchas mujeres que son...

Trabajadora 2: Pero aquí sólo estamos hablando de vuestra experiencia. Quiero decir que una de las cosas sobre vuestra edad es que (es era una de las cosas que era común) cuando erais niñas y adultas jóvenes.

Jo: Quizá porque no hemos tenido auténtico amor. Como que te pegara (tu padre). Algo así, tú dices: no te quiere cuando hace eso y quizá teniendo hijos, ya sabes, un hijo puede amar a su madre incondicionalmente. No sé si tiene algo que ver con esto.

Trabajadora 1: Al no ser querida de pequeña, ¿has buscado el amor en otra parte?

Jo: Ellos te necesitan allí y

Annette: ¿Queréis decir que todas hemos pasado por esto a causa de los grupos de edad en los que estamos?

Trabajadora 2: No, estaba pensando que un par de veces la gente ha dicho, sobre todo cuando estábamos hablando de las experiencias de violencia por las que habéis pasado [que estas experiencias] han afectado vuestra capacidad de optar por ser madres jóvenes. Aunque ESTES ejerciendo como madre, no lo has planeado así necesariamente. Y que tus experiencias de violencia han contribuido de alguna manera a ello. ¿Crees que la edad...? ¿Crees que tus experiencias de violencia cuando eras niña contribuyeron a tu experiencia como joven adulta?

Melissa: Yo creo que, como mi padre zurraba a sus hijos con una vara y siempre pensé que era muy normal, que estaba muy bien pegar a tus hijos así y que los INSULTOS están bien y así todo lo demás.

En este extracto, el discurso de la investigación cualitativa, introducido y fomentado por mi colaboradora y por mí, se mezclaba con el discurso de los relatos de las jóvenes. Evitando cualquier distinción clara o el predominio de la técnica sobre las experiencias vividas, en nuestra conversación, la referencia al saber técnico y el análisis de la información recogida en reuniones anteriores se mezclaron con los relatos de las jóvenes sobre sus experiencias.

En contraste con las relaciones profesionales autoritarias, en este contexto de práctica da la sensación de que mi colaboradora y yo privilegiamos el mundo cotidiano de las jóvenes, a través, por ejemplo, de las frecuentes referencias a las experiencias de las jóvenes incluso durante las dimensiones "técnicas" del proceso.

Por ejemplo, en el análisis, resaltamos los aspectos de las manifestaciones de las jóvenes que se relacionaban específicamente con la tarea analítica ("Vale, la edad es otra cosa"). Cuando venía a cuento, se utilizaba la forma de hablar de las jóvenes para "disciplinarlas", en el sentido de que se utilizaban esos términos para hacer que volvieran a la tarea que se estuviera desarrollando si se apartaban de ella (Annette dice: "le ocurre a muchas mujeres", a lo que la trabajadora responde: "Pero aquí sólo

estamos hablando de vuestra experiencia"; más adelante, la trabajadora también dice: "estaba pensando que un par de veces la gente ha dicho...").

Como ilustran sus relatos durante el proceso de análisis, las participantes se dieron cuenta de la importancia concedida a las experiencias de las jóvenes como elemento de verdad en este contexto (por ejemplo: "Quizá porque no hemos tenido auténtico amor" y: "Yo creo que, como mi padre zurraba a sus hijos"). Este análisis difería de las prácticas ortodoxas, dirigidas por el profesional, porque continuamente las jóvenes ponían al día, confirmaban y, a veces, cuestionaban las reflexiones que hubieran hecho antes sobre sus experiencias.

Incluso en el ejercicio del poder, mi colaboradora y yo nos referíamos constantemente a los conocimientos de las jóvenes. Sin embargo, la cuestión es más compleja que un mero cambio de un centro de verdad a otro. Observando con atención la forma de utilizar los conocimientos de las jóvenes en el proceso, se aprecia que el movimiento hacia los conocimientos de las participantes como centro de verdad no es una mera inversión de la dicotomía entre saber técnico y experiencia vivida. En particular, mi colaboradora y yo utilizamos los conocimientos de las jóvenes de manera activa, tanto para afirmar las visiones de las jóvenes y extender el análisis (véase, por ejemplo: "No, estaba pensando que un par de veces la gente ha dicho...") e incluso para disciplinarlas, con el fin de que se adaptasen al enfoque del proyecto acordado de antemano. Por tanto, el poder del trabajador se ejerció tanto a través del saber técnico como de las experiencias vividas y, sin embargo, este poder se utilizó para revelar las voces subordinadas en vez de para suprimirlas.

En resumen, aunque el saber técnico se utilizara en el contexto de la práctica, no se empleó en oposición a otras formas de saber, en particular, la experiencia vivida. De hecho, en la articulación y la facilitación de los discursos técnicos, se destacó constantemente la relevancia de la experiencia vivida de las participantes. En este contexto, el saber técnico de las trabajadoras se utilizó como recurso para facilitar que las jóvenes manifestaran sus experiencias. Es más, el poder del trabajador operó a través del saber por experiencia de las participantes, dado que las trabajadoras utilizaron ese saber como base a partir de la cual ejercer el poder en relación con las participantes. Esto indica que, en las operaciones locales, las formas técnicas y expertas de saber son más complejas de lo que sostiene la crítica activista del saber profesional y técnico. En vez de presentar determinadas formas de saber como necesariamente vinculadas al poder y otras a la liberación, conviene entender cómo operan estas formas de saber en los contextos locales de la práctica.

LA UTILIZACIÓN IMPLÍCITA DEL PODER

La crítica activista del poder del trabajador se ha centrado casi exclusivamente en la utilización explícita y autoritaria del poder profesional, hasta el punto de pasar por alto otras operaciones del poder. El olvido de las dimensiones implícitas de la práctica activista ha suprimido el reconocimiento del sutil ejercicio del poder del trabajador para la consecución de determinadas metas como la cohesión del grupo, el enfoque colectivo e, incluso, la toma de posesión de los participantes del proceso de cambio social (véanse: LANE, 1990; HEALY y WALSH, 1997).

Estas operaciones implícitas del poder en el contexto del proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes constituye el centro de atención de este apartado.

Incluso una observación superficial del proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes indicaría que el contexto de la práctica era notablemente diferente de los ambientes de práctica profesional autoritarios o tradicionales.

El tono de las reuniones del proyecto era informal, como lo muestra el elevado nivel de argot utilizado y el reconocimiento de las voces de las jóvenes como centro de verdad en el contexto de la actuación.

En muchos sentidos, el contexto de la práctica era similar a la conversación informal, aunque un examen detallado de la expresión oral revela características específicas que la apartan del habla cotidiana. En contraste con las características del habla informal, señaladas por SACKS y cols. (1978), la expresión verbal entre trabajadoras y participantes mostraba:

- ⌘ Una preferencia por la iniciativa individual en cuanto a los turnos de intervención. Las participantes y las trabajadoras iniciaron turnos de palabra, tomándola por su cuenta, en vez de dar la palabra a otros o de esperar a que se la cedieran.
- ⌘ Una presión intensa para lograr espacio de conversación. En otras palabras, las participantes estaban literalmente reventando por contar sus historias, con la consecuencia de que no hubiera oportunidad de disponer de un espacio conversacional amplio para las participantes ni para las trabajadoras. Por ejemplo, incluso unos lapsos mínimos en la conversación servían para comenzar a hablar, dándose muchos casos en los que se contaban varias historias al mismo tiempo (sin relación unas con otras).
- ⌘ Descentralización del procedimiento de turno de palabra. Aunque, en las reuniones iniciales, las trabajadoras se encargaron de dar por turno la palabra, a medida que fue avanzando el proceso, nadie desempeñó un papel central en la cesión de los turnos. Esta descentralización concuerda con el carácter de compartición del poder del trabajo social activista.

No obstante, a pesar de las características conversacionales de las reuniones generales, durante el proyecto se puso de manifiesto que, al menos en algunas ocasiones, se alcanzó un alto grado de orden. De hecho, el orden quedó demostrado por los logros del grupo durante el primer año: cada participante tuvo numerosas oportunidades de extensos turnos de conversación en los que contar y analizar críticamente sus experiencias; el grupo documentó y analizó sus experiencias de violencia; el grupo elaboró y comenzó a implementar estrategias de acción pública en relación con las mujeres jóvenes y la violencia.

El grupo logró un orden suficiente para alcanzar los objetivos del proyecto. Sin embargo, este orden se logró con una mínima dirección explícita tanto de las trabajadoras como de las participantes. Aunque mi colaboradora y yo desempeñáramos un papel importante en la realización de los procesos y resultados activistas, el carácter democrático e igualitario en el que se basaba el proyecto restringió nuestro acceso al poder y nuestro ejercicio del mismo. Nuestro uso del poder revestía formas poco relevantes, similares a las utilizadas en el trabajo social convencional, como las expresiones implícitas y explícitas de apoyo a las expresiones orales de las participantes. No obstante, el uso del poder implícito también se derivaba de las estrategias promovidas por los teóricos de la práctica crítica.

Para comprobar cómo producen los discursos activistas el poder del trabajador y cómo se fundan en él, examinemos la utilización de las estrategias de "acción-reflexión" en el proyecto antiviolencia contra las mujeres jóvenes.

La idea de la acción-reflexión se desarrolló inicialmente en la obra de FREIRE (1972), un teórico radical de la educación, y, desde entonces, esta estrategia ha recibido el respaldo de los teóricos de la práctica crítica (vean-se: LEONARD, 1975; DOMINELLI y MCLECD, 1989; FINN, 1994). A través de estos ciclos de acción-reflexión, los trabajadores sociales hacen que los participantes traten de descubrir las relaciones entre las experiencias personales y el contexto social, en particular, señalando cómo contribuyen las estructuras sociales y económicas al dolor y la marginación personales. El proceso de acción-reflexión pretende estimular a los oprimidos a la acción social crítica para la transformación de las circunstancias que perpetúan su vulnerabilidad.

Mediante la implementación de los procesos de acción-reflexión, los trabajadores tratan de configurar la consciencia de los trabajadores; sin embargo, suele pasarse por alto la utilización del poder del trabajador que supone este proceso. Volviendo al proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes, consideraré a continuación cómo ejercimos el poder mi colaboradora y yo mediante la implementación de procesos de acción-reflexión. Mi colaboradora y yo sugerimos el proceso de acción-reflexión en determinadas reuniones de la primera fase del proyecto (cuando las participantes indicaron que deseaban reflexionar críticamente sobre sus experiencias). No obstante, las participantes utilizaron después estos ciclos para estructurar el diálogo en las reuniones del proyecto y fuera de ellas, por ejemplo, en el diálogo con otras jóvenes.

Aunque en raras ocasiones se hablara de la estructura de acción-reflexión, un examen detallado de las reuniones del grupo reveló la fuerza de estos ciclos para regular la interacción en el grupo. Cuando (las trabajadoras) introdujeron este proceso, se producía, al menos, el triple de pausas mientras se hablaba que en cualquier otro momento y el doble de silencios después de hablar que los registrados en las demás reuniones durante todo el proyecto. Estos incrementos de los silencios durante los ciclos de acción-reflexión brindaron un especial apoyo a la reflexión crítica sobre las experiencias individuales, dado que quienes hablaban no tenían necesidad de competir con otras por el espacio conversacional, por lo que podían detenerse para reflexionar sin que ninguna de las demás aprovechara esas pausas conversacionales para empezar a contar su propia historia ni para alejar la conversación del relato de quien tuviera la palabra. Así, cuando mi colaboradora y yo iniciamos y apoyamos un proceso de acción-reflexión en las reuniones del proyecto, produjimos un efecto poderoso, aunque con frecuencia implícita, sobre lo que allí se decía y hacía.

La atención a las acciones sociales involucradas en los ciclos de acción-reflexión confirma también la mayor orientación de las participantes hacia las manifestaciones de las demás, por ejemplo, al escuchar con atención o al referirse a las ilustraciones precedentes de la persona que hablara, y esto ocurre con mayor frecuencia que en otras ocasiones durante el proyecto.

Una ilustración de esta situación está tomada de un diálogo sobre la experiencia de agresión sexual de una joven. De nuevo, en este extracto, se han añadido algunos marcadores para que transmitan el tono de las intervenciones y las emociones evidentes en las manifestaciones de la joven: las mayúsculas señalan la fuerza del habla; "" indica tono alto; "»" indica velocidad del habla.

En el Apéndice, aparece una lista completa de las convenciones conversacionales. Con el fin de mostrar nuestra finalidad analítica específica, las "pausas" son lapsos de más de 0,5 segundos y las "pausas largas", superiores a 2,0 segundos, mientras que las comas indican pausas inferiores a 0,5 segundos. Este extracto comienza cuando una participante, "Brooke", habla de su continuado contacto con el pariente que había abusado de ella:

Brooke: Todavía me veo OBLIGADA a hablar con el en casa de mi madre, porque ella le telefona [PAUSA] y mmm, porque él está casado y va a tener un hijo ahora, y NO TENGO MÁS REMEDIO que ir al teléfono y hablar con él, y él SIGUE ALLÍ [PAUSA], ya sabéis, >él tiene ahora 35 ó así>, y sigue al teléfono, coge el teléfono y dice "hola, cielo, ¿cómo estás?" [PAUSA] y yo sólo digo "hola", y él sigue "oh, ya sabes, me casé, no podía esperarte siempre" y diciéndome toda esta mierda por teléfono AHORA [PAUSA] pero. >no puedo decir nada>, porque mi mamá está justo detrás de mí. [PAUSA LARGA]

Annette: ¿tiene tu mamá un supletorio? [PAUSA]

Brooke: ahh sí,

Melissa: haz que se ponga al teléfono,
Brooke: ella no quiere saberlo no escuchará, ella
Philippa: ella no [quiere saberlo
Sonia: ella no quiere] saberlo
Brooke: ohh, ella lo sabe, claro que lo sabe,
Philippa: pero no quiere reconocerlo.

En este extracto, hay pruebas de las posibilidades de detenerse y de centrarse en lo que dice una participante, y estas oportunidades fueron mucho mayores que en cualquier otro momento durante las reuniones de grupo. Las participantes demuestran su atención mediante sus pertinentes preguntas, sus sugerencias de acciones útiles ("¿tu mamá tiene un supletorio?"; "haz que se ponga al teléfono") y apoyando las manifestaciones de Brooke ("ella no quiere saberlo").

En el contexto de la intensa motivación para hablar entre las participantes, esta orientación hacia las manifestaciones de la otra persona es muy destacable y estaba apoyada por la utilización del poder de las trabajadoras para iniciar los ciclos de acción-reflexión.

En contraste con la crítica activista del uso del poder para reforzar el poder y la categoría profesionales, en este contexto de práctica, la utilización del poder era necesaria para llevar a cabo la transferencia del poder.

En realidad, las relaciones jerárquicas de poder que, según se dice, caracterizan el entorno del trabajo social ortodoxo, son menos evidentes; de hecho, en este extracto, diversas participantes intervienen para facilitar el relato y el análisis de las experiencias de otra, en vez de actuar sólo como narradoras de sus propias experiencias.

Con frecuencia, en enfoques de la práctica políticamente más conservadores, sólo el trabajador social lleva a cabo las acciones de preguntar y de prestar apoyo (véase: SANOS, 1988). El reconocimiento de que los discursos de la práctica activista producen poder y, aún más, que este poder puede constituir una fuerza opresiva y restrictiva, pone en evidencia la visión muy negativa del poder del trabajador articulada por los trabajadores sociales críticos.

AMBIVALENCIA DE LOS PARTICIPANTES ANTE EL USO DEL PODER

La presencia del poder del trabajador, que revelo el análisis, también fue reconocida por las participantes en este proyecto y en sus experiencias de otros contextos de práctica activista. En otras palabras, incluso si los trabajadores activistas quisieran suprimir la articulación del poder que utilizan, no pasaría necesariamente desapercibido por quienes están sometidos a él. Una participante me señaló en una conversación aparte de las reuniones del proyecto que:

Creo que es una tontería que los trabajadores sociales digan: "Te estoy dando todo el poder", porque tú sabes que acudes a ellos por una razón, de manera que, ¿por qué renunciar a todo? Es evidente que hay alguna razón por la que acudes a ellos, vas a ellos por sus conocimientos o algo así.

Las jóvenes que participaron en el proyecto manifestaban su ambivalencia ante el uso del poder en este contexto de práctica y fuera de sus límites. Desde el primer momento, las participantes estuvieron dispuestas a afirmar su independencia y autoridad en el contexto de la práctica. Hubo muchos casos de participantes que se opusieron al poder ejercido por mi colaboradora y por mí, por ejemplo, burlándose de nosotras y declarando su independencia cuando les ofrecíamos apoyo.

Sin embargo, las participantes también señalaron que algunas formas de apoyo y dirección de las trabajadoras eran necesarias para maximizar su participación y, en último extremo, la dirección autónoma del grupo. En particular, las jóvenes exigieron la utilización del poder de las trabajadoras para mantener el enfoque de las reuniones del proyecto y los objetivos generales del mismo, elaborados por las jóvenes. Por ejemplo, al principio del proyecto, una joven se quejó de que el grupo estaba "descarrilando" y, con frecuencia a lo largo del proyecto, las participantes manifestaron que un elemento importante del papel de las trabajadoras consistía en apoyar el enfoque del grupo.

El comentario siguiente se hizo al final del primer año del proyecto. Cuando le preguntamos acerca de la función de las trabajadoras, una participante dijo que el papel de las trabajadoras consistía básicamente en mantenerlas "encarriladas":

"porque tendemos a evadirnos, a divagar, porque hablamos todas, ya sabes, ahora nos conocemos: es un bla, bla, bla..."

Paradójicamente, según esta joven, a medida que fue desarrollándose el proyecto, aumentó la importancia del papel de las trabajadoras para mantener la dirección ("ahora nos conocemos"). Este papel "diferente", desempeñado por mi colaboradora y por mí, dio a las jóvenes cierta libertad para centrarse en sus propias experiencias e intereses sin comprometer la consecución de los objetivos colectivos del proyecto. Conviene señalar que algunas participantes afirmaron rotundamente que su participación hubiese sido más intensa con una mayor dirección de las trabajadoras.

Aunque la mayoría de las participantes destacó la importancia del poder de las trabajadoras para facilitar ciertos aspectos del proyecto antiviolencia contra las mujeres jóvenes, dos de ellas manifestaron cada vez más su oposición a la utilización de cualquier forma de poder de las trabajadoras en el contexto de la práctica. A medida que fue desarrollándose el proyecto e incrementándose el saber crítico de las participantes, estas dos jóvenes expresaron su insatisfacción por la distancia entre los objetivos manifiestos de la práctica crítica, en particular la "coparticipación" entre

trabajadoras y usuarias del servicio, y la evidencia de la presencia continua del poder de las trabajadoras en el proceso.

El extracto siguiente se recogió en una fase avanzada del proyecto, durante una conversación sobre la transferencia de responsabilidades de la gestión del proyecto de las trabajadoras a las participantes:

Trabajadora 2: Annette, has dicho sí, ¿qué quieres decir? ¿Qué más te gustaría hacer?

Annette: intervenir más en las decisiones, poder hacer, por ejemplo: pequeñas cosas prácticas, que me hagan sentirme una IGUAL, todavía me siento un poco como en el caso de la profesora y la alumna, ya sabes.

Todas las participantes, incluyéndonos mi colaboradora y yo, tomamos en serio estas críticas, provocando una considerable discusión sobre las desigualdades presentes en el proyecto y las posibilidades de acercarnos a una mayor equidad. Sin embargo, con estas críticas, esta participante expresa también su comprensión de que, en este contexto, hay cierto grado de equidad entre las trabajadoras y las participantes.

El reproche de la joven acerca de que "todavía me siento un poco como en el caso de la profesora y la alumna" indica que reconoce que, en este contexto, se producen intentos de superar las asimetrías de poder. De hecho, en un ambiente más autoritario, la idea de "la profesora y la alumna" y sus desigualdades concomitantes no se consideraría una crítica.

Es más, la forma directa utilizada para expresar la crítica sugiere un ambiente en el que, como mínimo, ésta se tolera e incluso, parece que se fomenta (cuando la pregunta de la trabajadora: "¿qué quieres decir?", da pie al comentario).

En el contexto de la práctica, a veces, la tensión entre aceptar la independencia de las participantes y ejercer el poder en apoyo del proceso nos confundía a mi colaboradora y a mí. Para nosotras, había una tensión constante entre ceder el poder y utilizarlo con eficacia para maximizar la participación y el control (véase también: SCHRIJVERS, 1991). Estas tensiones no eran una aberración de la teoría de la práctica activista, sino que se derivaban de las contradicciones entre los ideales formulados de la práctica activista, en especial la afirmación explícita de que los trabajadores deben rechazar el poder y las consecuencias de las estrategias activistas, que, tanto de manera explícita como implícita, exigían la utilización del poder.

A menos que se reconozcan estas tensiones, pueden tener efectos perjudiciales en los contextos de la práctica profesional. La imposición de niveles de práctica singulares o imposiblemente elevados pueden llevar a la desilusión y la culpa (PHILLIPS, 1991). Por ejemplo, el ideal de equidad total puede ocultar aquellas transformaciones que difieran de este objetivo. Esto puede apreciarse en la ilustración precedente, cuando la participante señala las continuas discrepancias entre trabajadoras y participantes, sin

reconocer las diferencias entre este proceso y las relaciones tradicionales entre "profesores y alumnos". Además, una postura igualitaria radical aísla efectivamente la teoría de la práctica con respecto a la crítica y la reforma, ya que la imposibilidad de alcanzar visiones críticas de la equidad total no conduce a la reconsideración de estos ideales, sino que se traduce en el reproche a los agentes locales por no alcanzarlos.

PODER Y PRODUCTIVIDAD: CIERTAS TENSIONES AL GESTIONAR EL IGUALITARISMO

La crítica constante del poder del trabajador ha suprimido la articulación de las tensiones alrededor de las operaciones del poder en los contextos de la práctica activista.

Al revisar las tensiones que se producen en torno a la utilización del poder del trabajador en los discursos de la práctica activista, puede decirse que la relación entre el poder del trabajador y la participación es compleja. Aunque éste se active de forma diferente según los distintos contextos de práctica profesional, yo sostengo que el uso del poder es imperativo en los enfoques de la práctica activista.

Cuando se reconocen las relaciones de la práctica igualitaria como un logro del poder y no como surgidas de su ausencia, nos vemos obligados a ocuparnos del ejercicio productivo del poder del trabajador en las prácticas activistas.

DIFERENCIAS DENTRO DE LA CATEGORÍA DEL "TRABAJADOR PODEROSO"

En este capítulo, he examinado ciertas utilidades del poder en la práctica del trabajo social. He dicho que el postestructuralismo crítico puede abrir el canon crítico a los ambientes convencionales de la práctica profesional, sobre todo los que imponen el empleo de la autoridad, y a las formas de poder que se producen en el contexto de la teoría de la práctica activista. Hay una tercera aportación importante que pueden hacer las obras postestructurales críticas de FOUCAULT y de las teóricas feministas francesas, que se refiere a la manifestación de las inestabilidades presentes en la categoría de "trabajador social profesional".

En estos apartados finales del análisis del poder del trabajador en la teoría activista, me ocuparé de dos cuestiones que plantea la teoría postestructural crítica en relación con la idea del "trabajador poderoso". La primera de ellas se refiere al reconocimiento de que, aunque los servicios prestados directamente a las personas estén involucrados en el ejercicio del control social, la activación del poder varía según las diversas formas de funcionamiento de estos servicios. En segundo lugar, la teoría feminista francesa exige un examen crítico sobre cómo las diferencias entre los trabajadores, y particularmente las variaciones corporales, modelan el acceso al poder y su experiencia del mismo. Pasemos ahora a considerar estas dos cuestiones.

EL TRABAJO SOCIAL Y EL “PROBLEMA” DE LA SOLVENCIA PROFESIONAL

Los trabajadores sociales críticos y los teóricos postestructurales críticos, en especial FOUCAULT (1991a), comparten la visión del poder de los profesionales de los servicios de prestación directa a las personas como una fuerza malévol. La crítica generalizada del poder profesional que aparece en ambas bibliografías ha tendido a confundir el poder con el poder profesional, de manera que las diferencias de activación del poder en uno y otro caso acaban pasando desapercibidas.

La crítica del poder del trabajador pretende capacitar a los usuarios de los servicios para que reconozcan los conocimientos y capacidades conseguidos mediante su experiencia. Orientadas a este fin, las estrategias de la práctica tratan de desengañar a los usuarios de los servicios respecto a su estima de la maestría de los profesionales.

Las estrategias de la práctica activista para la potenciación de los usuarios de los servicios se basa en la premisa de que éstos reconocen el carácter hegemónico del saber profesional y tienen, además, en una estima igualmente elevada diversas formas de actividad profesional. En consecuencia, las estrategias activistas para oponerse al poder profesional no se diferencian según el contexto o el tipo de práctica profesional a la que acuda el usuario del servicio.

En este apartado, analizaré cómo influyó la crítica del poder del trabajador que surgió en el curso del proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes en las relaciones de poder entre las trabajadoras y las usuarias del servicio en este contexto de práctica profesional.

En contraste con los supuestos críticos sobre el sometimiento de los usuarios del servicio al saber profesional, desde el comienzo del proyecto, las jóvenes evaluaron el "saber técnico" de las trabajadoras sociales y comunitarias de forma diferente a la de otros muchos profesionales. La visión de las participantes de la eficacia de las profesionales del bienestar social se basaba menos en el mérito técnico de las trabajadoras que en su capacidad de relacionarse con las jóvenes; esta capacidad estaba muy relacionada con las percepciones que las trabajadoras tenían de las experiencias vividas y no con su maestría técnica. Paradójicamente, la consideración del saber técnico de la trabajadora social era ambivalente e, incluso con frecuencia, motivo de ridiculización. Desde la primera fase del proyecto, los comentarios constantes de las jóvenes señalaban que la visión de las trabajadoras sociales era ingenua y carente de la experiencia de la desventaja, y esta crítica se intensificó a lo largo del proyecto. Muchas de las jóvenes tuvieron pocas dificultades para evaluar positivamente sus conocimientos, en comparación con el de las trabajadoras de los servicios, como manifestó una de las jóvenes:

Yo sé cómo callar a una trabajadora social; basta con decirles que no tienen ni idea de lo que hablan porque no han estado allí ni lo han hecho. Por eso, les ligo: "no me deis ninguna de esas mierdas de psicología de libro".

La representación de unos usuarios de los servicios diferentes para con los trabajadores de los servicios directos a personas (véase: ANDREWS, 1992: pasa por alto la lúcida crítica de los conocimientos de los profesionales de bienestar que también hacen los usuarios. Por supuesto, esto no significa que los usuarios de los servicios arremetan contra el personal de bienestar social o que se muestren uniformemente críticos con respecto a los trabajadores sociales. Se trata, más bien, de que el carácter relacional del trabajo social deja a sus profesionales en una posición más abierta a la crítica que a los de otras muchas ocupaciones, basada en la disonancia entre los conocimientos y destrezas relevantes y los que en realidad se poseen.

La crítica del profesionalismo que promueven los activistas y que se implementó en el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes tuvo consecuencias diferentes y más destructivas para el personal de bienestar social que para los profesionales de otros servicios de asistencia directa.

Es destacable que, incluso en las últimas fases del proyecto, cuando las jóvenes hicieron una crítica profunda y despiadada de las trabajadoras sociales, parece que mantuvieron su respeto hacia otros profesionales, sobre todo los que consideraban que disponían de una base diferenciada de conocimientos técnicos para emprender su trabajo profesional.

En sus conversaciones sobre una serie de profesionales, incluyendo a las comadronas, los maestros y los médicos, en raras ocasiones suscitaban las jóvenes la cuestión de la experiencia vivida. Es más, las jóvenes participantes se mostraron más tolerantes frente a las formas de conducta elitistas, despreciativas o de otros tipos autoritarios de estos profesionales porque percibían que estos trabajadores de servicios asistenciales directos tenían algo "técnico" que ofrecerles, como la ayuda en el parto o los servicios sanitarios.

La insistencia en la identidad profesional como centro del poder en las relaciones de la práctica profesional ha ocultado la importancia de las identidades independientes del trabajo en los tipos de poder y de saber que los trabajadores sociales transmiten en su práctica profesional. Sin embargo, en el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes, las identidades independientes del trabajo de mi colaboradora y mías, sobre todo ante el hecho de tener o no hijos, la edad y los intereses, formaban parte del dominio de conocimientos y destrezas que se nos adjudicaba. Por ejemplo, la categoría de madre (o de no serlo) de mi colaboradora y mía fue, al menos, tan importante, si no más, que nuestros conocimientos en la evaluación que las jóvenes hicieron de éstos.

En cierto nivel, este énfasis en la experiencia vivida concuerda con la formación de relaciones que trascendieran las identidades de "trabajadora" y "participante". Sin embargo, al mismo tiempo, esta insistencia, sobre todo cuando el saber vivido se convierte en un centro indiscutible de verdad, puede tener efectos que no se basen en el diálogo. Igual que el saber profesional ha servido para subyugar otros saberes no profesionales, el simple traslado del centro de verdad a la experiencia vivida puede pasar por alto también la complejidad de este saber vivido. En el contexto de la práctica del proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes, la prioridad concedida a la experiencia vivida contribuyó al análisis superficial de los conocimientos y capacidades de mi colaboradora y míos. La posibilidad de una excesiva simplificación se deriva de que ciertos tipos de saber vivido son evidentes; por ejemplo, podemos asumir que las personas comparten un saber común a causa de sus identidades de género, de raza o de tener hijos. Sin embargo, otras formas de saber, como el conocimiento histórico del origen de clase social y de las experiencias pasadas, no siempre son evidentes ni tiene por qué ser conveniente descubrirlos en el contexto de la práctica. Aun así, estas formas de saber también pueden informar las prácticas profesionales de los trabajadores sociales.

Este sentido de lo común fue importante tanto para mi colaboradora como para mí. De hecho, aunque mi colaboradora y yo difiriésemos de las jóvenes participantes porque, por ejemplo, ninguna de las dos hubiésemos sido madres adolescentes, personalmente nos considerábamos conectadas con las luchas que afrontan las mujeres jóvenes. Nuestro sentido de comunidad con las jóvenes, sobre todo en cuanto a nuestras propias experiencias de marginación y violación, aunque diferentes de las de nuestras participantes, constituían una importante motivación para trabajar junto a las jóvenes por el cambio. La importancia de la comunidad como punto de conexión y motivación para la práctica queda suprimida en la teoría de la práctica activista mediante las representaciones de la oposición entre el trabajador poderoso y el cliente indefenso.

La crítica del profesionalismo promovida a través de la teoría de la práctica crítica es limitada en la medida en que pasa por alto las considerables diferencias entre los tipos de relaciones de poder y saber que surgen en las distintas formas de trabajo de los servicios asistenciales directos. Los tipos concretos de trabajo que realizan los trabajadores sociales, que abarcan problemas de relaciones, íntimos y, a veces, vitales y muy prácticos, hacen que sus conocimientos y destrezas estén más abiertos a la discusión y dependan más de las identidades independientes del trabajo que los de profesionales cuyo terreno se circunscribe con mayor claridad a tareas técnicas concretas.

El diálogo crítico entre los trabajadores y los usuarios del servicio exige que se pueda interrogar y cuestionar el saber profesional, como todos los saberes. No obstante, la ausencia de diferenciación entre las formas de poder y saber que surgen en determinados modos de trabajo de servicios asistenciales directos ha llevado a unas

estrategias de práctica profesional que promueven unas críticas indiscriminadas del personal de bienestar social, dejando intactas otras formas de trabajo de servicios asistenciales directos de carácter más técnico e, incluso quizá, elevados a los ojos de los usuarios de los servicios. Aunque los postestructuralistas críticos, como FOUCAULT, comparten la crítica de los activistas contra las profesiones de servicios asistenciales directos, su preocupación por las operaciones "locales" del poder y la identidad dirige potencialmente a los activistas al reconocimiento de ciertas distinciones entre las profesiones de servicios asistenciales directos a las personas, tal como hemos señalado en este apartado.

DIFERENCIAS Y PODER

La descripción del "trabajador poderoso" ha suprimido el estudio de las diferencias entre profesiones en el ejercicio del poder. Con mucha frecuencia, las ideas de poder, fundamentales en el discurso sociopolítico, están redactadas en masculino (véanse: LLOYD, 1986, 1989; GATENS, 1992). La teoría activista ha importado estas representaciones sin reconocer la complejidad que define la pertenencia a las categorías de "poder" e "identidad" a las que se refieren los activistas. Esto se aprecia con máxima claridad en la confusión entre poder e identidad del "trabajador social" en el trabajo social crítico, que ha glosado las diferencias entre los trabajadores, como las diferencias sexuales, las diferencias de clase social y las diferencias raciales, aunque estas variaciones influyan en la forma de situarse cada trabajador en la categoría de "trabajador poderoso".

La representación del trabajador desencarnado, poderoso, está presente incluso en la obra de trabajadoras sociales feministas en los dualismos del "poderoso" y el "indefenso" en los que se basan (véanse: DOMINELLI y MCLEOD, 1989, pág. 62; E. WILSON, 1977, pág. 8).

La teoría postestructural feminista explota la unidad de las categorías de identidad en las que se basa la teoría activista, destacando lo corpóreo (o sea, el cuerpo) en los procesos de identificación y de poder (véase: GROSZ, 1994).

Las teóricas feministas postestructurales reconocen que el cuerpo es un significante que permite ciertos tipos de acciones y prohíbe otros. El cuerpo es el centro del saber histórico y del vivido y, por tanto, ofrece, al mismo tiempo, recursos y vulnerabilidades en el contexto de la práctica. GATENS (1996) observa que:

Las capacidades presentes de los cuerpos femeninos son, en general, muy diferentes de las capacidades presentes de los cuerpos masculinos. Es importante crear un medio de articular las realidades históricas sin reificar estas diferencias. (Pág. 69.)

Por tanto, el cuerpo del trabajador no es accidental con respecto a los tipos de saber que aporten a la práctica ni a las formas de poder que puedan ejercer. Al mismo tiempo, sin embargo, la teoría postestructural crítica reconoce que las operaciones del poder y la identidad son inestables según los contextos y, por tanto, no puede establecerse una ecuación necesaria entre identidades concretas y poder. Se indica, en cambio, que la descripción universal de los trabajadores en cuanto poderosos es limitada en la medida en que pasa por alto las diferencias corporales significativas entre ellos. Las representaciones del poder del trabajador en términos unitarios ha impedido la reflexión sobre la corporalidad en el acceso de cada trabajador al poder profesional y en el ejercicio del mismo.

El falocentrismo de la teoría de la práctica crítica es evidente en las formas de poder que están representadas. Los enfoques críticos han criticado a los trabajadores por el uso manifiesto y autoritario del poder y por no conseguir afrontar las abiertas diferencias de poder existentes entre ellos y los usuarios del servicio.

Los supuestos indiscutidos acerca del ejercicio autoritario y jerárquico del poder son falocéntricos en la medida en que estas características están ausentes con frecuencia, aunque no siempre, de las expresiones de las mujeres e incluso entre las mujeres que desempeñan funciones profesionales. Una y otra vez, en la bibliografía sobre el análisis del discurso, se observan diferencias de pautas comunicativas marcadas por el género (véanse: FISHMAN, 1983; GOODWIN, 1988; TANNEN, 1991; HOLMES, 1995; WEST, 1995). Más significativo es que se haya descubierto que, tanto en contextos informales como profesionales, las expresiones de las mujeres tiendan a formas más igualitarias que las de los hombres (HOLMES, 1995).

El hecho de identificar estas diferencias de género en las pautas de comunicación no quiere decir que estas pautas sean esenciales. Desde luego, hay muchas excepciones individuales. Sin embargo, la presencia de estas pautas en contextos y culturas diferentes reclama un examen de los supuestos acerca del poder y la autoridad en los que se basa la teoría activista.

Las pruebas de las investigaciones sobre las diferencias de género en la expresión hablada suscitan la cuestión de por qué se destaca la jerarquía y la autoridad en tan gran cantidad de análisis del poder en el trabajo social, a pesar de la improbabilidad de que ésta sea la pauta preferente de las mujeres, que, después de todo, constituyen la mayoría del contingente de trabajadores sociales en activo.

También se suscita otra cuestión acerca de por qué la teoría de la práctica crítica no ha llegado a reconocer la importancia de las pautas de comunicación que suelen asociarse con el habla femenina, como los indicadores de escucha activa, la duda en el uso de los imperativos y el estímulo de la retroinformación para lograr unas relaciones igualitarias (véanse: FISHMAN, 1983; GOODWIN, 1988; HOLMES, 1995; WEST, 1995).

En el activismo, como en otras corrientes, el trabajo conversacional importante, aunque a menudo implícito, que con frecuencia llevan a cabo las mujeres, queda sin reconocer y, cuando se reconoce, se considera como apoyo o ayuda pero, desde luego, no como poder. Estos supuestos falocéntricos conllevan que los recursos corporales que influyen en la activación y en la experiencia del poder del trabajador no se mencionen en los discursos de la práctica activista. Veamos a continuación una ilustración de la presencia de estas diferencias de género en el uso del poder de las trabajadoras en el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes.

ILUSTRACIÓN DE LA PRÁCTICA PROFESIONAL: LA DIFERENCIA Y EL EJERCICIO DEL PODER

La revisión de la colaboración entre trabajadoras y participantes en el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes indica que las expresiones orales de mi colaboradora y mías concordaban con algunas características típicas del habla de las mujeres. WEST (1995, pág. 122) señala dos características presentes con frecuencia en el habla de las mujeres que pueden apoyar el establecimiento de unas relaciones igualitarias en la práctica, tanto en los contextos profesionales como en los no profesionales. La primera característica es la minimización de las diferencias de categoría, y la insistencia en la conexión entre hablante y oyente (véanse también: FISHMAN, 1983; GOODWIN, 1988; HOLMES, 1995). Por ejemplo, al dar directrices para otros, las hablantes femeninas suelen emplear "directrices mitigadas" (WEST, 1995, pág. 119; véanse también: GOODWIN, 1988; HOLMES, 1995). La expresión "directrices mitigadas" se refiere a la reducción del carácter de autoridad del hablante, por ejemplo, haciendo al oyente propuestas y preguntas, en vez de darle órdenes. Una segunda diferencia observada por WEST (1995) es que, con frecuencia, las mujeres hablantes tratan de reducir las diferencias de poder haciendo hincapié en su conexión con su audiencia. Así, por ejemplo, en vez de dar una orden al oyente, las hablantes se incluyen con frecuencia en la directriz, mediante el uso de expresiones como "vamos a..." o "¿hacemos...?" (WEST, 1995, págs. 122-123).

El extracto siguiente del proyecto ilustra algunas modalidades de utilización de las características de la comunicación señaladas por WEST (1995); está tomado del principio de una reunión de grupo celebrada sólo unos días después de la inauguración del proyecto:

Trabajadora 1: Muy bien, lo que vamos a hacer hoy es lo siguiente de la lista [notas de reuniones anteriores]. Cada persona del grupo ha señalado que ha tenido una u otra de las experiencias, por ejemplo, la violencia social, que significa haberse sentido intimidada, tener miedo en lugares sociales o en vuestra propia casa. Así Jo puso el ejemplo de no ser capaz de lavarse el pelo con los ojos cerrados

Joven: sí sí

Trabajadora 1: ¡un ejemplo con el que me puedo identificar!

Joven: sí sí

Trabajadora 1: Leah puso el ejemplo de mmm cuando llegó a casa y había algo, había una barricada o algo así

Leah: ¡oh! estaba cercada la calle

Trabajadora 1: sí

Las pautas de expresión que vemos aquí concuerdan con las características del habla de las mujeres expuestas por WEST (1995), pero también son eficaces para incrementar la simetría de las relaciones entre trabajadoras y usuarias del servicio. La referencia a casos de la vida real de las jóvenes ("Así Jo puso el ejemplo..." y "Leah puso el ejemplo...") es coherente también con el valor que se da al hecho de elevar la experiencia vivida a elemento del saber en los modelos de la práctica activista. En otras palabras, en este diálogo utilizo su experiencia en vez de remitirme a un registro técnico o profesional para dirigir al grupo (BOGOCH, 1994, pág. 71). Es más, incluso en el ejercicio explícito del poder, hago hincapié en mi conexión con los miembros del grupo ("un ejemplo con el que puedo identificarme").

En el contexto de la práctica, estas estrategias contribuyeron a aumentar la equidad entre trabajadoras y usuarias del servicio, porque, aunque en principio, hubiera un alto grado de aceptación de las sugerencias de las trabajadoras, en el curso del proyecto las jóvenes fueron presentando cada vez más alternativas a nuestras sugerencias y llegaron a cuestionar el poder ejercido por nosotras (véase: HEALY y WALSH, 1997).

La capacidad de las jóvenes para plantear estos desafíos es un logro de las relaciones participativas en la práctica profesional que se alcanzaron con el tiempo entre trabajadoras y usuarias del servicio.

DIFERENCIA Y VULNERABILIDAD DEL TRABAJADOR

En este análisis, he dicho que el saber corporal del trabajador ha sido un recurso no tenido en cuenta por la teoría de la práctica activista. De modo semejante, sostengo que las representaciones del "trabajador poderoso" han ocultado las vulnerabilidades de los trabajadores. La frecuente descripción de los trabajadores sociales como personas seguras de sí mismas, arrogantes y acostumbradas a creer que "pueden determinar los mejores intereses de los demás" (RYBUAN, 1991 b. pág. 11: véanse también: MOREAU, 1979; ANDRENS, 1992) pasa por alto las dificultades que los trabajadores pueden experimentar en el ejercicio del poder, en especial los trabajadores y trabajadoras que son Otros para los profesionales blancos, de clase media y de categoría elevada, de quienes se derivan las descripciones críticas de la identidad profesional.

En contraste con la confusión de la identidad profesional y las formas jerárquicas del poder en gran parte de la bibliografía activista, ocurre con frecuencia que el público recibe de forma diferente el habla de los hombres y la de las mujeres cuando se expresan en calidad de profesionales. Por ejemplo, hay considerables pruebas de análisis del discurso que indican que las hablantes femeninas tienen a menudo un

acceso más reducido a formas jerárquicas e indiscutibles de autoridad que los hablantes masculinos situados en posiciones estables de autoridad (véanse: GOODWIN, 1988; WEST, 1984, 1985). Parece que, incluso cuando las mujeres adoptan una categoría profesional, esta circunstancia no desmonta necesariamente su consideración como Otra inferior con respecto al "varón blanco y protestante" (WEST, 1984, pág. 64).

Las profesionales, en especial las que tienen ocupaciones no técnicas, se ven con frecuencia sometidas al cuestionamiento de su competencia profesional. Así, el imperativo activista respecto a la crítica del poder profesional cobra una complejidad aún mayor, porque, sin duda, se corre el riesgo de que, cuando ese imperativo se dirija de forma primordial a las trabajadoras de bienestar social, eleve a rango de virtud algunos supuestos sexistas, profundamente arraigados, acerca de las mujeres en la esfera pública.

A menos que los activistas distingan entre el cuestionamiento de la hegemonía profesional y el de la competencia profesional, sus enfoques pueden apoyar inadvertidamente unos supuestos sexistas e injustos acerca de la menor competencia de las profesionales mujeres e, incluso quizá, la hegemonía de los profesionales varones y de alta categoría. De hecho, la crítica del profesionalismo que surgió durante el proyecto se centró de forma casi exclusiva en los profesionales del bienestar, con pocos efectos manifiestos para otros profesionales de servicios directos a las personas, como los médicos y los abogados.

Las prácticas activistas se orientan a la consecución de la justicia para los oprimidos. Sin embargo, paradójicamente, las imágenes unitarias de identidad y poder pueden tener efectos curiosos, en la medida en que pasen por alto las diferencias entre quienes, según ellos, representan. La idea del "trabajador poderoso" ha suprimido el diálogo sobre el impacto de lo corporal en el ejercicio del poder del trabajador. El imperativo para que se atiendan las reivindicaciones de poder, potencia y competencia descuida la posibilidad de que, para quienes son Otros distintos de los varones, blancos y de clase media, esas reivindicaciones se desestimen antes de que se haga la cesión. Además, la directriz de ceder el poder también pasa por alto la posibilidad de que, en el caso de algunos activistas, sobre todo varones, blancos y de clase media, la percepción del poder, la potencia y la competencia se mantengan con independencia de sus intentos patentes de ceder su posición de poder.

REPLANTEAMIENTO DEL PODER EN EL TRABAJO SOCIAL ACTIVISTA

La teoría postestructural crítica puede utilizarse para desestabilizar las descripciones del poder del trabajador que promueven los enfoques de la práctica activista. Aunque los pensadores postestructurales críticos, sobre todo FOUCAULT (1991a), compartan las preocupaciones activistas por la dominación practicada sobre las poblaciones subordinadas mediante el trabajo de servicios directos a las personas, también invitan a cuestionar el poder del trabajador en la práctica. En este capítulo, he mostrado cómo encaminan las perspectivas de los teóricos postestructurales críticos a los trabajadores sociales hacia:

- ⌘ el desarrollo de modos de práctica profesional que comprometan productivamente el poder y el control social inherentes a la actividad del trabajo social, en especial el de carácter oficial. En consecuencia, no se insiste en el rechazo del poder, porque esa pretensión es absurda en muchos contextos de la práctica. sino en el análisis de la forma de hacer más humano y responsable el poder del trabajador;
- ⌘ el reconocimiento de que el logro de la práctica activista no supone la ausencia de poder, sino una utilización del mismo muy específica;
- ⌘ el reconocimiento de que el poder del trabajador no siempre se activa de forma explícita y, con frecuencia, las acciones más poderosas se llevan a cabo sin que los usuarios del servicio o los trabajadores se den cuenta de que se haya ejercido el poder;
- ⌘ el abandono de las descripciones unitarias del trabajador desencarnado, poderoso y autoritario y la tendencia al reconocimiento del impacto de lo corpóreo en los recursos y vulnerabilidades que los trabajadores llevan consigo en la activación del poder en el contexto de la práctica.

A pesar de la utilización de las teorías postestructurales para reflexionar sobre el poder y la identidad del trabajador en las prácticas activistas, que he destacado aquí, no digo que haya que descartar todos los puntos de vista que proporciona la ciencia social crítica. Por ejemplo, el reconocimiento que hace el trabajo social crítico de las dimensiones controladoras del trabajo social sigue siendo tan importante, si no más, para la práctica crítica en los contextos de unos estados de bienestar cada vez más minimalistas y regidos por el gerencialismo. Sin embargo, en este punto de la historia del trabajo social crítico, los puntos de vista de FOUCAULT y de las feministas postestructurales radicales pueden redirigir a los activistas hacia unos enfoques más abiertos y sensibles al contexto para comprender y transformar las relaciones del poder y la identidad en las prácticas del trabajo social.

CAPITULO VI

LIBERACIÓN O REGLAMENTACIÓN: CUESTIONAMIENTO DE LAS PRÁCTICAS DE CAMBIO

Los trabajadores sociales activistas promueven la participación de los oprimidos en los procesos de cambio. Las estrategias de la práctica crítica pretenden equipar a los marginados con las destrezas, los conocimientos y el poder necesarios para comprender y actuar de acuerdo con sus intereses colectivos (véanse: TANDON, 1981, pág. 24; FALSBOARDA, 1987, pág. 330). Las actividades de concienciación y de acción colectiva se consideran como instrumentos de liberación.

En este capítulo, examino críticamente estas representaciones investigando las operaciones del poder y de la identidad llevadas a cabo entre las participantes y sobre ellas durante la campaña antiviolencia contra mujeres jóvenes. Al situar este análisis en el contexto de la práctica, trato de estimular al lector para que revise críticamente los efectos de las estrategias de la práctica crítica en sus propios contextos de práctica. Comenzaré por un repaso de las cuestiones que las teorías "post" plantean acerca de los fundamentos de las estrategias de la práctica activista.

CUESTIONAMIENTO DE LAS PRÁCTICAS CRÍTICAS

La insistencia de FOUCAULT en el poder-saber puede utilizarse para destacar los procesos mediante los cuales se establecen las proposiciones de verdad de las prácticas críticas y qué y a quién incluyen o excluyen estas verdades críticas (véanse: KRISTEVA, 1981; DAVIES, 1994). Para FOUCAULT (1980d), "la cuestión política, resumiendo, no es un error, una ilusión, una consciencia alienada; es la verdad misma" (pág. 133). En contraste con las afirmaciones liberadoras de los activistas, puede demostrarse que los procesos de la práctica crítica, como la concienciación, instan unas normas nuevas de manifestar la verdad, aunque no menos fijas que las fundamentales en los discursos de la práctica ortodoxa. Cuando las afirmaciones hechas por las poblaciones oprimidas no se adhieren a las verdades críticas, se descartan como "toscas" o "informes" (véase: HALL, 1981, pág. 12) o como prueba de una falsa consciencia. YEATMAN (1997) se refiere a los procesos de concienciación como "una política totalizadora que puede ceder a determinados tipos de chantaje o tiranía personal" (pág. 146). La forma que adopte este "chantaje" puede ir de una tolerancia paternalista de las voces que se alcen a favor de la diferencia hasta la exclusión activa de quienes no adopten las perspectivas críticas.

Los puntos de vista de la teoría postestructural llaman la atención sobre los contextos históricos y locales en los que están incluidas las prácticas de los trabajadores sociales, como las de todas las profesiones de servicios directos a las personas. El reconocimiento de la inclusión contextual de las prácticas del trabajo social tiene profundas consecuencias para las aspiraciones liberadoras de los trabajadores sociales activistas.

LARBALESTIER (1998; dice:

Ayudar a las personas a cambiar sus estilos de vida, a reflexionar sobre sus prioridades y opciones puede estar particularmente cargado en países con historias de colonialismo y migraciones, como Australia, Norteamérica y el Reino Unido. En estos países, las "normas de verdad", así como exhibir las diferencias basadas en la clase social, pueden tener significados culturalmente específicos... y estar inmersas en historias de explotación y políticas opresivas. (Pág. 71.)

Las perspectivas de la teoría postestructural crítica problematizan la ambición, presente en las modalidades ortodoxas y radicales, de ayudar a las personas a "cambiar sus estilos de vida" y a "reflexionar sobre sus prioridades". Al pensar que las verdades críticas que proclamamos como activistas son de alguna manera más puras y están más destacadas, aparte de las fuerzas de la historia y de los contextos locales que configuran nuestras actividades, nos condenamos a repetir los errores que vemos en las actividades de nuestros antepasados. Así, para los activistas, las ideas de las teorías postestructurales críticas exigen precaución en nuestras afirmaciones y más reflexividad sobre los efectos locales de nuestras intenciones liberadoras.

Además de cuestionar las premisas de la actividad de concienciación, la teoría postestructural puede ayudarnos a diversificar el activismo más allá de los enfoques opositoristas y colectivos que se defienden en las teorías de la práctica crítica (véanse: FRASER, 1989; ELLSWORTH, 1992; GROCH, 1994).

Estas identificaciones y procesos de oposición se fundan en la idea de que el mundo puede dividirse en "villanos" y "víctimas", de acuerdo con la situación fija del individuo en las superestructuras sociales del capitalismo, el patriarcado, el imperialismo, etcétera. Al estimular el respeto a la diversidad de los contextos locales de experiencia, el trabajo de los teóricos postestructurales críticos puede centrarse con acierto en los efectos discapacitadores de la constante concesión de la prioridad al todo social en la conceptualización de la identidad y, por tanto, en la acción para el cambio.

La teórica feminista Rosemary PRINGLE (1995) escribe: "sin ignorar las continuadas desigualdades, creo que es importante identificar los éxitos tácticos y no aprisionar a las mujeres en una situación permanente de no ganadoras" (pág. 205). Aunque sigan reconociendo las atrincheradas pautas de dominación, las perspectivas postestructurales críticas pueden ayudar a los activistas a recuperar las aspiraciones y actividades locales como centros de transformación social radical (PRINGLE, 1995, pág. 207).

Las ideas de las teorías postestructurales críticas pueden llamar la atención sobre la intolerancia de las diferencias que subyace en el núcleo de los enfoques opositoristas y colectivos del activismo. La política de oposición se orienta a la aniquilación de los Otros, sea ese otro una persona o una idea, y no a facilitar la participación crítica prescindiendo de las diferencias. FOUCAULT (1991c) se lamenta:

La polémica define alianzas, recluta partisanos, une intereses u opiniones, representa un partido; hace del otro el enemigo, un defensor de intereses opuestos, contra el que hay que luchar hasta el momento en que el enemigo sea derrotado y se rinda o desaparezca. (Págs. 382-383.)

La dependencia de la polémica impide la aparición de ideas complejas y respuestas innovadoras necesarias para afrontar los problemas sociales contemporáneos. FOUCAULT (1991c) pregunta: "¿Alguien ha visto alguna idea nueva que surja de una polémica?", (pág. 383).

Las obras de los teóricos postestructurales favorecen los enfoques pragmáticos del activismo relevantes para los diversos contextos locales en los que se desarrolla la práctica. En vez de fundar el activismo en planes universales, los teóricos postestructurales construyen la acción en relación con los recursos y las aspiraciones de cambio locales. Así, por ejemplo, se reconoce que habrá diferencias entre las prácticas activistas iniciadas en pequeños organismos comunitarios y las que surgen en medios burocráticos, autoritarios o privatizados. Los trabajos de los teóricos postestructurales invitan a los trabajadores sociales a reclamar a las teorías activistas que definan y reformulen lo que signifique ser agentes del cambio en los diversos contextos de las prácticas contemporáneas del trabajo social.

Atendamos ahora a la evaluación de los procesos críticos de cambio en acción. En el apartado siguiente, examinaré los procesos de concienciación. En principio, consideraré los supuestos en los que se basan esas prácticas. Estos supuestos son, en primer lugar, que los participantes, como personas oprimidas, carecen de conciencia crítica sobre sus experiencias y, en segundo lugar, que las estrategias de concienciación no entran en las operaciones de poder. Analizaré estos supuestos en relación con las jóvenes que participaron en el proyecto antiviolencia.

EL PARTICIPANTE “INCONCIENCIADO”

Los procesos de concienciación se derivan de la idea de que los oprimidos viven en una "cultura de silencio" (Fox y COMPTON, cit. en MAGUIRE, 1987. página 48). El proceso de concienciación, defendido en un amplio conjunto de teorías de la práctica crítica, pretende equipar a los oprimidos con las ideas necesarias para llevar a cabo un cambio positivo y radical.

Diversos investigadores, basándose en perspectivas socialistas y feministas, han afirmado que las madres jóvenes tienden a aceptar ideas conservadoras acerca de la familia y la maternidad (S. TAYLOR, 1986. pág. 383; CAMERON, 1992. pág. 57).

Investigadores críticos interpretan esta adhesión aparente a los valores tradicionales que sostienen el carácter natural de la vida casera y de la maternidad como "un medio para configurar la decisión de las mujeres para continuar con un embarazo no planeado" (CAMERON, 1992, pág. 61; véase también WILSON, 1989, pág. 24). Es más, se afirma que estas ideas tradicionales no son las más indicadas para satisfacer los intereses de las madres jóvenes: como señala J. WILSON (1989), "resulta paradójico que estas mujeres jóvenes compartan a menudo los valores de sus críticos más feroces" (pág. 20). Como la falta de perspectivas críticas entre las mujeres jóvenes está bien documentada en la bibliografía activista, los procesos de concienciación eran pertinentes para la práctica activista con las madres jóvenes que participaban en el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes.

Sin embargo, en contraste con la omnipresente imagen de la joven madre concienciada, desde el principio del proyecto era obvio que todas las participantes tenían cierto conocimiento de los conceptos críticos, es decir, de ideas que establecían conexiones entre las experiencias individuales y las injusticias estructurales. Una fuente importante de estas perspectivas críticas era el contacto de las jóvenes con trabajadores de servicios directos a personas. Todas las integrantes del grupo del proyecto habían acudido previamente a los servicios para padres y madres jóvenes, en los que los trabajadores solían incorporar a su práctica profesional los enfoques críticos. El predominio de las perspectivas críticas entre los trabajadores de los servicios que entraron en contacto con estas jóvenes es prueba de la creciente aceptación por los trabajadores sociales de ideas antes marginadas (LANGAN, 1998).

Las jóvenes también entraron en contacto con las ideas críticas a través de la cultura popular. De hecho, en vez de un monolito patriarcal, los artefactos de la cultura popular, como las revistas y programas de televisión, presentaban una mezcla de discursos, incluyendo los conceptos feministas. A pesar de las descripciones extremadamente negativas de los progenitores sin pareja que aparecían en los medios de comunicación, las participantes consiguieron descubrir en los medios modelos de rol de progenitores sin pareja que habían salido airoso de esa situación. Un caso paradigmático es la popular serie norteamericana "Murphy Brown", en la que la protagonista es una madre sin pareja, ¡aunque muy privilegiada! Las jóvenes observaron paralelismos entre el trato discriminatorio que recibían como madres sin pareja de renta baja y sin vivienda y el que se otorgaba a Murphy Brown. Por ejemplo, al demostrar la generalidad de la discriminación experimentada por los progenitores sin pareja, una joven observó: "Mirad todo ese jaleo que armaron porque Murphy Brown tuviera un hijo sin haberse casado; era ridículo".

El centro de atención del proyecto consistía en el estudio de las relaciones entre el género y la violencia en la vida de las madres jóvenes. Por eso, las reflexiones críticas sobre el género formaron la base del proceso de concienciación. Desde el primer momento, se produjo un consenso entre las participantes acerca de la importancia del género para explicar las circunstancias de la vida de las mujeres de perfil elevado, como las pertenecientes a la familia real y las personalidades de los medios de comunicación. Sin embargo, había variaciones considerables entre las jóvenes en cuanto a la importancia que otorgaran a las perspectivas críticas para explicar sus propias experiencias vitales.

Aunque había pruebas del profundo conservadurismo señalado por los autores críticos, sólo una participante manifestó una y otra vez que, para ella, las perspectivas críticas carecían de relevancia. La ilustración siguiente está tomada de la segunda reunión del proyecto, cuando mi colaboradora y yo pedimos a las participantes, como un elemento más del proceso de concienciación, que consideraran cómo configuraban su identidad de género sus experiencias infantiles. Una joven, Philippa, dio una respuesta enérgica: todos tuvimos el mismo tipo de educación, todos éramos iguales, hacíamos las mismas cosas que le permitían a mi hermano, ya sabes, nunca decían: "eso es cosa de niñas", siempre era igual.

De entre todas las participantes, Philippa era la que más recordaba la postura inconcienciada que aparece con frecuencia en la bibliografía feminista sobre las madres jóvenes (véanse: S. TAYLOR, 1986; J. WILSON, 1989; CAMERON, 1992). Sin embargo, la aparente ausencia de visión crítica de Philippa no se podía atribuir a su falta de conocimiento de las perspectivas críticas, en especial las feministas, porque Philippa entró en contacto con esas ideas antes del proyecto antiviolencia contra madres jóvenes y durante todo él. A diferencia de otras muchas participantes, las experiencias de violencia de Philippa se limitaban a las agresiones durante la infancia, a las que, aparentemente, tanto su hermano como ella tuvieron que aguantar en igual medida. Por tanto, en el contexto de sus experiencias de vida, Philippa no consideraba que su identidad de género fuese un factor primordial que determinara su vulnerabilidad a la violencia.

Ahora bien, también desde el primer momento, algunas participantes demostraron su comprensión e integración de las perspectivas críticas. El siguiente extracto, tomado de la cuarta reunión del grupo del proyecto, muestra un diálogo sobre las percepciones que tenían las participantes de las presiones recibidas para mantener a toda costa unas relaciones, aún violentas:

Annette: pero eso también es una presión de la comunidad sobre esta madre joven: CÓMO se te ocurre tal estupidez, no puedes cerrar las piernas y cosas así

Trabajadora 1: sí

Annette: esa mentalidad

Trabajadora 1: sí

Annette: hay que casarse, porque te sientes legitimada cuando estás casada

Trabajadora 1: sí

Annette: y esa es la errónea razón por la que una se casa.

La presencia en estos enunciados de una serie de conceptos críticos como "presión de la comunidad". "mentalidad" y "legitimidad", indican que la joven posee, al menos, ciertas ideas críticas acerca de sus experiencias personales. Mediante su referencia a estas expresiones, esta joven desnaturaliza algunas características de la vida social, como el "carácter natural" de matrimonio, que podría darse por descontado en otro caso. Como este diálogo tuvo lugar en la fase inicial del proyecto, podemos suponer que esta joven ya tenía conocimiento de los discursos críticos.

En contraste con el rechazo rotundo de las perspectivas críticas, demostrado por Philippa, y con la aceptación de las mismas, demostrada por Annette, una postura mucho más corriente entre las participantes en el proyecto era la considerable falta de consistencia de la relación entre la experiencia personal y las perspectivas críticas. Sin duda, había pruebas de las ideas profundamente conservadoras señaladas por los autores críticos (véanse: J. WILSON, 1989, pág. 20; CAMERON, 1992, pág. 57); sin embargo, las proponentes de estas ideas conservadoras habían expresado, en otros momentos, perspectivas que podían considerarse críticas. Es más, en algunos casos, las jóvenes desplegaban estratégicamente estas ideas tradicionales para diferenciarse de las representaciones, predominantemente negativas, acerca de ellas (MOORE, 1992, pág. 6).

El extracto siguiente corresponde a una reunión celebrada tres meses después de iniciarse el proyecto, durante un diálogo sobre las experiencias de violencia de las jóvenes y sus repercusiones para ellas:

Sonia: Me parece que muchas jóvenes creen que la salida es tener hijos.

Annette: sí, exactamente, la vía hacia la edad adulta

Sonia: ES UNA SALIDA. Pero para algunas no, aunque para otras LO ES, ya sabéis, cuando, cuando tuve a Liam, toda mi vida cambió (**trabajadora:** mmm) (**jóvenes:** sí), ya sabéis, y yo estaba CONTENTÍSIMA por eso, porque, en la calle, yo estaba realmente mal y salí de allí porque tenía que cuidar a Liam (**jóvenes:** sí), pero algunas mujeres NO PUEDEN (**trabajadora:** sí), ya sabéis, creo que algunas mujeres salen y piensan, oh sí, esto es lo que va a cambiar mi vida (**trabajadora:** mmm) pero no es así. Y aún están en la calle y no son capaces de salir

Melissa: y por desgracia tienen a su hijo allí con ellas (**grupo y trabajadora:** Sí)

La lectura de este extracto, coherente con las ideas del trabajo social crítico, destaca el conservadurismo transmitido por la conversación entre las jóvenes. La adhesión a los ideales tradicionales de la maternidad, como el del sacrificio personal, es evidente en la insistencia de las jóvenes en que, como "buenas" madres, han concedido prioridad a los intereses de sus hijos. La observación de Sonia: "y salí de allí porque tenía que

cuidar a Liam" la suscriben, evidentemente, las demás participantes. La lectura postestructural podría discutir esta interpretación atendiendo a las narraciones de oposición que están presentes al lado de las perspectivas conservadoras manifestadas en las expresiones de las jóvenes. Por ejemplo, las jóvenes invocan los conceptos tradicionales con el fin de mostrar sus diferencias respecto a las otras jóvenes, menos dignas ("Y aún están en la calle"; "y por desgracia tienen a su hijo allí con ellas"). Al mostrar que son diferentes de esta caricatura, estas jóvenes se demuestran también a sí mismas que son dignas de ser madres ("toda mi vida cambió") y así cuestionan su exclusión de la categoría de "buena madre".

Igual que las jóvenes utilizaban las ideas tradicionales sobre la maternidad para rechazar las ideas que se tienen de ellas, también discutían la suficiencia de ciertas categorías de identidad, como las de "mujeres jóvenes", "madre joven" y "víctima", de las que dependía el proceso de concienciación crítica. Incluso en relación con el análisis de la violencia, las jóvenes hicieron hincapié en que ninguna identidad única, incluyendo las relacionadas con el género, era el factor más significativo para explicar su vulnerabilidad a las agresiones. Por ejemplo, las jóvenes que habían pertenecido a la cultura de la calle señalaron que, a veces, tenían más en común con otras personas sin hogar que con otras muchas de la categoría de "mujer joven". Por ejemplo, en la tercera reunión del proyecto, Annette describió así su experiencia de la cultura de los sin hogar: era, creo, era como una familia, pero entonces, eran como unas relaciones distantes o distantes, ya sabes, era como si hubiera un grupo central en el valle que, habían estado en la cárcel, habían sido violadas en casas y NADIE podía entrar a formar parte de él ya fuera una amiga o cualquier otra cosa. Había algo entre estas personas que nadie más podía entrar en él.

En sus conversaciones sobre la violencia infantil, las jóvenes destacaron con toda sinceridad que, cuando niñas, compartían la vulnerabilidad a las agresiones con los niños, en particular con sus hermanos. En relación con determinados tipos concretos de agresiones recibidas, las participantes reconocían diferencias entre sus hermanos y ellas. No obstante, les preocupaba que un enfoque centrado en el género, aislado de otros aspectos de sus experiencias, sirviera para negar la violencia a la que habían estado sometidas ellas y sus hermanos.

En contraste con el supuesto de que los oprimidos, en este caso madres jóvenes, carecieran de conciencia crítica, las participantes en el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes demostraron desde el primer momento cierto conocimiento de las perspectivas críticas. Entre las participantes había considerables variaciones en la aceptación y la utilización de estas perspectivas. Aunque pudiera haberse tratado de un grupo de mujeres inusualmente concienciado, no hay pruebas que apoyen esa circunstancia. La mayoría había tenido contacto con los servicios sociales, pero los trabajadores sociales activistas no suelen considerar éstos como lugares significativos para la transformación de la conciencia, más bien lo contrario. Además, las jóvenes no estaban de acuerdo en buscar una identidad común, centrada en su género, para

explicar su propia vulnerabilidad y la de las demás a la violencia. Su disconformidad no puede atribuirse a una falsa consciencia, sino al desacuerdo con algunos aspectos de las categorías de "identidad" que nosotras, como activistas, invocamos al analizar críticamente sus experiencias con ellas.

Las perspectivas críticas que categorizan determinadas ideas como "conservadoras" o "radicales", fuera del contexto en el que se hicieran los enunciados, vacían de antemano la investigación sobre las interpretaciones locales y los efectos de las mismas. De este modo, las ideas universales de lo que pueda considerarse crítico o cualquier otra cosa pueden devaluar los actos locales de resistencia (FINE y MCPHERSON, 1992).

Por ejemplo, he señalado que la referencia de las jóvenes a los conceptos de la maternidad tradicional es, al mismo tiempo, un acto de conformidad y de oposición. El postestructuralismo desestabiliza las proposiciones críticas de verdad acerca de los fundamentos de las estrategias de concienciación, reforzando así el respeto a las diferencias, en cuanto piedra de toque de las prácticas activistas. Por tanto, aunque, para las mujeres cuyo derecho a ser madres no se cuestiona, pueda ser potenciador el hecho de discutir la conexión entre las identidades de "mujer" y de "madre", la lucha es diferente para otras mujeres, cuyos derechos de ser madres y su suficiencia para desenvolverse se discuten constantemente.

Las ideas de las teorías postestructurales críticas nos muestran que, para que se establezcan coaliciones con independencia de las diferencias, es vital que los activistas sean sensibles a las condiciones locales e históricas en las que ocurra la acción. Esto no significa el abandono de las perspectivas críticas, sino el reconocimiento de que las perspectivas que los activistas consideran emancipadoras de por sí pueden no tener los mismos efectos liberadores para las personas con las que trabajan.

CONCIENCIA CRÍTICA: LIBERACIÓN Y EXCLUSIÓN

En la bibliografía del trabajo social activista, el proceso de concienciación se representa como un instrumento de liberación. En otras palabras, se considera ajeno a las relaciones de dominación asociadas con los métodos ortodoxos de práctica profesional. De ahí que no se haya estudiado a fondo el impacto de estos enfoques sobre las relaciones de poder entre las personas sometidas a estos procesos.

Sin embargo, FOUCAULT (1980c, 1981b) nos anima a esa investigación cuando insiste en que los discursos de liberación están, como los discursos científicos y los religiosos, plenamente investidos de poder y es inevitable que los discursos incluyan y excluyan determinadas voces. Utilizando las ideas foucaultianas, en este apartado analizo cómo influyeron las proposiciones críticas de verdad en las relaciones de poder entre las jóvenes durante las reuniones del proyecto.

Con el fin de demostrar la profunda influencia de las perspectivas críticas promovidas en el contexto de la práctica sobre las relaciones de poder entre las participantes, contrastaré las experiencias de dos de las jóvenes: Leah y Philippa. Había considerables variaciones en cuanto al grado en que las demás participantes escucharan y respetaran las voces de estas dos jóvenes. La revisión de las grabaciones magnetofónicas de las reuniones durante el proyecto indica que las distintas oportunidades de hablar experimentadas por estas mujeres fueron un logro de todas las participantes y no se pueden atribuir por completo a las características de cada una de las mujeres.

El proceso de concienciación estaba implicado en el ejercicio del poder entre las mujeres, así como en el establecimiento de las posiciones de autoridad en el grupo del proyecto.

En el siguiente extracto, Annette utiliza las ideas críticas para cuestionar la postura no crítica de Philippa. El ejemplo está tomado de la segunda reunión del grupo del proyecto, que se centró en la estructuración social del género.

En general, las participantes reconocieron las diferencias de expectativas con respecto a niños y niñas y muchas también reconocieron también que ellas mismas reforzaban estas pautas en su conducta maternal. Este extracto comienza con la objeción de Philippa a estas afirmaciones, basándose en reflexiones sobre su comportamiento de madre:

Philippa: Yo lo visto, VISTO a Jack, me preocupo por él tanto como lo haría por una niña, cuando necesita un corte de pelo lo llevo a la peluquería ME PREOCUPO DE VERAS, no creo que me preocupara más si fuese una niña,

Annette: ¿lo vestirías de rosa?

Philippa: lleva cosas rosa

Annette: ¿le pondrías un mono de color rosa, ÚNICAMENTE UN MONO ROSA, no con cualquier OTRO color?

Philippa: no

Melissa: yo tampoco vestiría de rosa a una niña

Philippa: el rosa no me gusta de un modo especial, pero si encontrara algo rosa es probable que se lo pusiera... no importa, no es un problema, quiero decir que ahora ves por la calle a chicos, con camisas rosas, me refiero a una camisa rosa, los tejanos púrpura no importa.

Las verdades críticas que promovían las trabajadoras en el diálogo, como la creencia de que los niños y las niñas estaban sometidos inconscientemente a los estereotipos de rol de género y que esto era restrictivo, formaban parte también del ejercicio del poder entre las participantes. Estas verdades creaban un aparato disciplinario porque, mediante ellas, se capacitaba a las participantes para evaluar las acciones de las demás. En este extracto, Annette es capaz de ejercer el poder de la interrogadora cuando pregunta reiteradamente a Philippa ("¿lo vestirías de rosa?", "¿le pondrías un

mono de color rosa, ÚNICAMENTE UN MONO ROSA?") y, de ese modo, pudo dar a entender que Philippa desarrollaba procesos de socialización de género de los que era inconsciente.

Otra forma de que los procesos de concienciación configuraran las relaciones de poder era que la autoridad de cada participante estuviera relacionada con su capacidad de representarse de forma coherente con los ideales críticos. Durante el desarrollo del proyecto, se puso de manifiesto la posición de autoridad de Leah por las demostraciones de interés de las participantes respecto a su opinión y con enunciados explícitos de apoyo e incluso de admiración hacia Leah. Era raro que se emprendieran acciones de este tipo con cualquier otra participante. En cambio, no se buscaban ni se apoyaban las aportaciones de Philippa y, en realidad, a menudo la criticaban las demás participantes por no manifestar una comprensión crítica.

La siguiente muestra de discurso constituye una ilustración de las formas opuestas de considerar como autoridades a Leah y a Philippa, es decir, como personas cuya opinión mereciera la pena escuchar. El discurso del extracto se desarrolló unos cuatro meses después de iniciarse el proyecto, durante una conversación sobre los beneficios de las actuaciones de bienestar social para los progenitores sin pareja:

Melissa: ¿qué diferencia hay entre una familia, mamá y papá?

Annette: eso es

Melissa: están con el subsidio de desempleo y tienen tres hijos y otra en camino. ¿Y están con el subsidio de desempleo?

Trabajadora 1: bueno puede tener algo QUE VER CON los ideales de nuestra sociedad [discusión]

Melissa: me pregunto qué diferencia hay

Leah: VA EN CONTRA DE, LAS MUJERES (**Trabajadora 1:** si) y los progenitores SIN PAREJA (**Trabajadora 1:** si) no se puede hacer otra cosa y se cuidan de ello

Annette: hay por ahí un montón de madres y padres buenos y sin pareja, creo (jóvenes: sí) que han conseguido dinero están tratando, (**Jo:** mmm) de lograr algo, y han elegido, cuando estaba en sus manos elegir

Leah: SÍ BIEN ESO ESTA BIEN, sí bien, lo SIENTO, lo siento, por mí, (**Trabajadora 1:** mmm) ME MARCHÉ por el futuro de mis hijos, porque, su padre los estaba tratando como mierda, (**Trabajadora:** si) creía que podía hacerlo mejor por mi cuenta (**jóvenes:** sí), yo no tengo tres hijos por gusto,

Sonia: Tú estabas casada, ¿no?

Leah: sí. Estaba, estaba casada

Sonia: bueno mira ésa es la diferencia entonces

Leah: ¿cómo?

Philippa: tener la pensión (discusión)

Leah: sigo sin ver que sea diferente

Philippa: MI tío la ha preñado, a esta mujer, está embarazada, la ha dejado preñada es, su CUARTO hijo de cuatro padres diferentes,

Jo: es espantoso

Philippa: y cree que teniendo otro, espera que, ese tío se quede con ella

Grupo: je je je [discusión]

Trabajadora 1: creo que la respuesta NO es cortar la pensión

Annette: NO [discusión]

Philippa: tpero ella es una drogata y todot y se queda embarazada

Annette: probablemente sólo porque alguien consiga una limosna del Estado (por qué) hay que juzgarla. Creo que la gente que está con, subvención por trabajo o como se llame. DESempleo, para mí, que la ponen, ya sabéis, la ponen en una categoría, "oh bueno, lo cortaremos ahora porque no han conseguido un trabajo en tres meses, eso es todo", YA SABÉIS.

Desde el principio del proyecto, Leah se presentaba de una forma congruente con una mujer capacitada e independiente, ideal apoyado por el proceso de concienciación. Por ejemplo, en este extracto, Leah sostiene que es capaz de ofrecer a sus hijos un futuro "mejor" por su cuenta. Es más, Leah rechaza sin rodeos la idea lanzada por Sonia de que su categoría conyugal tuviera alguna influencia mediadora sobre su derecho a ejercer como madre ("sigo sin ver la diferencia"). Dado el valor otorgado a las perspectivas críticas en el proyecto, la capacidad de Leah para hacer afirmaciones y, más importante aún, para presentarse a sí misma de manera compatible con los discursos críticos le confería autoridad en el grupo. Es significativo que la independencia de Leah fuese unida a un fuerte apego al ideal tradicional de la maternidad. Aunque destacara su capacidad de afrontar las circunstancias por su cuenta, deja muy claro que no abandonó a su pareja por ella, sino por el "futuro de sus hijos". La importancia de que se las considere "buenas madres" (expresión con la que las jóvenes indican que anteponen a sus hijos a todo lo demás) es una cuestión a la que vuelven constantemente las participantes durante todo el proyecto.

En cambio, es evidente la falta general de apoyo a las posturas "no críticas" expresadas por Philippa (y, hasta cierto punto, por Sonia). Las participantes y, en especial, Leah y Annette manifestaban un rechazo explícito hacia las posturas de Philippa y Sonia. De hecho, la forma de rechazar las propuestas de Philippa era rotunda. Por ejemplo, en respuesta a la afirmación de Philippa de que conocía a alguien que se había aprovechado del sistema público de bienestar, Annette exclama: "sólo porque alguien consiga una limosna del Estado ¿(por qué) hay que juzgarla?" Desde una perspectiva crítica, resultaba difícil poner objeciones a esta postura. Sin embargo, el rechazo rotundo de las ideas de Philippa le daba pocas oportunidades para reflexionar sobre su postura sin que pareciese una capitulación completa. Aunque sea difícil imaginarse el activismo sin certezas, es paradójico que las verdades críticas puedan utilizarse también para provocar relaciones de dominación, es decir, someter las voces y las experiencias de las personas a las que se pretende liberar y con quienes se trata de dialogar.

Dadas la consistencia y la forma con las que se discutían las perspectivas de Philippa, no es raro que ella se sintiera cada vez más alienada en el proyecto. Philippa lo dejó prematuramente, debido sobre todo a la oferta de un programa de entrenamiento de destrezas. En una entrevista de seguimiento, Philippa dijo que, aunque en el proyecto hubiera adquirido algunas ideas acerca de las desigualdades sociales, notaba que estas perspectivas no le proporcionaban las respuestas a las preguntas que le preocupaban. Al tratar de explicarse la violencia que había experimentado de niña, había concluido que "no puedo llegar a ninguna respuesta ni explicación ni nada de nada". A Philippa le ofendió el hecho de que se hubiesen marginado en el proceso sus experiencias e interpretaciones diferentes.

El siguiente extracto indica que **Philippa** no se sentía en absoluto liberada por el proceso de reflexión crítica:

Yo estaba allí y todas se dedicaban a meterse con los hombres y yo pensaba: "¿EN DÓNDE me he metido?", un nido de feministas, todas están por zurrar al HOMBRE, eso es lo que parecía; una noche, llegué a casa y le dije a Russ [el compañero sentimental de Philippa]: "HAY UN NIDO DE FEMINISTAS"... en algún momento tienes que adoptar una postura, pero todo TODAS Y CADA UNA DE LAS COSAS MÁS MÍNIMAS de su vida se resumen en: "oh los hombres son unos HIJOS DE PUTA", ya sabes.

Mas tarde, anadio: Yo quería levantarme y decir: 'no todos los tíos son unos hijos de puta', pero 'ne habrían matado... Yo sentía que no podía decir nada, nada sobre los hombres

(**Trabajadora 1**: sí) era como gente que no quisiera escuchar.

Desde luego, además de Philippa, otras participantes expresaron cierta ambivalencia ante las perspectivas feministas y, en el proyecto, también se sintieron desafiadas. No obstante, la constancia del rechazo de Philippa frente a las perspectivas críticas, sobre todo en su propia vida, contribuyó a que las demás participantes la sometieran a su poder disciplinario.

Como ilustran estos extractos, las perspectivas críticas presentadas a través de los procesos de concienciación pueden convertirse en un ámbito para el ejercicio del poder entre quienes se sometan a ellos. RAHNEMA (1990) sostiene que la idea de la conciencia crítica supone que, en realidad, no todos los participantes son iguales y, en consecuencia, las personas con una conciencia "primitiva" o "semitransitiva" tienen que aprender de las pocas que tengan una "consciencia críticamente transitiva" antes de que puedan hacer alguna aportación significativa al diálogo. (Págs. 207-208.)

Podemos concluir que las perspectivas críticas promovidas en el contexto del proyecto configuraban lo que se decía y lo que se consideraba digno de decirse. Esto se producía mediante la afirmación de ciertas voces y la marginación de otras, en este

caso, las voces que no cantaran la "tonada" crítica que surgió durante el proyecto (HEALY y PEILE, 1995, pág. 287; véase también: LUGONES y SPELMAN, 1990).

A pesar del potencial liberador de las perspectivas críticas, crearon unas posiciones de autoridad en el grupo y se utilizaron también como base para que unas participantes juzgaran a otras. Estas perspectivas críticas entraron a formar parte del aparato disciplinario mediante el que se definieron en el contexto de la práctica la "normalidad" y la "anormalidad" y lo que es "verdadero" e "incierto" (véanse: FOUCAULT, 1981a, 1991a). Conviene señalar que estos aparatos disciplinarios pueden activarlos incluso quienes no se identifican formalmente con el poder (FOUCAULT, 1991a, pág. 201). De hecho, en el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes, vemos que tanto las trabajadoras como las participantes utilizaron las proposiciones de verdad para influir en las relaciones de poder y reforzarlas.

SER O NO SER CRÍTICO: TENSIONES EN TORNO A LAS PERSPECTIVAS CRÍTICAS EN EL ACTIVISMO

En este análisis, se ha señalado que las perspectivas críticas formaban parte de las operaciones de poder entre las participantes en el proyecto. Sin embargo, este poder no se experimentaba necesariamente como dominación. Aunque las participantes llegaran al proyecto con ideas críticas, parece que estas ideas se reforzaron y expandieron a través del proceso de práctica. Las perspectivas críticas presentadas en el proyecto capacitaron a las participantes para pasar, en distintos grados, de una situación de autoculpabilización al reconocimiento de los orígenes estructurales de su experiencia.

Algunas participantes consideraban que esta consciencia crítica las beneficiaba a ellas mismas y beneficiaba a la gran cantidad de mujeres jóvenes que habían participado en diversos aspectos del proyecto inicial y en la red de apoyo y defensa entre compañeras que se desarrolló a partir de aquél. Como dijo **Annette** durante una reunión celebrada tres meses después de iniciarse el proyecto:

*Ya sabéis, como algunas de las cuestiones que hemos planteado, me parece INCREÍBLE que sean las relaciones que encontráis con la comunidad y los medios de comunicación las que nos presionen tanto (**Trabajadora 1: sí**), ya sabéis, si ellas [otras madres y mujeres jóvenes] pueden PENSAR SOBRE ESTO, no van a ser tan DURAS consigo mismas que piensen que son un absoluto fracaso en el mundo.*

Para algunas, el proceso de reflexión crítica sirvió para cuestionar las ideas de autoculpabilización, sobre todo en sus experiencias de violencia. En vez de facilitar el sentimiento de víctimas, parece que esta redefinición ayudó a reducir la sensación de culpabilidad personal por la violencia padecida y a la comprensión de las condiciones sociales que contribuyeron a su vulnerabilidad.

El proyecto y la red "Young Mothers for Young Women" que surgió a partir de él constituyeron el punto de partida para que las jóvenes participaran en el debate público sobre las representaciones de las mujeres jóvenes y las pautas de la violencia (HEALY y WALSH, 1997).

El proceso de reflexión crítica se tradujo, hasta cierto punto, en un cambio personal de la vida de algunas de las jóvenes. En particular, la mayoría de las participantes señaló que la importancia concedida a la igualdad y la desnaturalización de la violencia llevó a las jóvenes a cuestionar y desafiar la violencia que experimentarían. Sólo seis semanas después de iniciarse el proyecto, una participante dijo que había empezado a romper los silencios en torno a la violencia en su familia:

Jo: bueno en realidad el otro día hablé de ello [la violencia] con mi madre

Trabajadora 1: oh ah

Jo: porque ella no sabía, REALMENTE de qué iba esto [el proyecto antiviolencia], y dije, "es porque papá me pega" Trabajadora 1: mmm

Jo: y ella dijo "No, yo no diría que él me pega o te pega" y yo dije, "mamá, cuando alguien te levanta el puño y te da con él, te está pegando"

Trabajadora 1: vaya

Jo: y entonces ella se quedó desconcertada, yo pensé, por ahora es bastante

Annette: ya te diré el resto mañana je je

Mis respuestas ("oh ah". "vaya") indican mi decidida aprobación de las manifestaciones de la joven sobre los cambios realizados. Sin embargo, a pesar de los cambios que se habían producido para Jo, hacia el final del proyecto, ella también reconoció que los otros aspectos de su experiencia de la violencia (sobre todo las agresiones sexuales) permanecían ocultos en el ámbito íntimo de su vida.

Otra participante dijo que el proceso había facilitado su decisión de cortar una relación violenta. Durante una conversación después de finalizar el informe inicial del proyecto, casi seis meses después del comienzo del mismo, esta participante dijo lo siguiente acerca de los beneficios que le había proporcionado:

Melissa: me hizo darme cuenta [el proyecto] de que tenía que hacer algunos cambios... ¡acabando con las cabronadas!

Trabajadora 1: >oh ¿cómo lo hiciste?> ¿Cómo fue, cómo ocurrió?

Melissa: bueno EN REALIDAD considerándolo, porque realmente nunca me había parado a considerarlo (**Trabajadora 1:** mmm), ya sabes, y, tenía que arreglarlo, la mierda continuaba, y eso me hizo pararme a pensar, (**Trabajadora 1:** Fenómeno) y me di cuenta, no tenía que quedarme con él.

Desde el punto de vista de esta joven, la oportunidad de "pararse a considerar" su situación, así como las perspectivas críticas facilitadas por el proyecto, la ayudaron a dejar una situación insatisfactoria.

Aunque el proceso de reflexión crítica haya producido efectos positivos de cambio en la vida de las jóvenes, también hubo pruebas de sus efectos restrictivos. En el apartado anterior, presenté la utilización de estas perspectivas para ejercer un poder dominador, hasta silenciar incluso a las participantes que no manifestaran una voz crítica. Además, el privilegio otorgado a estas ideas críticas supuso que las participantes se vieran obligadas a representarse a sí mismas de forma coherente con aquéllas.

A pesar de los importantes cambios llevados a cabo por las jóvenes, sus manifestaciones públicas desafiantes contrastaban a menudo con los silencios que seguían vigentes en otros campos de su vida. El proceso de reflexión crítica contribuyó a la disonancia entre la forma de describir estas jóvenes sus acciones y la de experimentar y actuar en contextos de su vida ajenos al proyecto.

Estos contrastes cobraron especial relieve cuando las participantes pasaron a la acción pública. Por ejemplo, una joven que había participado en una entrevista sobre las experiencias de violencia de las mujeres jóvenes en una radio nacional quedó muy preocupada por la posibilidad de que su familia hubiera escuchado la emisión. En realidad, mientras que, en este contexto público, la joven fue capaz de hablar largo y tendido sobre las experiencias de violencia de las mujeres jóvenes, incluidas las suyas, reveló que no había hablado de estas experiencias con ninguna persona de su familia, ni siquiera con la responsable de la violencia contra ella.

La disonancia entre la manifestación pública y la experiencia privada se puso de manifiesto especialmente en la permanente vulnerabilidad de las jóvenes a la violencia. En consonancia con el ideal de la "mujer independiente" que surgió en las conversaciones de las jóvenes, daba la sensación de que las participantes previeran que, con independencia de su experiencia pasada, habrían cambiado lo bastante en el proyecto para rechazar el trato violento en sus contextos habituales. Por eso, las perspectivas críticas se vieron involucradas en la sensación personal de fracaso de las participantes que permanecieron en un medio de relaciones violentas. Por ejemplo, fuera de las reuniones del proyecto, tres participantes me revelaron, por separado, que seguían teniendo relaciones esporádicas con compañeros que se mostraban violentos con ellas.

Sin embargo, en la reunión, estas mujeres, como las demás participantes, hablaron sobre todo de sus experiencias anteriores de violencia. Unos seis meses después de la iniciación del proyecto, pregunté a las jóvenes por los efectos potencialmente silenciadores del deseo de que se las percibiera como no-víctimas:

Trabajadora 1: mira, si alguien estuviera en una situación violenta, porque tú hayas contado todo o salido de este ciclo de violencia, y de repente comenzaras a darte cuenta de que has vuelto a caer en ella, ¿te sentirías fracasada?

Annette: NO

Leah: me parece que sí

Trabajadora 1: ya

Leah: especialmente cuando crees que has llegado muy lejos

Jo: si vuelvo creo que éste es el lugar al que tengo que ACUDIR

Leah: pero lo segundo es que no sé si QUERRÍA volver.

En este extracto, se expresan diversas opiniones. Leah reconoce su potencial sensación de fracaso ("en especial cuando crees que has llegado muy lejos"), sin embargo, se desenvuelve mejor que las demás participantes cuando se presenta de manera coherente con el doble ideal de la mujer independiente y la madre competente. Aunque tanto Annette como Jo expresan la idea de que no se sentirían juzgadas, las participantes que continuaron experimentando la violencia se mostraron reacias a manifestar estas experiencias en el grupo del proyecto.

Cualesquiera que sean los usos de la identificación colectiva para crear la energía y dar una dirección a la acción, algunas participantes tuvieron dificultades para activar ciertos aspectos de esta identificación en su vida en contextos ajenos al proyecto. No es extraño, porque, como colectivo, las jóvenes tenían una base común desde la que oponerse a sus experiencias de opresión. Sin embargo, es preocupante el hecho de que, en las reuniones del proyecto, la disonancia entre las identificaciones colectivas de las participantes, en cuanto supervivientes de la violencia, y las demás posiciones que ocupaban al mismo tiempo, como víctimas de la violencia, se mantuvieran sin cambios.

ENFOQUES OPOSICIONISTAS Y COLECTIVOS DEL PODER Y LA IDENTIDAD

Habiendo destacado que los procesos de concienciación estaban involucrados en las relaciones de poder entre las participantes, pasemos ahora al examen de los efectos del segundo aspecto de las estrategias de la práctica crítica: el desarrollo de los enfoques opositoristas y colectivos del cambio.

En el Capítulo II, destacué las premisas de este aspecto, por lo que ahora sólo volveré brevemente sobre ellas. La primera premisa subyacente a los enfoques opositoristas y colectivos de la acción social es que las personas oprimidas comparten unas identificaciones comunes, como las de "mujeres", "homosexuales", "indígenas", y que, para comprender y actuar sobre su opresión, deben "reclamar la identidad que les ha enseñado a menospreciar la cultura dominante" (YOUNG, 1990, pág. 166). La segunda premisa es que, de acuerdo con la teoría del conflicto, la propia identificación se define por oposición a las demás. La identificación colectiva se basa en una delimitación clara del "aliado" y del "enemigo" (véase: MORGEN y BOOKMAN. 1988, pág. 9), de acuerdo con la propia posición fijada en las estructuras sociales globales, como el capitalismo, el patriarcado y el imperialismo.

En el siguiente apartado, revisaré brevemente la formación de las identificaciones opositoras y colectivas durante el proyecto antiviolenca contra mujeres jóvenes. Después, pasaré a examinar el modo de influir las ideas y enfoques opositoras de poder y la identidad en las relaciones de poder y en los procesos de cambio en el grupo del proyecto y en el terreno público.

LA FORJA DE LAS IDENTIFICACIONES COMUNES

Al forjar el fundamento de las ideas y la acción colectivas, las jóvenes resaltaban el saber compartido que se derivaba de sus experiencias como madres jóvenes y supervivientes a la violencia. Se consideraba que este saber vivido constituía un fundamento vital de la superación y de la acción con otras mujeres jóvenes.

En una conversación sobre la forma de dirigirse a las madres jóvenes que asistían al foro público organizado por el grupo del proyecto, Leah dijo:

Creo que me gustaría decir, bueno, tratar de decir, nosotras siete, todas nosotras somos madres jóvenes, podemos decir que todas hemos experimentado, casi todo lo que hemos manifestado aquí [Leah se refiere a las agresiones experimentadas por las participantes que se documentaron durante el proceso de reflexión crítica].

Con frecuencia, las jóvenes insistían en el valor de su experiencia vivida ("podemos decir que todas nosotras hemos experimentado..."). Las jóvenes contrastaban sus conocimientos con el de los profesionales, sobre todo los profesionales de los servicios sociales, a quienes consideraban carentes de las experiencias necesarias para conectar con las madres jóvenes en el plano de la experiencia compartida.

En consonancia con la posición conflictiva que subyace a las prácticas del trabajo social activista, las jóvenes expresaban sus identidades por oposición a las relacionadas con el poder. Por ejemplo, los profesionales (sobre todo, los policías y los trabajadores sociales) y los hombres se identificaban como opresores. Una muestra de la antipatía contra los identificados como "opresores" se produjo durante una conversación acerca de las personas a las que debiera invitarse al foro público sobre las mujeres jóvenes y la violencia.

El extracto siguiente está tomado de una conversación relativa al modo de responder en el caso de que los compañeros sentimentales de las jóvenes asistieran al foro:

Trabajadora 1: bueno, ¿qué pasa si ocurre eso?, ¿cómo crearíamos un grupo de compañeros o algo así?

Brooke: ¡NO! ¡Que se vayan a la mierda!

Melissa: no

Sonia: no

Annette: no ellos tuvieron un par de oportunidades de hablar claro, y dijeron "NO", es que no

Melissa: vete y haz algunas compras vete a casa, ya sabéis, a casa

Annette: no es bueno, porque algunas mujeres no quieren hablar (**Jo:** sí) si un hombre está sentado allí y pudiese volver más tarde, ya sabéis

Jo: así que cuando vamos a los grupos les decimos "mira, no hay ningún compañero"

Trabajadora 1: sí

Annette: TRAEDLOS Y ESTARÁN MUERTOS,

Trabajadora 1: je je je

Sonia: muertos y bien muertos.

El nivel de antagonismo demostrado hacia los varones en este extracto (por ejemplo: "que se vayan a la mierda" y "traedlos y estarán muertos") era típico del que se demostró hacia los identificados como "poderosos". Sin embargo, esta estructuración dualista y opositora de las identidades era difícil de mantener porque requería la supresión de las identificaciones con estos otros, muchos de los cuales formaban parte del modo de definirse de las mismas jóvenes.

Aunque, con frecuencia, las participantes se refirieran a sus experiencias compartidas como madres jóvenes, había. Sin embargo, importantes diferencias entre ellas. Era raro que reconocieran esas diferencias en las reuniones del proyecto y, en cambio, las experiencias de carácter diferente solían aparecer en conversaciones ajenas a nuestras sesiones.

En particular, las jóvenes reconocían variaciones entre ellas mismas según el tipo y el grado de la violencia padecida y otros factores, como las circunstancias de vida del momento, los orígenes familiares y cosas así.

Philippa y Leah nos facilitaron sendas ilustraciones de este sentido de diferencia. La interacción siguiente tuvo lugar durante una entrevista inmediatamente posterior a la prematura marcha de Philippa del proyecto:

Trabajadora 1: ¿te parece que otras personas tenían el mismo tipo de experiencias que tú?, ¿te sientes menos sola después de haber hablado con otras personas o eso no ha cambiado nada? (silencio de 5 segundos).

Philippa: oh en cierto modo, pero aún umm era totalmente diferente de la del resto de la gente

Trabajadora 1: sí, sí

Philippa: como ellas tenían, en realidad no tenían nada de (experiencias) de la infancia, no que yo sepa.

Philippa dice que sus experiencias de violencia, que, en su mayoría, eran de malos tratos infantiles, eran muy diferentes del tipo de experiencias adolescentes y adultas de violencia, que se convirtieron en el centro de atención de las reuniones del proyecto.

Quizá no deba sorprendernos la sensación de diferencia de Philippa, dada su marginación dentro del grupo del proyecto. Sin embargo, incluso las participantes que parecían mostrar mayores niveles de integración también se veían diferentes, como muestra el extracto siguiente. Este pasaje está tomado de mis notas de campo, en el cuarto mes del proyecto, y se refiere a una conversación entre Leah y yo:

Lean y yo mimos a hablar sobre el Young Women's Public Forum a [un centro] del Youth Service. Leah hizo algunos comentarios interesantes acerca de ser una madre joven. En particular, se refirió al hecho de sentirse "diferente" de las otras mamás jóvenes del grupo. Notaba que, aunque (en su infancia) no había sido rica, tampoco había experimentado la pobreza de otras personas del proyecto... Al mismo tiempo, Leah parece sentirse muy diferente de las otras chicas de su edad que no tienen hijos. Su compañero sentimental y sus amigos, que son todos de la edad de Leah [veintipocos años] nunca han experimentado algo parecido a la responsabilidad de tener tres hilos.

En sus conversaciones conmigo, Leah reconoció su sensación de diferencia, tanto dentro del grupo del proyecto, frente a otras participantes, como fuera de él, en relación con su compañero y sus amigos.

Merece la pena señalar que, en las reuniones del proyecto, señalaba con frecuencia el saber único que, como madres jóvenes, compartían las participantes.

En algunos contextos, como las reuniones del proyecto y los foros públicos, la alusión al saber compartido confería legitimidad a las voces de las jóvenes. Sin embargo, estas identificaciones opositoras y colectivas dejaban de lado la diversidad de experiencias e identificaciones que eran importantes para el sentido de sí mismas de las participantes, porque, aunque es cierto, sin duda, que las jóvenes señalaban la comunidad existente entre ellas y con otras mujeres jóvenes, había otras identificaciones que tenían gran importancia para ellas.

A veces, los límites de la identificación cambiaban, de manera que daba la sensación de que las jóvenes tuvieran más en común con algunos hombres jóvenes o personas sin hogar e incluso estrellas de programas de la televisión norteamericana que con otras personas pertenecientes a la categoría de "mujer joven".

La forja de una identidad colectiva no reducía el carácter sobresaliente de estas otras identificaciones, pero sí suponía su supresión en las reuniones del proyecto.

LA SUPRESIÓN DE LAS RELACIONES COMPLEJAS DE PODER

En consonancia con los enfoques de la práctica crítica, la formación de las identificaciones colectivas y opositoristas iba emparejada con una visión conflictiva del poder. Aunque este enfoque opositorista fuese útil para dar una dirección y una motivación para el cambio al grupo del proyecto, también conducía a una excesiva simplificación de las relaciones de poder en el contexto de la práctica. La dependencia de una oposición contribuía a resaltar el dominio de quienes tuvieran acceso al poder formal y a despreciar la positiva capacidad política de los considerados indefensos.

En otras palabras, la comprensión de las relaciones de poder se polarizó en el transcurso del proyecto. Las caricaturas acerca de las relaciones de poder impidieron la formación de coaliciones con otras personas ajenas al grupo del proyecto, y limitaron el desarrollo de ideas acerca de las opera-clones entre las participantes y en la vida de cada una.

En el apartado siguiente, mostraré cómo los enfoques opositoristas del poder limitaron la formación de ideas complejas y la iniciación de acciones en el grupo del proyecto.

EL PODER COMO DOMINACIÓN

En los movimientos sociales emancipadores, a los que están vinculadas las formas críticas contemporáneas del trabajo social, existe la tendencia a reunir todas las formas de poder bajo el nombre de "dominación" (YEATMAN, 1997). El enfoque negativo del poder vacía previamente de contenido la investigación de las operaciones locales del poder, ya que basta con identificar a un individuo como poderoso para considerarlo opresor (TAPPER, 1993).

Esto supone una debilidad significativa para establecer coaliciones con los poderosos, dadas las pocas oportunidades de diferenciar entre las formas de poder productivas, por extender la potenciación a los participantes, y las formas que se utilizan para fomentar la dominación.

En el curso del proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes, la crítica de las formas institucionales de poder, como el ejercido por la policía y por los trabajadores sociales, se convirtió en lugar común en las reuniones del proyecto y en los foros públicos. Aunque mi colaboradora y yo apoyamos muchos aspectos de la crítica de las jóvenes, mostramos nuestro desacuerdo con los enunciados absolutos respecto a las personas consideradas poderosas. El extracto siguiente está tomado de mis notas de campo y procede de mis conversaciones con mi colaboradora inmediatamente después del foro

público que presentó el grupo del proyecto casi cinco meses después de iniciarse el proyecto:

Robyn dijo que le preocupaba que a nosotras, como trabajadoras, nos incluyeran con la policía... Robyn creía que había que refutar las acusaciones, como las efectuadas por Annette de que los trabajadores sociales eran malos al 100%.

Las afirmaciones sobre el poder dominador de los profesionales de los servicios asistenciales directos eran problemáticas en la medida en que obviaban las significativas variaciones que las jóvenes habían señalado al referir sus experiencias de violencia. Las participantes habían estado sometidas a la violencia verbal, física y sexual de la policía, mientras que sus quejas principales contra los trabajadores de los servicios asistenciales directos, como enfermeros, médicos, trabajadores sociales y maestros se referían al fracaso de estos profesionales a la hora de ejercer el poder para proteger a las personas jóvenes en situaciones de violencia. Es más, la confusión del poder con la dominación dejaba poco espacio para diferenciar entre los profesionales de los servicios asistenciales directos y la policía, entre quienes las jóvenes consideraban como fuentes de apoyo y quienes contribuían a su marginación y dominación.

HABLAR AL OTRO

La visión del poder como dominación tuvo efectos restrictivos sobre el grupo del proyecto cuando trató de entablar diálogo y plantear reivindicaciones de cambios a los poderosos. Aunque todas las participantes hubiesen referido, al menos, algunas experiencias positivas con trabajadores de los servicios asistenciales, en el contexto del proyecto, se hizo cada vez más presente en las conversaciones de las jóvenes la polarización entre los intereses de los profesionales y los de los usuarios de los servicios.

La polarización contribuyó a crear obstáculos para el establecimiento de acuerdos con los trabajadores de servicios asistenciales que simpatizaban con las preocupaciones de las participantes en el proyecto.

Durante el foro público sobre las experiencias de violencia de las jóvenes, surgió una situación que sirve de ilustración de la incidencia de las ideas opositoras en la forma de ver las participantes a los trabajadores de los servicios sociales. El grupo del proyecto anunció de antemano que, en el foro, unas trabajadoras de los servicios sociales acompañarían a las jóvenes, por lo que se preparó una serie de preguntas para ellas. La cita siguiente es la respuesta de las trabajadoras a la petición de que indicaran de qué modo sus prácticas profesionales manifestaban los prejuicios contra las madres jóvenes.

La respuesta de las trabajadoras a la pregunta, que cito aquí de forma extensa, muestra que, aunque simpatizaran con la crítica de las jóvenes contra los trabajadores de los servicios asistenciales, ellas no opinaban igual:

La primera pregunta, sobre los prejuicios, nos resulta muy difícil de responder. Como trabajadoras, somos muy conscientes de que cada madre joven se enfrenta a prejuicios y, probablemente, todas las que están aquí hoy reconozcan que las madres jóvenes han sido tratadas de manera verdaderamente despreciable por muchas personas de la comunidad que, evidentemente, "tienen un problema". Estoy segura de que la mayoría de vosotras estaréis de acuerdo en que las trabajadoras que han venido aquí con vosotras son trabajadoras positivas y, probablemente, no actúen del mismo modo que los trabajadores y trabajadoras con los que hayáis tenido malas experiencias. Como grupo, nos resulta difícil decir si tenemos prejuicios o estereotipos y, evidentemente, sabemos que os haríamos ENFADAR mucho si subiéramos y comenzáramos a decir cosas de este tipo...

Para nosotras, era más fácil decir que, a veces, cuando las madres jóvenes han llegado, hemos formulado algunos supuestos sobre tales mujeres y madres jóvenes. Esos supuestos no guardan necesariamente una mala relación con ellas ni con nadie como ellas y son diferentes de los prejuicios y estereotipos... Y también, levantarse y decir: "bueno, damos por supuesto que todas las mamás jóvenes son realmente MALAS personas y que son unas MAMÁS TERRIBLES", yo no voy a decir tal cosa. Es posible que otras personas piensen eso, sí, las madres jóvenes tienen problemas, pero también cuentan con muchos recursos personales y pueden buscar ayuda cuando la necesiten. No siempre se les brinda mucho apoyo que sea adecuado para ellas y, con mucha frecuencia, éste es un auténtico problema.

Aunque, en abstracto, estas trabajadoras simpatizaran con la visión crítica que subyacía a las preguntas de las jóvenes, esto no concordaba con sus experiencias locales como trabajadoras de los servicios sociales, por lo que le dieron mucho crédito.

En este extracto, vemos que a estas trabajadoras, la mayoría de las cuales suscribía las perspectivas críticas, les resultaba difícil aceptar que se les pudieran aplicar las críticas generales dirigidas contra los trabajadores de los servicios asistenciales. En realidad, ellas se diferenciaban del estereotipo de los profesionales señalando los cambios que habían realizado en su propia práctica profesional (por ejemplo: "Estoy segura de que estaréis de acuerdo en que las trabajadoras que han venido aquí con vosotras son trabajadoras positivas"). Sin dejar de reconocer el trato perjudicial al que habían estado sometidas las jóvenes, se niegan a ocupar la categoría opositora de "dominadora" ("sabemos que os haríamos ENFADAR mucho si subiéramos y comenzáramos a decir cosas de este tipo").

Las jóvenes, cuya posición de indefensión dependía del contraste con los poderosos, no quedaron satisfechas con esta respuesta. Una participante se lamentó de que: "Ellas [las trabajadoras] no admitirían NADA erróneo". Ni las preguntas de las jóvenes ni la respuesta de las trabajadoras dejaron que saltasen al primer plano las complejas relaciones de poder, más allá de "poderosos" e "indefensos".

Aunque muchos trabajadores y trabajadoras compartían la crítica que hacían las jóvenes de los trabajadores de los servicios sociales, consideraban, sin embargo, que sus propias situaciones eran considerablemente más complejas que el simple dualismo que les consideraba a ellos mismos como "opresores" y a las jóvenes como "oprimidas". En el contexto de lo que ellos y ellas consideraban como su propia relación compleja con el poder, algunos consideraron como un ataque la inferencia de las jóvenes sobre las acciones llenas de prejuicios de los trabajadores y trabajadoras. Este extracto está escogido de las notas de campo tomadas durante una conversación telefónica con una trabajadora de servicios sociales que había asistido al foro:

[La trabajadora dijo que] las jóvenes querían que dijéramos que éramos nefastas, querían que dijéramos que estereotipamos... [la trabajadora] también se refirió a la indefensión de los trabajadores. Ella [la trabajadora] manifestó que, en su trabajo con mujeres jóvenes, le daban ganas de decir: "Yo soy tan impotente como vosotras para arreglar la situación", y añadió: "Me ven como si tuviera el poder, sobre todo cuando digo que no". [La trabajadora] parecía desanimada por el carácter negativo de las manifestaciones sobre los trabajadores... [dijo]: "creas un ambiente que sea seguro para ellas, pero nosotras no estamos seguras".

Las trabajadoras, sobre todo las que procuraban activar unos planes de justicia social en su práctica profesional, consideraban injusta la visión dualista del poder que adoptaron las jóvenes. A su modo de ver, estas quejas, aunque quizá fueran ciertas respecto a las actividades de los servicios asistenciales en general, no tenían en cuenta las diferencias que trataban de marcar en sus propias prácticas profesionales.

La asistencia de las trabajadoras y trabajadores al foro público parecía indicar su interés por los problemas de las jóvenes. La mayoría de las trabajadoras estaban empleadas en pequeñas organizaciones no gubernamentales y la mayor parte se identificaba como feminista.

Sin embargo, a pesar de su implicación profesional y personal en las prácticas críticas o quizá por ello, no toleraban una crítica general de su poder que no tuviera en cuenta la complejidad en torno a sus experiencias de poder y sus intentos de hacer las cosas de forma diferente.

PODER E IMPOTENCIA

Con independencia de los usos que puedan hacerse de los enfoques opositoristas del poder para aumentar la sensibilidad hacia determinados tipos de diferenciales de poder en el contexto de la práctica, no son transformadores (YEATMAN, 1997). Paradójicamente, en vez de contribuir a dismantelar y transformar las relaciones de poder, estas representaciones estructuran y refuerzan las oposiciones. En el grupo del proyecto, la reducción de todas las relaciones de poder a dos posiciones opuestas restringió el desarrollo de la participación compartida en la consecución de los procesos y resultados activistas. Por una parte, el poder de mi colaboradora y el mío se exageraron, con la consecuencia de que podían hacernos responsables del logro de los elevados y utópicos objetivos del proyecto. Estos ideales, como el de la igualdad total, no se cuestionaban. Por otra parte, la representación de las participantes, en cuanto ajenas a la "capacidad política positiva" (YEATMAN, 1993, página 220), pasaba por alto la realidad del poder de cada una en relación con sus compañeras y su potencial de ejercer el poder para el cambio.

El extracto siguiente ilustra la forma de suprimir el reconocimiento de operaciones alternativas de poder en el contexto de la práctica de las oposiciones entre poderosos e impotentes. Inmediatamente antes del comienzo del extracto, una participante, Annette, había señalado la disonancia entre el carácter igualitario subyacente al proyecto y las diferencias que prevalecían entre trabajadoras y participantes e ilustró su afirmación señalando el papel de las trabajadoras en la organización de los medios de asistencia a los niños.

Trabajadora 2: ME PREOCUPA CUANDO DICES, cuando unas personas o alguien organizan algo (**Trabajadora 1:** si) ¿qué te hace no sentirte igual por el hecho de que alguien lo organice?

Annette: porque alguien está escogiendo a la trabajadora de asistencia infantil que cuida a mis hijos, alguien está escogiendo la instalación

Trabajadora 1: mmmm (sonido de exasperación)

Annette: mi problema es que a mis hijos los va a atender alguien y, QUERRÍA SABER QUIÉNES SON LOS TRABAJADORES DE ASISTENCIA INFANTIL, porque con los que tú conoces, las dos personas, no tengo ningún problema. No me interpretes mal, pero NO SE QUIENES SON ESTAS PERSONAS, nunca me las han presentado, SALVO Lena [la trabajadora principal de asistencia infantil] nadie me ha dicho, ésta es Fulanita, ayudándome, tú sabes lo que quiero decir

Trabajadora 2: eso es una expectativa, creo que puedes ir tú, presentarte y preguntarles

Brooke: pero les pagan por estar ahí, es su trabajo, ¿no?

Trabajadora 2: pero incluso cuando yo pago para que cuiden a mi hijo NADIE presenta a nadie

Annette: pero tú escogiste la asistencia para el niño y

Trabajadora 2: no pero yo he tenido que iniciarlo todo, he subido y he dicho, "¿CÓMO se llama usted? Me llamo Menganita, yo soy Zutanita, voy a dejar aquí a mi hijo, hasta luego

Annette: pero ESO ES EN UN CENTRO, YO ESTOY HABLANDO de las PERSONAS QUE VIENEN AQUÍ que

Trabajadora 2: no, EN CUALQUIER SITIO.

Desde una perspectiva crítica, es difícil rebatir los argumentos presentados por Annette y Brooke. Era cierto que mi colaboradora y yo organizamos la guardería y que no presentamos a las trabajadoras de la misma a las participantes. Se suponía que las trabajadoras no habían cumplido con su responsabilidad de igualar el poder. En el contexto de la idea polarizada del poder que fomentaba el proyecto, las trabajadoras eran las responsables de las continuadas desigualdades de poder ("nunca me las han presentado" y "pero les pagan por estar ahí, es su trabajo"), aunque ni las jóvenes ni las trabajadoras del proyecto hubiesen suscitado antes la cuestión de la implicación de las participantes en la preparación de la asistencia y cuidado de los niños. En la identificación de las relaciones de poder se encierra una paradoja: estos enfoques opositivos refuerzan las desigualdades, porque las "impotentes" se hacen incapaces de cuestionar sus circunstancias salvo si las "poderosas" están de acuerdo en garantizarles que las protegerán y potenciarán.

Mediante la premisa de que los poderosos son los responsables de la consecución de los valores de la práctica activista, como la equidad y la participación de los usuarios de los servicios, los enfoques opositivos minimizan la capacidad y la responsabilidad compartidas de sacar adelante los procesos participativos. Desde las posiciones del trabajador poderoso y el cliente impotente era difícil discutir las oposiciones de las que dependían los discursos del trabajo social crítico. En cambio, mi colaboradora utiliza su identificación como madre ("pero incluso cuando yo pago para que cuiden a mi hijo nadie presenta a nadie") para desmontar la proposición implícita de que los trabajadores constituyen el único núcleo en el que es posible el poder. De este modo, la trabajadora destaca la capacidad y la responsabilidad de las jóvenes de ejercer el poder de afrontar y cambiar las cosas que les afecten ("creo que puedes ir tú presentarte y preguntarles").

Algunas participantes también discutían el enfoque opositivo del poder en el contexto de la práctica. La crítica general del poder de los trabajadores de los servicios asistenciales, planteada por las participantes durante el proyecto, tenía una utilidad limitada para explicar las relaciones locales de poder en el contexto de la práctica.

De hecho, para muchas participantes, uno de los aspectos potenciadores del proyecto fue el reconocimiento de que el poder de los trabajadores de los servicios asistenciales, como nosotras mismas, no tenía por qué ser insuperable y que, con respecto a nosotras, no eran impotentes. Reflexionando sobre el proyecto, casi dos años después de iniciarse, una joven señalaba:

Podríamos decir que nosotras teníamos todos los conocimientos que vosotras no teníais: "no sabéis lo que es la violencia doméstica, no sabéis lo que es ser una madre joven; nosotras sabemos esto y vosotras no", lo que se equilibra porque vosotras tenéis los conocimientos técnicos y nosotras no.

De modo semejante, en el transcurso del proyecto, a algunas participantes no les resultó fácil considerarnos como sus contrarias ni mantener esa sensación por su conciencia de lo que teníamos en común. Por ejemplo, a veces, las jóvenes y yo hablábamos de las experiencias de acoso en los clubes nocturnos, mientras que, con frecuencia, las participantes se referían a la identidad de madre de mi colaboradora como el aspecto que tenían en común con ella. Aunque en el contexto del proyecto hubiera desigualdades persistentes, las relaciones de poder no eran estáticas y, mediante una reflexión regular y continuada sobre las relaciones de poder, se produjeron cambios significativos. La confusión del poder con la dominación constituyó un obstáculo para el reconocimiento de estos cambios locales y para negociar cualquier otro cambio de las relaciones de poder que no fuese la mera discusión con las personas que se asociaban con el poder. De hecho, durante el proyecto, el enfoque opositor corrió el riesgo de convertirse en "una pseudo-política, es decir, una política sin discusión ni diálogo, en la que desaparecieron las características éticas del discurso político y los eslóganes justos" pasando por alto las múltiples y cambiantes relaciones de poder entre nosotras (YEATMAN, 1993, págs. 236-237).

Aunque las participantes estuvieran dispuestas a utilizar tácticas opositoras frente a los trabajadores de los servicios asistenciales y otros grupos poderosos, en las reuniones del proyecto reinaba, en general, una ambigüedad considerable en el empleo de estas estrategias. A algunas participantes les intimidaban los enfoques conflictivos que utilizaban otras, aunque fuesen dirigidas a mi colaboradora y a mí. En contraste con la caricatura de unas mujeres trabajadoras cómodas con unas prácticas políticas "dominadas por el conflicto, tácticas y orientadas a unos fines" (Dixon, 1993, pág. 26), algunas participantes opinaban que estos enfoques recordaban la violencia que habían experimentado. Como lo describió una participante, Leah: "es como la violencia doméstica, excepto que, en esta ocasión, son mujeres las que me la infligen". Esta frase resulta mucho más significativa si se tiene en cuenta que en ningún momento fue Leah el blanco directo de las condenas; sin embargo, para ella, las tácticas opositoras contribuían a crear un ambiente de temor.

A lo largo del proceso, había que lograr un importante equilibrio, desarrollando unas prácticas activistas sensibles a las agresiones vividas por las jóvenes sin reducirlas a la categoría de víctimas. La polarización de las relaciones de poder, con el reconocimiento exclusivo de las posiciones extremas de las poderosas y las impotentes no contribuyó a la comprensión de las operaciones de poder que las trascendieran.

LOS “IMPOTENTES” COMO AUTORES Y SUJETOS DEL PODER DISCIPLINARIO

En este análisis, he señalado que los supuestos críticos acerca del poder impidieron comprender las relaciones de poder entre las trabajadoras y las participantes en el contexto de la práctica y en el activismo público emprendido por el grupo del proyecto.

El enfoque opositor del poder no contribuyó mucho a que las jóvenes desvelaran sus propias experiencias complejas de dominación ni a comprender sus relaciones con el poder, tanto en calidad de autoras como en la de sometidas al mismo. Por ejemplo, en la vida de las jóvenes, eran hombres los responsables de las agresiones físicas y sexuales que tuvieron que padecer, sin embargo las mujeres también eran agentes de algunas formas de dominación. En particular, en sus conversaciones sobre sus cuerpos, las jóvenes destacaban que ellas y otras mujeres (como sus compañeras, sus madres e incluso, ellas mismas) eran las principales responsables de la vigilancia de sí mismas en relación con determinados (inalcanzables) niveles de belleza y perfección.

Las reflexiones de las jóvenes sobre las sutiles operaciones de poder concuerdan con las observaciones de BARTKY acerca del poder patriarcal. Respecto a la obra de FOUCAULT, BARTKY (1988) dice que: "El poder disciplinario que inscribe la femineidad en el cuerpo femenino está en todas partes y en ningún sitio; el disciplinador es todo el mundo y, sin embargo, nadie en particular" (pág. 74). Por tanto, en vez de haber una delimitación clara entre opresor y oprimido, según BARTKY, un sujeto puede al mismo tiempo ser disciplinado y estar sometido al poder patriarcal.

Al reflexionar críticamente sobre estas experiencias, las jóvenes reconocieron que no sólo estaban sometidas al poder patriarcal, sino que también eran su medio de transmisión. Aunque las jóvenes criticaran el grado en que sus padres, sobre todo sus madres, hubieran reforzado las normas patriarcales del aspecto femenino impuestas sobre ellas, también reconocían la omnipresencia de estas normas en su propio ejercicio de madres.

El extracto que ilustra esta cuestión está tomado de una conversación mantenida en el quinto mes del proyecto, fase en la que las jóvenes habían participado en extensos procesos de concienciación.

Melissa: Lo transmitimos a nuestros niños, si tenemos HIJAS, quierc decir. Yo trato siempre de asegurarme que Lizzy, o sea nc deajo que salga de casa hasta que está perfecta, lleva el pelo precioso y parece una auténtica muñeca, ya sabéis, y se lo transmito. Incluso a esta edad, sabe cuándo está GUAPA y cuándo se ha puesto un vestido BONITO

Trabajadora 1: o sea, que nosotras transmitimos esto a nuestras hijas

Melissa: lo HACEMOS, inconscientemente, pero lo hacemos

Jo: tú misma, Leah, quizá no quieras que Maggie pase por donde tú has pasado [estar muy preocupada por el peso], pero aún así puedes no darte cuenta

Leah: como estar pendiente de la comida, ¿no?, como pequeñas cosas como esa y quiero decir que lo sé, sé que observo lo que comen los niños. Las niñas, no puedo decir que me fije en lo que come Nathan, probablemente, si acaso, le animo a que coma sí, porque es varón (**Trabajadora 1:** sí) pero no con las niñas porque, sí, no quiero que tengan un problema de peso, por los problemas que he tenido yo con eso.

De nuevo, aunque las jóvenes reconozcan los efectos dañinos de mantener ciertas normas de delgadez y de belleza, son conscientes de que refuerzan esas expectativas con su comportamiento de madres ("lo HACEMOS, inconscientemente, pero lo hacemos"), porque, con independencia del daño que esas normas hayan podido hacerles a ellas, estas expectativas pueden tener, paradójicamente, efectos potenciadores para sus hijos. Por ejemplo, Leah señala que, al controlar los hábitos alimenticios de sus hijas, puede ayudarlas a evitar "un problema de peso" y, con ello, las dificultades experimentadas por ella con esos problemas en su propia vida.

El reconocimiento de que las jóvenes consideran que estas normas tienen efectos discapacitadores y potenciadores para sus hijos indica una limitación significativa de los procesos activistas, sobre todo los de concienciación, orientados a la evaluación crítica y al rechazo de prácticas opresivas. BARKTY (1988) observa que:

Con independencia de su efecto último, la disciplina puede proporcionar al individuo sobre el que se impone una sensación de dominio, así como una sensación segura de identidad... Por tanto, las mujeres, como otros individuos preparados, están interesadas por la perpetuación de sus destrezas, con independencia de lo que pueda haberles costado adquirirlas y sin que les importe la cuestión de si, en cuanto género, les hubiese sido mejor no haberlas adquirido en primer lugar. En consecuencia, el feminismo, en especial un feminismo verdaderamente radical, que cuestiona la estructuración patriarcal del cuerpo femenino, amenaza a las mujeres con una cierta pérdida de destrezas, algo que, normalmente, las personas aguantan; aparte de esto, cuestiona ese aspecto de la identidad personal que está ligado al desarrollo de la sensación de competencia. (Pág. 77.)

El enfoque opositor del activismo, que pone una identidad de grupo (como, por ejemplo, una clase de sexo) sobre otra, borra las formas sutiles y omnipresentes de producirse y reproducirse las prácticas opresivas gracias tanto a los "impotentes" como a los "poderosos". Mientras que las teorías de la ciencia social crítica han reconocido que los oprimidos pueden ser cómplices de su propia marginación, la teoría postestructural señala que los mismos procesos mediante los que se produce la opresión pueden inducir también formas de poder y de placer. Por tanto, la teoría postestructural exige un enfoque del activismo que reconozca los procesos complejos

y contradictorios a través de los cuales se produce la opresión. El potencial radical de las estrategias de la práctica activista para superar la dominación queda suavizado cuando se reconoce que una persona puede perpetuar de manera voluntaria y beneficiarse realmente [aunque sólo hasta cierto punto] de las prácticas mediante las que también se oprime a otra.

En este apartado, he examinado críticamente la utilidad de los enfoques opositores como base para comprender y responder a la dominación. Aunque los trabajadores sociales críticos sostienen que ponen de manifiesto las relaciones de poder de la práctica, en este análisis he demostrado que las premisas de la ciencia social crítica, en las que se basan estas teorías de la práctica, también pueden oscurecer las operaciones alternativas del poder. Junto al análisis estructural del poder, el grupo de práctica exigía también la comprensión de los matices locales del poder, en otras palabras, la microfísica del poder, para llegar a captar la complejidad del poder en nuestras prácticas activistas y en nuestra vida.

EL MOVIMIENTO HACIA LA ACCIÓN EN LA ESFERA PÚBLICA

Como un elemento más de una visión amplia del cambio social, los activistas promueven la transformación de los problemas privados en cuestiones públicas (véanse, por ejemplo: MAGUIRE, 1987; FINN, 1994). Esto significa que, en algún momento, las poblaciones oprimidas deben oponerse públicamente a las injusticias a las que se enfrentan. En este apartado, estudio el grado en el que las estrategias de la práctica crítica, mediante las cuales pasaron las participantes a la acción pública, trastornaron las relaciones sociales existentes y hasta qué punto estas estrategias de la práctica incrementaron la dominación y la vigilancia.

Las jóvenes previeron una recepción contraria a su oposición a las representaciones y políticas que las perjudicaban. Sin embargo, aunque el grupo del proyecto tenía que enfrentarse a una cierta oposición, en las respuestas de los representantes del Estado y de los medios de comunicación encontramos, por regla general, una notable ambigüedad e, incluso, apoyo. Conseguimos llamar la atención de los representantes del Estado, como los burócratas encargados del desarrollo de la política social y de los magistrados que entendían de asuntos relativos a la violencia doméstica, así como de los medios de comunicación; por ejemplo, ciertos aspectos del proyecto recibieron una atención destacada de dos programas nacionales de radio. Respondiendo en parte a este perfil, el grupo del proyecto recibió el apoyo financiero del Estado para continuar el desarrollo de la red de apoyo y defensa entre compañeras, de y para mujeres jóvenes (véase: HEALY y WALSH, 1997).

El hecho de mencionar las operaciones ambiguas de instituciones poderosas, como el Estado y los medios de comunicación, no significa pecar de ingenuas con respecto al poder disciplinario de estas instituciones sobre la vida de las usuarias de los servicios

sociales. Sin la menor duda, la vigilancia de las operaciones del gobierno y de los medios de comunicación es imperativa, pero el Estado no es un monolito y pudimos descubrir a personas de estas instituciones que simpatizaban con nuestras ideas y podían ayudarnos a lograr nuestros objetivos de cambio.

Los trabajadores sociales críticos están unidos en sus intentos de desarrollar unas prácticas profesionales exentas de dominación. El reconocimiento de los teóricos "post" críticos de que las mismas estrategias activistas pueden utilizarse para extender el poder del activista y las operaciones de disciplina y de vigilancia cuestionan aquellos intentos.

Así, en vez de limitar nuestras reflexiones a las instituciones o a determinados tipos de personas (por ejemplo, personas del "sistema" o ajenas a él), conviene que volvamos también nuestra atención crítica a los efectos locales de las estrategias de la práctica crítica. Las ideas de las teorías "post" críticas son útiles para tratar de superar las limitaciones encontradas por el grupo del proyecto al utilizar las identificaciones colectivas como base de la acción pública. Cuando las jóvenes pasaron al diálogo y al debate públicos, descubrieron que su participación en el terreno público, en los medios de comunicación y con los responsables de la política estaba condicionada a que hablaran desde su posición como madres jóvenes y como víctimas de la violencia. Las integrantes del grupo del proyecto tuvieron que hacer frente a presiones significativas, sobre todo de los medios de comunicación, y, a veces, de los profesionales de los servicios asistenciales para que revelaran detalles íntimos de su vida privada. Este nivel de apertura personal en los foros públicos nunca se exigió a los profesionales (incluyendo a mi colaboradora y a mí misma), ni al personal de los medios de comunicación que estuvieron en contacto con las jóvenes.

En principio, en vez de oponerse a esta concentración de la atención en sus experiencias personales (sobre todo las relacionadas con las agresiones recibidas), las jóvenes la aceptaron de buen grado. De hecho, cuando mi colaboradora y yo manifestamos nuestras preocupaciones por estas revelaciones personales cara al público, las jóvenes defendieron fervientemente la importancia de sus manifestaciones acerca de sus experiencias personales. Las participantes dijeron que el hecho de contar sus historias las liberaba y podría ayudar a otras mujeres a romper el círculo de la violencia. Sin embargo, la expresión de las identificaciones colectivas en el terreno público estableció un diálogo desigual en el que las jóvenes revelaban muchas cosas pero carecían de poder para exigir nada a cambio.

No obstante, en las últimas fases del proyecto, las jóvenes, que, al principio, habían estado muy dispuestas a la manifestación pública de sus experiencias personales, comenzaron a mostrarse más ambivalentes con respecto a ello.

En el segundo año del proyecto, las participantes empezaron a rechazar las peticiones de los profesionales para que hablaran en encuentros públicos y se plantearon los efectos restrictivos y potencialmente embarazosos que les habían producido sus revelaciones personales. En respuesta, la red de mujeres había comenzado a formular una política de comunicación que advertía contra la excesiva apertura en las manifestaciones personales, estimulando, en cambio, la exposición del funcionamiento de la red, en vez de las experiencias individuales.

FOUCAULT (1980a, 1981a) ha escrito mucho acerca de la función de la confesión en los sistemas modernos de vigilancia y control. Su obra es útil para comprender el potencial discapacitador de las estrategias activistas que estimulan a reivindicar la identificación colectiva y a manifestarse sobre esa base. FOUCAULT (1981a) dice que: la acción de dominación no reside en quien habla (porque es él quien está limitado), sino en quien escucha y no dice nada; no en quien sabe y responde, sino en quien pregunta y que no se supone que sepa. Y, por último, este discurso de la verdad produce un efecto no en quien lo recibe, sino en aquél a quien se arranca la confesión. (Pág. 62.)

De hecho, mientras que las manifestaciones de las mujeres contribuyeron al incremento de la conciencia de la comunidad acerca de la vulnerabilidad de las madres jóvenes a la violencia, su entrada en el debate público dependió mucho de su disposición a confesar en público sus experiencias de la violencia.

Aunque estas acciones puedan haber alterado las actitudes profesionales y comunitarias, también proporcionaron al público información personal significativa sobre la vida de las jóvenes. Es más, se situó a las jóvenes en una posición en la que sólo se reconocían sus conocimientos relacionados con su categoría de víctimas y con las experiencias de otras víctimas. En realidad, aunque, a corto plazo, esas acciones de manifestación puedan ser potenciadoras, en el sentido de que quienes habían estado silenciadas tengan la oportunidad de discutir las representaciones que de ellas se hagan, no pueden darse por supuestos los efectos de potenciación y de cambio a largo plazo, porque, según FOUCAULT, no se incrementa el poder de quienes hablan (en este caso, las jóvenes), sino el de quienes escuchan y no dicen nada (en este caso, los miembros de la comunidad y los profesionales). Mediante su dependencia de los actos públicos de autorrevelación, las prácticas activistas pueden favorecer unos procesos a través de los cuales se otorga un perfil romántico a los oprimidos y se los constituye en objetos de interés, en vez de situarlos como interlocutores en los procesos de transformación (véase: FROST, 1977, pág. 72).

CONCLUSIÓN

Aunque en las prácticas activistas haya que utilizar las identificaciones, la teoría postestructural crítica nos advierte de los peligros de los enfoques derivados de estos fundamentos. Las identificaciones colectivas son un medio de transmisión de la disciplina y la vigilancia de las poblaciones marginales, confinándolas a unas formas de ser, pensar y actuar (véanse: BUTLER, 1990; FOUCAULT, 1992; Cixous, 1994a, 1994b). Por ejemplo, la identidad colectiva de las jóvenes como víctimas y supervivientes de la violencia les dio una voz pública, pero también las redujo a hablar desde esa voz, marginando otras identificaciones que, para ellas, eran relevantes. Aunque, como activistas, no podamos renunciar a la identidad por su utilidad política, podemos ser más cautos al invocar las identificaciones y más reflexivos acerca de sus efectos sobre aquellas personas con quienes trabajamos para la transformación social.

En este capítulo, he usado las ideas postestructurales para revisar críticamente los efectos de las estrategias de la práctica activista sobre las participantes y entre ellas cuando pasamos a la acción pública. A pesar de los efectos potenciadores de estas estrategias, también participaban en las operaciones de vigilancia y disciplina mediante y sobre las participantes.

Las ideas de las teorías "post" llevaron a los activistas a reconocer que no existe un espacio libre de operaciones del poder al que podamos acudir ni práctica pura de emancipación. En vez de contribuir a la búsqueda de un núcleo básico para el trabajo social crítico, las teorías postestructurales pueden aumentar la sensibilidad de los activistas a las variaciones contextuales en los lugares de práctica y a las múltiples operaciones de poder dentro de ellos. En el próximo capítulo, destacaré las consecuencias de estas ideas para reestructurar las prácticas emancipadoras del trabajo social.

CAPÍTULO VII

LA RECONSTRUCCIÓN DE LAS PRÁCTICAS CRÍTICAS

El trabajo social crítico está en un período de transición. Si ha de haber un buen momento para ser activista, parece que no es éste, cuando el trabajo social crítico tiene que hacer frente a problemas procedentes tanto de su interior, acerca de los efectos silenciadores y dominadores de sus prácticas, como desde el exterior, cuando se están reorganizando significativamente los estados de bienestar. Aparte de algunos intentos de resucitar un fundamentalismo radical, muchos predicen que, como mínimo, se han acabado los días de calma del trabajo social crítico (LANGAN, 1998).

En el contexto de este desolado panorama, las teorías "post" críticas plantean problemas incómodos aunque necesarios a las formas críticas del trabajo social. A pesar de los efectos profundamente desestabilizadores de estas ideas, también dan esperanzas de reconstrucción y diversificación de las prácticas profesionales del trabajo social activista. Sin tirar por la borda todas las ideas de la ciencia social crítica, los trastornos que provoca el postestructuralismo crítico estimulan una mayor reflexividad y menos grandiosidad ante los procesos y objetivos de las prácticas del trabajo social crítico. En el "híper y pesimista activismo" al que se refiere FOUCAULT (1991b, página 343), es posible el cambio, pero se reconoce que es limitado y siempre peligroso.

En este capítulo, me ocuparé de cómo puede utilizarse la teoría postestructural como recurso en la aparición de unas prácticas de trabajo social activista, diversificado y vital, relevante para los muy transformados contextos de la práctica profesional de bienestar a los que se enfrentan en la actualidad los trabajadores de los servicios asistenciales.

Partiendo de la exposición de los problemas de la división entre teoría y práctica, subrayaré las consecuencias de la teoría postestructural crítica para reforzar la reflexividad sobre el contexto, el poder, la identidad y los procesos de cambio en el trabajo social activista. Concluiré con una revisión de los límites de estas teorías para el activismo, como un elemento de un argumento por el que, incluso en el contexto de las importantes incursiones recientes de las teorías "post", los trabajadores progresistas no pueden hacer nada sin contar también con las ideas de la ciencia social crítica.

LA DECONSTRUCCIÓN DE LA ESCISIÓN ENTRE TEORÍA Y PRÁCTICA

Basándose en los supuestos de la ciencia social crítica, los activistas proclaman la verdad acerca de lo que es y de lo que debe ser el trabajo social. Sin embargo, en los últimos años, ha surgido todo un coro de descontentos que discuten la capacidad de las teorías de la ciencia social crítica para abarcar los mundos complejos, contradictorios y comprometidos del cambio social, el trabajo social y las prácticas políticas (véanse: WISE, 1990; BENNETT, 1998; HEALY, 1998), porque, a pesar de la

importancia que las teorías de la práctica activista conceden a la "praxis", estas ideas siguen siendo insensibles a las críticas, incluso a las que se derivan de la práctica, que destruyen las premisas fundamentales de la ciencia social crítica.

Los postestructuralistas ponen de manifiesto que el cisma entre teoría y práctica no es un mero problema superficial, sino que requiere un replanteamiento fundamental de la posición de ambas en el trabajo social crítico. Con su respeto a las diversidades locales, los teóricos postestructurales críticos cuestionan la utilización de la teoría para explicar y guiar la actividad local. El postestructuralismo demuestra que las explicaciones totales del todo social, en las que se han basado las teorías de la práctica crítica, están mal orientadas, en la medida en que tratan de imponer un orden en lo que es fragmentario, y son arrogantes, pues operan para suprimir ideas y prácticas alternativas (GRosz, 1989; B. DAVIES, 1994). Por ejemplo, en los Capítulos V y VI utilicé ilustraciones de la práctica para mostrar la complejidad presente en las operaciones de poder, identidad y cambio.

Quizá pudiéramos decir que las dimensiones locales centradas en el análisis podrían explicarse mediante teorías de pequeños grupos u otros análisis interpersonales. Sin embargo, mi idea consiste precisamente en cuestionar la premisa fundamental de las teorías del trabajo social crítico de que los análisis locales pueden deducirse de la comprensión de la totalidad social. En cambio, creo que el análisis local puede extender y complicar los fundamentos estructurales de los enfoques de la práctica social crítica.

En contraste con la prioridad otorgada a las grandes explicaciones sociales en la práctica del trabajo social crítico, los pensadores postestructurales, como FOUCAULT y la autora feminista francesa LE DOEUFF, proponen unos enfoques del saber que respetan los límites de la teoría para conocer la verdad y orientar la práctica. FOUCAULT (1991 e) defiende así un papel más parcial de la teoría y la crítica:

La crítica no tiene que ser la premisa de una deducción que concluya: en consecuencia, esto es lo que hay que hacer. Debe ser un instrumento para los que luchan contra, los que se oponen a y los que niegan lo que es. Debe utilizarse en los procesos de conflicto y confrontación, intentos de negación. No tiene que imponer la ley por la ley. No es una fase que yo programe. Es un reto dirigido a lo que es. (Pág. 84.)

Por supuesto, los teóricos del trabajo social están en una posición diferente a la de filósofos como FOUCAULT, en el sentido de que su campo de investigación, "el trabajo social", se refiere a un conjunto de actividades y no sólo de ideas. Sin embargo, aun así, la defensa que hace FOUCAULT de una función menos determinista para la filosofía es relevante para la desestabilización del cisma entre la teoría y la práctica que persiste en el trabajo social crítico mucho más de lo deseable.

Por respeto a la diversidad de contextos locales de práctica, los postestructuralistas, como FOUCAULT, reconocen que la teoría puede proporcionar, en el mejor de los casos, ideas parciales y la crítica dirigida a "lo que es".

En contraste con el carácter de verdad vinculado con las premisas del trabajo social crítico, FOUCAULT insiste en que los activistas deben tener libertad para aceptar o rechazar la crítica teórica según su utilidad para lograr procesos y cambios críticos en los contextos locales de práctica.

LA TEORÍA POSTESTRUCTURAL CRÍTICA CONTRIBUYE AL REPOSICIONAMIENTO DE LA TEORÍA EN LA PRÁCTICA

En esta nueva posición, la teoría es una herramienta, algo que puede utilizarse para criticar la práctica, pero también algo de lo que los profesionales y los usuarios de los servicios pueden hablar a favor y en contra. Desde este punto de vista, la reinención del trabajo social crítico no supone desechar las ideas de la práctica crítica, porque estas ideas hacen posible un importante trabajo político. En cambio, la teoría postestructural crítica desestabiliza la categoría de verdad de las proposiciones de la ciencia social crítica, porque esta posición de verdad incuestionable crea un monólogo en el que se privilegian la teoría por encima de la práctica y los análisis estructurales sobre los locales.

La teoría postestructural crítica pone de manifiesto que las verdades proclamadas en el trabajo social crítico son verdades parciales y que las voces del teórico y del investigador son voces contextualizadas y no universales. Este reconocimiento puede contribuir a distintas formas de teorizar, a una mayor apertura a aquellos aspectos de la práctica del trabajo social que desafían las explicaciones en términos científicos tradicionales o mediante la referencia al "todo" social. Estos enfoques más abiertos de la teorización son necesarios para que la teoría del trabajo social se ocupe de los aspectos del saber del trabajo social que son "intensamente subjetivos, interpersonales, idiográficos, relacionados con los valores e interpretativos y a menudo adoptan una forma narrativa" (GORMAN, 1993, pág. 252).

El hecho de defender la incompletud en la construcción de teorías no supone aceptar un enfoque acrítico de "todo vale" del activismo. En cambio, la aportación que pueden hacer las teorías postestructurales críticas en este punto de la historia del trabajo social crítico consiste en el aprecio renovado de los contextos "cotidianos" y locales de la práctica como entornos en los que se trastornen las teorías críticas establecidas sobre la práctica y se construyan otras nuevas.

EL TRABAJO SOCIAL EN CONTEXTO

Los postestructuralistas destacan lo "pragmático, ad hoc, contextual y local" y, de ese modo, cuestionan la prioridad concedida a la totalidad social en los enfoques contemporáneos del activismo (FRASER y NICHOLSON, 1990, página 21). La posición constructorista social radical adoptada por los postestructuralistas cuestiona todo intento de definir un núcleo o verdad de la práctica crítica. En cambio, las prácticas del trabajo social se reconocen como entidades fluidas que se constituyen de un modo diferente según los contextos de acción.

No hay una forma única de ser trabajador social y no puede haber una fórmula singular del activismo. Este reconocimiento reabre el trabajo social crítico al cuestionamiento de sus definiciones del activismo y a la búsqueda de respuestas fundadas, al menos en parte, en los contextos locales de la práctica. Así, junto a los aspectos comunes a los trabajadores críticos, también está el respeto por las diferencias de recursos y contextos de cambio.

En un nivel, el reconocimiento del poder constitutivo de los contextos históricos y locales es restrictivo en la medida en que niega las proposiciones relativas al potencial emancipador del trabajo social crítico. Mientras que los trabajadores sociales críticos resaltan la función que han desempeñado los trabajadores sociales en la subordinación de las poblaciones oprimidas, tanto histórica como contemporáneamente, tienden a situar sus propias prácticas fuera de esta historia, como intrínsecamente diferente de las prácticas que las preceden. Sin embargo, en la medida en que los trabajadores sociales críticos persiguen acriticamente unos objetivos de liberar a los otros de acuerdo con las proposiciones de verdad de las teorías sociales críticas modernas, también participan en el proyecto de la modernidad, que quienes están en las márgenes deben contemplar con escepticismo. La teoría postestructural crítica cuestiona los intentos de los activistas de situarse como agentes heroicos que dicen la verdad a los poderosos. Los trabajadores sociales, incluidos los activistas, no pueden eludir las fuerzas de las historias a través de las que se constituyen; en cambio, debemos afrontar las tensiones que se derivan de estar dentro de unos sistemas de poder mientras procuramos subvertirlos también.

Al situar las prácticas del trabajo social en su contexto histórico, las teorías postestructurales exigen el análisis de la relevancia de los objetivos de la práctica activista para los entornos contemporáneos de práctica. Utilizando la estrategia del análisis del discurso, ROJEK y cols. (1988) dicen que muchos de los ideales promovidos por el trabajo social radical, como el colectivismo y el compromiso, están "extraídos del vocabulario de un tipo de sociedad muy diferente" (pág. 170). Incluso en el período que va desde la aparición inicial de un cuerpo de teorías del trabajo social crítico en los años sesenta, el estado de bienestar ha sufrido una transformación masiva. Mientras muchos de los temas de la práctica crítica permanecen iguales, como el reto de conseguir unas prácticas profesionales justas en el contexto de unas

desigualdades masivas, la reorganización fundamental de los estados de bienestar ha acabado con muchas de las ideas antiguas. Por ejemplo, la significación de algunos de los primeros argumentos activistas contra el estado de bienestar ha disminuido con la desestabilización de esta entidad. De hecho, algunos pensadores críticos se encuentran ahora en la delicada posición de defender los restos de los estados de bienestar a los que se opusieron durante mucho tiempo. Además, ciertos pensadores, como ESPING-ANDERSEN (1996), cuestionan que los ideales colectivistas, que han guiado durante mucho tiempo la práctica profesional crítica de bienestar, sean relevantes para las "exigencias más diferenciadas e individualistas de la sociedad "postindustrial" (pág. 26; véase también: WILLIAMS, 1994).

Al principio del siglo xx, cobró mucha importancia un nuevo conjunto de cuestiones para los trabajadores sociales críticos, sobre todo por la posibilidad de que los profesionales utilizaran o subvirtieran los estados de bienestar minimalistas y cada vez más corporativizados, con el fin de extender la ciudadanía social a los usuarios de los servicios. Como mínimo, la reinención y diversificación radicales del trabajo social crítico requieren la disposición a reconocer los límites de nuestras ideas actuales para guiar el activismo en los contextos contemporáneos de la práctica profesional.

En otro nivel, más optimista, surgen oportunidades de reinención y diversificación de las teorías de la práctica activista cuando las teorías "post" críticas desestabilizan las premisas indiscutidas del trabajo social crítico. Este es un trabajo importante: a pesar de los encendidos debates que tienen lugar en el seno del trabajo social crítico, estas representaciones no se han sometido a un escrutinio sostenido.

La bibliografía del trabajo social crítico está repleta de dualismos que ya no tienen sentido, si lo han tenido alguna vez, para apoyar las prácticas activistas en los contextos contemporáneos y diversos de la actividad del trabajo social. Las parejas de elementos opuestos son:

| | |
|---------------------|------------------------------|
| Estructural | Local |
| Teoría | Practica |
| Predominio | Igualitarismo |
| Trabajo comunitario | Trabajo de casos |
| Sector público | Sector privado o corporativo |
| Racional | Irracional |
| Asistencia | Control |

Las representaciones opositoras mediante las que se estructura el trabajo social crítico, contribuyen a la minimización del potencial radical de las prácticas cotidianas del trabajo social. Por ejemplo, la confusión de la práctica activista con formas de cambio estructural, de "gran" significado, ha llevado a la devaluación de gran parte de la actividad a pequeña escala, localizada, en la que participan, por regla general, los trabajadores de servicios asistenciales directos.

La oposición entre el cambio estructural y el local constituye una réplica importante al afán individualista que predominaba en las teorías del trabajo social anteriores a la aparición del canon crítico, en la década de los sesenta, y que perdura en el contexto contemporáneo. Sin embargo, la insistencia en el cambio estructural no sólo conduce a la minimización del potencial radical de las prácticas de cambio local, sino a la idea de que tales prácticas son, en realidad, antitéticas con respecto a una transformación radical (véase: MOWBRAY, 1992, pág. 66).

De igual manera, estas representaciones opositoras impiden la aparición de unas teorías de la práctica crítica que traten de resolver, en vez de minimizar, los problemas a los que se enfrentan los trabajadores en unos contextos caracterizados por las demandas enfrentadas de los usuarios del servicio y de la organización que los emplea (ROJEK y cols., 1988; véase también: BRICKER-JENKINS y cols., 1991, pág. 7).

Por ejemplo, cuando los enfoques críticos crean unos ideales de potenciación y participación del usuario del servicio, que exigen la minimización del poder del trabajador, impiden el desarrollo de estrategias de práctica crítica para las formas oficiales de trabajo social en las que la utilización explícita del poder es un aspecto irreductible de la práctica (CLARK, 1998; HEALY, 1998). Al desestabilizar las representaciones indiscutidas mediante las que se constituye el activismo, la teoría postestructural crítica puede ayudar a hacer visible el potencial y las prácticas reales de cambio en la diversidad de los contextos y obligaciones de la práctica. Por ejemplo, cuando se desmonta la oposición entre las formas estructurales y las locales de cambio, las preocupaciones y objetivos locales de los usuarios del servicio pueden valorarse como parte de un continuo de cambio social, en vez de como antítesis del mismo.

Las teorías del trabajo social crítico se basan en la idea de que hay un conjunto unificado e identificable de prácticas activistas. En cambio, la postura constructora social radical defendida por las teorías postestructurales críticas estimula a los trabajadores sociales para que tomen en serio los efectos del contexto en la configuración del activismo. Este reconocimiento es importante para extender la comprensión de las prácticas activistas en los ambientes convencionales, autoritarios y cada vez más comercializados en los que se desarrolla el trabajo social. El trabajo crítico y subversivo en estos ambientes exige que los trabajadores sociales comprendan los otros discursos, como los discursos racionalistas médicos, los jurídicos y los económicos, que son más perceptibles y más poderosos a la hora de configurar el contexto de la práctica que los discursos del trabajo social ortodoxo o los ideales de la ciencia social crítica que suscriben. La reorientación del trabajo social crítico para afrontar la complejidad y la diversidad del trabajo social no tiene por qué suponer el abandono de los valores activistas, como los ideales de ausencia de elitismo. Sin embargo, requiere el convencimiento de que las definiciones de la práctica activista no pueden determinarse fuera de los contextos específicos y locales de práctica.

Al destacar los contextos históricos, locales y organizativos mediante los que se constituyen las prácticas del trabajo social, las teorías postestructurales críticas destruyen las ortodoxias críticas sobre el activismo. A pesar de la falta de certeza acerca del activismo que ello supone, también puede ayudar a la reinención y diversificación de las prácticas del trabajo social crítico. En el apartado siguiente, me ocuparé de las consecuencias de las teorías postestructurales críticas para reconstruir las ideas del poder, la identidad y el cambio en las prácticas del trabajo social crítico.

EL PODER EN LA PRÁCTICA

La obra postestructural de FOUCAULT cuestiona la primacía otorgada a las estructuras e instituciones sociales, como el Estado, para comprender las relaciones locales de poder. FOUCAULT (1980d) dice: "No quiero decir que el Estado no sea importante; lo que quiero decir es que las relaciones de poder y, por tanto, el análisis que debe hacerse de ellas se extienden más allá de los límites del Estado" (pág. 122).

Para FOUCAULT, el poder y los discursos están interrelacionados. No existe un espacio incontaminado por las relaciones de poder. Como el poder está siempre presente, el reto para el trabajo social crítico no consiste tanto en minimizar el poder como en comprender de qué modo pueda utilizarse el poder para extender la democracia y la potenciación en los contextos locales de la práctica y más allá de ellos (VAN-KRIEKEN, 1992; HEALY, 1998).

La reconceptualización postestructural del poder para incorporar tanto sus efectos coercitivos como los productivos exige un replanteamiento fundamental de las ideas del poder en las que se basan los enfoques de la práctica crítica. En las teorías de la práctica crítica, la dominación y el igualitarismo se emparejan en sentido dualista, cuando el poder se equipara con la dominación y la potenciación se asocia con su ausencia. Una serie de teorías de la práctica crítica promueve la postura igualitaria radical como forma de discutir la relación jerárquica y desigual que se supone inevitable entre los trabajadores y los usuarios del servicio. El igualitarismo radical supone el constante reparto del poder entre los participantes, en vez de que lo mantengan o posean los trabajadores.

La importancia que las teorías de la práctica crítica conceden a los efectos coercitivos del poder suprime el diálogo sobre las funciones productivas del poder. Esto ha constituido una importante debilidad para el desarrollo de la comprensión y la acción en el trabajo social, incluso en relación con las formas críticas de práctica profesional, porque, como se dice en los Capítulos V y VI, el poder del trabajador es un elemento de los procesos y objetivos activistas. En relación con el proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes, el poder del trabajador se utilizó para: facilitar un proceso de reflexión crítica mediante el que las participantes desarrollaran formas nuevas de ver las cosas y descubrieran posibilidades de acción ante su vulnerabilidad a la violencia; reforzar el respeto por el saber por experiencia de las participantes; canalizar las

tensiones entre la maximización de la participación y la consecución de resultados del proyecto; transmitir a las participantes un saber técnico. No obstante, a causa de la equiparación del poder con la dominación en las teorías de la práctica crítica, incluso las formas de poder que imponen los enfoques activistas y en las que se basan siguieron en gran parte sin articularse.

En su celebración de las diferencias, el trabajo de los teóricos postestructurales, como Cixous, plantea diversas cuestiones acerca de la afirmación igualitaria de que las diferencias, como la distribución desigual de las destrezas, están correlacionadas inevitablemente con una desigual distribución del poder (véase: PHILLIPS, 1991, pág. 128). Una postura igualitaria que promueva la puesta en común de destrezas y funciones tiene su importancia para extender la democracia y la potenciación a los grupos excluidos. Sin embargo, al establecer normas por las que cualquier signo de diferencia se convierte en una amenaza a la igualdad, el igualitarismo radical es un ideal inalcanzable y que tiene efectos indeseables para los procesos de la práctica activista.

La prima que el igualitarismo radical concede a la superación de las diferencias de poder puede llevar a los trabajadores a minimizar las diferencias que persistan y que son inherentes a las funciones de trabajador e investigador. Aunque los trabajadores procuren conseguir una relación de igualdad con el usuario del servicio, siguen atados por otras obligaciones profesionales, organizativas y personales que modulan la consecución de los ideales igualitarios. En la medida en que el ideal del igualitarismo radical impida a los trabajadores reconocer estas tensiones presentes en su práctica profesional contribuye a la explotación y a la confusión de los usuarios del servicio acerca del carácter de su relación con el trabajador del mismo (HEALY y Young Mothers for Young Women, 1996).

REINHARZ (1993, pág. 74) defiende unas relaciones de respeto, información compartida, apertura y claridad de comunicación, en lugar de las excesivas y descaradas exigencias de relaciones profesionales de algunos enfoques de investigación y práctica críticas.

Cuando el ideal del igualitarismo se une con las ideas de reciprocidad y confianza, plantea unas exigencias poco realistas tanto a los trabajadores como a los usuarios del servicio. Ese ideal es problemático, dada la participación histórica de los servicios asistenciales en la desposesión de las poblaciones oprimidas. Los usuarios de los servicios se muestran, con toda la razón, muy cautelosos ante las afirmaciones de un carácter igualitario en el contexto del acceso continuado de los trabajadores de los servicios sociales a las tecnologías del poder (como los instrumentos de evaluación) y al poder oficial que puede ser utilizado para extender la dominación sobre ellos (HEALY y Young Mothers for Young Women, 1996; Sobas, 1996).

Si no se incluye el aprecio de las diferencias como un elemento de la equidad, la postura del igualitarismo radical puede contribuir al desarrollo de actitudes paternalistas y frustrantes, como cuando se recomienda a quienes poseen destrezas o capacidades avanzadas en un campo determinado que las disimulen (PHILLIPS, 1991, pág. 129). Sin embargo, a medida que estas diferencias se hagan cada vez más evidentes para los participantes en el proceso de cambio, es fácil que, en un contexto presuntamente igualitario, los participantes se sientan engañados y, en consecuencia, desconfíen de los procedimientos activistas (HEALY y PEILE, 1995). Además, mediante la ocultación de las destrezas y capacidades de los participantes, los procedimientos activistas pueden quedar privados de los importantes recursos que estas diferencias pueden aportar al proceso de cambio.

Por último, cuando la postura igualitaria radical se combina con una crítica estructural del poder, contribuye a una práctica no política de resentimiento en vez de a la transformación de las relaciones de dominación (YEATMAN, 1997). El análisis estructural adscribe el poder a determinadas identidades y, por tanto, conduce a una idea del poder en cuanto posesión de unos individuos privilegiados en términos estructurales, es decir, de varones de clase media, blancos y con un cuerpo bien formado.

La confusión de poder e identidad puede alejar la práctica política del intento de comprender cómo se mantienen las relaciones de dominación y cómo pueden discutirse, aproximándola al enfoque consistente en atacar a quienes estén relacionados con el poder y que, en consecuencia, son malos (TAPPER, 1993). Señala GATENS (1996): "La moralidad de 'buenos y malos'.., sitúa el valor —bondad o maldad— en el objeto o clase, en vez de en la relación entre el objeto o clase" (pág. 129). Una consecuencia práctica de la política de resentimiento es que difiere la responsabilidad del cambio al poderoso, al que hay que conminar para que renuncie a su poder en beneficio de los impotentes. También coloca a los poderosos en una situación precaria, cuando el fracaso de la consecución de los muy utópicos ideales del igualitarismo radical se atribuye a la falta de disposición de los "poderosos" para compartir el poder. De ese modo, el ideal, en cuanto tal, queda a salvo de la discusión.

La teoría postestructural desestabiliza la oposición entre predominio e igualitarismo para poner de manifiesto las capacidades coercitivas y productivas del poder. Sin embargo, aun reconociendo los aspectos positivos del poder, los activistas deben mantenerse fieles a las ideas sobre los vínculos entre la asistencia social y las prácticas de control. Por ejemplo, en los países occidentales avanzados, el trabajo social, como todas las ocupaciones de servicios asistenciales, ha participado en la desposesión de las tierras, las familias y otros derechos humanos básicos de las personas. Es vital que las estrategias de la práctica crítica contrarresten las enormes desventajas a las que están sometidos los usuarios de los servicios, tanto en los contextos de la práctica profesional como fuera de ellos.

Al mismo tiempo, el reconocimiento postestructural de la presencia inevitable del poder en todas las relaciones, incluyendo las de los servicios asistenciales, puede facilitar unas prácticas profesionales más humanas y más justas con plena certeza del ejercicio del poder que supone el trabajo social. Del mismo modo, en contraste con la ecuación de equidad e identidad del igualitarismo radical, las teorías postestructurales apoyan unas prácticas que celebren la presencia de experiencias, habilidades y talentos diversos.

Desde la perspectiva postestructural, la equidad no se opone a la diferencia, sino que requiere el "reconocimiento y la inclusión de las diferencias" (Scott, 1994, pág. 297). En este sentido, no hay por qué considerar las diferencias, incluyendo las de poder, como una amenaza a la equidad, sino que, en realidad, lo que más importa es la forma de reconocer y manejar esas diferencias.

PODER Y SABER EN EL TRABAJO SOCIAL ACTIVISTA

Las teorías de la práctica crítica se basan en las premisas de la ciencia social, que sitúan el poder en las estructuras sociales superiores y lo relacionan con posiciones privilegiadas de determinados sujetos, como la ventajosa posición del experto. En cambio, para Foucault, el poder y el saber son inseparables. Foucault (1980b) insiste en que "no es posible que se ejerza el poder sin el saber; es imposible que el saber no engendre poder" (pág. 52). En este apartado, consideraré las consecuencias del nexo entre poder y saber para comprender el poder y el saber en el trabajo social, en general, en su forma activista, en particular.

SABER TÉCNICO Y PODER EN EL TRABAJO SOCIAL

En muy diversas teorías del trabajo social crítico y en la obra de Foucault (1981, 1991), las profesiones asistenciales, incluido el trabajo social, están involucradas en procesos de dominación. Según Foucault, las ciencias sociales, en las que se basan las profesiones asistenciales, han puesto en marcha la vigilancia y la disciplina de las poblaciones marginadas. Foucault (1980e, página 82) y las feministas postestructurales radicales (véase: Grosz, 1990, página 169) han dicho que estas proposiciones científicas de verdad han servido para marginar formas no racionales y corporales de saber y modalidades de conocer. Además, las profesiones asistenciales contribuyen a la dominación de los clientes a través de procedimientos de normalización.

Según White y Epston (1990), las profesiones asistenciales se basan en proposiciones científicas de verdad que "son 'normalizadoras' en el sentido de que construyen normas en torno a las cuales se incita a las personas a configurar o estructurar sus vidas" (pág. 20). En la posición del experto, los trabajadores sociales categorizan y objetivan a los usuarios del servicio, extendiendo así sobre ellos la disciplina y la vigilancia (Howe, 1994).

Sin duda, el argumento de FOUCAULT sobre los efectos discapacitantes del saber del experto es importante. Sin embargo, su aplicación directa a las diversas prácticas profesionales y a las bases del saber de los trabajadores sociales es limitada. En este análisis, he criticado los supuestos en los que se basa la crítica foucaultiana del saber profesional.

En primer lugar, he señalado que el saber técnico no tiene por qué ser incoherente con otras formas de saber; lo importante, en cambio, es si este saber se utiliza para extender la justicia y la humanidad de los servicios sociales o para limitadas.

Al exponer, en el Capítulo V, las operaciones del poder del trabajador en el contexto del proyecto antiviolencia contra mujeres jóvenes, mostré que, a menudo, mi colaboradora y yo nos basábamos en las experiencias vitales de las participantes y las integrábamos al ejercitar el saber profesional o técnico. Del mismo modo, la utilización del saber técnico permitió al grupo del proyecto realizar un análisis, sin limitarse a una simple descripción de las experiencias deviolencia padecidas por las jóvenes madres.

Esto era importante para el objetivo del grupo del proyecto que consistía en que los profesionales y los burócratas tomaran en serio al grupo y, a largo plazo, contribuyó a proteger a las participantes de las miradas inquisitivas de los profesionales de los servicios asistenciales, la comunidad y los medios de comunicación acerca de las experiencias personales de las jóvenes que participaron en el proyecto. Por tanto, aunque reconozca que el saber profesional puede utilizarse con fines dominadores, también puede adoptar la forma de unos "conocimientos y destrezas no elitistas" que se desplieguen con la finalidad de "servir y promover las exigencias emancipadoras de justicia social y económica" de las poblaciones oprimidas (LEONARD, 1995, pág. 15).

En segundo lugar, la base del saber técnico es vulnerable a la discusión de otros profesionales y usuarios del servicio a causa del carácter aparentemente no técnico de gran parte de las actividades del trabajo social. De hecho, en el contexto de la práctica activista expuesta en los Capítulos V y VI, las participantes adoptaron una actitud ambivalente con respecto al saber "técnico" de mi colaboradora y mío (véase el Capítulo V). En el contexto de la extensa concienciación que se produjo en el grupo, las participantes estructuraron una fuerte crítica de los servicios sociales. Esta crítica, que mencionaba el carácter percibido de la práctica profesional del trabajo social como un quehacer no técnico y de relación, significaba que las participantes evaluaban el saber de las trabajadoras sociales de manera distinta a la de otras formas de saber profesional. Por tanto, incluso en el contexto de una amplia crítica de los trabajadores de los servicios sociales, las participantes siguieron valorando unas formas de saber profesional que consideraban muy técnicas y necesarias para la realización de las tareas profesionales, como el suministro de servicios de maternidad y de educación.

El fallo de la crítica de los trabajadores profesionales como expertos profesionales, que muestran tanto las explicaciones foucaultianas como las de los trabajadores sociales críticos, está en que, al confundir a los trabajadores sociales con otras formas de práctica profesional de servicios asistenciales modernos, no consiguen explicar las diferencias significativas entre las formas de poder y saber a las que tienen acceso esas profesiones.

PERSPECTIVAS CRÍTICAS Y PODER-SABER

Aunque la idea de poder-saber de FOUCAULT se ha utilizado mucho para estudiar las relaciones profesionales tradicionales, su aplicación a las prácticas profesionales activistas sigue estando poco desarrollada. Incluso cuando critican el poder de los trabajadores sociales, los activistas se representan a sí mismos con frecuencia como oponentes al statu quo (véanse: MAGUIRE, 1987; DEMARIA, 1993; FALS-BCRDA, 1994). Los discursos críticos de los que hablan se presentan como si estuviesen libres de las incursiones del poder que caracterizan el trabajo social y las prácticas de investigación social. La teoría postestructural cuestiona esta alusión a un espacio de pureza, señalando las relaciones de verdad y de poder que forman parte de los discursos de los científicos y de los revolucionarios por igual.

De hecho, en algunos contextos de práctica, de elaboración de políticas y de enseñanza de trabajo social, los discursos críticos de los activistas son los hegemónicos, "oficiales" y "poderosos" (LEONARD, 1994, pág. 16).

La autorreflexividad queda reforzada al comprobarse que todos los discursos, incluidas las teorías de la práctica crítica, deben someterse a una inquisición crítica acerca de las formas de los discursos de poder que realizan. FOUCAULT (1980d) sostiene que "no se trata de emancipar la verdad de todos los sistemas de poder... sino de desligar el poder de la verdad de las formas de hegemonía... en las que opera en el momento presente" (pág. 133).

La teoría postestructural no sólo cuestiona las verdades técnicas del experto profesional, sino también las verdades críticas de los activistas (véanse: ROJEK y cols., 1988; LEONARD, 1996). Desde una perspectiva postestructural, las apelaciones a una visión y un saber emancipadores universales pueden reproducir los mismos procesos de dominación que pretende superar la práctica activista (LEONARD, 1995, pág. 7). Cixous propone que: el mismo revolucionario [sic] puede ser un seductor. El discurso de seducción no ayuda a las personas. Cixous cuestiona tanto al político como al revolucionario, cuyos discursos seductores y su codicia del poder se contrastan con el sufrimiento de las personas. (CoNLEY, 1992, págs. 29-30.)

La teoría postestructural indica que los discursos de liberación no existen aparte del poder. De hecho, esos discursos pueden tener efectos opresivos. Paradójicamente, estos discursos pueden utilizarse para conceder el poder a sus proclamadores, como los revolucionarios, produciendo pocos beneficios a quienes los discursos dicen representar.

Las verdades críticas pueden oscurecer el saber y los recursos de los participantes para el cambio, tal y como han hecho los enfoques de la práctica profesional tradicional. Aunque los activistas critiquen la arrogancia de las prácticas profesionales, también suprimen las diferencias presentes en sus propias certidumbres críticas acerca de "qué tipo de poder necesitan las personas, qué constituye sus justos intereses" (RAHNEMA, 1990, pág. 205). Por ejemplo, ciertos trabajadores sociales críticos tildan de conservadoras las ideas tradicionales sobre la maternidad; en este análisis, he mostrado cómo encubre esa práctica profesional la utilización de estas ideas con fines de resistencia. Al centrar la atención en los efectos locales de las prácticas discursivas, el postestructuralismo nos permite revalorizar los actos de resistencia que las proposiciones de verdad de las ciencias sociales críticas han hecho invisibles. KINGFISHER (1996) observa que la referencia a las ideas conservadoras "puede interpretarse como conservadora, en la medida en que participe de las ideas predominantes; sin embargo, si las ideas predominantes se toman con fines subversivos, esta práctica puede interpretarse como resistencia" (pág. 541).

Las perspectivas de la ciencia social crítica se silencian privilegiando las formas racionales de conocer. Una premisa fundamental de los procesos de concienciación es que el pensamiento racional autoconsciente se traduce a una acción transformada.

Este interés por la racionalidad minimiza los efectos de la irracionalidad, las tradiciones y las funciones sociales o institucionales sobre la actividad. FAY (1987) reconoce que: Algunas de nuestras herencias están tan profundamente enraizadas en lo que somos que es psicológicamente ingenuo creer que podamos contemplarlas con una mirada objetiva, dispuesta a descartarlas cuando la "razón" muestre que son deficientes. (Pág. 162.)

Los innumerables ejemplos que atestiguan las acciones dominadoras y autoritarias de los activistas y educadores "progresistas" (véase: hooks. 1994, pág. 18) deben bastar por sí mismos para reclamar la máxima cautela en las proposiciones sobre los efectos emancipadores de la conciencia crítica. Es más, también es posible que los ideales críticos contribuyan a la culpabilidad del individuo, en la medida en que supriman las contradicciones y complejidades que siguen presentes incluso en el contexto de un saber crítico reforzado. Por ejemplo, en el Capítulo VI, dije que la forja de la conciencia colectiva y crítica de las jóvenes participantes en el proyecto antiviolencia contribuyó a su sensación de fracaso en aquellos aspectos de sus vidas que se apartaban de los ideales de fortaleza, independencia y desafío fomentados en el proyecto.

Para deshacer las proposiciones críticas de verdad de los activistas no hace falta defender el total abandono de los análisis de la ciencia social crítica ni de las estrategias activistas que se han elaborado a partir de éstos. De hecho, en el análisis (Capítulo VI), he mostrado que las perspectivas críticas sirvieron para romper algunos silencios de las vidas de los jóvenes. Desde la perspectiva postestructural, se hace necesario adoptar una postura escéptica ante las proposiciones emancipadoras de los activistas. Así, estas perspectivas, en vez de convertirse en la Verdad, pasan a ser una verdad, una posibilidad, de entre muchas, para trabajar a favor de la transformación social.

EXPERIENCIA VIVIDA Y PODER-SABER

La teoría del trabajo social crítico y las perspectivas postestructurales destacan la importancia de desarrollar un diálogo en el que las personas se relacionen entre sí como sujetos y no como objetos (véase: ALCOFF, 1991, página 23). Sin embargo, la teoría postestructural discute la posición del punto de vista crítico, señalando que la experiencia de las personas oprimidas refuerza el acceso a la verdad en virtud de su ubicación social marginada (HARDING, 1987, p. 26; SWIGONSKI, 1993, pág. 173). En las obras de FOUCAULT y de las feministas postestructurales radicales, se reconoce que todo saber, incluidas las experiencias vividas de opresión, es función del discurso y, por tanto, está involucrado en las operaciones del poder.

Al cuestionar la oposición que se establece en la práctica crítica entre el saber profesional y la experiencia vivida, la teoría postestructural puede ampliar nuestra comprensión de las operaciones del poder y el saber en los contextos locales de la práctica activista. Lejos de ser independiente de las operaciones del poder profesional, la experiencia vivida puede utilizarse para extender el poder profesional.

Por ejemplo, en el Capítulo V, mostré que, en el contexto del proyecto antiviolenencia contra mujeres jóvenes, a veces mi colaboradora y yo utilizamos nuestro conocimiento de la experiencia vivida de las participantes, adquirido durante el proyecto, para cuestionar determinadas afirmaciones hechas por ellas. Con frecuencia, esta utilización del poder era positiva, en la medida en que cuestionábamos los enunciados negativos o autoacusatorios refiriéndonos a ejemplos de sus propias ideas y acciones, mencionadas con anterioridad. Sin embargo, el saber de la participante y usuaria del servicio puede valer como justificación de formas supresoras del poder, como cuando los activistas dicen que sus prácticas profesionales representan los auténticos intereses de las personas oprimidas.

Un segundo problema consiste en que la representación dualista del saber profesional y la experiencia vivida puede tener efectos no dialogales (GROSS, 1995, pág. 211). Aunque puedan obtenerse beneficios privilegiando la experiencia vivida, sobre todo cuando las voces de los marginados han estado silenciadas durante mucho tiempo, el postestructuralismo señala también que la mera inversión del sentido del dualismo

entre el saber profesional y la experiencia vivida mantiene vigente la oposición. El dualismo suprime los puntos de vista que pudieran aportar tanto los trabajadores como los participantes a los procesos de cambio. Por ejemplo, el hecho de conceder un privilegio indiscutible a la experiencia vivida puede significar la minimización de las perspectivas alternativas basadas en otras fuentes de saber (ALCOFF, 1991, pág. 17; GROSS, 1995, pág. 208). Además, la referencia a la experiencia vivida, como si se tratara de una categoría unificada, suprime las diferencias presentes en ella, de manera que la expresión de experiencias que no se adapten a determinadas creencias o imágenes quedará marginada. Por ejemplo, en su bien estructurada exposición de la práctica crítica con indios norteamericanos, GROSS (1995) señala que las representaciones unificadas de la identidad del indio norteamericano han suprimido, en algunos casos, las experiencias de los homosexuales masculinos y de las lesbianas de las poblaciones indígenas norteamericanas.

La teoría postestructural cuestiona una búsqueda del saber no contaminada por las operaciones del poder. Esta escuela teórica puede utilizarse para desestabilizar la oposición entre el saber profesional y la experiencia vivida y para apoyar las prácticas profesionales que valoren las diversas contribuciones de los trabajadores y los usuarios del servicio (FINE y MACPHERSON, 1992, pág. 201; GROSS, 1995, pág. 212; véase también: POZATEK, 1994. página 402). Teniendo en cuenta el privilegio histórico concedido a la voz profesional, es importante que los activistas adopten una postura de reflexividad en relación con sus proposiciones de saber, incluyendo las verdades críticas, cuando traten de entablar el diálogo con sus "clientes" o participantes. La teoría postestructural crítica puede apoyar el desarrollo de diálogos críticos y dinámicos entre los trabajadores y los usuarios del servicio, basados en el examen constante del saber que ambos aporten a las prácticas del cambio.

LA DECONSTRUCCIÓN DEL TRABAJADOR PODEROSO Y EL CLIENTE IMPOTENTE

Los trabajadores sociales activistas dicen que revelan la "verdadera" naturaleza de las identidades de los trabajadores y de los usuarios del servicio y las relaciones entre ellas extrayendo un aspecto de la identidad (el de "trabajadores sociales" y el de "usuarios del servicio") y basando en él todas las proposiciones de verdad. Aunque esto contribuya en gran medida a una constante y poderosa crítica del trabajo social, hace poco por comprender las complejidades y las inestabilidades de la identidad y el poder en las prácticas cotidianas del trabajo social. En cambio, la teoría postestructural nos muestra que los discursos críticos también constituyen las entidades que describen (ROJEK y cols., 1988, pág. 137). Al romper la representación dualista de trabajadores y usuarios del servicio, la teoría postestructural nos permite alcanzar una comprensión más compleja de las identidades que surjan.

Una de las ventajas de este enfoque es que amplía la idea de los activistas acerca del modo de ocupar los trabajadores y los usuarios del servicio las categorías de "poderosos" e "impotentes" que les asignaran las teorías del trabajo social crítico.

El postestructuralismo desestabiliza la oposición entre el trabajador "poderoso" y el usuario del servicio "impotente", llamando la atención sobre las diferencias entre los sujetos que se integren en cada una de estas categorías. En un nivel, estas categorías de identidad están contextualizadas por los procesos de clase social, género y raza. Conviene reconocer las influencias de estos procesos sin otorgarles una categoría ontológica, es decir, sin hacer afirmaciones esencialistas sobre ellos. Por ejemplo, según la bibliografía crítica, la comunicación basada en el diálogo sólo puede lograrse si el trabajador se dispone a dejar de lado las relaciones jerárquicas de poder que se consideran características del poder profesional. En cambio, los trabajadores deben animar a los usuarios del servicio a que adopten una postura crítica hacia ellos (véase: LEONARD, 1995, págs. 10-12; véase también: MOREAU. 1979, 1990).

Este enfoque del diálogo pasa por alto que las mujeres, incluyendo a las que tienen profesiones de alto nivel, como la medicina, tienen menos acceso que los profesionales masculinos a las formas jerárquicas del poder y que, con frecuencia, se cuestiona su competencia (véase: WEST, 1984, 1995). Paradójicamente, en la medida en que las representaciones del poder y la autoridad se aíslan de las diferencias entre quienes ocupan la categoría de trabajador, tanto con respecto a otras identificaciones como a las funciones laborales, pueden reforzar actitudes de discriminación hacia algunos grupos, como las mujeres, en la esfera pública. Es más, al dejar de lado la gran diversidad de orígenes de categorías dentro de la categoría general de trabajador, la crítica general del poder profesional puede dejar relativamente intacta la autoridad de otros, como los hombres, las mujeres privilegiadas o quienes tienen ocupaciones técnicas o de alto nivel. Sin embargo, el hecho de señalar diferencias en cuanto a la pertenencia a categorías de identidad, como la de "trabajador poderoso", no quiere decir que estas diferencias sean uniformes.

De hecho, sólo tenemos que mirar a mujeres líderes como la que fuera Primera Ministra británica, Margaret Thatcher, para encontrarnos con una excepción espectacular en las diferencias típicas entre hombres y mujeres en posiciones de poder oficial (véanse: HOLMES, 1995; WEST, 1995). Sin embargo, el reconocimiento de pautas generales de diferencias supone un profundo desafío a las categorías unificadas de las que dependen las teorías de la práctica crítica.

La teoría postestructural destruye más aún, si cabe, las representaciones unificadas del "trabajador poderoso" y el "usuario del servicio impotente", llamando la atención sobre la influencia de los contextos locales y las prácticas sociales en la forma de ocupar los individuos estas categorías. En este análisis, he cuestionado la ecuación entre la identidad profesional y el poder mostrando que las diferencias entre mi colaboradora y yo influyeron en nuestro acceso al poder y el ejercicio del mismo.

Por ejemplo, la categoría de "madre" de mi colaboradora fue para ella un motivo de estima y de inclusión. De modo semejante, había otros aspectos comunes a las jóvenes y a mí, como mi juventud (yo sólo era pocos años mayor que algunas participantes) y nuestras experiencias e intereses compartidos, que influyeron en mi posición de autoridad, tanto en sentido potenciador como limitador. A la inversa, el valor otorgado a la experiencia vivida como entorno de saber supuso que mi categoría profesional se considerara de forma ambivalente, concitando tanto el respeto como el ridículo en el contexto de la práctica.

La representación del "usuario del servicio impotente" también se ha visto sometida en los últimos años a un coro creciente de descontentos. Esta imagen se discute sobre la base de que infravalora las capacidades y el potencial de los individuos de resistir la dominación y efectuar el cambio (véanse: MCROBBIE, 1991, pág. 232; CRINNALL, 1995, pág. 45). WEARING (1996) sostiene que las explicaciones estructurales sociales tienen un alcance limitado para comprender las prácticas locales de resistencia, como las que ella observó en su investigación:

Las mujeres australianas estuvieron resistiendo la dominación masculina en el nivel microsocia, pero el análisis teórico estructuralista interpretó esa resistencia como ineficaz, como el mero resultado de una falsa conciencia que situó la responsabilidad en el individuo por la falta de acceso a recursos materiales. Sin embargo, el análisis teórico estaba alimentando una mentalidad de víctima que perpetuaba la subordinación en el nivel individual. (Págs. 32-33.)

La cesión del análisis y la acción a las estructuras sociales superiores devalúa las prácticas cotidianas de resistencia. Al desestabilizar las categorías unificadas del trabajador poderoso y el usuario del servicio impotente, las teorías postestructurales críticas pueden revelar el potencial de personas relativamente impotentes para participar en el cambio. Esto supone una diversificación de la práctica activista para incluir el reconocimiento de las capacidades y del potencial de los usuarios del servicio para actuar en beneficio de su propia potenciación.

Igual que la representación del participante "impotente" ha prescindido de las formas del poder que ejercen los usuarios del servicio en favor del cambio, también ha suprimido la presentación del ejercicio del poder dominador a cargo de personas relativamente impotentes (YEATMAN, 1997).

La ausencia de diálogo sobre la utilización del poder dominador de los usuarios del servicio ha restringido de manera significativa el desarrollo de las prácticas críticas relevantes en contextos que implican afrontar ese poder. Por ejemplo, la teoría del trabajo social feminista ha quedado limitada por las reticencias de muchas teóricas feministas a reconocer la violencia de las mujeres (FEATHERSTONE y FAWCETT, 1994; FiTzRoy, 1997). De igual manera, la proliferación de publicaciones acerca del trabajo

con víctimas de la violencia coincide con la escasez de ideas sobre el modo de trabajar en sentido progresista con sus perpetradores, que no sea minimizar su responsabilidad en el ejercicio del poder dominador. El fracaso de los intentos de solución de la utilización del poder dominador de los usuarios del servicio ha impedido el desarrollo de teorías de la práctica abiertas a las complejidades y contradicciones sobre el poder y la impotencia a las que tienen que enfrentarse los trabajadores sociales en sus quehaceres cotidianos.

A medida que las teorías "post" desestabilizan las ideas activistas del poder y la identidad, se revelan unas operaciones de poder antes impensables. La explicación foucaultiana de la complejidad y la variación contextual de las operaciones de poder permite que incluso personas relativamente impotentes, como los usuarios del servicio, puedan, en ciertos casos, ejercer el poder en relación con otros poderosos, como los trabajadores del servicio. FEATHERSTONE FAWCETT (1994) utilizan estas ideas en su exposición del trabajo oficial con familias:

El reconocimiento de que las madres ocupan un conjunto de posiciones de poder que cambian permite apreciar que pueden ser víctimas en una situación, por ejemplo, con sus esposos, mientras que con el trabajador social o sus hijos pueden estar en una posición de cierto poder por diversas razones. En consecuencia, pueden ser a la vez víctimas y perseguidoras y estas mismas posiciones cambian; por ejemplo, los hijos crecen, las normas de actuación de los organismos cambian. (Pág. 75.)

El reconocimiento de las capacidades de los usuarios del servicio para ejercer el poder, tanto para su propia potenciación como para dominar es una cuestión que debe tratarse con sensibilidad y precaución. La evaluación crítica de este poder sólo puede producirse con el pleno reconocimiento de la dominación a la que han estado sometidos los usuarios por los servicios asistenciales, tanto en el transcurso de la historia como en la actualidad. Al oponerse a las relaciones locales de la práctica profesional como algo que no puede reducirse a un mero efecto de las fuerzas estructurales, el postestructuralismo hace posible una revelación más completa de las operaciones del poder en la práctica de lo que permitía la tradición crítica.

MÁS ALLÁ DEL ACTIVISTA HEROICO

Los trabajos de las teóricas feministas postestructurales destacan y discuten las premisas implícitamente falocéntricas en las que se basan las teorías sociopolíticas modernistas (véanse: LLOYD, 1986. 1989; GATENS, 1992). El falocentrismo de estas teorías radica en su representación de las formas de poder y de actuación a disposición de los miembros más privilegiados de las categorías de identidad, como si se tratase de la norma. Esto limita la comprensión de las complejas y, a menudo, múltiples posiciones de los actores sociales que son "otros" con respecto a los individuos más privilegiados, incluso cuando adoptan papeles "poderosos".

La crítica de las representaciones falocéntricas es importante para abrir las teorías del trabajo social crítico, incluidas las teorías feministas, a las diferencias dentro de la categoría de identidad del trabajador de los servicios asistenciales.

Una ilustración del carácter falocéntrico de los discursos activistas es la representación de los trabajadores activistas como actores desencarnados y heroicos que permanecen fuera de los sistemas de poder y proclaman la verdad. Esta representación depende de una concepción de la acción como la actividad racional y autocontrolada del individuo (B. DAVIES, 1991, pág. 42). Por ejemplo, los activistas se distinguen de los trabajadores sociales ortodoxos por su disposición a reconocer racionalmente las injusticias sistémicas y su preparación para adoptar una postura en contra del orden establecido. DEMARIA (1993) escribe:

Mientras que los últimos [los radicales] no tienen nada sagrado excepto su compromiso, los primeros [los ortodoxos] siguen aceptando los valores no manifestados y no reflexionados del capitalismo liberal, incluyendo los cultos dobles del individualismo y el reformismo. (Pág. 51.)

Al privilegiar la postura racional y heroica de los trabajadores, las teorías de la práctica activista se basan en una concepción de la acción que es más relevante para quienes ocupan posiciones de poder entre los discursos (BENSON, descrito en B. DAVIES, 1991, pág. 44). La representación del activista heroico está limitada por la comprensión de formas diversas y poco destacadas de activismo, porque, en la mayoría de los ambientes en los que sedesenvuelven los trabajadores sociales, la acción no consiste tanto en destacarse de entre la masa de un modo heroico como en comprometerse en actividades de cambio social a través de las redes y sistemas locales de los que forman parte.

El activista heroico es una representación profundamente marcada por el género, que tiene un relieve limitado con respecto al activismo de quienes no son varones blancos, de clase media y de cuerpo bien formado y para quienes están situados en posiciones de autoridad limitada dentro de sus contextos organizativos. Desde una perspectiva postestructural radical, puede decirse que estas representaciones ofrecen dos opciones a los trabajadores sociales, quienes, en su mayoría, son mujeres y muchas de las cuales se identifican como "otros".

En primer lugar, la trabajadora puede adoptar los términos falocéntricos de los discursos activistas, es decir, situarse como poderosa, porque, aunque los discursos del trabajo social feminista moderno reconocen la opresión de género compartida por las trabajadoras del servicio y los usuarios del mismo, se considera que la categoría de clase social, profesional e institucional trasciende por completo esa comunidad (véase: ROJEK y cols., 1988, cap. 3; véase también: E. WILSON, 1977; DOMINELLI y MCLEOD, 1989). ROJEK y cols. (1988) resumen así esta postura: "el hecho de llegar a

ser trabajadora social te cambia; para ser 'profesional', debes, a menudo, olvidarte de que eres mujer" (pág. 113).

Desde una perspectiva feminista postestructural radical, es imposible "olvidar" el propio género, ya que esta identificación permanece incluso en presencia de otras identidades, como la de trabajadora o usuaria del servicio (B. DAVIES, 1991, pág. 43). Es discutible si esta representación de la persona poderosa es relevante incluso para las trabajadoras sociales y administradoras que son privilegiadas en el plano estructural, en la medida en que su acceso al poder también está estructurado por medio de procesos y contextos añadidos a la identidad. GATENS (1990) escribe, cuestionando las representaciones modernas del poder: "Esta casa está demostrando que es un refugio insuficiente incluso para los fines de protección de sus arquitectos originales" (pág. 10).

La otra opción que deja la representación dualista consiste en identificarse el sujeto como totalmente impotente. De ese modo, el trabajador puede negarse a reconocer diferencias de poder entre él mismo y su cliente. En realidad, esta postura se alinea con la política de identidad que caracterizó de modo especial los escritos activistas de las trabajadoras sociales feministas de finales de los años setenta. Desde esta posición, se entendía que la trabajadora y la dienta compartían una identidad de género básica y, en consecuencia, la práctica activista se desarrolló en torno a la "comunidad" en el hecho de ser mujeres (HANMER y STATHAM, mencionado en ROJEK y cols., 1988, pág. 98). Sin embargo, el enfoque postestructural no pretende la ocultación de las diferencias de poder, como las existentes entre la trabajadora o trabajador social y la usuaria o usuario del servicio. En cambio, el postestructuralismo empuja a los activistas a que comprendan que las relaciones de poder se estructuran de forma discursiva y de muchas maneras en contextos determinados, en particular en contextos de práctica profesional específica.

Las obras de las feministas postestructurales radicales cuestionan las representaciones unificadas del activista heroico. Para ellas, el cuerpo es un significante que permite ciertos tipos de identificación y prohíbe otros. Por tanto, aunque, en los discursos activistas y en el contexto de la práctica, no se mencionen las diferencias corporales y de otra clase existentes entre las trabajadoras y trabajadores, no se deshacen sin más de ellas cuando se adoptan de cara a la galería las identidades de la trabajadora o trabajador y de la dienta o cliente (véanse: GATENS, 1991, 1992, 1996).

Las representaciones de las trabajadoras y trabajadores sociales como personas "poderosas" y "autorizadas" no consiguen recoger en grado suficiente el hecho de que los trabajadores que sean mujeres, personas indígenas, personas discapacitadas, etcétera, ocupan un espacio ambivalente dentro de la imaginación falocéntrica.

Para que el canon activista se abra a las múltiples identificaciones y obligaciones de las trabajadoras y trabajadores de los servicios sociales, es necesario que desarrollen unas conceptualizaciones de la actuación que trasciendan las relacionadas con el individuo heroico. B. DAVIES (1991) presenta un replanteamiento postestructural del concepto de actuación que puede ser útil para reconocer las diferencias entre los trabajadores de los servicios y los usuarios de los mismos cuando configuran las prácticas profesionales activistas. B. DAVIES (1991) dice:

Concebir la acción, una vez abandonado el dualismo varón-mujer, es pensar en sujetos que hablan, conscientes de las distintas formas de ser constituidos en sujetos, que hacen suyo el acto de la autoría, de hablar y escribir de manera que trastorne los discursos vigentes, que invierta, invente y rompa antiguos lazos, que cree nuevas posiciones sociales que no tomen su significado de los genitales (y lo que hayan llegado a significar) de la persona interesada. (Pág. 50.)

Este enfoque de la actuación reconoce la inmersión de la acción (y de activismo) en contextos específicos de práctica profesional. La multiplicación de definiciones de la actuación permite que una persona pueda acceder a alguna forma de actuación y, sin embargo, se le impidan otras. Por tanto, en vez de contemplar al activista como a alguien que permanece al margen de sistema y proclama la verdad ante éste, hay que considerarlo como una persona inmersa en los sistemas que, al mismo tiempo, la limitan y la capacitan para lograr un cambio progresivo.

El cuestionamiento del individuo heroico como epítome del trabajador social activista puede abrir el canon activista para reconocer las diversas maneras de contribuir al activismo de los trabajadores sociales de primera línea (funciones que, por regla general, desempeñan mujeres). Por ejemplo, las pruebas derivadas de la investigación analítica del discurso feminista muestran que, en general, las mujeres presentan unas capacidades destacadas de comunicación, como una fuerte capacidad de escucha activa y una tendencia hacia procesos igualitarios de comunicación (FISHMAN, 1983; GOODWIN, 1988; WEST, 1995). Del mismo modo, en su estudio de las trabajadoras y trabajadores sociales de los servicios de asistencia a la tercera edad, OPIE (1995, pág. 48) descubrió que, entre los trabajadores sociales a quienes entrevistó, las mujeres con experiencia en primera línea eran las más capacitadas para comprender y responder a las necesidades complejas y encontradas de los usuarios del servicio y de las organizaciones de servicios.

Aunque estas prácticas profesionales concuerden en gran medida con los procedimientos del trabajo social activista, a menudo se cuestiona el valor de estas distintas contribuciones para la práctica activista (véase: MOWBRAY, 1992).

Sin embargo, para que las teorías de la práctica activista reconozcan las diversas aportaciones que los trabajadores sociales pueden hacer al activismo, es importante romper las oposiciones, como las que se establecen entre el héroe y el conformista o los cambios estructurales y locales, que han servido para que no puedan apreciarse aquellas diferencias.

ESTRATEGIAS PARA EL CAMBIO

En contraste con la importancia concedida a la totalidad social que subyace al análisis y la acción activistas, la teoría postestructural asume que las realidades sociales son "inestables, complejas y desordenadas" (FLAX, citado en ANG, 1995, pág. 67).

Esta forma de ver las cosas se opone a las grandes y utópicas visiones del cambio y las reemplaza por unas prácticas políticas que son antiutópicas y antidogmáticas. LEONARD (1995) afirma: "La adopción de la diversidad no implica necesariamente el fin de la política emancipadora de masas, pero le imprime un giro más exploratorio y pragmático" (pág. 14).

En este apartado, expondré las consecuencias de la teoría postestructural para el replanteamiento de las estrategias de cambio que defiende la teoría del trabajo social activista, en concreto los procesos de concienciación y la acción colectiva.

1. EL REPLANTEAMIENTO DE LA CONCIENCIACIÓN

La teoría postestructural cuestiona las premisas de las estrategias establecidas de la práctica crítica. Desde la perspectiva postestructural, la práctica de la concienciación se discute por los motivos siguientes:

- ⌘ impone lo que haya de considerarse "conservador" y "activista", de acuerdo con las ideas de la ciencia social crítica y, de ese modo devalúa las ideas y las prácticas de resistencia locales;
- ⌘ promueve la intolerancia de las diferencias en la medida en que las perspectivas alternativas, incluso las presentadas por las personas oprimidas, se desestiman de inmediato como prueba de falsa consciencia: privilegia las formas racionales de conocer y actuar, despreciando así la gran cantidad de factores, incluyendo la irracionalidad y los contextos locales, que inciden en la actividad humana.

Al valorar los enfoques pragmáticos y localizados del activismo, el postestructuralismo estimula el mantenimiento de las estrategias de la práctica crítica, como la concienciación, aunque abriendo esas prácticas a la crítica. De este modo, la teoría postestructural renueva la apreciación de las complejidades y contradicciones locales, en vez de considerarlas como impedimento para el cambio. B. DAVIES (1994) sostiene:

La comprensión del trabajo político, que hace posible lograr todo discurso, permite a cada persona acceder a un conjunto de posiciones de hablante, para ver que las contradicciones son inherentes a los discursos y no a ellas mismas. Aunque la consistencia y la coherencia total sean agradables y satisfactorias, suponen un alto grado de percepción selectiva y de ignorancia: tenemos que vivir con discursos contradictorios porque vivimos en un mundo profundamente contradictorio, con unas posiciones y unos discursos múltiples y contradictorios que configuran ese mundo. (Pág. 35.)

La inclusión de las perspectivas de la ciencia social crítica entre los recursos permite el importante trabajo político que facilitan esas ideas, reconociendo, al mismo tiempo, los límites de cualquier perspectiva singular, crítica de otro tipo, para constituir una guía completa de las prácticas, comprometidas y contradictorias, de cambio.

La teoría postestructural obliga a los activistas a "examinar nuestras premisas sobre la justicia social, la igualdad y la racionalidad a la luz de nuestra crítica del eurocentrismo y del androcentrismo del pensamiento modernista" (LEONARD, 1994, pág. 15). Desde esta perspectiva, no puede haber un programa trascendente de cambio, sino que hay que estar preparados para articular y cuestionar las perspectivas que se utilicen en las prácticas de cambio. No debe interpretarse que la reflexividad con respecto a las perspectivas críticas, exigida por la teoría postestructural, suponga una actitud indiferente hacia las cuestiones de la justicia. Sin embargo, se hace necesario considerar las consecuencias locales de los discursos del trabajo social activista, incluyendo los conocimientos y realidades locales de resistencia y de cambio que esas perspectivas dejan en la sombra.

2. EL REPLANTEAMIENTO DE LA IDENTIFICACIÓN Y LA ACCIÓN COLECTIVAS

La teoría postestructural cuestiona la política de identidad que recoge la formación de las identidades colectivas y opositoras. En este proceso, los oprimidos reconocen sus identificaciones compartidas y sus intereses comunes por superar las condiciones sociales injustas. Aunque muchos teóricos postestructurales preocupados por la política emancipadora reconozcan la potencia política de las identificaciones colectivas y opositoras, también plantean problemas en torno a este enfoque de la oposición. DE LAURETIS (citada en SAWICKI, 1991) observa que "la formación de la identidad es, "al mismo tiempo, estratégicamente necesaria y peligrosa" (pág. 108).

La formación de las identificaciones colectivas es necesaria, desde el punto de vista estratégico, en el sentido de que facilita el poder colectivo, porque, si se lleva la insistencia postestructural en la fragmentación a su extremo lógico, nunca se podrán elaborar proposiciones que trasciendan la experiencia vivida del sujeto (ALCOFF,

1991, pág. 17). Con ello, se corre el riesgo de fragmentar los problemas políticos compartidos de las personas marginadas.

Sin embargo, a pesar de la utilidad estratégica de la identificación y la acción colectivas para dar poder a las personas marginadas, estas prácticas también son peligrosas. El problema radica en la creencia de que las identidades, que constituyen la piedra angular de la política colectiva, se refieren a esencias fijas y estables. Con el fin de mantener esta creencia, es necesario suprimir las diferencias entre los así identificados. Por ejemplo, durante el pasado cuarto de siglo, las mujeres que eran "otras" comparadas con la mujer blanca, privilegiada, con un cuerpo bien formado y heterosexual, han discutido las representaciones y los intereses que han predominado en la teoría y el activismo feministas (véanse: HILL-COLLINS, 1990; ASCH y FINE, 1992). ANG (1995) afirma que, para muchas mujeres, "otros intereses, otras identificaciones son, a veces, más importantes y políticamente más acuciantes que las relacionadas con su ser de mujer e, incluso, incompatibles con ésta" (pág. 73).

Los teóricos postestructurales críticos dicen que las identidades son producto y medio de transmisión del poder. Esta perspectiva sugiere un enfoque precavido de la adopción de identificaciones colectivas, en la medida en que, mediante ellas, se desarrollan prácticas modernas de vigilancia y disciplina (BUTLER, 1995). GATENS (1996) discute la utilización acrítica de ideas unificadas de la diferencia sexual; escribe esta autora:

"insistir en la diferencia sexual como la diferencia fundamental y eternamente inmutable sería dar por supuestas las formas intrincadas y omnipresentes utilizadas por la cultura patriarcal para hacer de esta diferencia su estandarte" (pág. 73).

Los teóricos sociales han utilizado las ideas postestructurales para cuestionar el potencial transformador de la identificación colectiva. Algunos apuntan la conexión entre el interés por la identificación y el desarrollo de una política de resentimiento en la que el centro de atención sea el ataque a las identidades, en vez de la identificación y la transformación de las prácticas sociales (véanse: TAPPER, 1993; BROWN, 1995; PRINGLE, 1995; GATENS, 1996; YEATMAN, 1997). Como se equipara el poder con el mal y la impotencia con la inocencia, este enfoque debilita la oportunidad de la acción política de masas. La política de resentimiento tiene el efecto contradictorio de ampliar la ciudadanía al permitir a las personas marginadas que reivindiquen una representación en la política pública y en la asignación de recursos, mientras se confina a los individuos a hablar desde la posición de marginal, víctima u opositor frente al orden de cosas establecido.

Los puntos de vista de la teoría postestructural crítica pueden utilizarse para forzar la apertura de las premisas en las que se basan las estrategias colectivas del trabajo social crítico, sin eliminar esas estrategias. La teoría postestructural desestabiliza las identificaciones compartidas y esenciales como fundamentos de la acción, porque "no

hay un movimiento colectivo que pueda hablar por cada uno de nosotros hasta el final" (RICH, citado en PRATT, 1993, pág. 57).

De todos modos, sigue siendo posible la acción de masas; dado que los intereses políticos compartidos nunca pueden darse por supuestos, la negociación constante de las diferencias se convierte en una característica necesaria de la acción política a gran escala (YEATMAN, 1993).

ADVERTENCIAS CRÍTICAS SOBRE LAS TEORÍAS "POST"

A lo largo de este libro, he destacado la aportación potencial de las recientes teorías "post" a la desorganización y diversificación del trabajo social activista. No obstante, cualesquiera que sean los usos que se hagan de las teorías "post" críticas para democratizar y diversificar las prácticas del trabajo social crítico, no debe esperarse que proporcionen una alternativa completa. A falta de las ideas que han surgido mediante la teoría del trabajo social crítico, las teorías "post" pueden favorecer algunas direcciones prácticas muy acriticas que destacaré a continuación.

∞ Mantener la tensión entre lo simbólico y lo material

El primer problema consiste en que el interés postestructural por el lenguaje y por lo simbólico puede eludir las realidades materiales de la desventaja social. Una lección importante del postestructuralismo es que lo local es más que un mero efecto de lo estructural y, por tanto, se considera que los marcos de referencia generales de la ciencia social crítica no son instrumentos adecuados para comprender las experiencias locales de poder y de identidad y las prácticas de cambio, ni para actuar sobre ellas. Dice BARRETT (1992): "FOUCAULT cuestionaba la conocida jerarquía de valores de la perspectiva materialista, contraponiendo la muda existencia de la realidad a la capacidad de los grupos de signos [discursos] para actuar como prácticas que forman sistemáticamente los objetos de los que hablar" (pág. 202).

Aun así, en los contextos contemporáneos de crecientes desigualdades materiales, los activistas no pueden volver la espalda a las experiencias materiales de pobreza, sexismo y racismo (HEWITT, 1993; TAYLOR-GOOBY, 1993; LEONARD, 1995). Por tanto, las teorías de la ciencia social crítica, con su interés por las categorías de análisis de "clase social", "género" y "raza", siguen proporcionando importantes recursos analíticos y estratégicos para comprender y responder a la desventaja (SANDS y Nuccio, 1992, pág. 493).

Aunque las teorías postestructurales nos alertan sobre las limitaciones de las proposiciones de las teorías de la ciencia social crítica, en este momento de la historia del trabajo social estas perspectivas siguen facilitando ideas relevantes para las prácticas activistas. El hecho de insistir en que los activistas tienen que escoger entre el postestructuralismo y las teorías de la cienciasocial crítica como fundamento de la práctica es establecer un dualismo innecesario entre ambas.

Ni las teorías "post" críticas, expuestas en este libro, ni las ideas de la ciencia social crítica, que han proporcionado durante mucho tiempo el fundamento del activismo, pueden dar ideas totales ni proporcionar guías completas para el activismo. No obstante, ambas pueden facilitar ideas útiles para comprender y responder a la interacción entre lo estructural y lo simbólico en la génesis de la desventaja social.

∞ Reconocer las relaciones de dominación

Un segundo problema es que la reconceptualización postestructural del poder como algo flexible, diverso y contextualmente variable oscurece las formas de poder fijas y dominadoras. Por ejemplo, no hace mucho, algunas teóricas feministas utilizaron las ideas del postestructuralismo crítico para cuestionar las representaciones del carácter de víctima en la bibliografía feminista (véanse: CRINNALL, 1995; PRINGLE, 1995; WEARING, 1996). Utilizando el análisis foucaultiano del poder, señalan que el sujeto participa activamente en las prácticas a través de las cuales también le oprimen y adquiere poder por su mediación (BARTKY, 1988). La afirmación de PRINGLE (1995) de que "las mujeres producen activamente las formas de feminidad mediante las que las controlan: nunca son meras víctimas" (pág. 207) exige un replanteamiento radical del análisis y la acción feministas.

En este análisis, he manifestado que el postestructuralismo obliga a los activistas a ir más allá de las representaciones dualistas del poderoso y el impotente y reconocer las complejidades y la variabilidad contextual de las operaciones de poder. Sin embargo, también reconozco que hay un peligro considerable de renunciar sin más a las ideas del carácter de víctima y de la dominación. Por ejemplo, aunque las jóvenes que participaron en el proyecto antiviolencia (expuesto en los Capítulos V y VI) ejercieron el poder en una serie de contextos, había formas de dominación, como los actos de violencia grave, a las que no eran capaces de oponerse.

Las teorías postestructurales críticas son útiles para el activismo en la medida en que pongan de manifiesto la ficción y los efectos paralizantes de hacer del carácter de víctima la definición completa de una persona o población. Sin embargo, junto con el reconocimiento de los límites de la identidad de víctima, hay que dejar espacio para identificar las relaciones de dominación que tienen carácter unilateral y están firmemente parapetadas. En otras palabras, tan peligroso es decir que nunca se es víctima como afirmar que siempre se es.

∞ Una certidumbre incierta

El tercer problema gira en torno a los costes políticos de la renuncia a la verdad y a la certidumbre de la política basada en "la ambigüedad, la complejidad y la parcialidad" (PRATT, citado en PRINGLE, 1995, pág. 199). Los activistas son reacios a dar este paso: LEONARD (1995) dice:

Abandonar esta afirmación de la verdad general en favor de una teoría de la diferencia, de las diversas experiencias sociales concretas de poblaciones específicas, es una renuncia dolorosa que choca con el impulso a la generalización que, a menudo, yace en el corazón de los enfoques "progresistas" del bienestar social. (Pág. 7.)

La adopción postestructural de la incertidumbre puede llamar la atención sobre las complejidades y tensiones en los niveles locales de las prácticas activistas. Esta apertura a las diferencias y a las visiones del cambio que existen en el ámbito local puede utilizarse para discutir las ortodoxias que se han establecido en las teorías de la práctica crítica. Por ejemplo, en este análisis, he dicho que el postestructuralismo no conduce necesariamente al abandono de las perspectivas críticas, sino al reconocimiento de las proposiciones de verdad y las estrategias activistas que trascienden las perspectivas de la ciencia social crítica.

Al mismo tiempo, la adopción de la diferencia puede llevar a la incertidumbre de la dirección y la estrategia política (véanse: Dixon, 1993; FALSBORDA, 1994; KENNY, 1994). Hay que pagar un precio muy elevado, en la medida en que la certeza es una base fuerte para discutir las verdades de los grupos dominantes. HOWE (1994) advierte:

"Resulta paradójico que la dispersión de los centros de verdad del pluralismo y su tolerancia de los diferentes valores y significados que se encuentran en el seno de los diversos grupos culturales e intelectuales quede anulada por quienes dicen que poseen la verdad" (pág. 526).

En el enfoque pragmático de la acción política que adopta el postestructuralismo, puede haber formas de facilitar certidumbres en la medida en que se reconozca que tengan relevancia en el momento y el espacio concretos del proceso de cambio. Este enfoque puede otorgar el poder que permitan las certezas, sin que haga falta que ciertas verdades particulares proporcionen una guía permanente de la práctica, incluso en un contexto específico de cambio.

☞ El marco ético y los límites de la apertura a la diferencia

El último problema consiste en el fracaso de los teóricos postestructurales a la hora de identificar los límites de la celebración de las diferencias y la plurivocidad que suponen, porque, incluso cuando FOUCAULT y Cixous destacan la idea de la diferencia, es obvio que no todas las diferencias les resultan aceptables. Por ejemplo, Cixous está comprometida con la celebración de las diferencias culturales y, en consecuencia, la visión "diferente" del colonialista o expansionista recibe una cáustica condena en sus escritos (véanse: Cixous, 1981b, 1994a; CONLEY, 1992).

En los últimos años, diversos teóricos han tratado de afrontar el problema de articular los marcos éticos que median el interés por lo local y la diferencia en las prácticas políticas postestructurales y postmodernas (véase: GATENS, 1996, pág. 105; véanse también: YEATMAN, 1993, 1994). Una característica de estos trabajos ha sido la importancia otorgada a la apertura a la reflexión sobre estos fundamentos y a la discusión de los mismos en los contextos locales de práctica. Según YEATMAN (1993, página 231), una política de la diferencia requiere una apertura frente a los compromisos éticos y la disposición a argumentar a favor de estos valores de una "manera lógicamente coherente" (pág. 231).

Esta reflexividad sobre los propios compromisos éticos pretende reforzar una mayor apertura a las diferencias de la que es posible en la tradición crítica y, por tanto, incrementar el potencial de la asociación entre los activistas y las poblaciones oprimidas (GATENS, 1996, pág. 105).

No obstante, a pesar de algunos intentos recientes de situar las prácticas éticas coherentes con una política de la diferencia, es probable que no queden claros los límites de esa práctica. La insistencia en la apertura de los propios valores a la reflexión y al debate privilegia las formas racionales de conocer, al dar ventaja a quienes sean más capaces de articular su postura. Por tanto, a pesar de la apertura aparente a las voces de la diferencia, este enfoque puede reforzar las relaciones de poder existentes, incluyendo las de privilegio y dominación. Además, las apelaciones racionales a la apertura encubren las limitaciones del sometimiento del propio saber al examen crítico.

Esto constituye una debilidad significativa en la medida en que los valores que guían la práctica política no sólo surgen mediante la racionalidad, sino que también se desarrollan a través de otras formas de saber, como el saber emocional y el corporal (FAY, 1987, pág. 162), que son quizá menos accesibles a la reflexión racional. Como sostiene BARRETT (1992):

"los objetivos políticos se elevan, en un sentido importante, sobre la base de los valores y principios... no pueden basarse en un análisis científico social, sino que surgen de la aspiración más que de la prueba" (pág. 217).

Por tanto, aunque el postestructuralismo dé la posibilidad del examen de los valores políticos del sujeto, conviene reconocer que siguen vigentes las limitaciones de la reflexividad

CONCLUSIÓN

En la década de los noventa, el trabajo social crítico comenzó a articular el valor de las teorías "post" críticas para extender los análisis activistas del trabajo social (véanse: HOWE, 194; PARTON, 1994a). Sin embargo, las teorías "post" de FOUCAULT y de las feministas postestructurales radicales trastornan profundamente también las ortodoxias establecidas en el trabajo social crítico.

Las teorías "post" críticas desestabilizan las proposiciones de verdad de la ciencia social crítica sobre el poder, la identidad y el cambio. Al destruirse los fundamentos del trabajo social crítico, se abandona la búsqueda de un núcleo crítico de la práctica en beneficio del reconocimiento de la diversidad de prácticas de trabajo social.

Las ideas críticas de las teorías "post" pueden reabrir la teoría del trabajo social crítico a diversas cuestiones acerca de lo que sea o no activista y de lo que deban considerarse prácticas activistas.

Esas ideas hacen posible unas formas de activismo que no tienen por qué coincidir con las proposiciones de la ciencia social crítica, gracias a las cuales se ha configurado la práctica progresista. Asimismo, esas ideas permiten nuevos enfoques de la teoría, en los que puedan expresarse las personas que tengan experiencia en las prácticas del trabajo social, como las trabajadoras y trabajadores sociales y las usuarias y usuarios del servicio, acerca de las certezas que hayan resultado inatacables en los enfoques de la práctica crítica. Sin embargo, esto no supone el rechazo de la ciencia social crítica, porque sus perspectivas tienen una relevancia permanente para comprender y responder a las formaciones contemporáneas de desventaja social.

En la reorientación antidogmática y antiutópica de la práctica del cambio, las perspectivas de la ciencia social crítica tienen su sitio como una más de un enorme conjunto de posibilidades de cambio.

Al cuestionar y resituar los fundamentos del trabajo social en la ciencia social crítica, las teorías "post" críticas contribuyen a las prácticas activistas de interés para responder a las obligaciones, múltiples y encontradas, en torno a las cuales se constituye gran parte del trabajo de servicios asistenciales y para los diversos contextos en los que se desarrollan las prácticas contemporáneas del trabajo social.

CAPÍTULO VIII

CONCLUSIONES

Las incursiones de las teorías "post" en los análisis sociales críticos no son sino una de un conjunto de discusiones que están sacudiendo los fundamentos de las prácticas del trabajo social crítico. ESPING-ANDERSEN (1990) sostiene que estamos "dejando tras nosotros un orden social que se entendía mucho mejor y entrando en otro, cuyos contornos sólo se reconocen de una manera vaga" (pág. 223). Los sistemas de bienestar, que, en la segunda mitad del siglo XX, se consideraban características propias de los países más industrializados, se están desmantelando y reorganizando de acuerdo con las ideologías empresariales. Estas transformaciones contemporáneas están cuestionando profundamente la capacidad de explicar las realidades sociales y dirigir la acción social de las teorías sociales modernas.

LA DESORGANIZACIÓN DEL ACTIVISMO

Estamos asistiendo al final de determinados aspectos de los proyectos de la modernidad, como la confianza en la racionalidad, la fe en los grandes planes y las intenciones de explicar el todo social. Sin embargo, estas controversias no tienen por qué indicar la defunción del trabajo social crítico. De hecho, ahora como siempre, los trabajadores sociales críticos buscan enfoques de entendimiento y de práctica que les ayuden a trabajar al lado de los usuarios de los servicios para conseguir un cambio progresivo.

Lo que se discute es la categoría de los conceptos de la ciencia social crítica en cuanto "artículos de fe", es decir, como verdades no proclamadas e indiscutidas que guíen el activismo.

El hecho de que los trabajadores sociales críticos no logran descubrir los efectos restrictivos de estos supuestos fundamentales ha demostrado ser un fallo importante para la diversificación de los enfoques de la práctica crítica. Por ejemplo, en este sentido, las perspectivas críticas no han aportado mucho a la articulación de las ideas y la estrategia relevantes en los contextos organizativos autoritarios y en muchas ocupaciones en las que la utilización explícita del poder es un aspecto inevitable de la función del trabajador social (véase: HEALY, 1998; véase también: CLARK, 1998).

De hecho, los ideales de la ciencia social crítica restringen la comprensión de las operaciones de poder, la identidad y los procesos de cambio incluso en los contextos de práctica que más concuerdan con los ideales activistas, es decir, unos contextos de práctica pequeños y no burocráticos (véase: HEALY y MULHOLLAND, 1998).

En este punto de la historia del trabajo social crítico, las teorías "post" pueden efectuar intervenciones fundamentales en las convenciones del trabajo social crítico.

Mediante la desestabilización de las certezas críticas, estas intervenciones pueden reabrir el canon activista a preguntas como: ¿Cuál es la naturaleza del poder y de la identidad en las prácticas del trabajo social? ¿Cuándo son activistas las prácticas del trabajo social y cuándo conservadoras u ortodoxas? ¿Cuándo son determinadas acciones "actos de resistencia y cuándo son simplemente actos de acomodación"? (COBB, citado en KINGSFISHER, 1996, pág. 531).

Las teorías "post" cuestionan el supuesto, central en el trabajo social activista, de que las respuestas a estas cuestiones radican en las teorías de la ciencia social crítica y llevan, en cambio, al reconocimiento de la importancia del contexto para definir los procesos del poder, la identidad y el cambio.

LA RECONSTRUCCIÓN DE LOS ENFOQUES CRÍTICOS

Los impulsos de las teorías "post" críticas no solo son desestabilizadores, sino también constructivos respecto a las prácticas del trabajo social crítico. Las teorías "post" críticas invitan a los activistas a reconocer la importancia de los contextos históricos y locales para configurar el activismo, en vez de como algo que haya que superar. Estas ideas teóricas contemporáneas hacen posible imaginar, articular y practicar unos activismos que amplían e incluso confunden las ortodoxias del trabajo social crítico.

En lugar de planes grandiosos e ideales utópicos, el activismo del trabajo social adopta un giro pragmático, centrado en propuestas locales, contextuales y modestas de cambio. En este nuevo pragmatismo, el activismo sigue estando orientado a la ampliación de la ciudadanía social en los contextos locales de práctica y en la vida de los usuarios del servicio, favoreciendo, por ejemplo, la resistencia contra las prácticas opresivas y fomentando unos enfoques más justos, humanos y responsables en los servicios asistenciales.

Así, los contextos locales de práctica, las expectativas acerca de los suministradores de servicios y sus obligaciones y las aspiraciones de los usuarios del servicio cobran una importancia fundamental para determinar el curso del activismo.

Aunque los activistas no puedan permitir que se rechacen todos los ideales de la ciencia social crítica, las teorías "post" críticas pueden reforzar la reflexividad en cuanto a sus efectos limitadores. Cuando se exponen los límites de las ideas de la ciencia social crítica, se anima a los activistas a que busquen otras fuentes de comprensión y de acción, además de aquéllas.

En contraste con las reticencias manifestadas por muchos activistas en relación con las teorías "post" en este libro, he dicho que las obras postestructurales críticas de FOUCAULT y de las feministas postestructurales radicales pueden ayudar a reconstruir los enfoques de la práctica emancipadora.

He mostrado que sus trabajos sirven para desestabilizar los conceptos de una práctica unitaria y para recrear unas prácticas del trabajo social crítico basadas en la complejidad, la inestabilidad y, más importante aún, en la variabilidad contextual de los procesos de poder, identidad y cambio. Sin embargo, la investigación puede ir más allá. En este campo, todavía hay que explorar en grado suficiente las oportunidades que ofrecen importantes pensadores sociales contemporáneos, cuyos compromisos críticos con las ideas postmodernas y postestructurales en relación con el poder, la subjetividad y la ciudadanía social son relevantes para la transformación, ya en marcha, del trabajo social crítico.

Me refiero aquí, en particular, a los trabajos de BOURDIEU, DERRIDA, DELEUZE, LACAN, LYOTARD, RORTY y autoras feministas COMO GROSZ, GATENS, KRISTEVA, IRIGARAY y LE DOEUFF. Por supuesto, la investigación de las teorías sociales contemporáneas debe emprenderse con un espíritu de diálogo y de debate. Durante demasiado tiempo, la posición ocupada por las trabajadoras y trabajadores sociales ha sido la de sirvientas de las grandiosas narraciones de las ciencias sociales y las humanidades. Este monólogo ha suprimido las ideas diversas que pueden proceder de otros lugares para ampliar y complicar las teorías en las que se ha basado el trabajo social.

Otra fuente de inspiración para la comprensión y la acción en el trabajo social crítico son las organizaciones y prácticas locales de trabajo social. A pesar de la apelación a la praxis, que es el vínculo entre teoría y práctica, sólo una proporción sorprendentemente pequeña de la teoría del trabajo social crítico se deriva de investigaciones fundadas en la práctica. Una consecuencia de ello es que el activismo de los trabajadores sociales y de los responsables políticos queda oculto. Por ejemplo, en su reciente estudio del activismo y los procesos de la política social, YEATMAN (1998) observa que: "Mi trabajo de evaluación dio mayor profundidad a mi impresión de que aquí hay un tipo de trabajo activista que ha quedado relativamente no reconocido: el compromiso muy cualificado, estratégico y visionario con la política y el servicio públicos" (página 2).

FOUCAULT (1980d) reclama órdenes ascendentes de análisis, es decir, análisis que empiecen por los detalles de las prácticas sociales. Este enfoque sobre los detalles de las prácticas sociales estimula las investigaciones empíricas, situadas local e históricamente, que extienden y desarrollan el potencial de las prácticas críticas basado en las ideas de lo que "sea" o no el trabajo social (véase, por ejemplo: FooK, 1996).

En este libro, me he remitido a la información procedente de dos contextos de práctica del trabajo social para analizar y desarrollar ideas del trabajo social crítico. Soy consciente de que los contextos de mis investigaciones son locales y específicos y, en consecuencia, no podemos dar por supuesto que otros contextos locales revelaran unos procesos similares.

Hace falta mucha más investigación práctica crítica en los contextos de las prácticas del trabajo social. El valor de tal investigación empírica radica en su contribución potencial a unas teorías de la práctica lo bastante flexibles para acoger la diversidad de las prácticas del trabajo social crítico y que aborden de manera crítica y productiva los problemas a los que se enfrentan las prácticas contemporáneas de los servicios asistenciales de bienestar.

Como mínimo, estas teorías han de estimular el respeto por la complejidad inherente a los contextos locales de las prácticas de trabajo social. En un plano más ambicioso, el desarrollo de teorías del trabajo social crítico con fundamento empírico puede ayudar a los trabajadores y a los usuarios de los servicios en aspectos difíciles y complejos de la práctica, como la elaboración de "juicios razonables en áreas grises, en las que gran parte de las opiniones profesionales y públicas están enfrentadas" (CLARK, 1998, pág. 397). La aparición de investigaciones empíricas de amplia base dentro de la organización local de las prácticas de trabajo social puede incrementar la sofisticación y la relevancia de las teorías de la práctica crítica, aunque esto no sea la panacea.

No todos los aspectos de la práctica pueden articularse en términos de los discursos que tengamos a nuestra disposición. Por ejemplo, parece inevitable que la actividad de cambio abarque dimensiones emocionales y relacionales que están mucho más allá del alcance de gran parte de la metodología de investigación al uso.

Asimismo, se corre el riesgo de que, al entrar el trabajo social en una época en la que se exige cada vez más la rendición de cuentas (OPIE, 1995; HEALY y WALSH, 1997), la investigación de la práctica pueda utilizarse para la vigilancia de las prácticas del trabajo social crítico.

Esta amenaza llega al máximo en organizaciones dominadas por discursos poderosos y omnipresentes, como los discursos racionalistas biomédicos y económicos. Puede que la falta de investigación crítica sobre los medios de práctica convencional haya cumplido una función protectora, en la medida en que, en estos contextos, los trabajadores sociales activistas hayan podido evitar determinadas formas de vigilancia, aunque, por supuesto, hayan seguido sometidos a otras.

Los actos encaminados a hacer visibles los procesos del trabajo social deben enfocarse con cierta cautela y con una reflexividad constante respecto a los vínculos entre este proyecto y los procesos de gubernamentalidad a los que cada vez están más sometidas las prácticas del trabajo social en la época postmoderna. Como advierte FOUCAULT (1981a), "el silencio y el secreto son un refugio para el poder, afianzando sus prohibiciones; pero también relajan sus controles y permiten áreas de tolerancia relativamente oscuras" (pág. 101).

Los riesgos de la investigación sobre la práctica activista son reales en muchos contextos contemporáneos de organización de servicios asistenciales y hay que tenerlos en cuenta al lado de los beneficios potenciales de los proyectos de investigación de la práctica crítica.

Los riesgos asociados con la investigación de la práctica destacan la necesidad de que los mismos trabajadores sociales participen en esta investigación, en vez de que se lleve a cabo de forma externa, a cargo de quienes no viven directamente la práctica del trabajo social, en su carne y en sus emociones. La participación de los trabajadores sociales puede ayudarles también a comprender y contrarrestar (en lo posible) la posibilidad de que la investigación sobre la práctica sirva para aumentar la vigilancia. Por ejemplo, los profesionales pueden tomar parte en la decisión acerca de las formas de información cuya transmisión sea "segura" y de lo que, al menos durante cierto tiempo, deba quedar relativamente oculto.

LA PROLONGACIÓN DE LOS RETOS

En el estado actual de transformación de las teorías y la organización de los servicios asistenciales de bienestar, hay mucho que discutir. Las trabajadoras y trabajadores sociales preocupados por el desarrollo de planes de servicios críticos deben oponerse a la actitud de suficiencia que se plasma en el "te dije que no funcionaría", de moda entre quienes no se preocupan por los enfoques progresistas de los servicios de bienestar, y a los que se concede cada vez mayor legitimidad gracias a la transformación empresarial de los servicios de bienestar.

También nos vemos obligados a superar la desesperación acerca del futuro de las prácticas del trabajo social crítico que parece estar hundiendo a muchos. Aunque debamos afrontar con honradez los límites de las ideas modernas para orientar el activismo en la época postmoderna, también es importante que nos enorgullecamos de la rica tradición de las prácticas del trabajo social crítico.

Debemos oponernos a la aceptación acrítica de las teorías "post" contemporáneas, porque, aunque, como he señalado, estas teorías sean útiles para revalorizar ciertos aspectos de las prácticas del trabajo social crítico, como las dimensiones simbólica y local, hay errores que no podemos pasar por alto.

Las prácticas del trabajo social crítico siguen rigiéndose por compromisos políticos y éticos, sobre todo para la extensión de la justicia en los contextos de la práctica y más allá de ellos. Teniendo en cuenta estas preocupaciones, debemos tener precaución con los aspectos de las teorías "post" que eluden las dimensiones materiales de la opresión y que conducen a unos enfoques completamente relativistas de las cuestiones de justicia social (HEWITT, 1993; TAYLOR-GOOBY, 1993; LEONARD, 1995). Sin embargo, es contraproducente e innecesario establecer una oposición entre las ideas de la ciencia social crítica y las de las teorías "post" críticas.

En realidad, en el pragmatismo que fluye desde las perspectivas teóricas contemporáneas, se estimula a los activistas a que "piensen en torno a ellas", es decir, que investiguen un amplio conjunto de perspectivas para descubrir la que les resulte útil para comprender y actuar precisamente en relación con los problemas concretos de su actividad (GIBSON-GRAHAM, 1996). En consecuencia, podemos reconocer el importante trabajo político que hace posible la ciencia social crítica al tiempo que se beneficia también de las ideas que brindan las teorías "post" críticas. En este punto de la historia del trabajo social crítico, hacen falta las perspectivas de ambas escuelas para reconocer las dimensiones material y simbólica de las prácticas sociales.

Las ideas clave de las teorías "post" críticas ofrecen la promesa de una mayor reflexividad y apertura a las diferencias en las prácticas del trabajo social (PARTON y MARSHALL, 1998). No obstante, para que se realice este potencial, tenemos que superar muchos aspectos de las teorías "post" al uso. HOOKS (1990) observa que:

"Para que el pensamiento postmoderno radical tenga un impacto transformador, la ruptura crítica con la idea de "autoridad" como 'dominio absoluto' no debe ser un mero artificio retórico. Debe reflejarse en los hábitos, incluyendo los estilos de redacción y las materias escogidas". (Pág. 25.)

La petición de respeto a las diferencias, que es uno de los atractivos de las teorías "post" críticas, se contradice con el lenguaje arcano y los problemas abstractos en los que se plasman esas teorías (LEONARD, 1995). En consecuencia, es importante que orientemos nuestras energías para hacer accesibles estas ideas y para destacar las posibilidades de que otros hablen con ellas y aporten otras nuevas.

CONCLUSIÓN

Cuando se exponen y desvelan las ortodoxias que se han establecido en las actividades del trabajo social crítico moderno, se hacen posibles nuevos lugares de influencia y nuevas ideas acerca de las prácticas críticas. Los impulsos de las teorías "post" contemporáneas cuestionan todo el entramado moderno y, a su vez, esto puede utilizarse para discutir los intentos de unificación de las prácticas del trabajo social crítico en torno a causas e identificaciones comunes. En los enfoques antidogmáticos y pragmáticos del cambio que surgen, las teorías se convierten en un recurso para las prácticas críticas, en vez de constituirse en la verdad acerca de ellas. FOUCAULT (1988a) sostiene que:

Mi postura es que no está en nuestras manos el proponer. Lo que alguien "propone", propone un vocabulario, una ideología, sólo puede tener efectos de dominación. Lo que tenemos que presentar son instrumentos y herramientas que resulten útiles a la gente. Al formar grupos para hacer en concreto estos análisis, emprendemos esta lucha, con estos

instrumentos u otros: así es como, al fin, se abren las posibilidades. (Pág. 197.)

Como las teorías "post" críticas estimulan un cuestionamiento radical constante de la actividad del trabajo social crítico, podemos aprender de sus éxitos y de sus fracasos. En los contextos contemporáneos de las prácticas del trabajo social, estas ideas pueden fortalecer y diversificar nuestras capacidades de llevar la justicia social a quienes, en caso contrario, se les negaría.

APÉNDICE

CONVENCIONES DE TRANSCRIPCIÓN DE CONVERSACIONES

Muchas de las ilustraciones de los Capítulos V y VI incluyen transcripciones de manifestaciones habladas tomadas en los lugares de práctica profesional. Con el fin de dar ciertas indicaciones acerca del tono y el ritmo de las conversaciones, en muchas transcripciones he incluido los marcadores de conversación que describo a continuación.

Estas convenciones de transcripción de conversaciones están tomadas y adaptadas de la obra de ATKINSON y HERITAGE (1984).

A Mayor intensidad o elevación del tono: se indica mediante letras MAYÚSCULAS.

B Tono elevado: se indica mediante: t t.

C Habla rápida: indicada mediante: ».

D Prolongadores: actos de habla que demuestran comprensión de lo manifestado por las otras personas, como "ya", "hmm", que aparecen indicados en la transcripción.

E En las transcripciones, se prefiere la reproducción aproximada del sonido del habla. Así, por ejemplo, se transcribe: "se lo ha dao", en vez de "se lo ha dado".

F Prolongación de un sonido o sílaba: se utilizan los dos puntos (":") para señalar la prolongación de un sonido del habla, por ejemplo, puede aparecer "luz" por "luz'". Sirve para representar la mayor intensidad que el sujeto da a un sonido.

G Aspiraciones audibles: aparecen marcadas como: "hhh".

H Incertidumbre sobre el contenido. Las palabras entre paréntesis —"()"— indican que no estoy segura de la interpretación que hago de lo dicho. Cuando aparecen paréntesis que no recogen palabra alguna, indican que me resulta imposible interpretar el contenido de la expresión de que se trate.

J Los corchetes ("[J") se utilizan para indicar informaciones adicionales que pueden ser útiles al lector para interpretar la conversación. Recogen anotaciones explicativas, por ejemplo, acerca de informaciones conocidas por quienes intervienen en la conversación pero que difícilmente conocerá el lector, como:

Jean ([la comadrona]). También aparece: "([discusión])", para indicar cortes en la atención del grupo y la ruptura del habla del grupo, al escindirse en varios corros más pequeños cuyas conversaciones resultaban muy difíciles de transcribir.

BIBLIOGRAFÍA

- ADDAMS, J. (1961): *Twenty Years at Hull-house*. Nueva York, Signet, Macmillan.
- AGGER, B. (1991): "Critical theory, poststructuralism and postmodernism: their sociological relevance", *Annual Review of Sociology*, 17, págs. 105-131.
- ALCOFF, L. (1991): "The problem of speaking for others", *Cultural Critique*, 20, págs. 5-32.
- ALDER, C. y SANDOR, D. (1990): "Youth researching youth", *Youth Studies*, 8(3), páginas 38-42.
- ALINSKY, S. (1969): *Reveille for Radicals*. Nueva York, Vintage.
- ANDREWS, D. (1992): "Beyond the professionalisation of community work", *Social Alternatives*, 11 (3), págs. 35-38.
- ANG, I. (1995): "I am a feminist but 'Other' women and postnational feminism", en B. CAINE y R. PRINGLE (eds.), *Transitions: New Australian Feminisms*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin, págs. 57-73.
- ARONSON, J. (1995): "Lesbians in social work education: processes and puzzles in claiming visibility", *Journal of Progressive Human Services*, 6 (1), págs. 5-26.
- ASCH, A. y FINE, M. (1992): "Beyond pedestals: revisiting the lives of women with disabilities", en M. FINE (ed.), *Disruptive Voices: The Possibilities of Feminist Research*. Ann Arbor, University of Michigan Press, págs. 139-171.
- ATHERTON, C. (1993): "Empiricists vs. social constructionists: time for a cease-fire", *Families in Society*, 74, págs. 617-624.
- ATKINSON, J. M. y HERITAGE, J. (eds.) (1984): *Structures of Social Action: Studies in Conversation Analysis*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BAILEY, R. y BRAKE, M. (1975): "Introducción: Social work in the welfare state", en R. BAILEY y M. BRAKE (eds.), *Radical Social Work*. Nueva York, Pantheon Books. Páginas 1-12.
- BAN, P. (1992): "Client participation: beyond the rhetoric", *Children Australia*, 21 (2). Páginas 23-30.
- BARRETT, M. (1992): "Words and things: materialism and method in contemporary feminist analysis", en M. BARRETT y A. PHILLIPS (eds.), *Destabilising Theory: Contemporary Feminist Debates*. Stanford, CA, Stanford University Press, páginas 201-219.
- BARTKY, S. L. (1988): "Foucault, femininity and the modernization of patriarchal power", en I. DIAMOND y L. QUINBY (eds.), *Feminism and Foucault: Reflections on Resistance*. Boston, Northeastern University Press, págs. 61-86.
- BAUMAN, Z. (1992): *Intimations of Postmodernity*. Londres, Routledge.
- BENNETT, T. (1998): *Culture: A Reformer's Science*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin.
- BERNSTEIN, R. (1983): *Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics and Praxis*. Oxford, Basil Blackwell.
- BOGOCH, B. (1994): "Power, distance, solidarity: models of professional-client interaction in an Israeli legal aid setting", *Discourse and Society*, 5, págs. 65-88.
- BORDO, S. (1990): "Feminism, postmodernism and gender-scepticism", en L. NICHOLSON

- (ed.), *Feminism/postmodernism*. Nueva York, Routledge, págs. 133-156.
- (1993): "Feminism, Foucault and the politics of the body", en C. RAMAZANOGLU (ed.), *Up against Foucault: Explorations of Tensions between Foucault and Feminism*. Nueva York, Routledge. págs. 179-202.
- BRICKER-JENKINS, M., HOOYMAN, N. y GOTTLIEB, N. (1991): *Feminist Social Work Practice in Clinical Setting*. Newbury Park, CA, Sage.
- BROWN, W. (1995): *States of Injury: Power and Freedom in Late Modernity*. Princeton, NJ, Princeton University Press.
- BURKE, B. y HARRISON, P. (1998): "Anti-oppressive practice", en R. ADAMS, L. DOMINELLI y M. PAYNE (eds.), *Social Work: Themes, Issues and Critical Debates*. Londres, Macmillan, págs. 229-239.
- BUTLER, J. (1990): *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York, Routledge.
- (1995): "Contingent foundations: feminism and the question of 'Postmodernism'", en S. BENHABIB, J. BUTLER, D. CORNELL y N. FRASER, *Feminist Contentions: A Philosophical Exchange*. Nueva York, Routledge, págs. 35-57.
- CALDER, M. (1995): "Child protection: balancing paternalism and partnership", *British Journal of Social Work*, 25, págs. 749-766.
- CAMERON, J. (1992): "Modern day tales of illegitimacy: gender, class and ex-nuptial fertility". Tesis doctoral inédita, University of New South Wales, Sydney, Australia.
- CAMPBELL, L. (1997): "Family involvement in decision-making in child protection and care: four types of case conferences", *Child and Family Social Work*, 2, págs. 1-11.
- CARNIOL, B. (1992): "Structural social work: Maurice Moreau's challenge to social work practice", *Journal of Progressive Human Services*, 3(1), págs. 1-20.
- CARR, W. y KEMMIS, S. (1986): *Becoming Critical: Education, Knowledge and Action Research*. Londres, The Falmer Press. (Trad. cast.: *Teoría crítica de la enseñanza. La investigación-acción en la formación del profesorado*. Barcelona, Martínez Roca, 1988.)
- CARRINGTON, K. (1993): *Offending Girls: Sex, Youth and Justice*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin.
- CHESLER, M. (1991): "Participation action research with self-help groups: an alternative paradigm for inquiry and action", *American Journal of Community Psychology*, 19, págs. 757-768.
- Cixous, H. (1981a): "The laugh of the Medusa", en E. MARKS e I. DE COURTIVRON (eds.), *New French Feminisms: An Anthology*. Sussex, The Harvester Press, págs. 245-264.
- (1981b): "Sorties", en E. MARKS y I. DE COURTIVRON (eds.), *New French Feminism: An Anthology*. Sussex. The Harvester Press, págs. 90-98.
- (1994a): "Three steps on the ladder of writing", en S. SELLERS (ed.), *The Hélène Cixous Reader*. Londres, Routledge. págs. 199-205.
- Cixous, H. (1994b): "(With) or the art of innocence" (trad. S. FLOOD), en S. SELLERS (ed.), *The Hélène Cixous Reader*. Londres, Routledge, págs. 93-105.
- CLARK, C. (1998): "Self-determination and paternalism in community care: practice and prospects", *British Journal of Social Work*, 28, págs. 387-402.

- CLOWARD, R. y FOX-PIVEN, F. (1975): "Notes towards a radical social work", en R. BAILEY y M. BRAKE (eds.), *Radical Social Work*. Nueva York, Pantheon Books, páginas VII-LVIII.
- CONLEY, V. A. (1992): *Hélène Cixous*. Nueva York, Harvester Wheatsheaf.
- CORRIGAN, P. y LEONARD, P. (1978): *Social Work Practice under Capitalism: A Marxist Approach*. Londres, Macmillan.
- CRINNALL, K. (1995): "The Search for a feminism that could accommodate homeless young women", *Youth Studies Australia*, 14 (3), págs. 42-47.
- DALRYMPLE, J. y BURKE, B. (1995): *Anti-oppressive Practice: Social Care and the Law*. Buckingham. England, Open University Press.
- DAVIES, B. (1991): "The concept of agency: a feminist poststructuralist analysis", *Social Analysis*, 30, págs. 42-53.
- (1994): *Poststructuralist Theory and Classroom Practice*. Geelong, Deakin University Press.
- DAVIES, L. (1990): "Limits of bureaucratic control: social workers in child weifare", en L. DAVIES y E. SCHRAGGE (eds.), *Bureaucracy and Community*. Montreal, Black Rose Books, págs. 81-102.
- DAY, L. (1992): "Women and oppresion: race, class and gender", en M. LANGAN y L. DAY (eds.), *Women, Oppression and Social Work*. Londres, Routledge, págs. 12-31.
- DEMARIA, W. (1993): "Exploring radical social work teaching in Australia", *Journal of Progressive Human Services*. 4 (2), págs. 45-63.
- DERRIDA, J. (1991): "Of grammatology", en P. KAMUF (ed.), *A Derrida Reader: Between the Blinds*. Nueva York, Harvester Wheatsheaf, págs. 34-58.
- DINGWALL, R., EEKALAAR, J. y MURRAY, T. (1983): *The Protection of Children*. Oxford, Basil Blackwell.
- DIXON, J. (1989): "The limits and potential of community development for personal and social change", *Community Health Studies*, 13 (1), págs. 82-92.
- (1993): "Feminist community work's ambivalence with politics", *Australian Social Work*, 46 (1), págs. 37-44.
- DOMINELLI, L. (1989): "An uncaring profession: an examination of racism in social work", *New Community*, 15, págs. 391-403.
- (1995): "Women in the community: feminist principlies and organising in community work", *Community Development Journal*, 30, págs. 133-143.
- y McLEOD, E. (1989): *Feminist Social Work*. Londres, Macmillan. (Trad. cast.: *Trabajo social feminista*. Madrid, Cátedra, 1999, 2.a ed.)
- ELLERMANN, A. (1998): "Can discourse analysis enable reflective social work practice?", *Social Work Education*, 17 (1), págs. 35-44.
- ELLSWORTH, E. (1992): "Why doesn't this feel empowering? Working through the repressive myths of critical pedagogy", en C. LUKE y J. GORE (eds.), *Feminisms and Critical Pedagogy*. Nueva York. Routledge, págs. 90-119.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1990): *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Cambridge. Polity Press. (Trad. cast.: *Los tres mundos del estado del bienestar*. Valencia. Institució Alfons el Magnánim. 1993.)
- (1996): "After the golden age? Welfare state dilemmas in a global economy". en G.

ESPING-ANDERSEN (ed.), *Welfare States in Transition: National Adaptations Global Economies*. Londres. Sage. págs. 1-31.

FABRICANT, M. (1988): "Empowering the homeless", *Social Policy*, 18 (4), págs. 49-55.

FAIRCLOUGH, N. (1989): *Language and Power*. Londres, Longman.

- (1992): *Discourse and Social Change*. Cambridge, Polity Press.

FALS-BORDA, O. (1987): "The application of participatory action-research in Latin America", *International Sociology*, 2, págs. 329-347.

- (1994): "Postmodernity and social responsibility: a view from the third world", *Collaborative Inquiry*, 13. págs. 2-4.

FAWCETT, B. (1998): "Disability and social work: applications from postmodernism, poststructuralism and feminism", *British Journal of Social Work*, 28, págs. 263-277.

FAY, B. (1975): *Social Theory and Political Practice*. Londres, George, Allen and Unwin.

- (1987): *Critical Social Science: Liberation and its Limits*. Ithaca, Cornell University Press.

FEATHERSTONE, B. y FAWCETT, B. (1994): "Feminism and child abuse: opening up some possibilities?", *Critical Social Policy*, 14 (3), págs. 61-80.

- (1995): "Oh no! Not more isms!", *Social Work Education*, 14 (3), págs. 25-43.

FINE, M. (1992): "Passions, power and politics", en M. FINE (ed.), *Disruptive Voices: The Possibilities of Feminist Research*. Ann Arbor, The University of Michigan Press, págs. 205-231.

- (1994): "Working the hyphens: reinventing self and other in qualitative research", en N. DENZIN e Y. LINCOLN (eds.), *Handbook of Qualitative Research*. Ann Arbor, The University of Michigan Press, págs. 175-203.

- y MACPHERSON, P. (1992): "Over dinner: feminism and adolescent female bodies", en M. FINE (ed.), *Disruptive Voices: The Possibilities of Feminist Research*. Ann Arbor, The University of Michigan Press, págs. 175-203.

FINN, J. (1994): "The promise of participatory research", *Journal of Progressive Human Services*, 5 (2), págs. 25-42.

FISHMAN, P. (1983): "Interaction: the work women do", en B. THORNE, C. KRAMARAE y N. HENLEY (eds.), *Language, Gender and Society*. Boston, Heinle and Heinle Publishers, págs. 89-101.

FRRZROY, L. (1997): "The too hard basket is full: working with abusive mothers", *Proceedings of the 25th National Conference of the Australian Association of Social Workers*. Gambera, ACT, Australia.

FOOK, J. (1993): *Radical Casework: A Theory of Practice*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin.

- (ed.) (1996): *The Reflective Researcher: Social Workers' Theories of Practice Research*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin. Prefacio.

FORSTER, M. (1993): "Hegel's dialectic method", en F. C. BEISER (ed.), *The Cambridge Companion to Hegel*. Cambridge, Cambridge University Press, págs. 130-170.

FOUCAULT, M. (1977): "History of systems of thought", en D. BOUCHARD (ed.), *Language, Counter-memory, Practice: Selected Essays and Interviews* (trads. D. BouCHARD y S. SIMON). Oxford, Basil Blackwell, págs. 199-204.

- (1978): "Interview with Lucette Finas", en M. MORRIS y P. PATTON (eds.), Michel Foucault: Power. Truth and Strategy. Sydney, Feral Publications, págs. 67-75.
- (1980a): "Body/power", en C. GORDON (ed.), Power/knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-1977. Nueva York, Pantheon Books, págs. 55-62. (Trad. cast.: "Poder-Cuerpo" en Michel FOUCAULT: Microfísica del poder. Madrid, La Piqueta, 1979, 2.3 ed., págs. 103-110.)
- (1980b): "Prison talk", en C. GORDON (ed.), Power/knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-1977. Nueva York, Pantheon Books, págs. 37-54. (Trad. cast.: "Entrevista sobre la prisión: el libro y su método" en Michel FOUCAULT: Microfísica del poder. Madrid, La Piqueta, 1979.2.a ed., págs. 87-101.)
- FOUCAULT, M. (1980c): "Power and strategies", en C. GORDON (ed.), Power/knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-1977. Nueva York, Pantheon Books, páginas 134-145. (Trad. cast.: "Poderes y estrategias" en Michel FOUCAULT: Microfísica del poder. Madrid, La Piqueta, 1979, 2.a ed., págs. 163-174.)
- (1980d): "Truth and power", en C. GORDON (ed.), Power/knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-1977. Nueva York, Pantheon Books, págs. 109-133. (Trad. cast.: "Verdad y poder" en Michel FOUCAULT: Microfísica del poder. Madrid, La Piqueta, 1979, 2.a ed., págs. 175-189.)
- (1980e): "Two lectures", en C. GORDON (ed.), Power/knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-1977. Nueva York, Pantheon Books, págs. 78-108. (Trad. cast.: "Curso del 7 de enero de 1976 y Curso del 14 de enero de 1976" en Michel FOUCAULT: Microfísica del poder. Madrid, La Piqueta, 1979, 2.a ed., páginas 125-152.)
- (1981 a): The History of Sexuality, Vol. 1 (trad. R. HURLEY). Londres, Pelican Books. (Trad. cast.: Historia de la sexualidad. Vol. 1. La voluntad de saber. Madrid, Siglo XXI, 1987, 5.a ed.)
- (1981 b): "The order of discourse", en R. YOUNG (ed.), Untying the Text: A poststructuralist Reader. Londres, Routledge and Kegan Paul, págs. 48-78. (Trad. cast.: El orden del discurso. Barcelona, Tusquets, 1987, 3.a ed.)
- (1982): "The subject and power". Critica/ Inquiry, 8, págs. 777-795. [Trad. cast.: "El sujeto y el poder", Saber, n.º 3 (mayo-junio de 1985), págs. 14-23.]
- (1988a): "Confinement, psychiatry, prison" (un diálogo con M. Foucault, J. P. Faye, M. O. Faye y M. Zecca), en L. KRITZMAN (ed.), Michel Foucault: Politics, philosophy, Culture. Nueva York, Routledge, págs. 178-210. (Trad. cast.: "Encierro, Psiquiatría, Prisión. Diálogo entre David Cooper, Marie-Odile Faye, Jean-Pierre Faye, Michel Foucault y Marine Zecca". En Michel FOUCAULT: Un diálogo sobre el poder. Madrid, Alianza, 1995, 5.a reimpr., págs. 87-127.)
- (1988b): "Critical theory/intellectual history", en L. KRITZMAN (ed.), Michel Foucault: politics, Philosophy, Culture. Nueva York, Routledge, págs. 17-46.
- (1991 a): Discipline and Punish: The Birth of the Prison (trad. A. SHERIDAN). Londres, Penguin. (Trad. cast.: Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. Madrid, Siglo XXI, 1986, 5.a ed.)

- (1991b): "On the genealogy of ethics: an overview of work in progress", en P. RABINOV (ed.), *The Foucault Reader: An Introduction to Foucault's Thought*. Londres, Penguin, págs. 340-372.
 - (1991c): "Polemics, politics and problematizations: an interview with Michel Foucault" (trad. L. DAVIS), en P. RABINOV (ed.), *The Foucault Reader: An Introduction to Foucault's thought*. Penguin, Londres, págs. 381-390. (Trad. cast.: "Polémica, política y problematizaciones". En Michel FOUCAULT: *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 1999, págs. 353-361.)
 - (1991d): "Politics and ethics: an interview" (trad. C. PORTER), en P. RABINOV (ed.), *The Foucault Reader: An Introduction to Foucault's Thought*. Londres. Penguin, páginas 373-380.
 - (1991 e): "Questions of method" en G. BURCHELL, C. GORDON y P. MILLER (eds.), *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*. Chicago, University of Chicago Press, páginas 73-85.
 - (1991f): "What is enlightenment?" (trad. C. PORTER), en P. RABINOV (ed.), *The Foucault Reader: An Introduction to Foucault's Thought*. Londres, Penguin, págs. 32-50. (Trad. cast.: "¿Qué es la Ilustración", en M. FOUCAULT: *Saber y verdad*. Madrid, La Piqueta, 1985, págs. 197-207.)
- FOUCAULT, M. (1992): *The Use of Pleasure: The History of Sexuality, Vol. 2*. Londres, Penguin. (Trad. cast.: *Historia de la sexualidad. Vol. 2. El uso de los placeres*. Madrid, Siglo XXI, 1987.)
- Fox PIVEN, E y CLOWARD, R. A. (1993): *Regulating the Poor: The Functions of Public Welfare (s/f)*. Nueva York, Vintage Books.
- FRANKLIN, D. (1986): "Mary Richmond and Jane Addams: from moral certainty to trational inquiry in social work practice", *Social Service Review*, 60 (4), págs. 504-525.
- FRASER, N. (1989): *Unruly Practices: Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*. Oxford, Polity Press.
- y NICHOLSON, L. (1990): "Social criticism without philosophy: an encounter between feminism and postmodernism", en L. NICHOLSON (ed.), *Feminism/postmodernism*. Nueva York, Routledge, págs. 19-38.
- FREIRE, P. (1972): *Pedagogy of the Oppressed*. Harmondsworth, Penguin. (Trad. cast.: *Pedagogía del oprimido*. Madrid, Siglo XXI, 2000, 14.3 ed.)
- y MOCH, M. (1990): "A critical understanding of social work", *Journal of Progressive Human Services*, 1 (1), págs. 3-9.
- FROST, S. (1977): "Mothers in action", en M. MAYO (ed.), *Women in the Community*. Londres, Routledge and Kegan Paul, págs. 121-141.
- GALPER, J. (1980): *Social Work Practice: A Radical Perspective*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.
- GATENS, M. (1986): "Feminism, philosophy and riddles without answers", en C. PATEMAN y E. GROSZ (eds.), *Feminist Challenges: Social and Political Theory*. Sydney, Londres, Boston, Allen and Unwin, págs. 13-29.
- (1990): *Women and Philosophy*. Anne Conlon Memorial Lecture. Publicado por el New South Wales Women's Advisory Council.

- (1991): *Feminism and Philosophy: Perspectives on Differences and Equality*. Cambridge, Polity Press.
- (1992): "Power, bodies and difference", en M. BARRETT y A. PHILLIPS (eds.), *Destabilizing Theory: Contemporary Feminist Debates*. Stanford, CA, Stanford University Press, págs. 120-137.
- (1996): *Imaginary Bodies: Ethics, Power and Corporeality*. Londres, Routledge.
- (1998): "Institutions, embodiment and sexual difference", en M. GATENS y A. MCKINNON, *Gender and Institutions: Work, Welfare and Citizenship*. Cambridge, Cambridge University Press, págs. 1-15.
- GAVENTA, J. (1993): "The powerful, the powerless and the experts: knowledge struggles in the information age", en P. PARK (ed.), *Voices of Change: Participatory Research in the United States and Canada*. Westport, CT, Bergin and Garvey, páginas 21-40.
- GIBSON-GRAHAM, J. K. (1995): "Beyond patriarchy and capitalism: reflections on political subjectivity", en B. CAINE y R. PRINGLE (eds.), *Transitions: New Australian Feminisms*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin, págs. 172-183.
- (1996): *The End of Capitalism (as We Knew It): A Feminist Critique of Political Economy*. Cambridge, Blackwell Publishers.
- GOODWIN, M. (1988): "Co-operation and competition across girls' play activities", en A. D. Todd y S. FISHER (eds.), *Gender and Discourse: The Power of Talk*. Norwood, NJ. Ablex, págs. 59-94.
- 3ORDON, L. (1988): *Heroes of Their Own Lives: The Politics and History of Family Violence, Boston 1880-1960*. Viking, Nueva York.
- GORMAN, J. (1993): "Postmodernism and the conduct of inquiry in social work", *Affilia*, 8 (3), págs. 247-264.
- GROCH, S. A. (1994): "Oppositional consciousness: its manifestations and development. The case of people with disabilities", *Sociological Inquiry*, 64, págs. 369-395.
- GROSS, E. (1995): "Deconstructing politically correct practice literature: the American Indian case", *Social Work*, 40, págs. 206-213.
- GROSZ, E. (1989): *Sexual Subversions: Three French Feminists*. St. Leonard's, NSW. Allen and Unwin.
- (1990): "Philosophy", en S. GUNEW (ed.), *Feminist Knowledge, Critique and Construct*. Londres, Routledge, págs. 147-174.
- (1994): *Volatile Bodies: Towards a Corporeal Feminism*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin.
- GUTIERRIEZ, L. (1995): "Understanding the empowerment process: does consciousness-raising make a difference?". *Social Work Research*, 19, págs. 229-237.
- HABERMAS, J. (1978): *Knowledge and Human Interests*. Londres, Heinemann Education. (Trad. cast.: *Conocimiento e interés*. Madrid, Taurus, 1992. 4.a ed.)
- (1983): "Interpretive social science vs. hermeneuticism" en N. HAAN, R. BELLAH, P. RABINOW y W. SULLIVAN (eds.), *Social Science as Moral Inquiry*. Nueva York. Columbia University Press, págs. 251-269.

- HALL, B. (1981): "Participatory research, popular knowledge and power: a personal reflection", *Convergence*, 14 (3), págs. 6-19.
- HANMER, J. (1977): "Community action, women's aid and the women's Liberation movement", en M. MAYO (ed.), *Women in the Community*. Londres, Routledge and Kegan Paul, págs. 91-108.
- HARDING, S. (1987): *The Science Question in Feminism*. Ithaca, Cornell University Press. (Trad. cast.: *Ciencia y feminismo*. Madrid, Morata, 1996.)
- HARTSOCK, N. (1990): "Foucault on power: a theory for women?", en L. NICHOLSON (ed.), *Feminism/postmodernism*. Londres, Routledge, págs. 157-175.
- HEALY, K. (1996): "Participative action research and the process of feminist inquiry", en C. ALDER y M. BAINES (eds.)... *And When She Was Bad? Working with Young Women in Juvenile Justice and Related Areas*. Hobart, Australia, National Clearinghouse for Youth Studies, págs. 89-96.
- (1998): "Participation and child protection: the importance of context", *British Journal of Social Work*, 28, págs. 897-914.
- (1999): "Power and activist social work", en B. PEASE y J. FOOK (eds.), *Transforming Social Work Practice: Postmodern Critical Perspectives*. St. Leonard's, Allen and Unwin, págs. 115-134.
- y MULHOLLAND, J. (1998): "Discourse analysis and activist social work: investigating practice processes", *Journal of Sociology and Social Welfare*, 25 (83), págs. 3-27.
- y PEILE, C. (1995): "From silence to activism: approaches to research and practice with young mothers". *Affilia*, 10, págs. 280-289.
- y WALSH, K. (1997): "Making participatory processes visible: practice issues in the development of a peer support and advocacy network", *Australian Social Work*, 50 (3), págs. 45-52.
- y YOUNG MOTHERS FOR YOUNG WOMEN (1996): "Valuing young families: child protection and family support strategies with young mothers", *Children Australia*, 21 (2), páginas 23-30.
- HEGEL, G. W. E (1910): *The Phenomenology of Mind* (trad. J. B. BAILLE). Londres, Swan Sonnenschein.
- (1977): *Phenomenology of Spirit* (trad. A. V. MILLER). Oxford, Clarendon Press. (Trad. cast.: *Fenomenología del espíritu*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1981, 6.a ed.)
- HEWITT, M. (1993): "Social movements and social need: problems with postmodern political theory", *Critical Social Policy*, 37, págs. 52-74.
- HILL-COLLINS, P. (1990): *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Londres, Harper Collins.
- HOLMES, J. (1995): *Women, Men and Politeness*. Londres, Longman.
- HOOKS, B. (1990): *Yearning: Race, Gender and Cultural Politics*. Boston, MA, South End Press.
- (1994): *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom*. Nueva York, Routledge.

- HOWE, D. (1994): 'Modernity, postmodernity and social work', *British Journal of Social Work*, 24, págs. 513-532.
- HUDSON, A. (1989): "Changing perspectives: feminism, gender and social work" en M. LANGAN y P. LEE (eds.), *Radical Social Work Today*. Unwin Hyman, Londres, páginas 70-96.
- HUTCHINSON-REIS, M. (1989): "'And for those of us who are black?' Black politics in social work", en M. LANGAN y P. LEE (eds.), *Radical Social Work Today*. Londres, Unwin Hyman, págs. 165-177.
- IFE, J. (1997): *Rethinking Social Work: Towards Critical Practice*. Melbourne, Longman.
- KELLNER, D. (1989): *Critical Theory Modernity and Marxism*. Cambridge, Polity Press.
- (1993): "Critical theory today: revisiting the classics", *Theory, Culture and Society*, 10, págs. 43-60.
- KELLY, A. (1995): "A mud map for landcarers: the technique of participatory research", en S. CHAMALA y K. KEITH (eds.), *Participative Approaches for Landcare: Perspectives, Policies, Programs*. Brisbane, Australian Academic Press, págs. 93-106.
- KENNY, S. (1994): *Developing Communities for the Future: Community Development in Australia*. South Melbourne, Thomas Nelson Australia.
- KENWAY, J. (1992): "Feminist theories of the state: to be or not to be?", en M. MUETZELFELDT (ed.), *Society, State and Politics in Australia*. NSW, Leichhardt, págs. 108-144.
- KILLÉN, K. (1996): "How far have we come in dealing with the emotional challenge of abuse and neglect?", *Child Abuse and Neglect*, 20, págs. 791-795.
- KINGFISHER, C. P. (1996): "Women on welfare: conversational sites of acquiescence and dissent", *Discourse and Society*, 7, págs. 531-557.
- KRAVETZ, D. (1976): "Sexism in a woman's profession", *Social Work*, 21, 6, págs. 421-427.
- KRISTEVA, J. (1981): "Women's time" (trad. A. JARDINE y H. BLAKE), *Signs*, 7, págs. 13-35.
- LAIRD, J. (1995): "Family centred practice in the postmodern era", *Family in Society*, 76 (3), págs. 150-162.
- LANE, M. (1990): "Community work, social change and women", en J. PETRUCHENIA y R. THORPE (eds.), *Social Change and Social Welfare Practice*. Sydney, Hale and Iremonger, págs. 166-180.
- LANGAN, M. (1998): "Radical social work", en R. ADAMS, L. DOMINELLI y M. PAYNE (eds.), *Social Work: Themes, Issues and Critical Debates*. Londres, Macmillan, páginas 207-217.
- y LEE, P. (1989): "Whatever happened to radical social work?", en M. LANGAN y P. LEE (eds.), *Radical Social Work Today*. Londres, Unwin Hyman.
- LARBALESTIER, J. (1998): "Feminism, difference and social work: positions. Practices and possibilities", en E. FERNANDEZ, K. HEYCOX, L. HUGHES y M. WILKINSON (eds.), *Women Participating in Global Change. Proceedings of the International Association of Schools of Social Work (IASSW), Women's Symposium (Hong Kong) Publications Committee*.

- LAURSEN, K. (1975): "Professionalism", en H. THROSSEL (ed.), *Social Work: Radical Essays*. Brisbane, University of Queensland Press, págs. 47-71.
- LECHTE, J. (1994): *Fifty Key Contemporary Thinkers: From Structuralism to Postmodernity*. Londres, Routledge. (Trad. cast.: *Cincuenta pensadores contemporáneos esenciales*. Madrid, Cátedra, 1996.)
- LEONARD, P. (1975): "Towards a paradigm for radical practice", en R. BAILEY y M. BRAKE (eds.), *Radical Social Work*. Nueva York, Pantheon Books, págs. 46-61.
- (1984): *Personality and Ideology: Towards a Material Understanding of the Individual*. Londres, Macmillan.
- (1990): "Contesting the welfare state in a neo-conservative era: dilemmas for the left", *Journal of Progressive Human Services*, 1 (1), págs. 11-25.
- (1994): "Knowledge/power and postmodernism: implications for the practice of a critical social work education", *Canadian Social Work Review*, 11 (1), páginas 11-26. — (1995): "Postmodernism, socialism and social welfare", *Journal of Progressive Human Services*, 6 (2), págs. 3-19.
- (1996): "Three discourses on practice: a postmodern re-appraisal", *Journal of Sociology and Social Welfare*, 23 (2), págs. 7-26.
- (1997): *Postmodern Welfare: Reconstructing an Emancipatory Project*. Londres, Sage.
- LLOYD, G. (1986): "Selfhood, war and masculinity", en C. PATEMAN y E. GROSS (eds.), *Feminist Challenges: Social and Political Theory*. Sydney, Londres, Boston, Allen and Unwin. Págs. 63-76.
- (1989): "Women as other: sex, gender and subjectivity", *Australian Feminist Studies*, 10, págs. 12-33.
- LOWE, R. (1990): "Reimagining family therapy: choosing the metaphors we live by", *Australian New Zealand Journal of Family Therapy*, 11 (1), págs. 1-9.
- LUGONES, M. y SPELMAN, E. (1990): "Have we got a theory for you! Feminist theory, cultural imperialism and the demand for 'the woman's voice'", en A. Y. AL-HIBRI y M. SIMONS (eds.), *Hypatia Reborn: Essays in Feminist Philosophy*. Bloomington, Indiana University Press, págs. 18-33.
- LUKES, S. (1974): *Power: A Radical View*. Londres. Macmillan. (Trad. cast.: *El poder: un enfoque radical*. Madrid, Siglo XXI, 1985.)
- (1977): "Power and structure", en S. LUKES (ed.), *Essays in Social Theory*. Londres, Macmillan, págs. 3-29.
- LUNDBLAD, K. S. (1995): "Jane Addams and social reform: a role model for the 1990s", *Social Work*, 40 (5), págs. 661-669.
- LYKES, M. B. (1988): "Dialogue with Guatemalan Indian women: critical perspectives on constructing collaborative research", en R. UNGER (ed.), *Representations: Social Constructions of Gender*. Amityville, Baywood Publishing Company, págs. 167-185.
- LYNCH, C. (1993): "Politics versus psychology: ends, means and moral complexity", *AIDS and Public Policy Journal*, 8 (3), págs. 109-114.
- LYOTARD, J. E. (1984): *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Manchester, Manchester University Press. (Trad. cast.: *La condición postmoderna*. Madrid, Cátedra, 1989, 4. 3 ed.)

- MCDERMOTT, (1996): "Social work research: debating the boundaries", *Australian Social Work*, 49 (1), págs. 5-10.
- MACDONALD, L. (1996): "Dismantling the movement: feminism, postmodernism and politics", *Refractory Girl*, 50. págs. 48-51.
- McHoul., A. y GRACE, W. (1991): *A Foucault Primer: Discourse, Power and the Subject*. Melbourne, Melbourne University Press.
- McNAY, M. (1992): "Social work and power relations: towards a framework for an integrated practice", en M. LANGAN y L. DAY (eds.), *Women, Oppression and Social Work: Issues in Anti-Discriminatory Practice*. Londres, Routledge, páginas 48-66.
- MCNAY, L. (1994): *Foucault: A Critical Introduction*. Cambridge, Polity.
- MCROBBIE, A. (1991): *Feminism and Youth Culture: From Jackie to Just Seventeen*. Hampshire, Macmillan Education.
- MAGUIRE, P. (1987): *Doing Participatory Research: A Feminist Approach*. Amherst, University of Massachusetts Press.
- MARCHANT, H. (1986): "Gender systems thinking and radical social work", en H. MARCHANT y B. WEARING (eds.), *Gender Reclaimed: Women in Social Work*. Sydney, Hale and Iremonger, págs. 14-32.
- MARCUSE, H. (1955): *Reason and Revolution: Hegel and the Rise of Social Theory* (2.a ed.). Londres. Routledge and Kegan Paul. (Trad. cast.: *Razón y revolución: Hegel y el surgimiento de la teoría social*. Barcelona, Altaya, 1998 y Madrid. Alianza, 1993.)
- MARX, K. (1972a): "Alienation and social classes" (trad. R. C. TUCKER), en R. C. TUCKER (ed.), *The Marx-Engels Reader*. Nueva York, W. W. Norton, págs. 104-106.
- (1972b): "Capital: Selections" (trad. S. MOORE y E. AVELING), en R. C. TUCKER (ed.), *The Marx-Engels Reader*. Nueva York, W. W. Norton, págs. 191-318.
- (1972c): "The German ideology", Parte 1 (trad. S. RYAZANSKAYA), en R. C. TUCKER (ed.), *The Marx-Engels Reader*. Nueva York, W. W. Norton, págs. 110-164. (Trad. cast.: *La ideología alemana*. Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València, 1994, 4.a ed.)
- (1972d): "On the realm of necessity and the realm of freedom" (trads. S. MOORE y E. AVELING), en R. C. TUCKER (ed.), *The Marx-Engels Reader*. Nueva York, W. W. Norton, págs. 319-320.
- (1972e): "Thesis on Feuerbach", en R. C. TUCKER (ed.), *The Marx-Engels Reader*. Nueva York, W. W. Norton, págs. 107-109. (Trad. cast.: *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Barcelona, Grijalbo, 1974.)
- y ENGELS, F (1972): "Manifiesto of the Communist party", en R. C. TUCKER (ed.), *The Marx-Engels Reader*. Nueva York, W. W. Norton, págs. 331-362. (Trad. cast.: *El manifiesto comunista*. Madrid, Alhambra Longman, 1992, 4.a ed. También: Barcelona, Crítica, 1998.)
- MATHRANI, V. (1993): "Participatory research: a potential for in-depth understanding", *Indian Journal of Social Work*, 54 (3), págs. 345-353.
- MIDDLEMAN. R. y GOLDBERG, G. (1974): *Social Service Delivery: A Structural Approach to Social Work Practica*. Nueva York, Columbia University Press.

- MIES, M. (1983): "Towards a methodology for feminist research", en G. BOWLES y R. DUELLI-KLEIN (eds.), *Theories of Women's Studies*. Boston, Routledge and Kegan Paul, págs. 117-139.
- MITTLER, P. (1995): "Rethinking partnerships between parents and professionals". *Children and Society*, 9 (3), págs. 22-40.
- MOORE, R. (1992): "Unemployment. The recession and pregnancy decisions". *Healthsharing Women*, 2 (5), págs. 5-8.
- MOREAU, M. (1979): "A structural approach to social work practice", *Canadian Journal of Social Work Education*. 5 (1), págs. 78-94.
- (1990): "Empowerment through advocacy and consciousness-raising: implications of a structural approach to social work", *Journal of Sociology and Social Work*, 17 (2), págs. 53-67.
- MORGEN, S. y BOOKMAN, A. (1988): "Rethinking women and politics: an introductory essay", en A. BOOKMAN y S. MORGEN (eds.), *Women and the Politics of Empowerment*. Philadelphia, Temple University Press, págs. 3-29.
- MOWBRAY, M. (1992): "The medicinal qualities of localism: a historical perspective", en R. THORPE y J. PETRUCHENIA (eds.), *Community Work or Social Change?: An Australian Perspective*, (nueva ed.). Sydney, Hale and Iremonger. págs. 50-66.
- MULLALY, R. (1993): *Structural Social Work: Ideology, Theory and Practice*. Toronto, McClelland and Stewart.
- y KEATING, E. (1991): "Similarities, differences and dialectics of radical social work", *Journal of Progressive Human Services*, 2 (2), págs. 49-78.
- NES, J. e IADICOLA, P. (1989): "Towards a definition of feminist social work: a comparison of liberal, radical and socialist models", *Social Work*, 34, págs. 12-21.
- OPIE, A. (1988): "Qualitative methodology, process and textual analysis". Trabajo presentado en la Inaugural Social Research Conference, University of Queensland, Brisbane, Australia.
- (1995): *Beyond Good Intentions: Support Work with Older People*. Wellington (Nueva Zelanda), Institute of Policy Studies, Victoria University of Wellington.
- PARDECK, J., MURPHY, J. y CHOI, J. Min- (1994): "Some implications of postmodernismo for social work practice", *Social Work*, 39, págs. 343-345.
- PARKER, N. (1961): "Professional social work and Community", *Australian Journal of Social Work*, 8 (2), págs. 5-7.
- PARTON, N. (1994a): "'Problematics of government', (post)modernity and social work", *British Journal of Social Work*, 24, págs. 9-32.
- (1994b): "The nature of social work under conditions of (post)modernity", *Social Work and Social Sciences Review*, 5 (2), págs. 93-112.
- y MARSHALL, W. (1998): "Post-modernism and discourse approaches to social work", en R. ADAMS, L. DOMINELLI y M. PAYNE (eds.), *Social Work: Themes, issues and Critical Debates*. Londres, Macmillan, págs. 240-250.
- PEILE, C. (1988): "Research paradigms in social work: from stalemate to creative synthesis", *Social Service Review*. 62, págs. 1-19.

- (1991): "Towards a creative paradigm for social work: the creative synthesis of positivist, interpretivist, critical and ecological paradigms". Conferencia doctoral inédita, University of Queensland, Australia.
- y McCouat, M. (1997): "The rise of relativism: the future of theory and knowledge development in social work", *British Journal of Social Work*, 27, págs. 343-360.
- PETRUCHENIA, J. (1990): "Antiracist welfare practica with immigrants", en J. PETRUCHENIA y R. THORPE (eds.), *Social Change and Social Welfare Practice*. Sydney, Hale and Iremonger, págs. 48-60.
- (1992): "Multiculturalism in Australia: a new direction or consensus ideology?", en R. THORPE y J. PETRUCHENIA (eds.), *Community Work or Social Change?: An Australian Perspectiva*, (nueva ed.). Sydney, Hale and Iremonger. págs. 37-49.
- PHILLIPS, A. (1991): *Engendering Democracy*. Cambridge, Polity Press.
- POZATEK, E. (1994): "The problem of certainty: clinical social work in the postmodern era", *Social Work*. 39. págs. 396-403.
- PRATT, G. (1993): "Reflections on poststructuralism and feminist empirics, theory and practice". *Antipode*, 25, págs. 51-63.
- PRINGLE, R. (1995): "Destabilising patriarchy" en B. CAINE y R. PRINGLE, *Transitions: New Australian Feminism*. St. Leonard's, NSW, Afilen and Unwin, págs. 198-211.
- PRITCHARD, C. y TAYLOR, R. (1978): *Social Work: Reform or Revolution*. Londres, Routledge and Kegan Paul.
- RAHNEMA, M. (1990): "Participatory action research: 'The last temptation of saint' development", *Alternatives*, 15, págs. 199-226.
- REASON, P. (1994): "Three approaches to participative inquiry", en N. DENZIN e Y. LINCOLN (eds.), *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, CA, Sage, páginas 324-339.
- REES, S. (1991): *Achieving Power: Practice and Policy in Social Welfare*. Sydney, Allen and Unwin.
- REINHARZ, S. (1993): "Neglected voices and excessive demands in feminist research", *Qualitative Sociology*, 16, págs. 69-76.
- RESNICK, S. y WOLFF, R. (1987): *Knowledge and Class: A Marxian Critique of Political Economy*. Chicago, Chicago University Press.
- REYNOLDS, B. (1963): *An Uncharted Journey: Fifty Years of Growth in Social Work*. Nueva York, Citadel.
- ROJEK, C., PEACOCK, C. y COLLINS, S. (1988): *Social Work and Received Ideas*. Londres. Routledge.
- ROUTLEDGE, R. (1993): "Grass tip consumer policy input", *Community Development Journal*, 28, págs. 101-107.
- RYBURN, M. (1991a): "The myth of assessment". *Adoption and Fostering*, 15 (1). páginas 20-27.
- (1991b): "The Children Act: power and empowerment", *Adoption and Fostering*, 15 (3), págs. 10-15.
- SACKS, H., SCHEGLOFF, E. A. y JEFFERSON, G. (1978): "A simplest semantics for the organization of turn-taking in conversation", en J. SCHENKEIN (ed.), *Studies in the Organization of Conversational Interaction*. Nueva York, Academic Press, págs. 7-55.

- SANOS, R. (1988): "A sociolinguistic analysis of a mental health interview", *Social Work*, 33, págs. 149-154.
- y Nuccio, K. (1992): "Postmodern feminist theory and social work", *Social Work*, 37, págs. 489-494.
- SARRI, R. y SARRI, C. (1992): "Organisation and community change through participatory action research", *Administration in Social Work*, 16 (3-4), págs. 99-122.
- SAWICKI, J. (1991): *Disciplining Foucault: Feminism, Power and the Body*. Nueva York, Routledge.
- SCHIELE, J. (1994): "Afrocentricity as an alternative world view for equality". *Journal of Progressive Human Services*, 5 (1), págs. 5-25.
- SCHRIJVERS, J. (1991): "Dialectics of a dialogical ideal: studying clown, studying sideways and studying up", en L. NENCEL y P. PELS (eds.), *Constructing Knowledge: Authority and Critique in Social Science*. Londres, Sage, págs. 162-179.
- Scou, J. (1992): "Experience", en J. BUTLER y J. Scorr (eds.), *Feminists Theorise the Political*. Nueva York, Routledge, págs. 22-40.
- SCOTT, J. W. (1994): "Deconstructing equality-versus-difference: or, the uses of poststructuralist theory for feminism", en S. SIEDMAN (ed.), *The Postmodern Turn: New Perspectives on Social Theory*. Cambridge, Cambridge University Press, págs. 282-298.
- SHAH, N. (1989): "It's up to you sisters: black women and radical social work", en M. LANGAN y P. LEE (eds.), *Radical Social Work Today*. Londres, Unwin Hyman, páginas 178-191.
- SHEMMINGS, D. y SHEMMINGS, Y. (1995): "Defining participative practice in Elath and welfare", en R. JACK (ed.), *Empowerment in Community Care*. Chapman and Hall, Londres, págs. 43-58.
- SIMON, B. L. (1990): "Rethinking empowerment", *Journal of Progressive Human Services*, 1 (1), págs. 27-38.
- SMITH, C. y WHITE, S. (1997): "Parton, Howe and postmodernity: a critical comment on mistaken identity", *British Journal of Social Work*, 27 (2), págs. 275-295.
- SOLAS, J. (1993): "(De)constructing social work education". Conferencia doctoral inédita. University of Queensland, Australia.
- (1996): "The limits of empowerment in human service work", *Australian Journal of Social Issues*, 31, págs. 147-156.
- SPICKER, P. (1990): "Social work and self-determination", *British Journal of Social Work*, 20, págs. 221-236.
- STEVENSON, O. (1996): "Emotional abuse and neglect: a time for reappraisal". *Child and Family Social Work*, 1, págs. 13-18.
- STOECKER, R. y BONACICH, E. (1992): "Why participatory research?" Introducción de los editores. *American Sociologist*, 23. págs. 5-14.
- SWIGONSKI, M. (1993): "Feminist standpoint theory and the question of social work research", *Affilia*, 8, págs. 172-183.
- TANDON, R. (1981): "Participatory research in the empowerment of people", *Convergence*, 14 (3), págs. 20-27.

- TANNEN, D. (1991): *You Just Don't Understand: Men and Women in Conversation*. Londres, Virago. (Trad. cast.: *Tú no me entiendes*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1992.)
- TAPPER, M. (1993): "Ressentiment and power: some reflections on feminist practices", en P. PATTON (ed.), *Nietzsche, Feminism and Political Theory*. St. Leonard's. NSW, Allen and Unwin.
- TAYLOR, S. (1986): "Teenage girls and the recession in Australia: some cultural and educational implications", *British Journal of Sociology of Education*. 7, págs. 379-395.
- TAYLOR-GOOBY, P. (1993): "Postmodernism and social policy: a great leap backwards", *Social Policy Research Centre, Discussion Paper*. no. 45. Sydney, University of New South Wales.
- (1994): "Postmodernism and social policy: a great leap backwards?", *Journal of Social Policy*, 23 (3), págs. 385-404.
- THOBURN, J., LEWIS, A. y SHEMMINGS, D. (1995): *Paternalism or Partnership? Family Involvement in the Child Protection Process*. Londres. HMSO.
- THORPE, R. (1992): "Community work and ideology: an Australian perspective", en R. THORPE y J. PETRUCHENIA (eds.), *Community Work or Social Change: An Australian Perspective* (nueva ed.). Sydney, Hale and Iremonger, págs. 20-36.
- THROSSELL, H. (1975): "Social work overview", en H. THROSSELL (ed.), *Social Work: Radical Essays*. Queensland: University of Queensland Press, págs. 3-25.
- TUCKER, R. C. (1972): "Introduction: The writing of Marx and Engels", en R. C. TUCKER (ed.), *The Marx-Engels Reader*. Nueva York, W. W. Norton, págs. XV-XXXIV.
- VAN DEN BERGH, N. y COOPER, L. (1986): *Feminist Visions of Social Work*. Silver Springs, USA, National Association of Social Workers.
- VAN KRIEKEN, R. (1992): *Children and the State: Social Control and the Formation of Australian Child Welfare*. Sydney, Allen and Unwin.
- WALBY, S. (1992): "Post-post-modernism? Theorising social complexity", en M. BARRETT y A. PHILLIPS (eds.), *Destabilising Theory: Contemporary Feminist Debates*. Cambridge, Polity Press, págs. 31-52.
- WARD, D. y MULLENDER, A. (1991): "Empowerment and oppression: an indissoluble pairing for contemporary social work", *Critical Social Policy*, 11 (2), págs. 21-30.
- WARTENBERG, T. E. (1993): "Hegel's idealism: the logic of conceptuality", en E. C. BEISER (ed.), *The Cambridge Companion to Hegel*. Cambridge, Cambridge University Press, págs. 102-129.
- WEARING, B. (1986): "Feminist theory and social work", en H. MARCHANT y B. WEARING (eds.), *Gender Reclaimed: Women in Social Work*. Sydney, Hale and Iremonger, páginas 33-53.
- (1996): *Gender: The Pain and Pleasure of Difference*. Melbourne, Longman.
- WEATHERLEY, R. (1987): "Teenage pregnancy, professional agendas and problema definitions", *Journal of Sociology and Social Welfare*, 14 (2), págs. 5-35.
- WEEDON, C. (1987): *Feminist Practice and Poststructuralist Theory*. Oxford, Basil Blackwell.
- WEST, C. (1984): *Routine Complications: Troubles with Talk between Doctors and Patients*. Bloomington, Indiana Press.

- (1995): "Women's competence in conversation", *Discourse and Society*, 3, páginas 107-131.
- WHITE, M. (1992): "Deconstruction and therapy", en D. EPSON y M. WHITE (eds.), *Experience, Contradictions, Narratives and Imagination*. Adelaide, Dulich Centre Publications, págs. 109-151.
- y EPSTON, D. (1990): *Narrative Means to Therapeutic Ends*. Nueva York, W. W. Norton. (Trad. cast.: *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona, Paidós, 1993.)
- WHITE, S. (1997): "Not always suffered, but sometimes enjoyed: power contra-Porter", *Sociology*, 31 (2), págs. 347-351.
- WILLIAMS, E (1994): "Social relations, welfare and the post-Fordist debate", en R. BURROW y B. LOADER (eds.), *Towards a Post-Fordist Welfare State?* Londres, Routledge, págs. 49-73.
- WILSON, E. (1977): "Women in the community", en M. MAYO (ed.), *Women in the Community*. Londres, Routledge and Kegan Paul. págs. 1-11.
- WILSON, J. (1989): "Decision making by adolescents about pregnancy", *Youth Studies and Abstracts*, 8 (2), págs. 19-24.
- WILSON, K., WICKER, L. y PRICE, J. (1994): "Social rules for interpersonally effective behaviour in conflict situations". Trabajo presentado en la Fifth International Conference on Language and Social Psychology. University of Queensland, Australia.
- WISE, S. (1990): "Becoming a feminist social worker", en L. STANLEY (ed.), *Feminist Praxis: Research, Theory and Epistemology in Feminist Sociology*. Londres. Routledge, págs. 236-249.
- WOOD, G. G. y MIDDLEMAN, R. R. (1991): "Advocacy and social action: key elements in the structural approach to direct practice in social work", *Social Work in Groups*, 14 (3-4), págs. 53-63.
- YEATMAN, A. (1993): "Voice and the representation of difference", en A. YEATMAN y S. GUNEW (eds.), *Feminism and the Politics of Differences*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin.
- (1994): *Postmodern Revisionings of the Political*. Nueva York, Routledge.
- (1995): "Interlocking oppressions", en B. CAINE y R. PRINGLE (eds.), *Transitions: New Australian Feminisms*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin, págs. 42-56.
- (1997): "Feminism and power", en M. L. SHANLEY y U. NARAYAN (eds.), *Reconstructing Political Theory: Feminist Perspectives*. Oxford, Polity Press.
- (1998): "Introduction", en A. YEATMAN (ed.), *Activism and the Policy Process*. St. Leonard's, NSW, Allen and Unwin, págs. 1-15.
- YOUNG, I. M. (1990): *Justice and the Politics of Difference*. New Jersey, Princeton University Press. (Trad. cast.: *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid, Cátedra, 2000.)

ÍNDICE DE NOMBRES Y DE MATERIAS

- Acción colectiva, 75, 124.
Actitudes diferenciales, 115.
Activismo. Como característica humana. 26, 33, 43.
-- forma de vida, 52.
— (Véase también: trabajo social crítico). "Activistas heroicos", 172-175.
Actuación (dirigida a un fin). Concepto de, 174.
ADDAMS, J., 24.
Afirmaciones de verdad. 57-61. 75, 84-85, 124, 132, 136, 179-180.
--- científica, 164.
Alienación, 28-29.
Análisis del discurso, 79, 91-92. 119, 121, 158, 174.
— feminista, 25, 32, 40-41, 51, 57, 60, 65-76. 87- 89, 118, 150, 164, 171, 174.
— y práctica radicales, 14-15. 19, 25. 40, 55. 159-160.
ANG, I. 177.
Apariencia corporal de las mujeres, 149-150.
Apoyo de los compañeros y compañeras, 104, 136.
Artificio cultural. 69.
Australia, 67, 84, 170.
Autoconsciencia racional, 34-35.
Autoritarismo, 55, 59, 71, 76, 88-89. 103, 108, 120. 184.
Auto reflexividad, 48, 86. 88, 125, 156. 165-166, 169.
Autorrevelación, 152-153.
BARRETT, M. 178. 181.
BARTKY, S. L.. 63, 149-150.
BAUMAN, Z., 12.
BENNETT, T. 79.
Bienestar infantil. 54, 99-102.
BORDO, S., 62, 80.
BRICKER-JENKINS, M. 47.
BURKE, B. y HARRISON, P., 88.
BUTLER, J., 17, 73.
Cambio estructural (frente al cambio local), 159-160.
— social evolutivo, 166.
--- y revolucionario, 39, 166.
-- revolucionario, 39.
CAMPBELL, L., 101.
Carácter igualitario, 105, 109, 114, 147, 162.
CARNIOL, B., 50.
Categoría de clase de los trabajadores sociales, 96.
Categorización social, 43. 178.
Ciencia social crítica, 26. 31-35. 41, 43. 47. 50, 87, 123, 150, 155-167. 176-180, 187.
--- Categoría de, 184.

Ciudadanía, 60.
Cixous, H., 18, 21. 65-71. 79, 87. 95, 162. 166, 180.
Clase trabajadora. (Véase, Proletariado.)
CLOWARD, R. y Fox PIVEN. F., 36.
Comunidad. Sentido de, 117, 142, 148, 170, 173.
Comunismo, 29.
Concienciación, 34-35, 46-50, 59, 72, 84. 89. 124-135, 139, 150, 166.
— Discusión de, 175-176.
Confesión. Función de la. 153.
Conflicto de clases, 29-34. 40-42.
CONLEY, V. A., 70.
Conocimiento básico del trabajo social, 82. 164-165.
(Véase también: Saber técnico).
Consciencia opositora e identificación, 48, 139, 142, 176.
--- (Véase también: poder, visión conflictiva del).
Construccionismo social, 132, 157, 160.
Contexto del trabajo social, 83-84. --- (Véase también: contextos locales).
Contextos locales de práctica, 71-80, 90-91, 124-
127, 155-161, 168-170, 178-181, 184. --- Necesidad de investigar sobre los, 186-
187.
Control social, 35, 63, 81, 95-102, 122, 163.
Conversación. Estilos de, 108-111.
Coparticipación, 54, 99-100.
Culpa, 36, 136, 167.
Cultura popular, 127-128.
DAVIES, B. 64, 173, 176.
Deconstrucción, 59-61.
Defensa jurídico-política, 104, 136.
DEMARIA, W, 172.
DERRIDA. J., 59-60. 185.
Desigualdad entre los trabajadores sociales y clientes, 36-37, 44, 96-102, 113.
Detalle. Política del, 71-72.
Dialéctica. Concepto de, 27, 45, 68.
Diálogo y debate públicos, 138, 151-152.
Diferencia. Intolerancia de la, 126.
— Respeto y celebración de la, 68, 75, 78-79, 88-89, 132, 161, 163. 175, 180.
— Sentido de la, 141.
— Supresión de la, 58.
Diferencias corporales, 69, 118, 121-123, 174. "Directrices mitigadas". 120.
Discurso. Definición de, 57.
— En el trabajo social activista, 83-84.
— Función del, 64-65, 168.
— Reglas del, 58-59.
DIXON, J., 41, 85-86.

Doctrinas y prácticas emancipadoras, 13-21, 27, 35. 41, 48, 55 59, 71, 76, 80-81, 89, 143, 166- 167, 185.

Dominación en grupos oprimidos, 135. 171.

— Poder como, 143-149, 161.

— Procesos de, 31-32.

— Trabajo social como vehículo de, 35, 63, 81, 95-96.

— (Véase también: opresión).

DOMINELLI, L., 45.

DOMINELLI, L. y MCLEOD, E., 37, 43.

Dualismos. 60, 68-69, 74, 87-89, 98, 145, 159, 161, 168, 173-174, 179.

Écriture feminine, 69-70.

ELLERMANN, A., 80.

Énfasis individualista en el trabajo social, 36, 159.

Enfoques conflictivos, 142-151, 161.

ENGELS, F., 29.

Epistemología del punto de vista, 45, 50.

EPSTON, D., véase: WHITE, M.

Escuela de Frankfurt, 31.

Esencia del trabajo social, 69. 70, 73, 76.

Esencialismo, 42, 169.

ESPING-ANDERSEN, 159. 183.

Estado de bienestar, 12-14, 159.

Estereotipos, 144-145.

Estrategia prefigurativa, 43.

Estrategias de acción-reflexión, 110-111.

Estructura social. Concesión de prioridad a la, 39-40.

-- Explicaciones de la, 32-33.

Evaluaciones efectuadas por los trabajadores sociales, 99.

Experiencia vivida, 45-48, 106-108, 114-117, 120, 140, 167-170.

Exterioridad. Principio de. 59.

Falo centrismo, 66, 69, 118-119, 172-173.

FAWCETT, B., 54.

FAY, B., 28, 31, 35. 167.

FEATHERSTONE, B. y FAWCETT, B., 55, 171.

Feminismo radical post estructural, 65- 71, 75-76, 164, 174.

Filosofía de la Ilustración, 26, 31.

---- Críticas de la, 17.

FINE. M., 88.

FOOK, J., 38, 93.

Formación de la identidad, 176.

Fox PIVEN, F. Véase: CLOWARD. R.

FOUCAULT, M.: 17-21, 55-76, 95. 98, 105, 115, 117, 122-123, 124-125, 131, 153-172, 178-188. FRASER, N., 26.

FREIRE, P., 32, 52, 109.
GALPER, J., 52.
GATENS, M., 18, 60, 65-70, 88. 118, 163, 173, 177, 185.
Género. Construcción social del, 132.
Gerencialismo, 12.
GIBSON-GRAHAM, J. K., 53.
Globalización, 78.
GOLDBERG, G., véase: MIDDLEMAN, R.
GORDON, L., 101.
Grandes estructuras narrativas de la modernidad, 17, 71, 75-76, 85, 90. 94, 185.
GROCH, S. A., 48.
GROSS, E., 168.
GROSZ, E., 18, 65-69, 185.
HABERMAS, J., 30-31.
Habla masculina y femenina, 119-122. 174.
HARRISON, P., véase: BURKE, B.
HARTSOCK, N., 45, 46, 78-79.
HEGEL, G. F W., 27-28, 45, 59, 68.
HOOKS, B., 188.
HOWE, D., 180.
HUDSON, A., 51.
HUTCHINSON-REIS, M., 40.
Ideas conservadoras, 128-131, 166.
Ideales de la maternidad, 127, 129-131, 134, 166.
— utópicos, 89, 163, 175.
Identidad. Carácter polifacético de la, 74.
— colectiva, 48, 65, 73, 139, 142, 152-153, 176177.
— cultural, 83.
— estructurada jerárquicamente. 87.
— Fragmentación de la, 78.
— Idea humanista de la. 64.
— profesional, 96-97, 116.
— social. 42.
— (Véase también: Consciencia opositora: subjetividad).
Identificación colectiva (véase: identidad colectiva).
--- con los problemas y las poblaciones. 44.
Ideología. Definición de, 34-35.
Iguaritarismo radical, 102, 162-164.
Indios norteamericanos, 168.
Inserción, 125-126, 174.
Intereses creados de los profesionales. 96.
Interpretativismo, 82.
Investigación. Necesidad de, 186.
Jerga, 44.

Justicia social, 176, 187-188.
KINGFISHER, C. P., 166.
KRISTEVA, J., 185.
LANE, M. 90.
LARBALESTIER, J., 67, 84, 125.
Lenguaje. Propiedades y función del, 17, 56-58.
LEONARD, P., 51, 78, 81-82. 86, 175-176. 179.
Lesbianismo, 41.
Liberación, 131. 135-136. 152.
LLOYD, G., 68.
LUKES, S., 33.
LYKES, M. B., 45.
LYOTARD, J. F. 17, 185.
MACDONALD, L., 55.
Marcos éticos de referencia, 180.
MARCUSE, H., 27, 31, 49.
MARX, K., 28-35, 40, 42.
MCLEOD, E., véase: DOMINELLI, L.
L., 75, 79.
MIDDLEMAN, R. y GOLDBERG. G. 38, 46.
Modernidad. (Véase: grandes estructuras narrativas.)
MAOREAU, M., 41-42, 46.
'Mujer", desde, 66.
Mujeres aborígenes, 67.
Mujeres profesionales, 121, 169.
MULLALY, R., 33, 37, 41-42,
89. Murphy Brown, 127.
Normalización. Procesos de, 164.
OPIE, A., 82, 175.
Oposiciones binarias (véase: dualismos).
Opresión, 37, 78-79. — (Véase también: dominación).
Opresores. Identificación de los. 140.
PARTON, N., 12, 57.
Paternalismo, 88.
Patriarcado, 40. 60. 66-67, 149-150.
PEILE, C., 25, 27.
Perspectivas críticas y reflexión crítica, 47. 127-139. 144, 150, 161. 167, 180, 183.
Plan de transformación. (Véase: transformación social.)
Pluralismo y plurivocidad. 180.
Poder. Ambivalencia con respecto a la utilización del, 111-114.
— Análisis ascendente del, 63. 185.
— Aspectos represivos y productivos del, 62-63, 161-162.
— de los trabajadores sociales. 15. 36-37. 43-44, 50-51, 80-81, 87-88, 95-103, 107-123.
160-161, 168-174.

— Enfoque foucaultiano del, 62-64, 85-87.
— Inevitabilidad del, 82, 98, 153, 161, 164, 169.
— Microfísica del, 63, 151.

— Operaciones implícitas del, 108-109.

— Saber en relación con el. 164.
— Utilización explícita del. 104, 108, 184.
— Visión conflictiva del. 141-151, 161.

Polémica, 126.

Política de identidad, 73, 173, 176.

Positivismo, 82.

Postestructuralismo, 13, 19-20, 64-76, 85-89. 114, 125-126, 131, 150-179.
— Críticas del, 19-20.
— en cuanto distinto del postmodernismo, 1718.
— Panorama general del, 56.
— Respuestas de los teóricos del trabajo social al, 54-55, 77-84, 94.
—y feminismo radical, 65-71, 75-76, 164, 174.
-- poder profesional, 94-102. 122-123.

Postmodernismo, 12, 17-18, 80.

Potenciación, 43, 72, 153, 160-161.

Práctica igualitaria, 39, 43-45.50, 119.
-- (Véase también: igualitarismo radical).

Pragmatismo del trabajo social activista, 184. 186.

Praxis, 185.

Prejuicios, 144-145.

PRINGLE. R. 126. 179.

PRITCHARD, C. y TAYLOR, R., 38.

Procesos dialogales, 48.
— participativos, 71, 99, 102, 114, 120, 147, 160.

Profesionalidad, 37, 97-101, 115-116, 121, 173.

Profesionales asistenciales. (Véase: Trabajadores de servicios a las personas.)

Progenitores sin pareja, 127-128.

Proletariado, 28-30, 50.

Proyecto antiviolenencia contra mujeres jóvenes, 92, 103-121, 124-146, 153, 161, 164. 168. 179.

Racionalismo y racionalidad. 72, 89, 167, 181.

Racismo, 40-41.

RAHNEMA, M. 135.

REINHARZ, S., 162.

Relaciones de poder entre los usuarios del servicio, 131-132, 136, 139, 172.
--- Teoría de las, 32-33.
--- Transformación, 74-75.
— equitativas en la práctica profesional, 45-46, 50. 97-98. (Véase también: desigualdad.)

Relativismo, 85, 187.

Rendición de cuentas. 46, 95, 102, 122.
Resentimientos. Política de, 74, 163, 177.
RESNICK, S. y WOLF, R. 30.
ROJEK, C., 20, 158, 173.
ROUTLEDGE. R., 41.
Saber. Formas marginadas del, 89.
— técnico, 105-108, 114-115, 164-165.
SAWICKI, J., 61.
Sexismo, 121.
SHAH, N., 40.
Significados y creencias esenciales, 56.
SMITH, C. y WHITE, S. 19.
Sociedad postindustrial, 159.
Subjetividad, 55, 64.
Supervisión de los trabajadores sociales, 186.
TAPPER, M., 74.
TAYLOR-GOOBY, P., 79.
TAYLOR, R., véase: PRITCHARD, C.
Teoría reestructural, 169.
— y práctica. Cisma entre, 155-157.
Teorías "post". Ambigüedad de las, 77.
-- Consecuencias para el activismo, 152-157, 178-184.
Teorías "post". Defectos de las, 187-188.
-- en general, 54.
Terapia narrativa, 84.
Thatcher, M., 170.
Totalidad social, 27-28, 32, 41, 59, 66, 71, 156-157.
Trabajadores de servicios a las personas, 19, 62-63, 80-81, 99-100, 114-118, 122, 147, 164.
— sociales. Papel de los, 50.
Trabajo social crítico. Definición del, 13.
--- Desarrollo del, 35-36.
--- Disidencias en el, 13-16, 25.
--- Estrategias para el cambio en el, 46-50.
--- Historia del, 24-25, 30.
--- Influencias sobre el, 19-21, 30-31.
- Premisas y problemas del, 25-28, 84, 95, 177, 183.
- Reinención del, 159-160.
--- Retos actuales del, 155.
-- Definición del, 185.
-- estructural, 42.
Transformación social, 38. 49-52, 103. 125.
Valores burgueses, 29. 51, 99.
— de la clase media. (Véase: valores burgueses.)

— políticos y acción, 26-27, 52, 95, 97.
104, 177, 181.
— tradicionales, 127, 129-130, 134, 166.
VAN-KRIEKEN, R., 101.
Verdad. Regímenes de, 57-58.
Violencia de las mujeres, 171.
— familiar, 57, 148.
-- (Véase también: Proyecto antiviolenencia contra mujeres jóvenes).
Visión lineal del progreso, 72, 88.
WEARING, B., 34, 66, 170.
WEST, C., 119-120.
WHITE, M. y EPSTON, D., 164.
WHITE, S. Véase: SMITH, C. WILSON, E., 37.
WILSON, J., 127.
WISE, S., 63, 98.
WOLFF, R., véase: RESNICK, S.
YEATMAN, A., 18, 65, 73, 124, 181, 185.
Yo. Sentido del. 64, 73, 142.
--- (Véase también: autoconciencia racional).
"Young Mothers for Young Women", 137.